

RUDOLF PFEIFFER

HISTORIA DE LA FILOLOGÍA CLÁSICA

DE 1300 A 1850

RUDOLF PFEIFFER

HISTORIA DE LA FILOLOGÍA CLÁSICA

II

DE 1300 A 1850

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

JUSTO VICUÑA y M.ª ROSA LAFUENTE



EDITORIAL GREDOS

MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GREDOS

I. MANUALES

Esta traducción de *HISTORY OF CLASSICAL SCHOLARSHIP. FROM 1300 TO 1800* está publicada por acuerdo con la Oxford University Press.

Depósito Legal: M. 6650-1981.

ISBN 84-249-0069-3. Obra Completa.
ISBN 84-249-0071-5. Tomo II

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981. — 4905.

IN MEMORIAM
UXORIS CARISSIMAE

PREFACIO

En el prefacio del primer volumen de esta *Historia* hablé sobre la conveniencia de reflexionar acerca del pasado de la filología clásica y de los filólogos de los tiempos pretéritos. El presente volumen, que estudia el período que va del siglo XIII al XIX y que llega casi hasta nuestros días, puede tener, para muchos lectores, mayor atractivo que el precedente.

Como en aquel prefacio agradecí la ayuda recibida, igualmente debo hacerlo en éste.

En primer lugar, tengo que mencionar de nuevo a E. Arnold, que trabaja ahora en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Estatal de Baviera; a mis ochenta y tantos años, cuando mis fuerzas comenzaron a decaer, él redobló sus esfuerzos, y gracias a ellos, ha sido posible la publicación de este volumen. Las subvenciones anuales que me han sido concedidas por la Bayerische Akademie der Wissenschaften y por la British Academy me han permitido hacer frente a los gastos de esta inapreciable colaboración durante todos estos años.

Entre los numerosos amigos de Oxford y Munich que me ofrecieron su ayuda, ocupa el puesto de honor Eduard Fraenkel, a quien debo más que a todos los otros. Fue él quien me sugirió que, al escribir esta historia, saltase desde la época de Augusto al Renacimiento Italiano. Des-

pués de largas dudas, admití esta sugerencia, reconociendo que ni mis inclinaciones hacia la literatura medieval ni mis conocimientos, dado el inmenso caudal de investigación sobre la filología medieval, me capacitaban para dar a luz un volumen comparable a los que podría realizar sobre las épocas antigua y moderna. Desgraciadamente, su muerte en 1971 fue una dura pérdida para la filología clásica y un revés para mi historia de la misma.

Ha sido una suerte que John Cordy, de la Clarendon Press, haya querido y podido continuar la revisión de los capítulos que estaban en borrador. Siento la más profunda gratitud por su paciencia inagotable y admiro su competencia. Como entonces, debo expresar mi gratitud por la habilidad y celo de los impresores. Al corregir las pruebas, me he beneficiado nuevamente de la ayuda de mi colega el profesor Max Treu, quien corrigió muchas erratas que se habían deslizado. También estoy agradecido a Ruprecht Volz, asistente del Seminario de Filología Nórdica de la Universidad de Munich, por la comprobación de citas y por sus correcciones.

Concluía el prefacio del primer volumen con una nueva dedicatoria a mi esposa. Con el más profundo sentimiento, ahora sólo puedo dedicar a su memoria el nuevo volumen, puesto que murió, tras larga enfermedad, en febrero de 1969, manteniendo hasta el último día un interés apasionado por la marcha de mis trabajos.

Munich, enero 1976

ABREVIATURAS

AG	=	*Anecdota Graeca.*
AGGW	=	*Abhandlungen der Göttinger Gesellschaft der Wissenschaften.*
AJA	=	*American Journal of Archaeology.*
AJP	=	*American Journal of Philology.*
AL(G)	=	*Anthologia Lyrica (Graeca)*, ed. E. Diehl, 1925 ss.
APF	=	*Archiv für Papyrusforschung.*
Barwick, *Stoische Sprachlehre*	=	K. Barwick, «Probleme der stoischen Sprachlehre und Rhetorik», *Abh. d. Sächs. Akad. d. Wissenschaften zu Leipzig, Phil.-hist. Kl.*, 49/3 (1957).
BCH	=	*Bulletin de Correspondance Hellénique.*
Bursian	=	Bursians *Jahresbericht über die Fortschritte* der klass. Altertumswissenschaft.
Call.	=	Callimachus, I, II, ed. R. Pfeiffer, 1949-53 (reimpr. en 1965-6).
Cl. Phil.	=	*Classical Philology.*
Cl. Qu.	=	*Classical Quarterly.*
Cl. R.	=	*Classical Review.*
Colet, *Opera*	=	Colet, *Opera*, ed. J. H. Lupton, 5 vols., 1867-76 (reimpr. en 1965-69).
CMG	=	*Corpus medicorum Graecorum.*
DLZ	=	*Deutsche Literaturzeitung.*
DMG	=	*Deutsche Morgenländische Gesellschaft.*

Düring, «Aristotle»	=	I. Düring, «Aristotle in the ancient biographical tradition», *Studia Graeca et Latina Gothoburgensia,* V (1957).
Erasmus, *Ep.*	=	Erasmus, *Opus epistularum,* ed. P. S. Allen, vols. 1-12, 1906-58.
FGrHist	=	F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* 1923 ss.
FHG	=	*Fragmenta Historicorum Graecorum,* ed. C. Müller, 1841 ss.
GGA	=	*Göttingische Gelehrte Anzeigen.*
GGM	=	*Geographi Graeci minores,* ed. C. Müller, 1845.
GGN	=	*Nachrichten der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen.*
GL	=	*Grammatici Latini,* ed. H. Keil, 1855 ss.
GRF	=	*Grammaticae Romanae Fragmenta,* revisión a cargo de H. Funaioli I (1907, reimpr. en 1964).
Gr. Gr.	=	*Grammatici Graeci,* 1878-1910 (reimpr. en 1965).
History [I]	=	R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship. From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age,* Oxford, 1968. (Trad. esp., Gredos, Madrid, 1980.)
IMU	=	*Italia medioevale e umanistica.*
JHS	=	*Journal of Hellenic Studies.*
JRS	=	*Journal of Roman Studies.*
Kenyon, *Books and Readers*	=	F. G. Kenyon, *Books and Readers in ancient Greece and Rome,* 2.ª ed., 1951.
L-S	=	H. G. Liddell y R. Scott, *Greek-English Lexikon.* Nueva edición por H. Stuart Jones, 1925-40.
Marrou	=	H.-I. Marrou, *A History of Education.* (Trad. al ing. por G. R. Lamb, 1956.)
NJb.	=	*Neue Jahrbücher für das klass. Altertum.*
Nolhac	=	P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme,* 2 vols., 2.ª ed., 1907 (reimpr. en 1959).

Pack[2]	= R. A. Pack, *The Greek and Latin literary texts from Greco-Roman Egypt*, 2.ª ed. revisada y ampliada, 1965.
Pasquali, *Storia*	= G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo* (1934, reimp. en 1952).
Petrarca, *Prose*	= F. Petrarca, *Prose*, ed. G. Martellotti (y otros), *La Letteratura Italiana*, 7 (1955).
Philologia perennis	= R. Pfeiffer, *Philologia perennis*, Festrede der Bayer. Acad. d. Wiss., Munich, 1961.
PLG	= *Poetae Lyrici Graeci*, quartum ed. Th. Bergk, 1882.
PMG	= *Poetae Melici Graeci*, ed. D. L. Page, 1962.
P. Oxy.	= *Oxyrhynchus Papyri.*
PRIMI	= *Papiri della R. Università di Milano*, vol- I, ed. A. Vogliano, 1937.
Prosatori	= *Prosatori latini del Quattrocento*, ed. E. Garin, *La Leteratura Italiana*, 13 (1952).
PSI	= *Papiri della Società Italiana.*
RE	= Pauly, *Real-Enzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, ed. por Wissowa-Kroll-Mittelhaus, 1894 ss.
REG	= *Revue des Études Grecques.*
Rh. M.	= *Rheinisches Museum für Philologie.*
RML	= Roscher, *Mythologisches Lexicon*, supl., 1921.
Rutherford, «Annotation»	= W. G. Rutherford, «A Chapter in the History of Annotation», *Scholia Aristophanica*, III (1905).
Sabbadini, *Scoperte*	= R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici Latini e Greci nel secolo XIV e XV*, 2 vols., 1905 (reimpr. en 1967).
Sandys	= J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship*, 3 vols., 3.ª ed., 1921. (1.ª ed. 1903.)
SB	= *Sitzungsberichte* (*Berl. Akad.*, *Bayer. Akad.*, etc.).

Schmidt, «Pinakes»	=	F. Schmidt, «Die Pinakes des Kallimachos», *Klass.-philol. Studien*, I (1922).
SIG[3]	=	*Sylloge Inscriptionum Graecarum*, ed. W. Dittenberger, ed. tertia, 1915-24.
Steinthal	=	H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern mit besonderer Rücksicht auf die Logik*, 2 vols., 2.ª ed., 1890 (reimpr. 1961).
Susemihl	=	F. Susemihl, *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, 2 vols., 1891-2.
SVF	=	*Stoicorum Veterum Fragmenta*, ed. H. von Arnim, 1905 ss.
TAPA	=	*Transactions of the American Philological Association.*
TGF[2]	=	*Tragicorum Graecorum Fragmenta*, ed. A. Nauck, 2.ª ed., 1889.
Voigt, *Wiederbelebung*	=	Georg Voigt, *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*, 1859.
Vors.	=	H. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, 6.ª ed. por W. Kranz, 1951-2.
Wendel, «Buchbeschreibung»	=	C. Wendel, «Die griechisch-römische Buchbeschreibung verglichen mit der des vorderen Orients», *Hallische Monographien*, 3 (1949).
W. St. (o *WSt*)	=	*Wiener Studien.*
Wilkins, *Petrarch*	=	E. H. Wilkins, *Life of Petrarch*, 1961.

PRIMERA PARTE

EL RESURGIR DE LA FILOLOGÍA CLÁSICA EN EL RENACIMIENTO ITALIANO

I

PREHUMANISMO EN ITALIA Y EL COMIENZO DEL HUMANISMO: PETRARCA Y BOCCACCIO

Un gran poeta italiano, Francesco Petrarca (1304-1374), dio el primer impulso al resurgimiento de la filología clásica en la época moderna. Con esto, no pretendemos proclamar que sea el alma del Renacimiento en su conjunto; aquí sería imposible discutir siquiera el problema general de los orígenes de tal movimiento. Pero dentro de la filología, en la creación de un nuevo modo de enfocar la herencia literaria de los antiguos, no puede caber duda de que el protagonista fue Petrarca. Esto recuerda inevitablemente el papel decisivo representado por los primeros poetas helenísticos en el nacimiento de la filología en Alejandría [1]. Una vez más, el resugir de la poesía, lo mismo entonces que ahora en el siglo XIV, precedió al del estudio reflexivo. Además, así como la filología helenística dependía del Perípato hasta cierto punto, pero se oponía a él en sus resultados fundamentales, así también la filología del Renacimiento, aunque dependía del escolasticismo aristotélico, del sistema tradicional de las *artes liberales* y del estudio renovado del Derecho Romano,

1 Ver *Historia* [I], págs. 165 ss.

era, sin embargo, opuesta en principio a ellos [2]. No obstante, en un aspecto importante, la posición de Petrarca no puede compararse con la de los poetas eruditos de Alejandría. Él y sus contemporáneos y seguidores tenían a su disposición textos, mejor o peor fijados, de los escritores antiguos, aunque estuviesen desfigurados por malos copistas, y en algunos casos se beneficiaron de las explicaciones de los filólogos antiguos. Por ejemplo, el comentario de Servio sobre Virgilio contenía preciosas reliquias de aquella filología homérica que puede servir de ejemplo y cuyo desenvolvimiento hemos rastreado en el primer volumen [3].

Al considerar a Petrarca como protagonista, no hemos olvidado la existencia de sus predecesores en Italia, poetas y eruditos influyentes que, ya a fines del siglo XIII y principios del XIV, se dedicaban a la literatura clásica con gran intensidad y se esforzaban por escribir en un latín más puro. En otros países se encontrarán movimientos de la misma tendencia, aunque difieren unos de otros en muchos aspectos, y todos pueden llamarse prehumanísticos [4]. Antes de Petrarca no había humanismo en el sentido en que ahora definiremos este término proteico [5].

Petrarca vivió, y él mismo se percató de ello, entre dos épocas: «Velut in confinio duorum populorum constitutus ac simul ante retroque prospiciens» [6]. Parece que entre sus predecesores reconoció debidamente los méritos literarios de dos patavinos, Lovato Lovati [7] (1241-1309) y

---

[2] Cf. *infra*, págs. 30 s.

[3] Ver *Historia* [I], págs. 195 ss.

[4] Evito hablar del «amanecer» del humanismo, ya que eso supone que antes existió la oscuridad de la noche.

[5] Cf. *infra*, págs. 39 s.

[6] Petrarca, *Rerum memorandarum libri*, ed. Giuseppe Billanovich (Ed. Nazionale delle Opere, XIV, 1943), I 19.4.

[7] *Ibid.*, II 61.

Albertino Mussato[8] (1261-1329). Los poemas latinos de Lovati tuvieron como modelo un corto número de poetas clásicos latinos, bien conocidos durante la Edad Media. Mussato trató de escribir historia contemporánea a la manera de su compatriota Livio y de crear una tragedia al estilo de Séneca; incluso escribió sobre él un tratado de métrica, describió el contenido de sus dramas a la manera de los «argumenta» (ὑποθέσεις) de la antigüedad tardía y alabó calurosamente el carácter moral de las tragedias[9]. Mussato y Lovati se esforzaron, ante todo, por establecer correctamente los hechos y presentarlos en un lenguaje más cercano al latín antiguo que al latín de sus predecesores inmediatos; fueron más lejos que las generaciones anteriores, pero sus resultados fueron modestos y efímeros, y no es correcto afirmar que su círculo y los similares de Venecia, Vicenza, Milán y Florencia representaran el comienzo del humanismo en Italia[10].

---

8 *Ibid.*, IV 118.2.

9 A. C. Megas, «The pre-humanistic circle of Padua (Lovato Lovati - Albertino Mussato) and the tragedies of Seneca», Ἀριστοτέλειον Πανεπιστήμιον Θεσσαλονίκης, Ἐπιστημονικὴ Ἐπετηρὶς Φιλοσοφικῆς Σχολῆς, Παράρτημα Ἀρ., II (1967) = «Fourteenth-century Glosses and Commentaries on the Tragedy *Octavia* and on Seneca's tragedies in general, First part». Sumario, págs. 229-33. Es una monografía muy oportuna sobre el estudio más precoz acerca de Séneca que realizaron los patavinos, basada en nuevo material manuscrito, con bibliografía exhaustiva y seguida, en 1969, de la obra de A. Mussato, *Argumenta tragoediarum Senecae, Commentarii in L. A. Senecae tragoedias, fragmenta nuper reperta*, ed. A. C. Megas.

10 Roberto Weiss, *The Dawn of Humanism in Italy.* Conferencia Inaugural (Londres, 1947), *passim*, sobre todo, págs. 3 y 21, e «Il primo secolo dell'umanesimo», *Storia e Letteratura*, 27 (Roma, 1949), Studi e Testi, donde de nuevo se habla de Padua, pero también de Florencia; y una monografía, «Lovato Lovati», *Italian Studies*, 6 (1951), 3-28, con bibliografía. — G. Billanovich, *I primi umanisti e le tradizioni dei classici Latini* (Friburgo, 1953), con importante material nuevo y facsímiles.

Los puntos de vista de Petrarca[11] sobre los escritores antiguos eran los de una personalidad poderosa, dotada poéticamente, que admiraba la forma clásica y penetraba en el fondo de la materia; de ahí que resultaran fructíferos para su época y para el futuro. Se ha hecho famosa una anécdota, referida por Petrarca en su vejez[12]. Fran-

[11] La mejor visión bibliográfica de conjunto sobre las ediciones de las obras de Petrarca nos la da G. Foleno, «Überlieferungsgeschichte der altitalienischen Literatur», en *Geschichte der Textüberlieferung,* II (1964), 500-3 («Giorgio Pasquali zum Gedächtnis»). Dos ediciones se hicieron de sus *Opera* en Basilea: la de 1554 (reimpresa en 1965) y la de 1581, que no han sido todavía superadas. En 1904 (VI centenario del nacimiento de Petrarca) se fundó una «Commissione per l'Edizione Nazionale delle Opere del Petrarca» que hasta ahora ha logrado publicar: vol. I (1926), *Africa;* II (1964), *De viris illustribus,* I; X-XIII (1933-42), *Le Familiari;* XIV (1943), *Rerum memorabilium libri;* sobre cada volumen en particular y sus editores ver, luego, *passim.* Una encomiable selección de obras en prosa y cartas con introducción y notas críticas, en: *La Letteratura Italiana,* Storia e Testi, 7 (1955): *Prose* (1.205 págs.); los textos están revisados por sus respectivos editores, pero con frecuencia abreviados. Un guía indispensable, a través de la maraña de ediciones y fechas de las cartas, es E. H. Wilkins, *The Prose Letters of Petrarch, A manual* (1951).

[12] *Lett. senil.,* XVI 1, ed. Francassetti, 1869/70 = Ed. Basilea, 1581, pág. 946 (cf. 1.044) (a Luca della Penna); W. Rüegg, *Cicero und der Humanismus. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus* (Zurich, 1946), págs. 8 ss., tenía razón al comenzar con la interpretación de este pasaje autobiográfico y limitarse a la «forma» peculiar de los escritos de Petrarca y a su relación con el estilo de Cicerón; pero, por lo mismo, tuvo que excluir toda investigación sobre ideas o filología. Cf., también, Karl Otto Apel, «Die Idee der Sprache in der Tradition des Humanismus von Dante bis Vico», *Archiv für Begriffsgeschichte,* 8 (1963), 13 ss. Estas páginas sobre Petrarca podrían ser de provecho, lo que difícilmente puede decirse de la totalidad de tan voluminoso libro (398 páginas). E. H. Wilkins, *Life of Petrarch* (1961), narra año tras año en estilo sencillo todas las anécdotas, pero sin citas; sin embargo, no sólo es un libro acreditado, basado en un conocimiento pleno de las fuentes y trabajos eruditos, sino también atractivo e imbuido de un raro sentido de la grandeza de Petrarca y de cariño

cesco, nacido en 1304 en Arezzo y llevado en 1312 a la sede del papado en Aviñón, fue orientado por su padre, abogado florentino desterrado, al estudio del Derecho Civil Romano, estudio que empezó en 1319, en la Universidad de Montpellier, y al que, finalmente, renunció en 1326, en Bolonia [13]. El joven estudiante tenía escaso interés por las leyes sobre deudas, créditos y cosas por el estilo, pero en cambio guardaba en lugar seguro, como lectura favorita, todas las obras que podía conseguir de poetas latinos y de Cicerón. Un día, su padre las descubrió y las arrojó al fuego; como Francesco explotase en gritos y lágrimas, su padre rescató de las llamas dos volúmenes: una edición de Virgilio y una obra descrita como la *Retórica de Cicerón* (probabl., el *De inventione*) [14]. Al contar el suceso, Petrarca reveló lo que había sentido cuando era muchacho: «et illa quidem aetate nihil intelligere poteram, sola me verborum dulcedo quaedam et

---

hacia su personalidad. P. de Nolhac, *Pétrarque et l'humanisme* (2 vols., 2.ª ed., 1907, reimpreso en 1959), es fundamental para nuestro objeto; comenzó en 1890 sus investigaciones y descubrimientos de los autógrafos y notas marginales de Petrarca sobre autores clásicos entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París y de otras. En nuestros días, el erudito más brillante y de mayor éxito es Giuseppe Billanovich (ver luego, pág. 25, n. 30, sobre Livio, y *passim*), quien celebró el centenario del nacimiento de Nolhac con una memoria, «Nolhac e Petrarca», que incluía una lista de libros y artículos en los cuales resulta ampliada la gran obra de Nolhac por nuevos descubrimientos, *Atti e Memorie della Accademia Petrarca di Lettere, Arti e Scienze*, N. S. 37, Anni 1958-64 (1965), 121-35. Ver, también, R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici Latini e Greci ne' secoli XIV e XV* (2 vols., 1905-14, reimpreso en 1967), y la lista de otros numerosos escritos suyos, luego, pág. 44, n. 107. E. Kessler, «Petrarcas Philologie», *Petrarca, 1304-74 Beiträge zu Werk und Wirkung*, ed. por F. Schalk (1974), 97 ss.

13 G. G. Forni, «F. Petrarca scolare a Bologna», *Atti e Memorie* (citado, más arriba, en n. 12 al final), págs. 83-96.

14 P. de Nolhac, I², 221.1.

sonoritas detinebat»[15] [nadie, durante siglos, había tenido oído para la 'dulzura y sonoridad de las palabras'].

«Questi son gli occhi della nostra lingua», dijo de los dos gigantes romanos (Cicerón y Virgilio) en su poema lírico *Trionfo della Fama* (III 21). En esta sorprendente metáfora se carga cierto énfasis sobre «nostra»; es la *nuestra* la lengua que hablan, ellos son antepasados nuestros. Virgilio había sido redescubierto por Dante. Ahora, Petrarca seguía a Virgilio más de cerca en los sonoros hexámetros virgilianos de su poema épico *Africa*[16]. Si alguna vez se escribe un comentario[17] sobre este poema, debería mostrarse cuánto debe su lengua a Virgilio, Livio, Cicerón y otros. Petrarca evita transcribir sus fuentes antiguas *verbatim*; poseedor de un rico vocabulario, sabe dar un nuevo giro a una frase o a un pasaje entero. Así en *Afr.* II 544 no dice «et meritum maculare tuum» (como en Virg., *En.* X 851: «tuum maculavi crimine nomen»), sino «meritum vastare tuum», con torsión intencional[18]. Las mismas características encontramos en su prosa[19].

El héroe épico de *Africa* es Escipión el Africano[20]; representa la grandeza de la *Urbs aeterna*, que es, en rea-

---

15 Cf. S. Agustín, *Confes.*, V 13, donde, escuchando de muchacho a S. Ambrosio, «verbis eius suspendebar intentus, rerum autem incuriosus... delectabar sermonis suavitate».

16 Petrarca, *L'Africa*, ed. N. Festa, 1926 (Ed. Nazionale delle Opere, I), cf. E. Fraenkel, *Gnom.*, 3 (1927), 484-94.

17 Festa, en su edición crítica del texto, no daba «note esplicative»; su *Saggio sull'Africa del Petrarca* (1926) no las suple. Las «Adnotata ad *Africae* libros» que Corradini añadió a su edición incluida en *Padova a F. Petrarca* (1884), págs. 409-74, son todavía muy útiles.

18 Ver la nota crítica, sobre la *varia lectio* «maculare-vastare», en la edición de Festa, que escogió la lección correcta para este texto, pero no captó el porqué. Sobre este importante problema del «estilo» de Petrarca, ver Corradini, *op. cit.*, págs. 100 s.

19 Ver *infra*, pág. 37.

20 Aldo S. Bernardo, *Petrarch, Scipio and the «Africa»* (Baltimore, Md., 1962).

lidad, el asunto de todo el poema. Petrarca trasladó motivos del *Sueño de Escipión* (el Menor), de Cicerón, a su soñador Escipión (el Mayor), desarrollando, en partes de los dos primeros libros deliberadamente separadas (y con título diferente), el pasado y el futuro de la gloria de Roma. Al final se celebran en Roma el triunfo de Escipión y la coronación de Ennio. Pero el último libro se inspira también en la tradición de un sueño: el poeta Ennio, amigo de Escipión y —en el poema de Petrarca— compañero de su campaña africana, en su viaje de regreso a Roma cuenta un sueño en el cual la sombra de Homero se le había aparecido y le había anunciado que su destino era convertirse en «alter Homerus». Hesíodo, en el proemio de su *Teogonía,* había sido el primero en describir la llamada de un poeta por las Musas[21], pero el sueño como fuente de inspiración fue introducido por Calímaco para iniciar su coloquio con las Musas. El tema del sueño fue también adoptado por Ennio, quien reemplazó las sagradas Musas por la sombra del divino Homero (*Afr.* IX 159 ss.). Al volver a narrar este encuentro, Petrarca combinó los escasos fragmentos conocidos de Ennio con invenciones de su propia cosecha. Pueden mencionarse dos pasajes característicos: la profecía de Homero de que 1500 años después de Ennio el gran Escipión será de nuevo debidamente loado por un poeta «Francisco cui nomen erit» (IX 233), y la advertencia de Ennio de que la poesía debe basarse en la verdad (IX 92 ss.): «scripturum iecisse prius firmissima veri / fundamenta decet» («sola quidem admiratio rerum / solus amor veri», II 453, había dicho la sombra del padre de Escipión en el primer sueño acerca del futuro poeta).

---

21 Hes. *Th.* 22 ss.; Call., fr. 2 Pf.; Enn., fr. A 5 ss. Vahlen; cf. A. Kambylis, *Die Dichterweihe und ihre Symbolik,* Bibliothek der klassischen Altertumswissenschaften (1965). [A. Lesky, *Hist. Liter. Griega* (Gredos), pág. 743.]

Esto no es una repetición convencional de la frase de las musas hesiódicas ἀληθέα γηρύσασθαι, sino la afirmación de un principio de Petrarca[22]. Así, construyó su *Africa* sobre el sólido fundamento de la tercera década de la historia de Livio[23]. Su obra en prosa *De viris illustribus*[24], lo mismo que el ejemplar del texto de Livio que contiene sus notas marginales, demuestran con qué afán estudió a este autor. Empezó a componer sus *viri illustres* poco antes que *Africa* y continuó escribiéndolos paralelamente con el poema épico. Allí también se celebra a Escipión con admiración extática como modelo de la virtud romana. Petrarca decidió dar a su historia de Roma (que intentaba abarcar desde Rómulo a Trajano) la forma de biografías de los grandes políticos y militares, porque para él sólo contaban los individuos; encontramos el mismo énfasis, referido a los grandes literatos, en sus cartas a los muertos[25]. Su corrección de los errores tradicionales en la Vida de Terencio, deslizados por la confusión de Orosio (IV 19.6) entre el poeta cómico Terencio Africano y Terencio Culeón, sirve de ejemplo de la atención crítica que prestó a los hechos y fechas biográficas; Petrarca había introducido la corrección antes de que fuese confirmada por el descubrimiento del comentario

---

22 Cf. E. Zinn, «Wahrheit in Philologie und Dichtung», *Die Wissenschaften und die Wahrheit* (1966), págs. 134 ss., sobre el «Wahrheitsproblem», especialmente en la poesía romana y moderna.

23 Esos mismos libros de Livio fueron la fuente de *Púnica*, de Sil. Itál., obra no descubierta hasta 1417 por Poggio, y por lo tanto, desconocida para Petrarca. Resulta también instructiva, por lo que se refiere a Petrarca, la comparación entre un versificador vulgar en su idioma nativo y un poeta nato que escribe en una lengua antigua. Sobre Sil. Itál., ver M. v. Albrecht, *Silius Italicus* (1964), págs. 118 ss.

24 *Opere*, ed. nazionale, II (1964), ed. Martellotti; sobre cronología, págs. IX ss.

25 Cf. *infra*, págs. 27 s.

de Donato sobre Terencio, que iba precedido de la *Vita* de Terencio por Suetonio[26].

Petrarca fue el primero en abandonar el estilo de las crónicas, anales y biografías medievales y en combinar fragmentos y paráfrasis de las antiguas fuentes originales —sin citarlas *verbatim*— con adiciones y correcciones ocasionales de su propia cosecha. En esto fue seguido por los escritores de historia romana durante unos tres siglos, puesto que hasta fines del siglo XVII no hubo manera de reemplazar a Livio por ninguna historia reciente[27]. Estaba dotado de una memoria sorprendentemente retentiva. Su vida de Fabio Máximo, 35[28], contiene un extracto de Liv., XXII 29, donde se cita un famoso proverbio griego sin citar el nombre del autor. Petrarca añadió «notissimam illam Hesiodi poetae sententiam» (*Op.* 293 ss.), y parece que únicamente pudo hacerlo recordando el contexto de la cita en una versión latina de la *Ética a Nicómaco,* de Aristóteles[29].

Pero Petrarca hizo mucho más que seleccionar, transcribir y completar los relatos de Livio para su obra histórica; desde el descubrimiento de su original sabemos que también trató de restablecer el propio texto cuando creyó que era corrupto[30]. Mostró el camino para el resur-

---

26 Ver Nolhac, I, 191; II, 34.

27 A. Momigliano, «Contributo alla storia degli studi classici», *Storia e Letteratura,* 47 (1955), 75.

28 *De vir. ill.*, ed. Martellotti, *Opere,* ed. nazionale, II 102.

29 Ver los testimonios en la *ed. maior* de Hesíodo por Rzach; Aristot. *Eth. Nic.* I 2 p. 1.095 b 9 ss.; sobre la familiaridad de Petrarca con la *Ética* y sus comentarios a la misma, ver Nolhac, II, 149 ss.; ella fue el primer asiento del catálogo de su biblioteca, *ibid.*, I, 42 s.

30 G. Billanovich, «Petrarch and the textual tradition of Livy», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes,* 14 (1951), 137-298; cf. E. Fraenkel, *JRS,* 42 (1952), 311. Billanovich empezó por un análisis del cod. Harl. 2.493 del Museo Británico; cf. Liv., ed. A. H. Mac Donald, *OCT,* V (1965), págs. VIII, XIX-XXV.

gimiento de la crítica textual, puesto que sus notas marginales no son puras aclaraciones y comentarios como en sus otras obras. Cuando tuvo ocasión de compulsar dos manuscritos, hizo constar pacientemente las variantes y corrigió hábilmente gran número de pasajes. Ningún otro erudito de su generación tuvo ni su buena suerte, ni el talento de aprovecharla[31]. Por un azar casi increíble ocurrió que el mismo ejemplar que poseía Petrarca pasó, un siglo más tarde, por las manos de Lorenzo Valla, quien añadió sus propias notas a las de Petrarca. La crítica de Valla sobre Livio era conocida antes del descubrimiento de este manuscrito, puesto que sus famosas *Emendationes Livianae*[32] fueron publicadas e, incluso, impresas en el siglo XV; pero ahora podemos ver con nuestros propios ojos no sólo la mano del gran crítico Valla, sino también la marcha misma del proceso histórico.

Si detenemos la mirada en las relaciones que se desarrollaron entre Virgilio y el *Africa* de Petrarca, comprobamos que la poesía empezó a desempeñar un nuevo papel en Italia, que la obra poética y filológica de Petrarca avanzó paralelamente y que él sometió a crítica el texto virgiliano que utilizaba como fuente tanto para su poema como para su obra en prosa. Parece que Petrarca empezó a estudiar a Livio[33] en temprana edad, probablemente hacia 1318, veinte años antes de iniciar *Africa*; pero, cualquiera que haya sido la sucesión exacta de los hechos, difícilmente se encontraría ejemplo más brillante de la unión de poesía y verdadera filología. Petrarca no fue, en absoluto, un puro *littérateur*.

---

31 Cf., también, sus notas críticas sobre la traducción de Eusebio, por S. Jerónimo, *infra*, pág. 31, n. 53.

32 Ver luego, pág. 71.

33 Billanovich, *op. cit.*, págs. 194 ss.

El examen de su ejemplar de Virgilio [34] pone de manifiesto que vivió en comunicación constante no sólo con el poeta, sino también con sus antiguos intérpretes, puesto que el texto de Virgilio va acompañado por el comentario de Servio. No se trata de una edición de bolsillo, sino de un manuscrito muy voluminoso y pesado, que solía llevar en su equipaje cuando viajaba por Francia, Flandes e Italia; y cuyos márgenes cubría con notas numerosas y, a veces, sorprendentemente eruditas [35]. Era capaz de indicar la fuente de un escolio sin ayuda de índices o de libros de referencias. Por ejemplo, recordaba (fol. 78 *recto*) que la nota de Servio a *Eneida* II 254 «phalanx, lingua Macedonum, legio» estaba tomada de Livio, XXXII 17, 11, y sobre la nota a *Eneida* I 29 ss.: «Italus enim rex Siculorum profectus de Sicilia... ex nomine suo appellavit Italiam», hacía la observación (fol. 52 *verso*): «secundum Thucydidem ut in octavo (i. e. *Aen* VIII 328) 'tum manus Ausoniae'», lo cual demuestra que no sólo conservaba en su memoria este pasaje de Servio, sino que, incluso, podía indicar además su primitiva procedencia griega (Thuc. VI 2.4). Los editores modernos no han tenido en cuenta estos testimonios [36]. El Codex Vergilianus de Petrarca es el documento más conmovedor de su contacto personal inmediato con los antiguos escritores romanos de su preferencia.

Con ser tan profundo el conocimiento que Petrarca tenía de Virgilio y de Livio, ya otros habían puesto la

---

34 *F. Petrarcae Vergilianus Codex* [in bibliotheca Ambrosiana]; editó su reproducción completa Giovanni Galbiati en 1930; ver la breve y entusiasta recensión de E. Fraenkel, *Gnom.*, 6 (1930), 552 s.

35 Nolhac, I, 140 ss.; G. Billanovich, *IMU*, 3 (1960), 44.2, anunciaba que Antonietta Testa estaba preparando una edición y comentario sobre las notas de Petrarca.

36 Tomo estos ejemplos, ya que no encuentro otros mejores, de la recensión crítica de E. Fraenkel al comentario de Servio editado en Harvard, *JRS*, 39 (1949), 147.

base para ello. Pero redescubrir a Cicerón fue obra exclusivamente suya. En 1333 había encontrado el discurso *Pro Archia poeta* en Lieja, mas el acontecimiento realmente significativo se produjo en 1345, cuando encontró en Verona un manuscrito de las *Epistulae ad Aticum, ad Quintum fratrem* y *ad Brutum*, de Cicerón (6-18); aunque fatigado y enfermo, hizo una copia de su propia mano [37] y anunció al mundo este impresionante descubrimiento en forma de carta dirigida al propio Cicerón [38]. Uno de los nuevos aspectos del creciente individualismo del Renacimiento fue el interés apasionado por la personalidad de los escritores antiguos que sólo podía satisfacerse con la literatura latina, no con la griega, y nada era más fascinante para Petrarca y su círculo que el capítulo de la correspondencia de Cicerón. Las cartas a Ático daban una imagen verídica de la personalidad de Cicerón, aunque el propio Petrarca sintió algún desencanto cuando advirtió, por primera vez, cuánto se apartó Cicerón, en momentos de inquietud ciudadana, de su dedicación literaria a causa de su actividad política [39].

¿Tenía Petrarca algún conocimiento de la otra gran sección de la correspondencia de Cicerón, las llamadas *Epistulae ad familiares?* [40]. Se han señalado parecidos sor-

---

37 *Ep. fam.* XXI 10, 16 (ed. naz., vol. XIII), «volumen quod ipse manu propria... scripsi, adversa valetudine». No puede probarse que el Veronensis, ahora perdido, sea el arquetipo de las dos familias de manuscritos supervivientes, como tampoco es probable que nuestro más antiguo manuscrito, Ambros., E 14 inf., tenga la menor conexión con Petrarca, cf. Cic., *Letters to Atticus,* ed. D. R. Shackleton Bailey, I (1965), 77 ss.

38 *Ep. fam.* XXIV 3; *ibid.,* las cartas 4-12 iban dirigidas a varios escritores antiguos; la 4 también a Cicerón y la 12, la más extensa de todas, a Homero.

39 Sobre un punto de vista de Salutati diferente, ver luego, pág. 55.

40 B. Kytzler, «Petrarca, Cicero und Caesar», *Lebende Antike,* Symposion für R. Sühnel (1967), págs. 101 ss.

prendentes en cuanto a contenido y fraseología entre las cartas de Petrarca de 1355 a Carlos IV (*Ep. fam.* IX 4) y la carta de Cicerón a César (Cic., *Fam.* VII 5). Sin embargo, ni el propio Petrarca ni nadie más en su época mencionó el descubrimiento de las *Familiares*. Solamente sabemos con toda seguridad que Salutati hizo que le copiasen en 1392[41] el manuscrito de Vercelli, que contenía los dieciséis libros de las *Epistulae*. No es imposible que otros tuvieran la suerte de ver algunas partes de la colección antes de esa fecha, pero, hoy por hoy, no podemos decir si también la vio Petrarca.

Aunque las cartas de Petrarca tuvieron, en gran medida, como modelo a Séneca, según era usual cuando se trataba de cuestiones morales, la parte más personal quedó cada vez más influida por el estilo ciceroniano recientemente descubierto. Las cartas de Petrarca pretendían ser un reflejo de su vida; conservaba copias[42] para su «inmortalidad»; y, a intervalos, preparó colecciones durante los años cincuenta y sesenta del siglo XIV. En los centenares de cartas que todavía se conservan aparece el rasgo más encantador de su persona, su ansia de φιλία[43]. «Nunca ningún hombre reunió y cultivó un acopio más rico de amistades»[44] —aunque quizá podría hacerse una excepción con Erasmo. El afecto mutuo encontraba con frecuencia en él la más conmovedora expresión. En la vida de Petrarca tenían un tono de sincero afecto incluso las relaciones con sus mecenas de toda Italia, tanto eclesiásticos como seglares, a cuya benevolencia y generosidad debía su subsistencia. Ha sido carac-

41 Sabbadini, *Scoperte,* II, 214.

42 *Ep. fam.* V 16.1-2, XVIII 7.8.

43 *Ep. fam.* IV = *Opere,* ed. naz., XIII (1942), 375 s. Índice, s. v. amicitia.

44 Wilkins, *Life,* pág. 252.

terístico de los verdaderos humanistas y eruditos de todas las épocas un fuerte sentimiento de amistad.

Las cartas de su edad provecta fueron coronadas por una carta «A la Posteridad»[45]; indudablemente, el modelo de este arrogante título era la carta autobiográfica de Ovidio (*Trist.* IV 10.2) «Ille ego qui fuerim... quem legis ut noris, accipe posteritas». Petrarca, que se había dirigido a sus antepasados romanos en una serie de epístolas, ahora se dirigía a futuros lectores; poeta, sabio y erudito, que había mantenido correspondencia con papas y emperadores, se alzaba entre todos como figura dominante entre el pasado y el porvenir.

Nos sentimos naturalmente inclinados a conceder la máxima importancia a la recuperación de las obras perdidas de Cicerón, pero sus tratados filosóficos, que no habían sido desconocidos durante la Edad Media, fueron también atesorados por Petrarca entre sus libros. Disponía, a veces, de más de un ejemplar que anotaba de su propia mano, y los cita, con frecuencia, en muchos de sus escritos. Lo que le había impresionado ante todo en su temprana juventud, era la belleza formal de la poesía y prosa latinas, pero, lejos de convertirse en un simple enamorado de la forma, se sentía impulsado por un gran anhelo hacia la verdadera sabiduría. Sin embargo, no le atraían ni la lógica, ni la metafísica, ni las ciencias naturales fomentadas por el resurgimiento aristotélico de la filosofía escolástica tardía, sino el conocimiento del alma humana y de los valores humanos. Contra el Aristóteles de los escolásticos, apelaba a Cicerón y al mayor de los ciceronianos, S. Agustín. Hay más de mil referencias a

---

45 Reeditada por P. G. Ricci en *La Letteratura Italiana,* Storia e Testi, 7 (1955), *Prose,* págs. 2-19: «Posteritati» = *Senilium rerum libri,* XVIII.

S. Agustín en los escritos de Petrarca[46]. El primer libro que pudo permitirse comprar, en 1325, en Aviñón, fue el *De civitate Dei*[47], y siempre llevaba consigo un pequeño ejemplar («pugillare opusculum» [librillo de mano]) de las *Confesiones*[48], regalo del monje agustino Dionigi; se hallaba en su bolsillo, incluso cuando alcanzó la cima del Mont Ventoux[49], donde lo abrió al azar, y quedó sobresaltado al toparse con las palabras del libro X, capítulo 8. Unos doce años después de comprar la *Civitas Dei*, Petrarca pudo adquirir parte del vasto comentario de San Agustín a los *Salmos*[50], del cual recibió más tarde, hacia mediados de los cincuenta, un ejemplar completo como regalo de Boccaccio. El *Secretum*[51], la más personal de las obras de Petrarca, presentada en forma de diálogo entre «Franciscus» y «Augustinus», versa sobre los Siete Pecados Capitales; el Santo examina al penitente, que o bien rechaza la acusación o bien se confiesa culpable. Incluso este examen de conciencia está lleno de referencias a la antigüedad; porque Petrarca no hacía distinción entre los clásicos y los Padres de la Iglesia[52], y coleccionaba sus textos con igual celo. Entre los Padres, veneraba particularmente a S. Ambrosio y a S. Jerónimo[53], pero

---

46 P. P. Gerosa, *Umanesimo cristiano del Petrarca. Influenza Agostiniana* (1966).

47 G. Billanovich, «Nella biblioteca del Petrarca», *IMU*, 3 (1960), 2.

48 P. Courcelle, *Les Confessions de St. Augustin dans la tradition littéraire.* Antécédents et Postérité (1963), págs. 319-51, «Un humaniste épris de confessions: Petrarque».

49 *Ep. fam.* IV 1.

50 *Enarrationes in Psalmos*, ver Billanovich, *op. cit.* (*supra*, n. 47), págs. 5 ss.

51 *Prose*, págs. 22-215, «De secreto conflictu curarum mearum», ed. Carrara (ver notas críticas, págs. 1.162 s.).

52 Sobre los «clásicos», ver *infra*, pág. 148, n. 17.

53 G. Billanovich, «Un nuovo esempio delle scoperte e delle letture del Petrarca, L'‘Eusebio-Girolamo-Pseudo Prospero’», *Schriften und Vorträge des Petrarca-Instituts Köln*, 3 (1954). Uno de los

por debajo de S. Agustín, a quien siempre consagró la primacía de su afecto. Se esforzó por seguir las enseñanzas morales de los escritores antiguos, ya académicos, estoicos o cristianos; en sus estudios literarios, tenía un solo objetivo, según expuso en uno de sus últimos escritos (después de 1363): «Tu scis, Domine, quod ex literis... nihil amplius quaesivi quam ut bonus fierem. Non quod id literas aut... omnino aliquem, nisi te unum facere posse confiderem, sed quod per literas quo tendebam iter honestius ac certius simulque iucundius existimarem, te duce, non alio... Nunquam... tam gloriae cupidus fui... quin maluerim bonus esse quam doctus» [54].

El entusiasmo imaginativo de Petrarca no se limitaba a unos pocos escritores principales; empezó a rebuscar en las bibliotecas todos los tesoros de la antigüedad romana que él consideraba como herencia propia [55]. Fue una suerte que él y otros desterrados italianos viviesen en el sur de Francia y pudiesen tener acceso sin demasiada dificultad a las bibliotecas de los monasterios franceses, especialmente los de las grandes catedrales. Los manuscritos allí escondidos estuvieron a su disposición y a la de otros eruditos en forma de ejemplares bien cuidados [56].

---

más asombrosos ejemplos del celo, cultura y memoria de Petrarca lo constituyen sus notas al *Chronicon* de Eusebio, traducido por S. Jerónimo (publicado en las págs. 26-50); y Billanovich (pág. 14) tenía toda la razón al declarar: «Il Petrarca ebbe nella storia della filologia un' importanza eguale, o persino maggiore, di quella che ebbe nella storia della poesia».

54 «De sui ipsius et multorum ignorantia», ed. P. G. Ricci, en *Prose,* 716 (cf. págs. 1.173 ss.).

55 G. Billanovich, «Il Petrarca e i classici», *Studi petrarcheschi,* 7 (1961), 24.

56 Cf. los utilísimos índices de las cartas en *Opere,* ed. naz., vol. XIII (1942): págs. 349, libri di Petrarca; 384, copisti; 401 s., libri degli antichi perduti, ritrovati, etc.; 419, s. v. scrittore: antichi scrittori classici; 423, studi dell'anchità.

En definitiva, casi todos los textos clásicos, conocidos en su tiempo, habían sido reunidos, leídos y más o menos completamente anotados en los márgenes por el propio Petrarca; fue el primer hombre de letras de los tiempos modernos que formó una biblioteca particular de esta clase[57]. Pero no sólo eso; en 1362, pensando en las antiguas bibliotecas de Alejandría y Roma, tuvo la idea, altamente original, de legar la suya (su «hija», como él la llamaba) a la República de Venecia, como núcleo de una futura biblioteca pública[58]. Pero el destino subsiguiente de los queridos libros de Petrarca fue muy distinto. En su testamento de 1370 no los mencionaba; parece que fueron trasladados a Arquà y, cuando murió ahí en 1374, padecieron la dispersión que había tratado de evitar. Sin embargo, sobrevivió una parte importante de la biblioteca, especialmente la que fue a parar a París vía Pavía[59]; y la escrupulosa obra investigadora de los eruditos modernos[60] ha identificado muchos de los otros volúmenes desparramados por Europa occidental.

Petrarca tenía buen oído para «la dulzura y sonoridad» del latín antiguo, según confesaba él mismo. Empezó a extenderse la opinión de que la belleza de la forma debía correr pareja con la belleza de la escritura. Al buscar manuscritos clásicos, Petrarca y sus seguidores tropezaron con los antiguos caracteres medievales[61], la minúscula

---

57 *Ep. fam.* III 18.2: «libris satiari nequeo, et habeo plures forte quam oportet... quaerendi sucessus avaritiae calcar est». Ver Nolhac, I, 163 ss. (poetas); II, 1 ss. (prosistas).

58 *Testamento de Petrarca,* publicado y traducido por Theodor E. Mommsen (1957), págs. 42-50 de la introducción.

59 E. Pellégrin, *La Bibliothèque des Visconti et des Sforza* (1955); cf. Martellotti (*supra,* pág. 24, n. 24), pág. XV, n. 6.

60 Ver las numerosas referencias a P. de Nolhac y a G. Billanovich.

61 Una tercera parte de los manuscritos de Petrarca y de Salutati, conocidos actualmente, pertenecen a los siglos IX-XII.

carolingia, que les parecieron de una antigüedad y belleza venerables y, por lo tanto, llamadas a resurgir. Supusimos [62] que el cambio característico de letra era debido al sentido estético de los poetas eruditos del siglo III a. de C. Ahora se inicia, de nuevo, una lenta reforma de la escritura, y en los ejemplares de Petrarca [63] pueden observarse signos de transición desde la llamada escritura gótica [64] a la humanística. No se cambiaron los caracteres en textos vernáculos, ni siquiera en los versos latinos modernos. Pero se hizo más o menos obligatorio el uso de la «littera antiqua», que Petrarca llamaba «castigata et clara» [65], para la transcripción de los textos clásicos destinados a los eruditos. Es probable que, después de los experimentos de Salutati, fuese fijado por Poggio [66] el nuevo tipo de letra.

Petrarca tenía una mente esencialmente latina, y el movimiento que inició se centró en el latín durante varias generaciones. La lengua y la literatura griegas eran casi una fantasía, un mundo de ensueño. En el hermoso códice

---

62 Ver *Historia* [I], 103.

63 J. Wardrop, *The Script of Humanism. Some Aspects of Humanistic Script 1460-1560* (1963), págs. 5 ss. y lám. I. Estas conferencias fueron pronunciadas en 1953 y publicadas después de la muerte del autor; el primer capítulo, sobre el origen de la cursiva humanística, fue escrito mucho antes de la aparición de la obra de Ullman, ver *infra*, n. 66. Cf. H. Hunger, en *Geschichte der Textüberlieferung*, I (1961), 143: «Gothico-Antiqua»... «Petrarca-Schrift». Excelentes láminas de escritura antigua, medieval y humanística, en Giuseppe Turrini, *Millennium scriptorii Veronensis dal IV al XV secolo* (1967).

64 Sobre la creación del término «gótico» por Valla, ver *infra*, pág. 70.

65 *Ep. fam.* XXIII 19.8: «non vaga quidem ac luxurianti litera (qualis est scriptorum... nostri temporis...), sed alia quadam castigata et clara».

66 B. L. Ullman, «The Origin and Development of Humanistic Script», *Storia e Letteratura*, 79 (1960), 21 ss.; lám. 4: texto manuscrito de Petrarca.

de Suetonio [67], usado por Petrarca, durante sus viajes, como ejemplar de trabajo, el copista había dejado espacios en blanco para citas y frases en griego, que parecen haber sido rellenados por el propio Petrarca en letras griegas más bien torpes. Aquí lo vemos luchando, incluso, con los elementos del alfabeto griego, pero nunca cejó en la lucha hasta el último día de su vida. En Cicerón, lo mismo que en S. Agustín, encontró a Platón citado muchas veces y altamente alabado; algunos escritos sobre Virgilio, Macrobio y el comentario de Servio le remitían constantemente a Homero, cuya sombra (como hemos visto) aparecía en un pasaje importante de su *Africa* [68]. Los arrogantes aristotélicos, los averroístas de su época, no sabían nada de Platón, mientras que Petrarca podía afirmar orgullosamente «sedecim vel eo amplius Platonis libros domi habeo» [69], sobre todo en su biblioteca de Vaucluse. Su ejemplar anotado del *Timeo latino* [70] con comentario de Calcidio existe todavía; y se sabe que poseyó el *Fedón* en la versión latina de Enrico Aristipo [71]; en su *Rerum memorandarum libri* I 25, expresó su profunda veneración por el «Philosophorum princeps». Vio más obras de Platón en la biblioteca del obispo Barlaam, monje basilio [72], que empezó (probablemente, en 1342) a

67 R. W. Hunt, «A manuscript from the Library of Petrarch» (Oxford, Exeter College, 186), *Times Literary Supplement* (23 Sept. 1960), pág. 619; G. Billanovich, «Nella biblioteca del Petrarca», *IMU*, 3 (1960), 28-58 (Un altro Suetonio di Petrarca).

68 Cf. *supra*, pág. 23.

69 «De ignorantia», ed. por Ricci en *Prose*, pág. 756; cf. Nolhac, II², 134 ss.

70 R. Klibansky, *The Continuity of the Platonic Tradition* (1939), pág. 30.

71 L. Minio-Paluello, «Il Fedone latino con note autografe del Petrarca», *Atti della Accademia dei Lincei* (1949), Ser. VIII, Rendiconti, Classe de scienze morali, storiche e filologiche, IV, 107 ss.

72 Sobre la biblioteca de Barlaam, que poseía Eur. cod. Laur., XXXII 2, ver B. Hemmerdinger, *REG*, 69 (1956), 434 s.

enseñarle algo de griego e, incluso, lo inició en Homero. En 1354, N. Sigeros [73], legado del emperador de Bizancio en la corte pontificia de Aviñón, le obsequió con un ejemplar de la *Ilíada* [74], que él aceptó con entusiasmo; pero tuvo que confesar: «Homerus tuus apud me mutus... quam cupide te audirem [75]. Solamente cuatro o cinco años más tarde, pudo Petrarca oír hablar a Homero realmente, en la traducción latina literal de Leonzio Pilato, calabrés como Barlaam y cuya lengua materna era el griego; Pilato había puesto ya en latín cinco libros de la *Ilíada*, antes de que Petrarca y Boccaccio le persuadiesen, en Florencia, de que hiciese una traducción completa de los dos poemas homéricos [76]. En una hermosa transcripción de la traducción de Pilato, el anciano Petrarca anotó con mano temblorosa la *Ilíada* entera, y la *Odisea* hasta β 242 (Parisinus 7880); una nota de Pier Candido Decembrio nos dice [77] que Petrarca murió el 23 de julio de 1374, mientras anotaba dicho volumen.

Los intentos de Petrarca por aprender griego fueron estériles; pero todos podían notar las ansias con que deseaba conocer el trasfondo griego de la literatura romana, de modo que sus esfuerzos incitaron a otros. Esto es característico de Petrarca en general: incluso cuando sus propias tentativas no tuvieron éxito, espolearon a las generaciones posteriores.

---

73 A. Pertusi, «Leonzio Pilato fra Petrarca e Boccaccio», *Civiltà Veneziana, Studi*, 16 (1964), 43-72.

74 Petrarca le había pedido también ejemplares de Hesíodo, Heródoto y Eurípides.

75 *Fam.* XVIII 2 (10 de enero de 1354); Pertusi, *op. cit.*, página 65 ss., identificó el Homero de Petrarca con el del cod. Ambros. gr., I 98 inf.

76 Un escritor anónimo hizo otra traducción de la *Odisea* en prosa latina antes de 1398, ver Pertusi, *op. cit.*, págs. 53 ss.

77 Nolhac, II², 167.

Petrarca había aprendido de Cicerón que los romanos consideraban a los griegos no sólo como modelos literarios, sino como el «pueblo más humano», el *genus humanissimum* que había dado ejemplo de cultura humana (παιδεία), válido para todas las gentes y para todas las épocas. Este nuevo concepto romano llamado *humanitas* podía encontrarse en cualquier lugar de las obras de Cicerón[78]; sin embargo, Petrarca usó parcamente la palabra. Pero hay una frase sorprendente en la carta de dedicación de la obra *De vita solitaria*[79], dirigida al obispo Felipe de Cavaillon en 1366, veinte años depués del primer bosquejo del libro: «perniciosum quoque et varium et infidum et anceps et ferox et cruentum animal est homo, nisi, quod rarum Dei munus est, humanitatem induere feritatemque deponere... didicerit». Cuando me encontré por primera vez con la frase «humanitatem induere feritatemque deponere»[80], creí que estaba tomada de una fuente antigua, probablemente de Cicerón, puesto que en él aparece «humanitas» en contraposición con «feritas»[81]. Estaba equivocado. La frase en conjunto no está tomada de otro lugar, sino acuñada por el propio Petrarca, quien combinó ingeniosamente Cic. *ad Att.* XIII 2.1: «humanitatem omnem exuimus» (cf. *Lig.* 14), con Ovid. *fast.* IV 103: «deposita... feritate» (sc. *taurus*). Esta especie de

---

78 Ver *Thes. Linguae Latinae*, s. v. humanitas; *Humanitas Erasmiana* (1931), págs. 2 ss.; F. Klingner, «Humanität und Humanitas», *Römische Geisteswelt*, 5.ª ed. (1965), 704 ss., espec. 718 ss., más las notas, y 741 ss., sobre Cicerón.

79 Ed. G. Martellotti, en *Prose*, pág. 294.1; cf. págs. 1.166 ss.

80 E. Arnold me remitió entonces a G. Paparelli, «Feritas, humanitas, divinitas, le componenti dell'Umanessimo», *Biblioteca di cultura contemporena*, 68 (1960), 31-47, en relación con el texto citado arriba; pero Paparelli no vio su relación con Cicerón y Ovidio.

81 Klingner, *op. cit.* (*supra*, n. 78), pág. 743.66: «contraposiciones a *humanitas*».

variación y combinación es precisamente un rasgo de su estilo [82] en poesía y prosa. Aquí y en unos cuantos pasajes [83] más, «humanitas» significa sentimiento humano, actitud benévola hacia nuestros semejantes, φιλανθρωπία. Pero Petrarca estaba convencido de que las *litterae* que él cultivaba preparaban el camino para los valores morales y la verdadera sabiduría; por lo tanto, había una relación precisa entre *litterae* y *humanitas*. Petrarca solía hablar de su amor y conocimiento de la «vetustas» [84]. En su carta «A la Posteridad» [85] confesaba: «Incubui unice, inter multa, ad notitiam vetustatis» [86], y sabía muy bien que su amor apasionado era contagioso: «ad haec nostra studia, multis neglecta saeculis, multorum me ingenia per Italiam excitasse et fortasse longius Italia» [87]. Así lo escribió Petrarca en 1373, poco antes de su muerte, en una carta a Boccaccio muy conmovedora, en la que exponía las razones por las que no hay que interrumpir los estudios a causa de una edad avanzada [88]. La firme creencia

82 Ver *supra*, pág. 22.

83 *Ep. fam.* VI 3.3 (con referencia a Ter. *Haut.* I 1.25); *Ep. fam.* XII 2.28; *Sen.* XIII 15.

84 Ver *supra*, págs. 27 s.

85 *Prose*, pág. 6.9.

86 Cf. «Invectivae contra medicum quendam» (*Opera*, ed. de Basilea, 1554, reimpresa en 1965, pág. 1.199): «nihil mihi carius quam vetustas ipsa, cuius venerator nostra aetate nisi fallor nemo †inde maior fuit».

87 *Senil. rer.* 1.XVII 2 = *Prose*, pág. 1144.14.

88 *Prose*, págs. 1.134 ss., 1156.24 s.: «An tu vero forsitan non Ecclesiasticum illum audisti: 'cum consumaverit homo tunc incipiet, et cum quieverit tunc operabitur'». Martellotti cita en su documentación al *Eccles.* 18:6: «...cum quieverit, aporiabitur». Esta nota desorienta, porque supone que «aporiabitur» es el texto tradicional de la Vulgata. En realidad, es el texto de nuestras ediciones desde 1598, fecha de la edición clementina, hasta la *Biblia sacra*, Vulgatae editionis nova editio, 1955, pág. 917; pero casi todos los manuscritos, aproximadamente treinta, dicen «operabitur», según muestra la nueva edición crítica que aún no estaba a disposición

en el efecto duradero de su obra, expresada en estas proféticas palabras, quedó confirmada por sus más fieles admiradores de la generación siguiente. En los *Dialogi*[89] de Leonardo Bruni, del año 1401, Niccolò Niccoli dice sobre Petrarca: «Hic vir studia humanitatis, quae iam extincta erant, reparavit»; y unos meses más tarde, Salutati usó la misma expresión «studia humanitatis»[90]. Parece que el origen y sentido de estos estudios quedó establecido así en las animadas discusiones del culto círculo florentino. Se nos ha dicho muchas veces que el humanismo nació de las condiciones sociales y políticas de las nuevas ciudades-estado ya consolidadas; y es verdad que esas condiciones se hicieron cada vez más favorables al desarrollo y discusión de las ideas de Petrarca. Sin embargo, esas ideas se originaron en su propia mente; no surgieron del espíritu de la sociedad de su tiempo, de la cual siempre habló con desprecio («mihi semper aetas ista displicuit»)[91]. Como sus estudios de la antigüedad fueron denominados poco después «studia humanitatis» por los miembros rectores del círculo florentino, la filo-

---

de Martellotti: *Biblia sacra iuxta Lat. vulg. versionem,* XII (1964), Sirach, 18:6, y según confirmará la edición crítica de la *Vetus Latina* (en preparación en Beuron). Estoy muy agradecido al Dr. Buchwald, del *Thesaurus Linguae Latinae* de Munich, por su amable ayuda. — No decidiré si «aporiabitur» (que corresponde al texto griego ἀπορήσεται y se conserva también en Ambros., *Expos. psalmi* 118 [*CSEL,* 62], serm. 8.17.3) o bien «operabitur» es la lección original de la Vulgata. Baste con hacer constar que Petrarca citó el texto corriente en los manuscritos medievales.

89 L. Bruni, «Ad Petrum Paulum Histrum dialogus», ed. por Th. Klette, *Beiträge zu Geschichte und Literatur der italienischen Gelehrtenrenaissance,* 2 (1889), 80. W. Brecht, en K. Brandi, *Das Werden der Renaissance* (1908), págs. 22 ss., fue el primero en referirse a este importante pasaje. Ver *infra,* pág. 61.

90 C. Salutati, *Epist.* III pág. 599, ed. Novati: «Erit aliquis studiis humanitatis locus».

91 «A la Posteridad», *Prose,* 6.10, etc.

logía crítica que él restableció, quedó amalgamada para siempre con el concepto de *humanitas*, cosa que no ocurrió con ninguna otra rama de la filología. Esta unión, como veremos, involucró muchos problemas en el transcurso del tiempo; fue debido, como hemos tratado de explicar, al impulso personal de un genio poético original.

Desde que Petrarca fue celebrado, poco después de su muerte, por haber sido el primero en restaurar los «studia humanitatis», podemos aplicar propiamente el término moderno de «humanismo» [92] a la época de esta restauración. En la propia fraseología de Petrarca «humanitas» significaba φιλανθρωπία, pero fue usada por Salutati y Bruno para describir los estudios literarios de Petrarca. De la misma manera, fue acuñado en el siglo XIX el neologismo germánico «Humanismus» para designar una teoría de la educación (1808) [93], usado después para indicar el movimiento cultural opuesto al «Escolasticismo»

[92] Es de desear una visión de conjunto de los estudios modernos sobre humanismo; no puede aquí resumirse ni en el texto ni en las notas. El acceso a los textos originales resulta ahora más cómodo gracias a la colección de fragmentos de *The Renaissance Debate*, editado por Denys Hay (1965) con breve introducción y adiciones. El estudio de Hay no se limita, por supuesto, al propósito de mi libro sobre filología. W. K. Ferguson, *The Renaissance in Historical Thought. Five centuries of interpretation* (Cambridge, Mass., 1948), señaló todas las variantes en la concepción e interpretación del Renacimiento; ver, especialmente, págs. 386 ss.

[93] F. Niethammer, *Der Streit des Philanthropinismus und Humanismus in der Theorie des Erziehungsunterrichts unserer Zeit* (1808). En este título el primer *-ismus* (derivado del «Philanthropinum» de Basedow) parece haber provocado el segundo *-ismus*; esta nueva formación fue aceptada por todas las lenguas europeas en el transcurso del siglo XIX. No es superfluo recordar el *origen* de esta palabra tan discutida, ya que se olvida tantas veces. Ver W. Rüegg, *Cicero und der Humanismus* (1946), págs. 2 ss., y W. Kaegi, *Humanismus der Gegenwart* (1959), págs. 24 ss., 58 ss. (sobre «humanista»). [En Esp. introdujo el térm. M. Pelayo (*ca.* 1875).]

(1841)[94] y, finalmente (1859), aplicado al período del resurgir de los estudios clásicos[95] por Georg Voigt, cuyo libro sobre ese período llevaba el subtítulo de «El primer siglo del Humanismo»[96]. Durante una centuria ha sido este libro la obra clásica sobre dicho tema, consultado por todos los estudiosos del renacer de la antigüedad clásica en Italia[97]. Es una colección de materiales sobria, sólida, de fácil lectura y que, aunque anticuada en muchos aspectos, puede, incluso ahora, facilitar información útil. Pero tiene también sus peligros, por cuanto Voigt se permite expresar sus propias opiniones sobre las tendencias y aciertos de los humanistas italianos. Mirándolos desde el punto de vista del liberalismo protestante alemán, llamó pueriles y fantásticos los fines literarios, educativos y religiosos de los italianos, y lamentó la falta en ellos de alma teutónica. Resulta una extraña paradoja que un hombre, con semejante punto de vista, se haya sentido impulsado a realizar estas detalladísimas y amplias investigaciones sin ninguna comprensión ni compenetración objetivas; lo mismo podría decirse acerca de su extensa monografía sobre Aeneas Silvius Piccolomini[98].

---

94 K. Hagen, *Deutschlands literarische und religiöse Verhältnisse im Reformationszeitalter,* I (1841); únicamente me ha sido asequible la segunda edición (1868), ver cap. I, pág. 39: «Repräesentanten des Humanismus», pág. 79: «Annäherung an den Humanismus», etc.

95 Georg Voigt, *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus,* 1.ª ed., 1859.

96 4.ª ed. (unveränderter Nachdruck der... dritten Auflage), Berlín (1960), W. de Gruyter.

97 Ver J. A. Symonds, *The Renaissance in Italy,* vol. II, «The Revival of Learning» (1877, 2.ª ed., 1882); J. E. Sandys, *Harvard Lectures on the Revival of Learning* (1905).

98 G. Voigt, *Enea Silvio Piccolomini als Papst Pius der Zweite und sein Zeitalter,* 3 vols. (1856-63).

Un año después del *Wiederbelebung* de Voigt, apareció una de las obras más brillantes e influyentes de la filología, escritas en el siglo pasado, una obra maestra de reconstrucción histórica en perfecta prosa alemana: *Die Kultur der Renaissance in Italien,* de Jacob Burckhardt. La primera edición [99] fue llamada modestamente por el autor «Ein Versuch». La sección, algo pequeña, «Die Wiedererweckung des Altertums» no trata la historia de la cultura [100] en Italia, sino de la reproducción de la antigüedad en la literatura y en la vida, de la fusión del espíritu reencarnado de la antigüedad romana con el carácter nacional italiano («mit dem italienischen Volksgeist»), hacia el cual sentía una inclinación espontánea y permanente. Se supone que Jules Michelet fue el primer historiador moderno que aplicó el amplio término «Renaissance» a la época entera [101]; pero, aunque Burckhardt no lo creó, fue él quien lo hizo popular, y su ensayo es el punto de partida de todas las subsiguientes discusiones sobre el origen y concepto del «Renacimiento». Un fogoso adversario de Burckhardt fue Konrad Burdach [102],

---

99 Solamente fueron auténticas esta edición (Basilea, 1860) y la segunda (1869); en las diez ediciones siguientes (en dos volúmenes, 1877-1919) se fueron añadiendo notas y digresiones constantemente, hasta que la decimotercera edición volvió a la original, que está reimpresa, con una importante introducción de W. Kaegi, en el vol. V (1930) de sus obras completas en catorce volúmenes (Stuttgart, 1929-34).

100 Él mismo lamentaba no poder remitir a «una buena y detallada historia de la filología».

101 *Histoire de la Françe,* vol. VII (1855), citado por Burckhardt, pág. 219.1. Quizá pueda reclamar la prioridad una colección con el título *Le Moyen Âge et la Renaissance...,* Direct. litt. Paul Lacroix, 5 vols. (París, 1848-51); hasta donde puedo afirmarlo, la colección no ha sido mencionada en la discusión. Sobre la historia de la palabra, ver B. L. Ullman, «Renaissance, the word and the underlying concept», en *Studies in the Italian Renaissance* (1955), págs. 1 ss.

102 *Vom Mittelalter zur Reformation,* 11 vols. (1893-1937).

que creyó reconocer el verdadero origen de la nueva época en los caprichos y visiones, éxtasis e ideas de Còla di Rienzo sobre el renacer de Roma (con Rienzo como tribuno). Pero, si nos atenemos a la división tradicional de los períodos históricos, la riqueza del material publicado e interpretado por Burdach y sus colaboradores nos presenta al misticismo pseudo-religioso de Rienzo como característico de la turbulenta disolución de la Edad Media, no como heraldo de una nueva época. Después de Burckhardt, el más valioso y reciente tratado de los principales problemas del Renacimiento fue *Gesammelte Studien zur Geistesgeschichte der Renaissance* (1932), de E. Walser [103]; no era la obra de un historiador, sino la de un profesor de lenguas románicas de Basilea que sentía un auténtico amor hacia todo lo italiano y que, como biógrafo de Poggio, había adquirido un profundo conocimiento de la literatura del Renacimiento. Protestó contra las simplificaciones y exageraciones de los seguidores de Burckhardt, sobre todo contra la afirmación general de que el Renacimiento era un período irreligioso, pagano e ilustrado, en agudo contraste con la Edad Media, y acentuó la necesidad de una nueva y cuidadosa interpretación de las manifestaciones, llamadas antimedievales, contra la vida de la Iglesia y contra la filosofía escolástica. Los ensayos de W. Dilthey, *Weltanschauung und Analyse des Menschen seit Renaissance und Reformation*, escritos a partir de 1891 [104], suponen muchas y buenas ideas generales. En

103 W. Kaegi coleccionó y editó estos estudios, después de la prematura muerte de su autor, con una extensa introducción: «Über die Renaissanceforschung E. Walsers». La colección contiene también las seis conferencias en alemán pronunciadas en Cambridge en 1926: «Problemas humanos y artísticos del Renacimiento Italiano», págs. 211-326; ver, especialmente, «Das antike Ideal» y «Homo et Humanitas», págs. 308 ss.

104 W. Dilthey, *Gesammelte Schriften*, II² (1921), 19 ss., 322-6, y *passim*.

realidad, como hemos visto en los párrafos sobre Petrarca y veremos en nuestra descripción del período que media entre Petrarca y Erasmo, el Renacimiento no fue anticatólico, anticristiano, ni ateo, sino que fue un período en el que los hombres trataban de encontrar una piedad más personal y nuevas expresiones de pensamiento religioso. Hubo un cambio lento dentro de la Iglesia que apuntaba a una reforma, no a una negación del pasado. Estas nociones y otras similares probablemente habrían ocupado el centro del gran plan de Walser en una «Geistesgeschichte der Renaissance»; habría sido el coronamiento necesario del capítulo definitivo de la *Kultur der Renaissance.*

Los estudios de dos eruditos italianos sirven de complementos críticos a la obra de Burckhardt: G. Toffanin, que adoptó una postura enérgica, en sus libros sobre el humanismo [105], contra el supuesto «paganismo» del Renacimiento italiano, y E. Garin, que colmó de manera competente el vacío que había quedado en Burckhardt por la ausencia de una sección sobre filosofía del Renacimiento [106]. Para nuestro propósito son indispensables las *Scoperte* de R. Sabbadini, tantas veces citadas, sobre el descubrimiento de los manuscritos clásicos, y también sus muchos escritos sobre el humanismo italiano, aún no asequibles, por desgracia, en una reimpresión de conjunto [107]. P. O.

---

105 G. Toffanin, *Storia del' umanesimo dal XIII al XVI secolo,* 2.ª ed. (1940), con bibliografía en págs. 369-88. (Nuova edizione 1964, 4 vols.) No es fácil seguir la marcha a veces retorcida de su pensamiento; cuando pospone «la nàscita della filologia» hasta el final del siglo XVI (págs. 319 ss.), queda refutado por los testimonios, ahora asequibles, desde Petrarca hasta Valla.

106 E. Garin, «L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento», *Biblioteca di cultura moderna,* núm. 493, 2.ª ed., 1958 (ver, especialmente, págs. 11 s., 64 y 82 ss.).

107 Ver la bibliografía de sus libros y artículos desde 1878 a 1932 en *Fontes Ambrosiani,* II (1933), y en R. Sabbadini, *Storia e*

Kristeller ha catalogado una serie de manuscritos humanísticos del Renacimiento tanto de la literatura italiana como de otras literaturas[108]. Los *Studies in the Italian Renaissance* (1955) de B. L. Ullman, especialista en literatura y paleografía clásica, medieval y renacentista, contienen mucho material nuevo, y W. Rüegg, que empezó con investigaciones estilísticas sobre Petrarca[109], ha continuado y ampliado sus estudios sobre todo este período[110].

Giovanni Boccaccio (1313-75) era nueve años más joven que Petrarca y murió pocos meses después que él[111]. Le era muy adicto y estaba ansioso de fomentar y extender su fama, especialmente en Florencia[112]. Petrarca, por su parte, no podía dejar de reconocer y apreciar las cualida-

---

critica di testi latini (2.ª ed., 1971), la bibliografía, págs. XI-XII, desde 1873 a 1936; pero no hay colecciones reimpresas. Sin embargo, en la pág. X de la 2.ª ed. de la *Storia e critica* prometió que pronto seguirían *Opere minori*, «alcuni volumi», en la colección Medioevo e Umanesimo.

108 P. O. Kristeller, *Iter Italicum*, I (1964), II (1967); cf. la autorizada reseña de G. Billanovich, en *Gnomon*, 42 (1970), 27 ss.

109 Ver *supra*, pág. 20, n. 12.

110 Ver, especialmente, las Züricher Ringvorlesungen, en *Erasmus-Bibliothek*: «Das Trecento» (1960), págs. 139 ss., y «Das Erbe der Antike» (1963), págs. 95 ss., con nuevas referencias. Los principales problemas del Humanismo y del Renacimiento italiano vuelven a ser discutidos por Ch. Trinkaus, *In Our Image and Likeness. Humanity and divinity in Italian humanist thought*, 2 vols. (1970).

111 Breve biografía por E. Walser, en *Gesammelte Studien zur Geistesgeschichte der Renaissance* (1932), págs. 38 ss. Sobre la complicada tradición de los numerosos escritos de Boccaccio, particularmente sobre los autógrafos, ver Pasquali, *Storia*, págs. 443 ss., y G. Folena, en *Geschichte der Textüberlieferung*, II (1964), 503 ss.— «Epistularum quae supersunt», en *Opere minori*, ed. A. F. Massèra (Bari, 1928), págs. 109-227.

112 G. Billanovich, «Petrarca leterato I. Lo scrittoio del Petrarca», *Storia e Letteratura*, 16 (1947), 57-294: «Il piu' grande discepolo» [i. e. Boccaccio].

des filológico-literarias de su seguidor, aunque la naturaleza, intereses y logros de Boccaccio diferían ampliamente de los suyos propios. Boccaccio, hijo ilegítimo de una francesa y de un mercader italiano de Certaldo, había nacido en París; se crió en Nápoles, fracasó como comerciante y como estudiante de Derecho Canónico, pero tuvo gran éxito como narrador de las breves historietas, en parte frívolas y en parte moralizadoras, compiladas bajo el famoso título de *Decamerón*. Alcanzó la cima de su perfección artística en las narraciones serias del décimo día, que impresionaron tanto a Petrarca que incluso tradujo al latín la novela final de Griselda (*De insigni oboedientia et fide uxoria*) y discutió el tema en su correspondencia con Boccaccio. Nos dicen que una visita a la tumba de Virgilio en Nápoles despertó el entusiasmo duradero de Boccaccio por la poesía antigua [113]. Pero, a pesar de su sincero amor por Virgilio, Dante y Petrarca, y aunque produjo un buen número de poemas líricos y épicos en su lengua nativa, era realista por naturaleza y le interesaban más las cosas que las palabras.

Esto queda patente en sus colecciones eruditas de material mitológico, histórico y geográfico antiguo. Las *Genealogie* [*sic*] *deorum gentilium* [114] están basadas en el llamado *Mythographus Vaticanus* III de la baja Edad Media [115], pero debe mucho a la ayuda del greco-calabrés

---

113 F. Villani, *De civitatis Florentiae famosis civibus*, ed. G. C. Galletti (1847), pág. 17.

114 La reciente edición de V. Romano (Bari, 1951, Scrittori d'Italia, 200-1) presenta el texto del ejemplar personal de Boccaccio (Cod. Laur. plut., LII, 9).

115 O. Gruppe, «Geschichte der klassischen Mythologie und Religionsgeschichte, *RML*, Supplement (1921), 22 ss.; H. Liebeschütz, «Fulgentius Metaforalis», *Studien der Bibliothek Warburg*, 4 (1926), 20 ss., J. Seznec, «The Survival of the Pagan Gods», *Bollingen Series*, 38 (1953), 220 ss.

Leonzio Pilato [116] y a sus notas sobre la traducción de los poemas homéricos. Las *Genealogías* de Boccaccio no sólo fueron fuente inagotable para los aficionados a la mitología, sino también de inspiración para los poetas [117] y artistas del Renacimiento hasta mediados del siglo XVI, cuando quedaron más o menos superadas por la *Mythologia* de Natalis Comes (1551) [118]. La obra de Boccaccio conservó explicaciones de mitos de la antigüedad tardía y medievales según la tradición alegórica de los Estoicos [119]. En sus comparaciones entre mitos antiguos y leyendas cristianas parece introducirse un ligero desplazamiento del énfasis en favor de los clásicos, inconcebible en tiempos pre-renacentistas.

En una obra, popular durante dos siglos, los errores son a veces de consecuencias curiosas. Por ejemplo, en el primer libro, la genealogía de los dioses va encabezada por el dios «Demogorgon» [120] como padre de Urano. Ese misterioso nombre, que suena tan arcaico, se abrió paso en la poesía italiana [121] desde el *Orlando innamorato,* de

---

116 Ver Pertusi (*supra,* pág. 36, n. 73), págs. 295 ss.; L. Pilato prefiere escribir «genologie».

117 Fueron consultadas por Chaucer poco después de la muerte de Boccaccio, ver Chaucer, *Complete Works,* ed. W. W. Skeat, III (1894), 40, 345 s., cf. II 41.

118 Las *Genealogie* de Boccaccio fueron reimpresas y más o menos comentadas por J. Micyllus en 1532. La mitología de L. G. Gyraldus, *De deis gentium varia et multiplex historia* (1548), causó menos efecto, desgraciadamente, que la *Mythologia* de Conti; sobre ambos, ver Gruppe, págs. 32 ss., y K. Borinski, «Die Antike in Poetik und Kunsttheorie» II, *Das Erbe der Alten,* 10 (1924), 29 s. Seznec (*supra,* pág. 46, n. 115), págs. 229 ss.

119 Ver *Historia* [I], 419 s.

120 *Geneal.,* ed. Romano (*supra,* pág. 46, n. 114), I, 12.19 ss.: «Demogorgonem... quem profecto ego deorum gentilium omnium patrem principiumque existimo»; pág. 14.27, referencia a Lactantius Placidus.

121 Sobre Demogorgon en general y para muchos detalles, ver la excelente monografía de C. Landi, *Demogòrgone,* con saggio di

Boiardo, y los *Cinque canti,* de Ariosto (no el *Orlando furioso*), hasta Carducci y D'Annunzio; en la literatura francesa, desde el *Mystère de la Passion,* de Arnoul Gréban, hasta Rabelais y Voltaire, e, incluso, con mayor vigor aún, en las obras maestras de la poesía inglesa [122], desde el siglo XVI hasta el XIX; parece que Spencer, en su *Faery Queene,* fue el primero en introducir lo que Milton llamó más tarde «el temido nombre de Demogorgon» [123]. Sin embargo, Demogorgon no tiene el menor parentesco con el temible dios hurrita Kumarbi, recientemente descubierto, que puede tener relación con el Crono de Hesíodo [124], sino que se trata de una palabra antes inexistente, debida a un «lapsus calami». En la fuente de Boccaccio, los escolios sobre Stat. *Theb.* IV 516 (el llamado Lactantius Placidus) [125], un copista medieval alteró «Demiurgon»

---

nuova edizione delle «Genealogie Deorum Gentilium» del Boccaccio e silloge dei frammenti di Teodonzio (Palermo, 1930); sobre la poesía italiana, ver págs. 7 ss. Sobre la literatura francesa, ver M. Castelain, *Bulletin de l'Association Guillaume Budé,* 36 (1932), 28 ss. Don Cameron Allen, *Mysterious Meant. The rediscovery of pagan symbolism and allegorical interpretation in the Renaissance* (1970), págs. 216 s., 223, 230.

122 Referencias en Castelain, *loc. cit.* (n. 121), en el *Oxford English Dictionary,* III (1933), s. v. Demogorgon, y en Seznec, *op. cit.* (pág. 46, n. 115), pág. 312, a Spencer, Robert Greene, Marlowe, Dryden, Milton, Shelley. Puedo añadir otra, posterior y menos solemne, en una de las primeras novelas de George Meredith, *Evan Harrington* (publicada, primeramente, en 1859/60), edición de Mickleham (1922), pág. 26: «tailordom, or Demogorgon, as the Countess was pleased to call it».

123 *Paraíso perdido,* II 965; cf. «Prolusiones oratoriae», *Opera latina* (1968), pág. 340.

124 *Historia* [I], 56.32.

125 P. Wesner, *RE,* XII (1925), 356 ss., 358.61, sobre Boccaccio. Cf. *supra,* pág. 47, n. 120: No puedo determinar si Boccaccio se sirvió del propio Lactancio a quien cita, o extrajo su noticia indirectamente de Teodoncio (ver n. 127). La palabra corrupta se conserva también en la colección medieval tardía de Schol. Lucian., ed. C. F. Weber (1831), págs. 497 s.

por «Demogorgon»[126]. No siempre podemos comprobar el origen, en Boccaccio, de nombres y referencias raros o únicos, como podemos hacerlo en este caso; pero no hay razón para considerarlo sospechoso de engaños y falsificaciones, puesto que es probable que tuviese ocasión de utilizar fuentes mitológicas ya desaparecidas[127].

Siguiendo el ejemplo del *De viris illustribus*, de Petrarca, Boccaccio publicó dos colecciones biográficas, *De mulieribus claris* y *De casibus virorum illustrium*[128], en las cuales no busca tanto la verdad histórica[129], como el esparcimiento, mezclando áridos catálogos de mujeres con historietas picantes e ilustrando las trágicas caídas de hombres famosos, desde Adán y Eva hasta su propio tiempo, con digresiones y reflexiones morales. Fue un caso de buena suerte que, unos doscientos años más tarde, el gran pintor francés Jean Fouquet y sus discípulos iluminasen un ejemplar de la traducción francesa del *De casibus* con veintidós miniaturas magníficas[130]. Una compila-

---

126 El primero en restablecer el texto fue L. G. Gyraldus, *De deis gentium... historia* (1548), en su «epistola nuncupatoria», páginas 2 ss. Esto pasó inadvertido, pero otros (Th. Gale, C. G. Heyne), independientemente, hicieron la misma conjetura, que ahora queda confirmada por la lección «demoirgon», del mejor manuscrito de Stat. Schol., ver la edición de Jahnke (1898), y F. Cumont, *RE*, V (1905), 1. Se equivocaron los escépticos que no aceptaron la enmienda (así, Lobeck, *Aglaophamus*, I [1829], 600 n., el *Oxford English Dictionary*, y G. Highet, *The Classical Tradition* [1949], pág. 678, en su desorientadora nota 51).

127 Ver, especialmente, Landi, *Demogòrgone* (*supra*, pág. 47, n. 121), pág. 23, sobre Teodoncio, y sobre Cal., mi nota al fr. [818], pero no se puede otorgar la misma confianza a Natalis Comes, ver sobre Cal. fr. 378, y ahora Jacoby, *FGrHist* III, Suplemento I (1954), 240 s.

128 Sobre los manuscritos y ediciones de todas sus obras latinas menores, ver *Geschichte der Textüberlieferung*, II, 522 s.

129 Ver *supra*, pág. 23.

130 El original es uno de los motivos de orgullo de la Bavarian

ción más modesta, pero útil y, durante un siglo o dos, popular, fue el diccionario geográfico por orden alfabético *De montium, sylvarum, fontium nominibus*, basado en Vibius Sequester; en él expresó su ingenua confianza en la infalibilidad de los autores antiguos [131]; pero, cuando vio con sus propios ojos en Italia que alguno de aquellos datos eran falsos, anotó: «mallem potius eorum auctoritati quam oculis credere meis».

En contraste con Petrarca, Boccaccio persistió en la línea de la tradición precrítica. Cuando estaba entusiasmado con Livio [132], trató de traducir la tercera y cuarta Décadas, no de restablecer el texto; y, cuando continuó la búsqueda de manuscritos de escritores latinos perdidos, se contentó con la recuperación de los códices sin ningún intento de crítica textual. El Tácito de Monte Cassino (*Ann.* XI-XVI, e *Hist.* I-V) se considera, en general, como el más espectacular de sus últimos descubrimientos [133]; pero de eso no se ha encontrado testimonio irrefutable. No hay duda de que Boccaccio poseía un ejemplar de las partes de los *Anales* e *Historias*, desconocidas antes del siglo XIV [134], puesto que las usó al hacer adiciones a su obra sobre *Mujeres célebres* y en el comentario a Dante,

---

State Library (Cod. gall., 6); en 1965, W. Pleister publicó un facsímil con traducción y notas.

131 Ver *Historia* [I], 412.131; cf. *ibid.*, pág. 73, sobre la tiranía del libro.

132 G. Billanovich, *Giornale storico di letteratura italiana*, 130 (1953), 311 ss., y M. T. Casella, «Nuovi appunti attorno al Boccaccio traduttore di Livio», *IMU*, 4 (1961), 77-129; cf. *Geschichte der Textüberlieferung*, II, 520 s.

133 R. Sabbadini, *Le scoperte dei codici Greci e Latini*, I (1905), 29 s., II (1914), 254; Tacit., ed. Koestermann, I^2 (1965), VI s.

134 K. J. Heilig, *Wiener Studien*, 53 (1935), 95 ss., sugirió la probalidad de que Paulinus Venetus (m. en 1344, siendo obispo de Pozzuoli) extractase *Ann.* XIII-XV para su *Mappa Mundi*, utilizando el Cod. Med., II; pero se siente escéptico en lo que se refiere a Boccaccio.

escrito hacia el final de su vida, pero ni él mismo, aunque más bien comunicativo en sus cartas y escritos, ni ninguna otra fuente contemporánea digna de confianza, pretendió que él fuese el descubridor. Esa creencia depende de una combinación de dos testimonios: por una parte, el romántico relato referido por el discípulo de Boccaccio, Benvenuto Ramboldi da Ímola, en su comentario, inmensamente erudito de la *Commedia* de Dante [135], de cómo visitó Boccaccio la ruinosa biblioteca del Monasterio de Monte Cassino y prorrumpió en llanto al ver la incuria en que yacían los preciosos códices; por otra, el hecho de que un códice de Tácito, en escritura lombarda del siglo XI, procedente de la biblioteca de Monte Cassino [136], estaba en manos de Niccolò Niccoli antes de 1427 [137]. Suponer que Boccaccio sustrajese de Monte Cassino este manuscrito y silenciase el hurto [138] es una mera sospecha. Tampoco puede probarse la suposición de que se llevase de Monte Cassino el arquetipo de nuestros manuscritos del *De lingua latina* de Varrón (Cod. Laur. 50.10) [139], pero

135 «illud quod narrabat mihi iocose venerabilis praeceptor meus Boccaccius de Certaldo». *Commentum super Dantis Commediam*, ed. J. Ph. Lacaita, V (1887), 301 s.; Benvenuto había oído en Florencia las conferencias de Boccaccio sobre Dante en 1372, ver Sabbadini (*supra*, n. 133), II, 154.25. Cf. F. Corazzini, *Le lettere edite e inedite di Messer Giovanni Boccaccio* (1877), págs. XXXV s.

136 Facsímil en *Codices Graeci et Latini phototypice depicti*, VII, 1, 2, con prefacio de E. Rostagno (Leiden, 1902).

137 Poggio, *Epist.* III 14; vía S. Marcos de Florencia llegó este manuscrito a la Biblioteca Laurentiana, ahora cod. Laur., 68.2 = Mediceus, II.

138 Según Cornelia C. Coulter, «Boccaccio and the cassinese manuscripts of the Laurentian Library», *Class. Philology*, 43 (1948), 217 ss., probablemente no fue Boccaccio, sino Niccolò Acciaiuoli el responsable del hurto. Sobre este aventurero político y coleccionista de libros, ver Voigt, *Wiederbelebung*, I, 452 ss.

139 Sabbadini, *Scoperte*, I, 30 s., es más bien optimista en relación con la pretensión de Boccaccio; sobre el códice, ver Varrón, *De lingua latina*, ed. G. Goetz - F. Schoell (1910), págs. XIV ss.

es casi seguro que él fue el primero en hacerse con Marcial, Ausonio, el *Ibis* de Ovidio, partes del *Appendix Virgiliana* y los *Priapeia,* Fulgencio y Lactancio Plácido [140]. Su comentario sobre los dieciesiete primeros cantos de la *Divina Commedia* [141] era, en gran parte, una colección erudita de información biográfica acerca de autores latinos y un primer intento, aunque modesto, de una «historia» moderna de literatura latina [142]. Tampoco se limitó a la literatura latina; en su nota al verso «Omero poeta soverano» acumulaba todo lo que había extractado acerca del «origen, vida y estudios de Homero». Boccaccio debió sus escasos conocimientos de cosas griegas a Leonzio Pilato [143]. Prestó un gran servicio práctico a la filología clásica, al invitar, hacia 1360, a ese hombre, más bien repelente, a que enseñase griego en Florencia, y aunque Boccaccio nunca fue un hombre de posición o de influencia en los círculos oficiales, le dio, incluso, hospitalidad en su propia casa durante los tres años que fueron invertidos en la primera traducción moderna de Homero en prosa latina.

---

140 Sabbadini, *op. cit.,* pág. 33.

141 *Il comento alla Divina commedia,* ed. D. Guerri, Scrittori d'Italia, 84-6 (1918); sobre Homero, ver II, 24 ss.; sobre Horacio y otros poetas latinos, II, 29 s. Ver también la fuerte crítica de la edición de Guerri y la promesa de una nueva edición por G. Padoan, *L'ultima opera di G. Boccaccio «Le Esposizioni sopra il Dante»,* Publicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia, Università di Padova, 34 (1959).

142 En la generación siguiente, Sicco Polentonus compiló la vasta y muy densa, «Scriptorum Illustrium Latinae Linguae Libri XVIII», ed. B. L. Ullman, *Papers and Monographs of the American Academy in Rome,* 6 (1928), pero parece que su *magnum opus* no se debe al anterior intento de Boccaccio.

143 Ver *supra,* pág. 36, n. 73.

II

LA SEGUNDA Y TERCERA GENERACIÓN: SALUTATI, BRUNI, NICCOLI, POGGIO

En Florencia tuvo lugar, en 1350, el primer encuentro de Boccaccio con Petrarca; allí el traductor de Homero, L. Pilato, fue huésped de Boccaccio unos dos años más tarde y allí fue elegido Boccaccio para dar la primera de las conferencias sobre Dante, iniciadas en 1373. Y al monasterio florentino de Santo Spirito terminó legando Boccaccio más de un centenar de manuscritos. Petrarca y Boccaccio fueron hombres de letras, sin ningún cargo oficial en la sociedad o en la política. Eran literatos itinerantes y tuvieron que confiar en protectores ilustrados. Pero en la póxima generación, cuando la ciudad-estado de Florencia quedó firmemente establecida, los seguidores de Petrarca se elevaron a las más altas posiciones sociales y políticas.

Coluccio Salutati (1331-1406), nacido junto a Lucca y educado en Bolonia, en la escuela de retórica del amigo de Petrarca, Pietro da Muglio, se convirtió en Canciller de Florencia en 1375, poco después de la muerte de Petrarca y de Boccaccio [1]. Había tenido frecuentes contactos con

[1] B. L. Ullman, «The Humanism of Coluccio Salutati», *Medioevo*

ambos, pero nunca se había visto con Petrarca; su amistad fue puramente epistolar. En contraste con Petrarca, cuyo nacionalismo romano era más bien literario y abstracto, Salutati fue, durante treinta años, un verdadero patriota florentino y un político práctico. El título de su opúsculo *De vita associabili et operativa*[2] (que interrumpió tras el repentino fallecimiento de su mujer y que ya no completó nunca) es característico de él y suena como una réplica a *De vita solitaria de Petrarca*[3], pero la unión, en una persona, de los «studia humanitatis» (expresión nueva[4] que le agradaba usar) con la «vita activa» al servicio de la nueva ciudad-estado contribuyó decisivamente a formar el espíritu del *Quattrocento* florentino; la mejor prueba de esto son los centenares de cartas suyas que todavía se conservan. Como Canciller[5], Salutati fue el escritor oficial de cartas; y las cartas escritas en nombre de la ciudad de Florencia deberían ser objeto de estudio juntamente con sus cartas particulares (344 en la edición de Novati), pero hasta ahora no hay ninguna colección completa de sus epístolas oficiales[6]. Se cuenta que el Duque Gian Galeazzo Visconti, durante la guerra entre Florencia y Milán iniciada en 1390, hizo la obser-

---

e Umanesimo, 4 (1963); Salutati, *Epistolario,* ed. F. Novati, 4 vols., 1891-1911.

2 *Epistolario* I 156 (carta a Boccacio de fines de 1371. La identificación, en *Prosatori,* pág. 3, de este tratado político (citado por Novati en pág. 156 de la edición de las cartas) con el *Bucolicon carmen* (cit. *ibid.,* pág. 157) que Salutati envió a Boccaccio, es un curioso desliz.

3 Ver antes, pág. 37.

4 Ver antes, pág. 39, n. 90.

5 E. Garin, *La cultura filosofica del Rinascimento Italiano* (1961), págs. 3 ss.: «I cancellieri umanisti della Republica Fiorentina da Coluccio Salutati a Bartolomeo Scala».

6 Ver Ullman, *op. cit.* (53, n. 1), pág. 19.

vación de que un millar de jinetes florentinos le hacían menos daño que las cartas de Salutati[7].

Este infatigable escritor de cartas no fue el descubridor de las llamadas *Epistulae ad familiares*, de Cicerón, como se ha sostenido[8], pero fue el primero en conseguir los dieciséis libros, que se hizo copiar en 1392 (Laur. 49.7), de un manuscrito de Vercelli (Laur. 49.9)[9]. Es difícil estimar debidamente la influencia del corpus ciceroniano completo sobre la epistolografía humanística. Contrariamente a Petrarca[10], Salutati supo valorar el espíritu cívico de Cicerón y su participación en la lucha por la libertad en vez de acogerse a un aislamiento literario y filosófico.

Salutati no viajó personalmente en busca de manuscritos, pero, con la ayuda de sus numerosos amigos y discípulos, pudo formar, desde 1355 en adelante, una gran biblioteca particular que se calculaba en más de 800 volúmenes: se han identificado[11] 111 que todavía existen. Era un lector voraz y adquirió un conocimiento considerable de los autores latinos antiguos. Sus cartas y libros prueban que era también un lector reflexivo y que atendía a problemas de crítica textual[12], lo mismo que de religión y filosofía[13]. No era lo que podemos llamar un erudito

---

7 *Ibid.*, pág. 14.

8 Este dislate tradicional lo repite, incluso, E. F. Jacob, *Italian Renaissance Studies* (1960), pág. 30.

9 Sabbadini, II 214; Ullman, pág. 146, n. 14. Parte de estas cartas pudieron haber sido conocidas anteriormente, ver antes, págs. 27 ss.

10 Cf. *supra*, pág. 28.

11 Ullman, págs. 129-209; cf. págs. 263-80 (libros de Salutati y sus copistas.

12 Ullman, págs. 97 ss., especialm. págs. 100 s. respecto al pasaje de *De fato* II 6.

13 Los elementos filosóficos resultantes del estudio de las *litterae* de Salutati, que señalan el camino de la *virtus*, están minuciosamente examinados en E. Kessler, «Das Problem des frühen Humanismus». Su importancia filosófica en Coluccio Salutati, *Humanistiche Bibliothek*, herausgegeben von E. Grassi, Reihe I,

fecundo, pero, con su contacto personal, hizo accesibles a otros los tesoros de su biblioteca y su propia cultura; siempre acudía a las reuniones de la *intelligentia* florentina en S. Spirito y en el Paradiso degli Alberti, y en los círculos culturales llegó a ser muy estimado como maestro de las generaciones más jóvenes.

Como otros jóvenes, empezó su carrera literaria con poemas, de los cuales sólo nos son conocidos algunos versos y títulos, citados por él mismo en sus cartas. Aunque estos escasos restos no parecen muy prometedores, sin embargo sostuvo toda su vida que la poesía es, por naturaleza, superior a la oratoria. En sus obras en prosa tampoco era un genio, de ahí que no tuvieran amplia circulación e, incluso, que algunas de ellas se hayan impreso por primera vez en época moderna [14]. Su obra más importante fue una interpretación alegórica de los trabajos de Hércules, cuyo plan, esbozado entre 1378 y 1383, aumentó más tarde hasta alcanzar cuatro libros, pero que aún quedó incompleta [15]. Las partes mitológicas de esta obra debían mucho a Boccaccio, a quien admiraba francamente; pero insertó, según parece, en homenaje al genio de Petrarca, largas y apasionadas discusiones sobre la poesía, a la que colocaba por encima de todas las otras artes: «poesim... quod merito super alias singulari promineat dignitate» [16]. Este punto, característico de

Abhandlugen Bd. I (1968). Mi capítulo sobre Salutati tenía su forma definitiva cuando el autor amablemente me informó de su nueva monografía. Desde este punto de vista, parece que Salutati ha desarrollado también un principio de Petrarca, cf. arriba, págs. 31 s.

14 Ullman, págs. 19 ss.; cf. «Prosatori latini del Quattrocento», *La Letteratura Italiana,* Storia e Testi, 13 (1952), págs. 5 s., bibliografía; sólo se ha reimpreso la parte central de la «Invectiva in Antonium Luschum», págs. 7-37; cf. pág. 1.127.

15 Salutati, *De laboribus Herculis,* ed. B. L. Ullman (1951); ambas ediciones están impresas.

16 *De laboribus Herculis,* pág. 19.32.

la época del Humanismo, aparece particularmente acentuado por Poliziano. Salutati puede ser considerado casi como el primer escritor del Renacimiento sobre teoría poética y crítica literaria [17]. No se ha descubierto ningún manuscrito griego en la biblioteca [18] de Salutati, que sólo tenía un conocimiento muy elemental de la escritura y de algunas palabras griegas; no quedan pruebas de que Leonzio Pilato le hubiera dado lecciones de esta lengua. Pero en el lento progreso de los estudios griegos en Italia se dio un nuevo paso, gracias a la energía y celo de Salutati: no invitó a un monje basilio del sur de Italia a enseñar griego en Florencia desde 1396 hasta 1400, sino a un erudito griego de Constantinopla, a Manuel Crisoloras [19]. Los alumnos de Salutati se convirtieron en discípulos entusiastas de Crisoloras. Quizá el más dotado, entre ellos, fue Leonardo Bruni, de Arezzo (1370?-1444), nombrado en 1427 «concelliere dei Signori», como Salutati [20]. Fue el primero en hacer traducciones del griego al latín en gran escala.

Desde que el censor Apio Claudio el Ciego, al principio del siglo III a. de C., tradujo, el primero, máximas griegas

17 *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance,* publicada por B. Weinberg, 2 vols., 1961.

18 Ullman, págs. 118 ss.

19 G. Cammelli, *I dotti Byzantini e le origini dell'Umanesimo,* I: *Manuele Crisolòra* (1941), págs. 28 ss.

20 E. Garin, en «Prosatori latini del Quattrocento», *La Letteratura Italiana,* Storia e Testi, 13 (1952), 39 ss., con bibliografía y con una parte del texto de los *Dialogi* (ver luego, pág. 61); *Epistolarum libri VIII,* ed. L. Mehus, 1.741; L. Bruni Aretino, «Humanistisch-philosophische Schriften», mit einer Chronologie seiner Werke und Briefe, hrsg. und erläutert von H. Baron, *Quellen zur Geistesgeschichte des Mittelalters und der Renaissance,* I (1928). El material recogido es útil, pero las deficiencias de edición y explicación del texto son lamentables, ver L. Bertalot, *Archivium Romanicum,* 15 (1931), 284-323; sobre nuevas publicaciones de Baron, ver Garin, *loc. cit.,* y W. K. Ferguson, *Journal of the History of Ideas,* 19 (1958), 14-25, y respuesta de Baron, *ibid.,* págs. 26-34.

al latín, habían venido siendo de vital importancia para la cultura romana las versiones de literatura griega. Los romanos fueron los primeros traductores de Europa; se convirtieron en traductores κατ' ἐξοχήν «por excelencia». Las traducciones del griego fueron indispensables en la primera época, cuando el conocimiento del griego no estaba todavía firmemente asegurado, y también cuando, después de los siglos de bilingüismo del Imperio romano, iba el griego desapareciendo poco a poco de Occidente por los siglos IV y V d. de C.[21]. Impedir que se extinguiese completamente parecía una especie de deber patriótico en ciertos círculos aristocráticos. El noble político y filósofo Boecio concibió un plan gigantesco para traducir las obras completas de Aristóteles o, incluso, las de Platón, plan que quedó frustrado por su ejcución en 524. Las traducciones latinas medievales de épocas tardías, sobre todo las del siglo XII, sonaban de manera un poco rara a los oídos de Petrarca y de los otros humanistas, acostumbrados a la *sonoritas* de los clásicos latinos, y por ello procuraron, a toda costa, conseguir un estilo auténtico. La desgracia fue que *Latinitate donare* significó, algunas veces, romanizar a los pobres escritores griegos y emperifollarlos con un estilo retórico no griego. Pero es indudable que, aun con tales cambios, impresionaron al espíritu italiano mucho más de lo que lo habrían hecho los originales griegos.

Bruni fue lo bastante prudente y modesto como para limitarse casi exclusivamente a traducciones de prosa griega. Una excepción la constituyeron los tres discursos de la *Ilíada*, IX 222-603, que tradujo «oratorio more» en prosa latina, y además, un poema[22] sobre Homero, a quien

---

[21] Marrou, 262; cf. P. de Courcelle, *Les Lettres grecques en occident de Macrobe à Cassiodore*, 2.ª ed., 1948.

[22] Baron (1928), págs. 132-4; cf. Pertusi, *Leonzio Pilato*, pág. 532.

calificó de «paene perfectus in eloquentia». Como erudito que conocía el griego, difícilmente podía no estar familiarizado con Homero[23]; pero la versión en prosa latina del *Pluto*[24], 1-269, de Aristófanes, constituye otra excepción inesperada. Esta última obra de poesía ática clásica, moralizadora y alegórica, había sido siempre preferida, desde los primeros tiempos helenísticos, a todas las otras comedias[25] y ahora fue la primera en ser dada a conocer al mundo occidental. No podemos fechar el *Plutus* latino de Bruni. Pero puede que tenga alguna relación con una paráfrasis latina de otra parte de la misma obra. En 1416 ó 1417, Rinucci (que más tarde enseñó algo de griego al ya provecto Poggio y al aún juvenil Valla) contaba a sus amigos de Creta la historieta «Penias fabula», que contenía una paráfrasis del *Plutus*, 400-626, y uno de sus oyentes, Cristóforo de Buondelmonti, la recogió en su «Descriptio Candiae»[26], primer libro de viajes arqueológicos, que está dedicado a Niccolò Niccoli, maestro de Buondelmonti y gran amigo de Bruni.

Es natural que un traductor de aquella época se sintiese pronto atraído por las obras[27] de Plutarco (que se habían perdido para el mundo medieval de Occidente),

---

23 Sobre Barlaam y Leonzio Pilato, ver antes, págs. 35 ss.

24 D. P. Lockwood publicó el texto en *Classical Studies in Honor of J. C. Rolfe* (1931), págs. 163 ss.; Creizenach ya había aludido a la traducción de Bruni en *Studien zur vergleichenden Literaturgeschichte*, de Koch, IV (1904), 385 s.; ver, también, W. Süss, «Aristophanes und die Nachwelt», *Das Erbe der Alten*, 2/3 (1911), 23. Por desgracia, Baron (antes, pág. 57, n. 20) prescindió de esto.

25 *Historia* [I], 61.

26 Flam. Cornaro, *Creta sacra* (1755), I 94; ver D. P. Lockwood, *Harvard Studies in Classical Philology*, 24 (1913), 52, 72 ss., y E. Jacobs, «Zu Buondelmontis kretischen Reisen», *Stephaniskos für E. Fabricius* (1927), pág. 60.

27 Aún no es posible una ordenación cronológica segura, a pesar de la obra de Baron y Garin.

porque las *Vidas* de Plutarco, en particular las de los grandes romanos, cautivaban vivamente la sensibilidad del Renacimiento italiano hacia el individuo; en cambio, sus *Moralia* despertaban, con menor intensidad, su interés hacia problemas de filosofía moral. No debemos olvidar la extraordinaria preocupación, poco corriente aún, de Salutati por Plutarco, expresada muchas veces en su correspondencia con Crisoloras[28], y su estimulante influencia, que sirvió de acicate a la generación siguiente, aunque arrastrada, entonces, por la influencia de Bruni[29]. El Plutarco latino de Bruni fue la base de las traducciones en lengua vernácula, y gracias a él, se conocieron los escritos de Plutarco y continuaron siendo populares durante siglos. Bruni pasó a Jenofonte «praecipuo quodam amore», a los oradores y a los filósofos. Entre 1405 y 1436 tradujo no solamente seis diálogos de Platón, sino también algunas de sus *Cartas*; en la dedicatoria de éstas a Còsino (Cosme) de' Medici expresó[30] su gozo por el sentimiento de contacto personal con el autor antiguo. Sus traducciones más discutidas fueron las de la *Política* y la *Ética* de Aristóteles; en sus introducciones, lo mismo que en un tratado aparte, titulado *De interpretatione recta*[31], atacó vivamente las traducciones medievales y trató de justificar

---

28 Novati, *Epistolario,* IV, 336.1 y 682 (índice); cf. D. P. Lockwood, «Plutarch in the 14th century», *TAPA,* 64 (1933), LXVI s.

29 R. Hirzel, «Plutarch», *Das Erbe der Alten,* IV (1912), 102 ss., especialm., 106 s.; K. Ziegler, *RE,* XXI (1951), 953. Ver, también, G. Resta, «Le epitomi di Plutarco nel quattrocento», *Miscellanea erudita,* V (1962): trata de los epítomes humanísticos (especialm., Pier Candido Decembrio), la enorme popularidad de las *Vidas,* y los méritos particulares de Salutati.

30 E. Garin, «Medioevo e Rinascimento», *Biblioteca di cultura moderna,* 506 (1954), 122.21: «traductio... ita vehementer mihi iocunda fuit», etc.

31 Baron, *op. cit.,* págs. 70 ss., reimprimió las introducciones y el tratado.

su propio método[32], basado en el estudio comparativo interno de ambas lenguas.

Fue Bruni quien descubrió el ritmo de la prosa antigua y quien discutió por extenso la teoría y práctica de Cicerón; las generaciones anteriores habían desconocido la «numerosa structura», a pesar de su importancia para la imitación humanística del latín ciceroniano[33]. También dio a conocer referencias de Aristóteles sobre el ritmo de la prosa.

En 1404, mucho antes de ocupar la cancillería de Florencia, Bruni empezó a escribir su *Historiarum Florentini populi libri*, en doce libros, el último de los cuales quedó incompleto a su muerte en 1444[34]. Esta gran obra ha sido llamada, con razón, «Historiografía Humanística»; está profundamente influida por la nueva filología de Petrarca y Salutati, despliega un amplio conocimiento, no sólo de la literatura latina, sino también de la griega, y defiende, con pasión, el principio de la libertad política. En sus *Dialogi ad Petrum Paulum Histrum*, presenta un cuadro atractivo de sus cultos amigos florentinos; en ellos dio nueva vida al estilo de los diálogos de Cicerón; ya hemos

32 Uno se ve tentado a comparar la *Epist.* 106 de S. Jerónimo, en que habla de sus principios sobre traducción, *CSEL*, 55 (1912), reimpreso en 1961), 250: «hanc esse regulam boni interpretis, ut ἰδιώματα linguae alterius suae linguae exprimat proprietate».

33 Bruni, «De studiis et litteris liber», Baron, *op. cit.*, pág. 10: «Omnis oratio pedibus suis commovenda erit; quos si ignoret scribens, velut in tenebris ambulet necesse est»; cf. Zielinski, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*[2] (1908), pág. 424. Es un desliz de Sandys, *Harvard Lectures* (1905), pág. 158, decir «que Cortesi había descubierto la importancia de una estructura rítmica en la composición de la prosa ciceroniana», *De hominibus doctis*, ed. Galleti, pág. 23.

34 Texto crítico, en *Rerum Italicarum scriptores*, XIX, 3 (1914-26), ed. E. Santini e C. di Pierro. B. L. Ullman, «L. Bruni and humanistic historiography», en *Studies in the Italian Renaissance* = *Storia e Letteratura*, 51 (1955), págs. 321-44.

hecho referencia [35] al impresionante pasaje en que Niccolò Niccoli alabó a Petrarca como restaurador de los «studia humanitatis».

Niccolò Niccoli (1363-1437) fue uno de los miembros más distinguidos del círculo florentino. Nunca llegó a ser un personaje público como Salutati y Bruni, sino que prefirió una vida retirada; esteta del gusto más exigente, disfrutó apaciblemente de la belleza de todas las cosas antiguas. Su sentido del estilo era tan depurado que a duras penas se atrevía a escribir o hablar en latín; sus cartas estaban escritas en su lengua nativa, lo mismo que el único tratado filológico que compuso sobre ortografía latina. En realidad, la consecuencia inevitable de tal afán de perfección consiste en que el latín se convierte en una lengua muerta. Niccoli era incansable en coleccionar y copiar manuscritos de su puño y letra [36]; pero además los cotejaba, comparaba el texto de distintos manuscritos y lo disponía en párrafos, con edición de encabezamientos, lo que es obra de bibliófilo, hay que reconocerlo, más que crítica textual [37]. Niccoli no fue un gran viajero, pero dio valiosas intrucciones a amigos suyos que viajaban y a agentes de los Médicis. Por casualidad se conserva [38] una lista suya, documento interesante porque contiene las obras menores de Tácito que aún faltaban en tiempo de Niccoli. Estaban catalogadas en el «Inventarium mo-

---

35 Ver antes, pág. 39, n. 89.

36 Sobre caligrafía humanística, ver antes, pág. 34.

37 Parece elogiar demasiado su crítica textual H. Rüdiger, *Textüberlieferung,* 1.552.

38 *Commentarius Nicolai Niccoli*; una primera indicación sobre su existencia fue dada por E. Jacobs, *Wochenschrift für klassische Philologie* (1913), pág. 701; el original está ahora en la Biblioteca Pierpont Morgan, Nueva York; publicó su texto R. P. Robinson, «De fragmenti Suetoniani de grammaticis et rhetoribus codicum nexu et fide», *University of Illinois Studies in Language and Literature,* VI, 4 (1922).

nachi Hersfeldensis» enviado por este monje a Niccoli, y Niccoli despachó un mensajero a Alemania para que trajese el códice de Tácito de la gran biblioteca de Fulda[39]. En realidad, debería ser llamado el Codex Fuldensis, no Hersfeldensis, como generalmente se llama. Su accidentada historia no puede detallarse aquí; para nuestro objeto, lo que interesa es la iniciativa tomada por Niccoli para adquirir manuscritos del extranjero.

La palma en esta habilidad la alcanzó pronto Poggio Bracciolini (1380-1459), no sólo el más activo y afortunado cazador de manuscritos de la Europa occidental, sino también gran epistológrafo y narrador de historietas breves y una de las figuras más movidas de su época[40]. El

---

39 Esto lo probó L. Pralle, «Die Wiederentdeckung des Tacitus», *Quellen und Abhandlungen zur Geschichte der Abtei und der Diözese Fulda,* 17 (1952), 15 ss.: «Heinrich von Grebenstein [el «monachus Hersfeldensis»] und die Entdeckung der kleinen Tacitus-Schriften», y especialm., págs. 42 ss., sobre el códice llevado de Fulda a Italia. Otras partes del libro, del cual me dio noticia E. Arnold, están desgraciadamente desfiguradas por un torpe Panfuldaísmo y una extraña falta de conocimiento y crítica. Mi impresión de que él tenía razón en este punto particular la ha confirmado B. Bischoff.

40 E. Walser, *Poggius Florentinus, Leben und Werke* (1914). La biografía (págs. 1-324) va seguida de «Documentos» e «Inedita» (págs. 325-560); el inventario de sus libros en el momento de su muerte es «un documento de capital importancia en relación con la transmisión de textos clásicos», como dijo A. C. Clark en «The Reappearance of the Texts of the Classics», *The Library,* 4.ª ser., 2 (1921), 36. Un importante complemento es la lista de manuscritos copiada por Poggio, sea con cuidada caligrafía (10 títulos), sea con letra más corriente (13 títulos), ver B. L. Ullman, *Studies in the Italian Renaissance* (1955), págs. 315 ss. Walser preparaba una nueva edición crítica de las cartas de Poggio (ver antes, pág. 43, n. 103); se espera que Helena Harth, alumna de W. Rüegg, termine ahora esta importante y dura empresa (ver *Prosatori,* pág. 1.129). Entre tanto, están disponibles las Poggii *Epistulae,* ed Th. de Tonelli, 3 vols., 1832-61, reeditadas en 1964 como t. III de «Opera omnia» de Poggio = *Monumenta politica et philosophica rariora,*

cargo de secretario pontificio, que Poggio ocupó mucho más tiempo que Salutati y Bruni, tuvo para él gran importancia, pues hubo de asistir al Concilio de Constanza (1414-18) en calidad de tal, y cuando la Santa Sede quedó vacante durante dos años y medio, tuvo libertad para hacer cuatro largos viajes. El segundo viaje y el tercero le llevaron de Constanza, situada en el centro de Europa occidental, a la biblioteca del monasterio de San Gall, distante solamente quince millas, y quizá a Einsiedeln; el primer viaje y el cuarto, a catedrales y monasterios franceses y alemanes. Consiguió descubrir un número enorme de autores latinos perdidos y llevárselos como premio o al menos copiar el texto. Dos generaciones después de Boccaccio [41] parece que era casi lugar común pensar que un humanista italiano, al contemplar el bochornoso abandono de los códices, venía obligado a llorar y a considerar deber suyo el librarlos de su prisión. Sabbadini [42] distinguió acertadamente los cuatro viajes de Poggio, y a pesar del escepticismo de A. C. Clark con relación a la primera expedición de Poggio a la Abadía de Cluny, junto a Mâcon, en Borgoña, no hay argumento plenamente convincente para refutar la afirmación inequívoca del propio viajero: «orationes Tullii... quas detuli ex monasterio Cluniacensi» [43], o sea, los cinco discursos de Cicerón: *pro Milone, pro Cluentio, pro Murena, pro Sexto Roscio* y *pro Caelio*. Este manuscrito, llamado

ser. II, núm. 6; ver *ibid.*, vol. XIII, págs. 13 ss., la «premessa» de R. Fubini sobre el «epistolario». La citada reimpresión de «Opera omnia» reproduce la edición de Basilea de 1538. Una selección de cartas y escritos en *Prosatori*, ed. Garin (1951), págs. 215 ss. Cf. Sabbadini, *Scoperte*, I, 77 ss.

41 Ver antes, pág. 51.

42 *Scoperte*, I, 77; Walser, *op. cit.*, págs. 49 ss., estaba de acuerdo con Sabbadini; A. C. Clark, «The Reappearance of the Texts of the Classics», *The Library*, 4.ª ser., 2 (1921), 26 s., no lo estaba.

43 *Epist.*, I 100, cf. 153.

el «Vetus Cluniacensis»[44], fue el que primero envió Poggio a Niccoli, y debió de llegar a Italia antes del final de 1415; los dos nuevos discursos, *pro S. Roscio* y *pro Murena,* causaron sensación, y el texto de los otros tres resultó bastante mejor que el conocido anteriormente. El fruto de su cuarto viaje fue el descubrimiento de no menos de ocho discursos de Cicerón, uno en Langres, *pro Caecina,* y los otros en la «pequeña» biblioteca de la Catedral de Colonia. El original del Cluniacensis se perdió más tarde y sus lecciones tuvieron que ser reconstruidas a base de las copias que quedaban de varias manos; de su segundo y gran hallazgo ciceroniano, Poggio había hecho una transcripción de su puño y letra, que también desapareció, pero fue encontrado hace poco por A. Campana en la Biblioteca Vaticana[45].

Este autógrafo es una muestra excelente de su hermosa escritura, que desempeñó un papel decisivo para fijar el nuevo estilo de la «littera antiqua»[46]. Poggio trató, en general, de presentar un texto legible y de corregir los errores obvios de los amanuenses; aunque en sus cartas llamaba orgullosamente a este trabajo «emendare», a duras penas consiguió más, en este aspecto, que Salutati y Niccoli[47]. De sus dos escapadas a San Gall, en 1416 volvió con varios tesoros nuevos: el comentario de Asconio sobre Cicerón, de excepcional interés para los cicero-

---

44 A. C. Clark, «The Vetus Cluniacensis of Poggio», *Anecdota Oxoniensia,* Class. ser. 10 (1905).

45 Cic. *In Pisonem,* ed. R. G. M. Nisbet, Oxford, 1961, pág. XXV, Cod. Vat. Lat. 11458; Campana, «por su parte, piensa dar cuenta detallada a su debido tiempo».

46 Ver antes, pág. 34 con n. 66.

47 Ver antes, págs. 155 s. H. W. Garrod, *Scholarship* (1946), página 23, fue demasiado lejos en su admiración por Poggio al considerarlo como «el fundador de la filología moderna» y ensalzó su «fina agudeza crítica»; para un juicio equilibrado, ver H. Rüdiger, *Textüberlieferung,* I, 553.

nianos italianos, el primer manuscrito completo de Quintiliano y parte de las *Argonáuticas* de Valerio Flacco; de su cuarta expedición a Francia y Alemania en 1417 trajo manuscritos de Lucrecio [48], Silio Itálico, Manilio y las *Silvae* de Estacio. Pero Cicerón quedaba situado incomparablemente más alto que todos los otros. En 1421, poco después que Poggio descubriese una serie de nuevos discursos, el obispo de Lodi, Gerardo Landriani, encontró la tríada de escritos retóricos [49]: *De oratore, Orator* y *Brutus*. Debemos casi la mitad de todos los escritos de Cicerón que ahora poseemos a Petrarca y Poggio; y estos libros nuevos y preciosos, no eran solamente una placentera ampliación del conocimiento literario, sino una excitante fuerza vital.

Cuando el Concilio de Constanza se disolvió en mayo de 1418, Poggio, después de algunas vacilaciones, acompañó a Inglaterra al cardenal Henry Beaufort, obispo de Winchester, y allí vivió durante cuatro años en diferentes sitios, pero nunca en Oxford. Por lo tanto, se sintió como exiliado, profundamente deprimido por el cielo brumoso y la gente incivilizada, «quorum Deus venter est», según decía [50]. No pudieron encontrarse manuscritos clásicos excepto una «particula» de Petronio [51], y en su melancolía, Poggio se dedicó al estudio de los Padres de la Iglesia [52], con no poco provecho para sus posteriores tratados de filosofía moral, pero no para la filología clásica. Cuando

48 Sobre Lucrecio, ver Konrad Müller, «De codicum Lucretii Italicorum origine», *Museum Helveticum*, 30 (1973), 166-78.

49 J. Stroux, *Handschriftliche Studien zu Cicero De oratore* (1921); sobre la fecha, pág. 8; el códice desapareció en 1428 y tiene que ser reconstruido a partir de los derivados de él.

50 *Epist.*, I 64.

51 En su viaje de regreso a Italia encontró otro códice del mismo autor en Colonia; sobre ambos manuscritos con citas, ver Konrad Müller, en su edición crítica de Petronio (1963), págs. VIII s.

52 Walser, *Poggius*, págs. 79 ss.

volvió a la cancillería Vaticana, se sintió nuevamente optimista y empezó a incluir la arqueología entre sus temas favoritos[53]. En 1453 se estableció afortunadamente en su propia Florencia como Canciller, lo mismo que Salutati y Bruni[54]. Y como Bruni, se dio por entero a escribir, alternando con sus obligaciones oficiales, su *Historia Florentina* de los últimos cien años.

Durante toda su vida había sido un escritor distinguido en prosa latina y las anécdotas del *Liber facetiarum* se hicieron extraordinariamente populares. Su dominio del latín resulta también evidente en sus cartas, lo mismo en la manifiesta satisfacción con que describía a Niccoli la alegre vida social del balneario suizo de Baden, como en la profunda emoción con que vivazmente relataba a Bruni, en una carta llena de ecos clásicos, el proceso y ejecución de Jerónimo de Praga[55]. Poggio publicó cierto número de tratados, sobre todo en forma de diálogo, y oraciones fúnebres sobre Niccoli, Bruni y otros. Cuando hubo aprendido algo de griego, sobre todo de Rinucci[56], siguiendo el ejemplo de Bruni se ejercitó como traductor; en agosto de 1449 había completado una traducción latina de los cinco primeros libros de Diodoro, por encargo del papa Nicolás V[57]. Como era hombre pendenciero, se vio envuelto en polémicas literarias y en ocasiones escribió

---

53 Cf. luego, pág. 92.

54 N. Rubinstein, «Poggio Bracciolini, cancelliere e storico di Firenze», *Atti e Memorie della Accademia Petrarca*, N. S. 37 (1965), 215 ss.; cf. antes, pág. 54, n. 5.

55 *Prosatori*, pág. 238: «stabat impavidus, intrepidus, mortem non contemnens solum, sed appetens, ut alterum Catonem dixisses. O virum dignum memoria hominum sempiterna... nullus unquam Stoicorum fuit tam constanti animo, tam forti mortem perpessus».

56 Ver antes, pág. 59.

57 La *Bibliotheca historica* de Diodoro Sículo, traducida por John Skelton, editada ahora, por primera vez, por F. M. Salter y H. L. R. Edwards, II (1957), XX ss.: «Traducción de Poggio».

furiosas invectivas. Poggio nunca se esforzó por adquirir un estilo ciceroniano, ni siquiera un latín gramaticalmente correcto; manejó el latín como si fuese una lengua viva y a causa de ello lo encontramos, en los últimos años de su vida, enfrentado con el intelectual preponderante en la nueva generación, Lorenzo Valla.

Un día, en 1451, Poggio encontró en un ejemplar de su colección de cartas a Niccoli, de las cuales estaba muy orgulloso, algunos comentarios críticos e irónicos sobre su latín, garrapateados en el margen por un discípulo de Valla; se irritó tanto con Valla, de quien sospechaba que era el autor, que trató de asesinarlo[58]. Dramática refutación, si lo hubiese conseguido, del dicho de Schopenhauer: «la historia de... la cultura y del arte (en contraste con la historia universal de la humanidad) «continúa siempre su marcha... sin crimen y sin derramamiento de sangre»[59]. Pero Poggio se conformó, por último, con una clase de represalia más propia de un erudito: una invectiva literaria. Valla, no menos combativo, replicó. De aquí surgió una guerra de libelos, cinco por cada parte, cuyos argumentos eran de importancia general muy superior a la trivialidad de su causa.

---

58 Walser, *Poggius*, págs. 273 ss.

59 *A. Schopenhauers Sämtliche Werke,* hrsg. v. A. Hübscher [vol. 6]: «Parerga und Paralipomena», 2. Bd. (1947), pág. 79.

III

LORENZO VALLA

Lorenzo Valla (1407-57) [1] probablemente nació en Roma, donde, después de mucho rodar por varias ciudades italianas y tras un período al servicio del rey Alfonso de Aragón y Sicilia en Gaeta y Nápoles, desde 1435-1448, se

[1] L. Valla, *Opera omnia,* con una «premessa» de E. Garin (Turín, 1962), I: Scripta in ed. Basilensi anno MDXL collecta. II: I. De rebus a Ferdinando gestis-63. De mysterio Eucharistiae-73. Opuscula quaedam (1503)-131. Opuscula tria, ed. J. Vahlen, 1869: Oratio in principio sui studii - De professione religiosorum - Praefatio in Demosthenem-339. Encomium S. Thomae-353. Epistolae et documenta-465. Oratio ad Alphonsum regem-475. Epistulae. Particularmente importante es la reimpresión de R. Sabbadini, «Cronologia documentata della vita di Lorenzo della Valle, detto il Valla», Florencia, 1891, en el vol. II de las Opera reimpresas, págs. 353/4, bajo el encabezamiento «Documenta». Esperamos ansiosamente una nueva edición crítica de las *Opera* de Valla; tenemos que aceptar la cronología de Sabbadini hasta que se escriba una nueva biografía basada en una nueva edición. — Una pequeña selección de *Elegantiae, De libero arbitrio* y *De professione religiosorum,* con introducción, ha impreso E. Garin, en *Prosatori Latini del Quattrocento* (1952), págs. 521-631. Ver, también, la monografía de F. Gaeta, *L. Valla, Filologia e Storia nell'Umanesimo Italiano* (1955), especialmente c. III: «La nuova filologia e il suo significato». Salvatore J. Camporeale, *Lorenzo Valla* (1972).

estableció finalmente como *scriptor* y secretario pontificio hasta su muerte. El núcleo de su obra filológica lo formaban sus largos e intensos trabajos sobre lengua latina, reunidos alrededor de 1440 bajo el título de *Elegantiae Latini sermonis*; entre 1471 y 1536 se imprimieron cincuenta y nueve ediciones. El prefacio contiene la más alta alabanza del latín [2] que jamás se haya escrito. Esta lengua es eterna como la propia Roma; en realidad, el imperio se perdió, mas la lengua todavía vive. Pero, incluso, la lengua se ha deteriorado mucho desde las invasiones góticas en Italia. (Se debió a Valla que el término «gótico», incluso en un contexto estilístico, se convirtiese en una expresión injuriosa) [3]. La lengua latina tiene que ser rehabilitada para restablecer el antiguo esplender de Roma. Esto cabe dentro de la línea del nacionalismo de Petrarca; la nueva idea, sin embargo, consistía en fijar una definición estricta del antiguo «usus loquendi» basado en Cicerón y Quintiliano, y exigir que la *veritas* reconocida, la verdad, fuese válida para el presente y para siempre [4]. Puesto que Poggio nunca habría podido soñar en adaptar su amado latín a tales exigencias, el altercado era difícilmente evitable. El escrito más brillante en este intercambio de groseras invectivas fue uno llamado «apologus», de Valla, escena dramática en la cual el gran pedagogo italiano Guarino recita pasajes de las cartas latinas de Poggio y su cocinero y su lacayo han de juzgar su «latinidad»: allí se dice que Poggio usaba «culinaria vocabula», y que había aprendido latín de su cocinero; de la misma manera que un cocinero hace añicos los cacharros, así él machaca el latín gramatical. Indudablemente, los tér-

2 Cf. el himno de Gorgias sobre el λόγος, *Historia* [I], 102.

3 *Elegantiae* lib. III, praef. Ver Erasmo, *ep.* 182.79 ss., sobre Valla y los godos.

4 «Ego pro lege accipio quidquid magnis auctoribus placuit», tomado de G. Funaioli, *Studi di letteratura antica,* I (1951), 278.

minos «Latinum culinarium», «Latin de cuisine», «Küchenlatein» «latín macarrónico» se derivan de esta divertida ficción [5] humanística, no de diatribas contra las cocinas de los monasterios en la época de la Reforma.

Hay dos razones para insistir en estas polémicas. En primer lugar, tales diatribas marcan sin duda el punto crítico en la historia del latín moderno; podemos ver claramente en ellas, por un lado, el principio [6] del estudio detallado de la lengua y estilo latinos que deberían ser usados por oradores y escritores y, por otro, el próximo final del latín como lengua viva, libre de normas. Y, en segundo lugar, la apasionada distinción entre buen latín como verdad y mal latín como mentira es fundamental para Valla en todos sus escritos. Su llamado temperamento crítico parte siempre de cuestiones de lengua latina, punto que no ha sido siempre entendido por los lectores modernos.

Esto puede apreciarse fácilmente en su crítica textual de autores latinos; pero en el caso de su crítica bíblica y de su crítica histórica resulta sorprendente y más difícil de captar. Gracias a recientes descubrimientos podemos contemplar ahora el espectáculo único de cómo Valla añadió sus propias notas críticas al manuscrito de Livio [7] anotado por Petrarca. Esto forma un complemento interesante para sus *Emendationes Livianae,* puesto que contiene las primeras notas en las cuales se basaban las conjeturas publicadas, finalmente, en las *Emendationes.* El rey Alfonso, después de establecer firmemente su

[5] R. Pfeiffer, «Küchenlatein», *Philologus,* 86 (1931), 455 ss. = *Ausgewählte Schriften* (1960), págs. 183 ss.

[6] Cf. *supra,* pág. 68.

[7] Ver arriba, pág. 25, y especialm., n. 30; reproducción de manuscritos de Petrarca y Valla en láms. 30-2 del artículo de Billanovich. Cf., además, Billanovich y otros, «Per la fortuna di Tito Livio nel Rinascimento», *IMU,* 1 (1958), 245 ss. y lám. XVI.

gobierno tras varios años de guerra, había reunido poetas y eruditos en su corte de Nápoles. Recordemos ahora que ciertas cuestiones sobre dificultades de Homero habían interesado a los reyes tolemaicos de la época helenística [8]. También a este soberano de Nápoles, curioso, le gustaba plantear problemas sobre textos antiguos y tomar parte en los debates de su culta asamblea de eruditos; Lorenzo Valla fue el más distinguido de sus doctos miembros, y Livio era un tema favorito en las discusiones; pues Cosme de Médicis había regalado recientemente al rey Alfonso, a fines de 1444, un hermoso manuscrito de las Décadas I, III, y IV, el llamado «Codex Regius» [9].

Con espíritu siempre combativo, a Valla le gustaba ridiculizar los vanos esfuerzos de otros por restablecer un texto corrupto y presentar luego su propia enmienda, de manera frecuentemente triunfalista. Sorprende ver en cuántos casos la satisfacción estaba justificada. En Livio XXI han sido aceptadas generalmente unas veinte enmiendas de Valla [10]; así ha ocurrido con su «reficiuntur» en vez de la lección «refiguntur» de su códice en XXIII 34.37, mientras que cambios muy audaces como «scutorum» por «suetaeque», en XXIII 30.3, han sido rechazados, con razón, por los filólogos modernos [11]. Podremos apreciar las diferentes etapas de la obra crítica de Valla con relación al texto de Livio cuando sean asequibles [12] un nuevo texto y un comentario sobre sus *Emendationes*.

---

8 Ver *Historia* [I], 137.

9 Ver *IMU*, 1 (1958), 245 ss. y lám. XVI.

10 R. Sabbadini, «Il metodo degli umanisti», *Bibliotechina del «Saggiatore»*, 3 (1920), 59.

11 Valla, *Op.*, págs. 603-20, «Emendationes in Livium»; páginas 612 s., los dos pasajes citados.

12 Se dice que Mariàngela Ferraris está preparando la nueva edición de las *Emendationes*, ver G. Billanovich, *IMU*, I (1958), 275.2.

Pero, evidentemente, es su obra, no la de Poggio[13], la que señala el paso decisivo en la reintroducción de la crítica textual. Valla en su Livio lanzaba invectivas contra sus contemporáneos que, en su opinión, viciaban el texto: «vos... regium codicem... depravatis»[14]; en su obra sobre la Vulgata del Nuevo Testamento[15] se enfrentó contra el gran traductor de la antigüedad tardía cuando comparó la versión latina de S. Jerónimo con el original griego e hizo una lista de sus equivocaciones; el principal objeto de esta severísima crítica era el estilo latino del Padre de la Iglesia. Se ha supuesto que Valla invadió el campo de la crítica bíblica por influencia de la tradición bizantina, y se apoyaba particularmente en el tratamiento crítico del texto griego y latino de S. Juan 21:21 ss. que daba su amigo Bessarión de Trebisonda. Pero como el trabajo de Bessarión[16] está fechado por su editor no antes de 1455 (por otros, mucho más tarde), las dificultades cronológicas son insuperables; porque Valla escribió sus *Adnotationes in Novum Testamentum* en los años cuarenta, probablemente en 1448. En cualquier caso, al compa-

---

13 Ver antes, pág. 65.47.

14 *Op.*, pág. 612.

15 *Op.*, págs. 801-95, «Adnotationes».

16 L. Mohler, «Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann», Bd. 3, *Quellen und Forschungen aus dem Gebiete der Geschichte,* hg. von der Görres-Gesellschaft, 24 (1942, reimpr. en 1967), 70-79, texto. Mohler dice que «diese Schrift Lorenzo Valla die Anregung zur Abfassung seiner *Adnotationes* zum Neuen Testament gegeben hat» (pág. 70); cf. Mohler, Bd. I = *Quellen,* 20 (1923), 403. Bessarión, el más importante de los inmigrantes griegos, se quedó en Italia después del Concilio de Florencia (1439), entró en la Iglesia romana y fue nombrado cardenal. En 1461 tomó a Regiomontano, primer editor de Manilio y traductor de Tolomeo, como compañero en su viaje a Roma, y le dio acceso a sus manuscritos sobre astronomía griega, con lo cual fomentó el renacimiento de la ciencia. Sobre la primera edición impresa en 1538, ver luego, pág. 235 (Camerarius).

rar a Bessarión con Valla, la diferencia resulta evidente: el cardenal aclaraba la discusión teológica tradicional del pasaje, mientras que el autor de las *Elegantiae Latini sermonis* había seguido el nuevo método de examinar el latín del traductor para ver hasta qué punto estaba en armonía con la «verdad»[17] y cuántas veces había fallado.

Erasmo[18], mientras «cazaba» en las bibliotecas, encontró un manuscrito de las *Adnotationes* en la Abadía premonstratense de Parc junto a Lovaina, y en 1505 su amigo, el británico Christopher Fisher, entonces protonotario pontificio, le convenció de que lo diese a un impresor de París. El prefacio de Erasmo, escrito en un estilo en parte exuberante, en parte irónico, es todavía, con mucho, el mejor ensayo sobre Valla, en quien reconoció un alma gemela. El estudio de las notas críticas de Valla fue para Erasmo del más alto valor; pues, aunque no estuvieron listas para la publicación hasta 1516, ya él había dado los primeros pasos hacia el descubrimiento de la «veritas evangélica», al preparar su obra filológica mayor, su propia traducción latina y su edición del texto griego del Nuevo Testamento.

Valla tenía gran experiencia como traductor al latín de poesía y prosa griegas. En 1428 / 29 había empezado a traducir cuatro libros de la *Ilíada*[19] en nítida prosa latina y consiguió poner en latín dos tercios del

---

17 Sobre «veritas», ver antes, pág. 70.

18 Erasmi *ep.* 182.1 ss. Allen: «quum in pervetusta quapiam bibliotheca venarer (nullis enim in saltubus venatus iucundior), forte in casses meos incidit praeda neutiquam vulgaris, Laurentii Vallae in Novum Testamentum annotationes». Sobre las muchas referencias a Valla en las cartas de Erasmo, ver *Opus epistularum*, XII (1958), 180; la primera referencia característica es *ep.* 29.18 s.: «Ego illius doctrinam qua meo iudicio nulla probatior, tuendam mihi supmsi».

19 G. Finsler, *Homer in der Neuzeit* (1912), págs. 28 s. Sobre Bruni, ver antes, págs. 58 s.

poema homérico entre 1442 y 1444; la obra fue completada después de su muerte por su discípulo Francesco Aretino. El papa Nicolás V, que sentía gran afición por los historiadores griegos, encargó a un grupo de filólogos que los tradujesen al latín [20]; la parte de Valla fue la más difícil, Tucídides. Cuando la hubo acabado en 1452, después de cuatro años de duro trabajo, fue incitado por el Papa a que hiciese lo mismo con Heródoto, y cuando murió en 1457, su traducción estaba apenas terminada, pero sin revisión y sin proemio [21]. Fue una lamentable equivocación de Wilamowitz [22] suponer que el íntimo contacto con Tucídides despertó en la mente de Valla mayor vigor de «juicio histórico» y de esta manera lo pertrechó para componer su obra más notable, la llamada *Declamatio de falso credita et ementita Constantini Donatione.* En primer lugar tenemos otra vez una dificultad de cronología: Valla empezó su obra sobre Tucídides pasada una gran parte de su vida, con toda seguridad no antes de 1448, mientras que la *Declamatio* a duras penas pudo haber sido escrita después de 1440, cuando él estaba al servicio del rey Alfonso. Los juicios críticos de Tucídides se basan en cuidadosas inferencias por comparación,

---

20 Sobre el Diodoro de Poggio, ver antes, pág. 67.

21 Giovan Battista Alberti, «Tucidide nella traduzione latina di L. Valla», *Studi italiani di filologia classica,* 29 (1957), 1-26; G. A. Alberti, «Erodoto nella traduzione latina di L. Valla», *Bollettino del Comitato per la preparazione della Edizione Nazionale dei Classici Graeci e Latini,* N. S. 7 (1959), 65-84. — Para versiones de pequeños fragmentos de Esopo, Demóstenes y Jenofonte, ver L. Valla, *Opera omnia,* ed. E. Garin (antes, pág. 69, n. 1), I, pág. V.

22 Wilamowitz, «Antike und Hellenentum», *Reden und Vorträge,* II (4.ª ed., 1926), 115: «Zuerst griff man nach den Historikern, und sofort zeigte sich, wie die Berührung mit Thukydides auf das geschichtliche Urteilsvermögen wirkte: sein Übersetzer Lorenzo Valla durchschaute die Fälschung der Konstantinischen Schenkung»; cf. «Geschichte der Philologie», *Einleitung in die Altertumswissenschaft,* 11 (1921), 12.

εἰκάζει, y exigen τεκμήρια y σημεῖα, pero los principales argumentos de Valla contra la autenticidad de la *Declamatio* se fundan en el análisis de su lengua latina, que es, en realidad, muy mal latín. Su «método» es el mismo de los otros escritos y está separado por un mundo de diferencias del de Tucídides.

Resulta, incluso, diferente del de un contemporáneo que dirigió un ataque contra la *Constitutio* o Donación, algunos años antes, durante el Concilio de Basilea; era Nicolás de Cusa en el libro III, capítulo 2, de su gran obra *De Concordantia catholica*[23], que quedó acabada hacia fines de 1443. La posibilidad de que Valla hubiese conocido este capítulo no puede ser descontada, pero no hay pruebas de ninguna influencia directa, aunque los dos hombres sostenían relaciones cordiales[24]. Nicolás examinó la *Constitutio* desde un punto de vista teológico e histórico de la Iglesia. Por otra parte, Valla descubrió en un escrutinio de la tradición manuscrita que el pasaje de la Donación de Constantino faltaba en los manuscritos más antiguos de los *Decreta* y que probablemente había sido interpolada en manuscritos posteriores; también se dio cuenta de que el latín, corrompido, pertenece a una época mucho más tardía que la de Constantino[25]. Cuando llegó a este punto perdió la paciencia y rugió contra el desaprensivo: «o scelerate atque malefice» (pág. 34.26 Schwahn)... «huic asino tan vaste immaniterque rudenti» (pág. 37.7

---

23 Nicolás de Cusa, *Opera omnia*, XIV (1939), «De concordantia catholica», ed. G. Kallen, págs. 328 ss.

24 G. Laehr, «Die Konstantinische Schenkung in der abendländischen Literatur des ausgehenden Mittelalter», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 23 (1931/32), 157 ss. H. Fuhrmann, «Zu Lorenzo Vallas Schrift über die Konstantinische Schenkung», *Studi Medievali*, ser. 3, anno 11 (1970), 913 ss. Cf. luego, pág. 77, n. 26.

25 «Illa loquendi barbaries nonne testatur non saeculo Constantini, sed posteriori, cantilenam hanc esse confictam?» (pág. 51.32 Schw.).

Schw.)... «oratio... alicuius clericuli stolidi... saginati et crasi, ac inter crapulam interque fervorem vini has sententias et haec verba ruptantis» (pág. 57.9 Schw.).

La *Declamatio* fue impresa por Ulrich von Hutten a principios de la Reforma en 1517 como invectiva contra el Papado[26]; éste es uno de los típicos errores de Hutten y no tiene nada que ver con Valla. El propósito de Valla era evitar una peligrosa equivocación acerca del poder secular del Papa y llegar a la verdad de su situación («edoctus veritatem» pág. 82.9 Schw.). «Tunc papa et dicetur et erit pater sanctus (el Santo Padre); pater omnium, pater ecclesiae; nec bella inter Christianos excitabit sed ab aliis excitata, censura apostolica et papali maiestate sedabit» (págs. 82.21 ss. Schw.). Ésta es la solemne y pacífica conclusión de un tratado tantas veces convertido en satírico y agresivo; no hay razón para sorprenderse de que Valla permaneciese en buenas relaciones con la Curia y que al morir continuase siendo secretario pontificio.

Parece que Valla se enfrentó con otros dos problemas de autenticidad, aunque de menor importancia. Expuso sus dudas acerca de la creencia general de que los escritos reunidos bajo el nombre de Dionisio Areopagita fuesen obra de un discípulo de S. Pablo; la prueba definitiva la dio J. Escalígero[27]. Valla publicó también un tratado sobre la correspondencia entre S. Pablo y Séneca («de ementitis...

---

26 A. C. Clark, *Cl. R.*, 38 (1924), 88, encontró en la Biblioteca Bodleyana un ejemplar de la *Declamatio* impresa «per Anonymum de Aloysio», 1506. Pero ¿es correcta esta fecha? — Clarck en la recensión de C. B. Coleman, *The Treatise of Lorenzo Valla on the Donation of Constantine,* texto y traducción en inglés (1922), aventura la sugerencia de que Nicolás de Cusa «se apropió el tema de Valla, no *viceversa,* como era la *communis opinio.* Pero es muy poco probable que el joven Valla haya influido en Nicolás, con el cual tenía relaciones amistosas en los últimos años.

27 Valla, «Annotationes in N.T.», *Opera,* pág. 852; cf. G. Mancini, *Vita di Lorenzo Valla* (1891), pág. 312.

epistolis alio opere disputavimus»)[28], gracias al cual parece que fue el primero en decir que no podía ser auténtica; pero este «aliud opus» se perdió y todavía no ha sido descubierto.

Los trabajos literarios de Valla no se limitaron a sus obras de mera filología. Era, como hemos visto, pensador profundo por naturaleza, y no hay duda de que los estudios filosóficos de los primeros años reforzaron esta cualidad innata. Empezó en 1431 con problemas éticos en su tratado *De voluptate* (sobre epicureísmo y cristianismo), que reformó y amplió en 1433 y más adelante; siguió con la lógica en sus *Dialecticae disputationes contra Aristotelicos* (1436 al 1438); y luego volvió a las cuestiones de ética y religión en su *De libero arbitrio* y *De professione religiosorum*, escritos antes de 1442[29]. Aunque todo lo que escribió lleva el sello del genio, ha habido mayores filósofos; pero no ha habido mejor filólogo a mitades del Quattrocento. El más valioso legado de Valla a los futuros filólogos fue el racionalismo y la desconfianza de las llamadas autoridades, evidentes en toda su obra, pero brillantemente compendiados en una breve pregunta retórica, formulada hacia el final de su vida en 1455: «An melior ullus auctor est quam ratio?»[30].

---

28 Valla, «In errores Antonii Raudensis adnotationes», *Opera*, pág. 428: «(Seneca)... de ementitis ad Paulum, et Pauli ad eum epistulis, in alio opere disputavimus»; cf. A. Momigliano, «Contributo alla storia degli studi classici» [I] [1955] = *Storia e Letteratura*, 47, págs. 28 ss., y «Secondo contributo» [1960] = *Storia e letteratura*, 77, págs. 106 s., con referencias a Giovanni Colonna y Boccaccio.

29 Sigo con las debidas reservas la cronología de J. Vahlen, Laurentii Vallae *Opuscula tria* (1869), pág. 58 (reimpresa en *Opera omnia*, II, 184).

30 «Confutatio prior in Benedictum Morandum Bononiensem», *Op.*, pág. 448, l. 16; sobre Benedetto Morandi, que atacó bastante neciamente una de sus interpretaciones históricas sobre Livio, ver Mancini, *Vita di L. Valla*, pág. 318.

IV

POLIZIANO

La brillante figura de Poliziano se destaca a fines del Quattrocento. Angelo Ambrogini [1], llamado Poliziano por el Monte Pulciano, donde nació en 1454, fue a Florencia

---

1 *Prosatori*, págs. 867 s.: Poliziano. Breves introducciones bio-bibliográficas por E. Garin. No hay ninguna edición crítica de sus obras ni biografía moderna. Tendremos que acudir a la primera colección de sus *Opera*, la edición aldina de 1498. Ediciones posteriores (Flor., 1499, Lugd., 1528, Lugd., 1537-9, reimpresa en 1971, Bas., 1553) se han reeditado con algunas adiciones. La colección más importante es todavía *Prose volgari inedite e poesie Latine e Greche edite e inedite* di A. Poliziano, raccolte e illustrate da Isidoro Del Lungo (1867). Todas estas ediciones y colecciones las ha reunido Ida Maier: A. Politianus, *Opera omnia* (I: Scripta in ed. Basilensi anno MDLIII collecta; II: Opera ab Isidoro Del Lungo edita. Florentiae anno MDCCCLXVII; III: Opera miscellanea et Epistulae), Rist. anast. 1970/1. E. Garin, *op. cit.*, págs. 869-925, incluye sólo una muy pequeña colección de dos opúsculos y tres cartas. A. Poliziano, *Miscellaneorum centuria secunda*, Edizione critica per cura di Vittore Branca e Manlio Pastore Stocchi, 4 vols. (Florencia, 1972). *Mostra del Poliziano nella biblioteca Medicea Laurenziana* (1954), Manoscritti, libri rari, autografi e documenti, con 12 láminas, Catalogo a cura di A. Perosa, es de importancia fundamental, pues contiene una «bibliographie raisonnée», casi completa, por el mayor especialista; esperamos del mismo autor un comentario sobre la *Miscellanea*. Ver además, luego, pág. 83,

a la edad de diez años, como huérfano y niño prodigio, y murió allí en 1494 poco después que su gran mecenas y amigo Lorenzo de Médicis, que había ocupado el poder desde 1469 hasta 1492 y cuya muerte fue dolorosamente llorada por Poliziano en una oda latina[2] y en una larga y conmovedora carta a Jacopo Antiquario[3]. Los profesores de Poliziano fueron los notables filólogos latinos y griegos del círculo mediceo. Fue tutor de los hijos de Lorenzo y dio clases de literatura latina y griega a una amplia concurrencia de estudiosos italianos y extranjeros a partir de 1480.

Poliziano, cuyo atractivo personal parece haber sido irresistible, representa dentro del Renacimiento la quinta y última generación fecunda de filólogos italianos. Hemos comparado[4] esta cadena viviente de filólogos, libremente asociados a través de cinco generaciones desde Petrarca a Poliziano, con las cinco generaciones de los grandes alejandrinos desde Filetas y Zenódoto a Aristarco. Como ποιητὴς ἅμα καὶ κριτικός, Poliziano estaba más cerca de Filetas que otro cualquiera en cualquier época. Fue un verdadero poeta italiano en lengua vernácula[5]; pero, en poemas como *Orfeo* o *Giostra,* el espíritu del pueblo italiano y los valores formales de la antigüedad están íntimamente relacionados. Se supone que *Orfeo*[6] fue una de

---

n. 7, con referencias a los *Atti del IV convegno* que contiene algunos otros artículos importantes sobre Poliziano. Sobre las cartas, publicadas en varios lugares, y algunas inéditas, ver A. Campana, «Per il carteggio del Poliziano», *La Rinàscita,* 6 (1943), 437-72; más adelante tendremos en cuenta este *carteggio,* prueba inagotable de su erudición y de sus polémicas contra sus críticos.

2 Del Lungo, pág. 274, *Odae* XI.

3 *Prosatori,* págs. 886 ss.

4 *Historia* [I], 413; cf. 171, 308.

5 *Stanze,* ed. V. Pernicone (1954); ver *Geschichte der Textüberlieferung,* II (1964), 529 ss.

6 *Oxford History of Music,* IV (1968), 786.

las primeras obras dramáticas italianas en las cuales la tradición de «sacra reppresentazione» fue transferida a un drama secular; unos cuantos cantos y coros puestos en música —ahora perdida— iniciaban el camino hacia la ópera moderna.

Este gran poeta fue también un apasionado investigador de información, sobre hechos y cosas, que le parecía necesaria para comprender e interpretar la poesía antigua[7]. Su *ardor eruditionis* lo condujo a un conocimiento completo no sólo del mundo latino, sino también del griego. Por supuesto, la mayor parte de su obra estaba consagrada al latín: no sólo a los poetas de la época augusta, sino también, y especialmente, a los de la «edad de plata», como les llamaban, a partir de Erasmo, a Estacio[8], Lucano, Séneca, Ausonio; y sus trabajos se extendieron, incluso, a los textos legales romanos, de los cuales tenía a su disposición el manuscrito más importante[9]. Ninguno de los grandes filólogos italianos anteriores a Poliziano había sido ciceroniano puro; incluso, Valla solía aceptar «quod magnis auctoribus placuit». El movimiento llamado Ciceronianismo[10] fue fundado y propagado por maestros distinguidos, Gasparino da Barzizza (m. en 1431) y Guarino de Verona (m. en 1460). Cuando un seguidor de estos puristas reprochaba a Poliziano su estilo no ciceroniano, él lo reprendía, en su carta programática a Paolo Cortese sobre los «monos de imitación de Cicerón»: «'Non exprimis', inquit aliquis, 'Ciceronem'

---

7 Ver *Misc.*, cap. IV, «qui poetarum interpretationem suscipit», el capítulo esencial sobre interpretación.

8 Stat., *Silv.*, ed. A. Marastoni (1961), págs. LVI-XC (A. Politianus Silvarum emendator).

9 *Misc.*, cap. XLI y *passim*, ver A. Perosa, *Mostra del Poliziano*, Catálogo núm. 47 acerca del llamado codex Pisanus de las Pandectas; cf. nn. 48-50 y 82.

10 R. Sabbadini, *Storia del Ciceronianismo* (1885).

Quid tum? Non enim sum Cicero. Me tamen, ut opinor, exprimo» [11]. Lo mismo que en poesía, también en prosa era un estilista muy delicado, y no le asustaba, si era necesario, mezclar el latín clásico con palabras raras y arcaicas.

Poliziano empezó a aprender griego a la edad de diez años. Cuando llegó a los dieciséis podía escribir versos en griego, y a los dieciocho tradujo los libros II-V de la *Ilíada* en magníficos hexámetros latinos, que dejaban muy atrás los intentos de Bruni y Valla. Poliziano fue el primer filólogo occidental que pudo rivalizar con los inmigrantes griegos en conocimiento de la lengua griega antigua; esto le distingue de todos sus predecesores italianos. Quizá fue el primer italiano que trató de enmendar un texto griego y de suplir las palabras que faltaban en los manuscritos [12].

Poliziano dio conferencias sobre Homero, Hesíodo y Teócrito. La introducción a estas lecciones no era una acumulación de árida información biográfica y bibliográfica, sino auténticos poemas en hexámetros latinos, que él llama «Silvae» en honor de Estacio [13]; la *praelectio* de Homero (1485) [14], por ejemplo, se basaba en un conocimiento exacto de las antiguas βίοι Ὁμήρου [15], pero toda

---

[11] *Epp.*, VIII, 16 (Politiani epistolae, Amstelodami, 1642, 307 ss.); cf. Th. Zielinski, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*² (1908), página 425.

[12] Cf. *infra*, págs. 85 s.

[13] «Silva in scabiem», era, a lo que parece, de menos importancia que las cuatro «Silvae» introductorias; recientemente descubrió un ejemplar A. Perosa y lo publicó en *Note e discussioni*, 4 (1954), con una importante introducción sobre la tradición de los poemas latinos de Poliziano.

[14] *Prose volgari... e poesie Latine e Greche...*, raccolte e illustrate da Isidoro Del Lungo (1867), págs. 333-68; pág. 360: alabanza de Homero.

[15] *Historia* [I], 39.

esta erudición quedaba transformada en belleza poética [16]. Era la primera vez que un experto filólogo occidental elogiaba la épica griega en oposición a la latina. Lo mismo que en la literatura latina, así también en la griega se dedicó a los poetas postclásicos, Teócrito, Calímaco y los epigramáticos de la *Antología*; incluso se lanzó a componer un buen número de epigramas en griego [17].

Poliziano no dejó ninguna edición completa en su corta vida. Nuestras fuentes son las notas marginales de sus libros, los extractos de sus «Zibaldoni [mezcolanzas] autografi», y su *Miscellanea* impresa. Era lector ávido no sólo de los libros que poseía, sino también de todos los que estaban a su alcance en las bibliotecas florentinas y era incansable en tomar notas [18]. Casi ninguno de los libros que poseía deja de presentar huellas de su estudio. Parece que fue el primero en hacer compulsas completas de manuscritos [19] y anotaba cuidadosamente las lecciones en su propio ejemplar; parece que, incluso, empezó a usar siglas [20] especiales para designar los manuscritos, las cuales poco a poco se hicieron familiares a las generaciones posteriores. Poliziano insistió más que ningún otro en la importancia del conocimiento de los mejores códices como defensa contra las aventuradas conjeturas de sus

---

16 En su «Oratio in expositione Homeri», *Opp.* (Basel, 1553) págs. 474-92, adaptó [Plut.] *De Hom. poesi.*

17 Poliziano, *Epigrammi greci*, Introduzione, Testo e Traduzione di A. Ardizzoni, Biblioteca di Studi superiori, 12 (1951); cf. E. Bignone, *Studi di filol. class.*, N. S. 4 (1925), 391 ss.

18 Ver A. Campana, «Contributi alla biblioteca del Poliziano», *Il Poliziano e il suo tempo, Atti del IV convegno internazionale di studi sul rinascimento*, Florencia, 1954 (1957), págs. 174 ss.

19 G. Billanovich, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 14 (1951), 178. Sobre deficiencias ocasionales de sus colaciones, ver Pasquali, *Storia*, págs. 74 s.

20 Campana (antes, n. 18), pág. 202.

contemporáneos[21]. Todavía tiene que haber muchas notas suyas, por reunir, en los márgenes de sus manuscritos y primeros libros impresos[22]; pero ésta sería una empresa muy difícil, puesto que sus libros[23], desparramados después de su temprana muerte, se conservan ahora en varias bibliotecas[24] y no existe ningún inventario de ellos.

En sus «Zibaldoni autografi»[25] parece que empezó a coleccionar citas y notas textuales, de las cuales un número extraordinario se refiere a las Pandectas, como preparación para su *Miscellanea* que fue planeada en gran escala. La primera *centuria* de su *Miscellanea*, espléndidamente impresa en 1489 y dedicada[26] a Lorenzo de Médicis, contiene su colección definitiva de notas marginales a la cual añadió discusiones sobre asuntos gramaticales, cronológicos y de temas de la antigüedad, reconstrucciones a base de citas y de imitaciones latinas de originales griegos perdidos[27] —medida muy audaz—, y traducciones

21 S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann* (1963), págs. 4 ss.

22 Perosa, *Mostra del Poliziano,* prestó particular atención a los ejemplares anotados; ha dado un gran paso M. Gigante, en «De A. Poliziani notis in Cic. *de or.*», *Charisteria F. Novotny oblata* (1962), págs. 62 ss.

23 Campana (antes, pág. 83, n. 18), pág. 174; cf. pág. 178: «molto resta ancora da scoprire».

24 Yo he tenido la oportunidad de consultar ejemplares con notas de Poliziano en la Biblioteca Bodleyana de Oxford y en la Biblioteca Estatal de Munich. Cf. también, luego, pág. 231 y n. 79.

25 Carmine di Pierro, «Zibaldoni autografi di A. Poliziano», *Giornale storico della letteratura Italiana,* 55 (1910), 1-32.

26 En la dedicación habló también del título; ¿fue el primero en usar el término para indicar una obra literaria de contenido mixto?

27 Un ejemplo sorprendente del uso por parte de Poliziano de un texto griego raro (Johannes Lydus), impreso unos tres siglos más tarde, lo da J. Bernays, *Gesammelte Abhandlungen,* II (1885), 331 ss.

del griego al latín con crítica textual. Poliziano[28] fue el primero en reunir algunos fragmentos y testimonios de la *Hécale*[29] de Calímaco y fragmentos del poema calimaqueo Βερενίκης πλόκαμος, traducido por Catulo (66)[30]. Es posible también que intentase probar sus fuerzas sobre las partes de las *Aetia* tantas veces citadas en la literatura griega y latina tardías[31]. En su círculo, el texto de los *Himnos* de Calímaco era copiado con afán[32] y él mismo tradujo el *Baño de Pallas*[33]. En sus notas a este himno confesaba «que no le asustaba corregir pequeñas corrupciones del original»[34]; pero, en relación a un pasaje (verso 136) donde creía que había adivinado el verdadero texto de Calímaco[35], sabemos ahora que estaba descaminado. En el manuscrito griego de Poliziano sólo se conservaba la última palabra y en su traducción latina suplía el pentámetro de acuerdo con el significado que esperaba. Esto pareció quedar confirmado por el texto que F. Robortello empleó en su edición de los *Himnos* de Calímaco (1555), donde el verso griego coincidía completamente con el latino de Poliziano. Pero, desgraciadamente, era totalmente al revés. El manuscrito de Robortello es uno de los interpolados del siglo XVI, en el cual todos los blancos del arquetipo se han rellenado con suplementos moder-

---

28 Call., II pág. XLIII.

29 *Misc.*, cap. XXIV.

30 *Misc.*, caps. LXVIII y LXIX.

31 V. Branca, «La incompiuta seconda centuria dei 'Miscellanea' di A. Poliziano», *Lettere Italiane*, 13 (1961), 137-77, con 7 láminas; págs. 149 y 161, sobre las *Aetia*. Ver la edición de la *centuria seconda* (1972), arriba, pág. 79, n. 1.

32 Call., II pág. LXVII.

33 *Misc.*, cap. LXXX; reimpreso por Del Lungo, 1867 (ver antes, pág. 79, n. 1), págs. 529 ss.

34 Cf. *supra*, pág. 82; en el aparato crítico de mi edición de los *Himnos* se pueden ver fácilmente las correcciones de Poliziano.

35 Del Lungo, *op. cit.*, pág. 538; cf. L. Ruberto, «Studi sul Poliziano filologo», *Riv. fil. cl.*, 12 (1883), 224.6.

nos, y el que nos ocupa no es más que una mediocre traducción al griego del verso latino de Poliziano. Otro grupo de manuscritos, desconocido para él, en el cual se conservan cuatro sílabas del principio del pentámetro, prueban que resultan equivocadas ambas conjeturas de Poliziano, tanto la referente al contenido del verso como la referente a las palabras griegas. Aun descontando este error moderno, los logros de Poliziano como poeta filólogo fueron bastante considerables para conquistarle fama duradera. La muerte —tema central de su propia poesía— le sobrevino a los cuarenta años de edad, en el horrible año de la invasión francesa, de la huida de Piero di Lorenzo y del fin del régimen de los Médicis. Su anticipación en el campo de la poesía épica griega no fue en su época más que un episodio, porque no le siguió ningún filólogo italiano de las generaciones siguientes; sin embargo, con el tiempo, como veremos, los franceses ocuparon el terreno que él había explorado.

V

RESULTADOS GENERALES DE LA FILOLOGÍA EN ITALIA Y SU EXPANSIÓN POR LOS PAÍSES TRANSALPINOS

Nuestro recorrido se ha limitado hasta ahora a los más sobresalientes humanistas italianos de los siglos XIV y XV, sobre todo de Florencia y Roma. Esto ha supuesto, desde luego, simplificar el proceso histórico y dejar considerables lagunas; pues hay unas secuelas, tales como la institución de bibliotecas públicas, la recogida de antigüedades y la fundación de escuelas y academias, que no pueden atribuirse directamente a estos humanistas preeminentes, aunque sus trabajos los hicieron posibles y los inspiraron. En este capítulo trataremos de llenar estas lagunas y descubrir los resultados de la filología italiana en general[1] y sus efectos en otros países europeos.

Hemos acentuado la importancia sin par del libro en la filología[2]; pero nunca hubo «tiranía» del libro en la antigüedad griega y romana, ni culto hacia la palabra

---

[1] Cf. R. Sabbadini, «Il metodo degli umanisti», *Bibliotechina del Saggiatore*, 3 (1920); para la crítica textual, ver los capítulos sobre Valla y Poliziano.

[2] *Historia* [I], 48, 190 s.

escrita, meramente porque estuviese escrita, como lo hubo en el mundo oriental y en el medieval. La tendencia de la mente griega había sido crítica, y en el Renacimiento italiano encontramos otra vez una actitud crítica semejante.

Los poetas filólogos necesitaban buenos textos; hemos visto cómo trataron de encontrarlos y corregirlos. Pero no sólo eso: desde el principio había una tendencia consciente a trasladar el libro desde las bibliotecas de monasterios y catedrales, primeramente a manos de particulares y, por último, a grandes bibliotecas nuevas, más o menos accesibles a todos los interesados en literatura y cultura.

Hemos seguido los viajes de muchos filólogos por Europa central y occidental a la caza de manuscritos latinos [3] desde Petrarca. Pero hubo muchas idas y venidas entre Occidente y Oriente en busca de manuscritos griegos, aunque ninguno de los principales filólogos tomó parte en ellas. La fama de Giovanni Aurispa [4] y Francesco Filelfo no se basa en su obra filológica, sino en su comercio de códices griegos, notablemente próspero. La cosecha de los viajes de Aurispa a Oriente en 1405-13 y 1421-3 fue excepcional. Se dice que en conjunto recuperó unos trescientos manuscritos griegos del Este, entre los cuales las obras más destacadas eran: un códice de la *Ilíada* que contenía

---

[3] Ver arriba, págs. 28 ss. y *passim*, especialm., págs. 62 ss. Ver también S. Prete, «Die Leistungen der Humanisten auf dem Gebiete der lateinischen Philologie», *Philologus*, 109 (1963), 258 ss., con material nuevo tomado de los manuscritos.

[4] Giovanni Aurispa, *Carteggio*, ed. R. Sabbadini, Fonti per la storia d'Italia, 70 (1931); cf. Sabbadini, «G. Aurispa, scopritore di testi antiqui», *Historia*, I (1927), 77-84. Ver también la versión griega que hizo Aurispa del discurso latino del cardenal Cesarini, el cual la pronunció ante los legados del Este en el concilio de Basilea de 1434. La ha publicado, con importantes notas, B. Wyss, *Muss. Helv.*, 22 (1965), 1 ss.

texto y escolios con pasajes muy importantes del material de Aristarco [5], que fue a parar a la biblioteca de S. Marcos de Venecia (Codex Venet. Marc. 454); el códice del siglo X u XI con siete obras de Sófocles, seis de Esquilo y las *Argonáuticas* de Apolonio Rodio, ahora en la biblioteca Laurentiana de Florencia (Codex Laurentianus XXXII 9) [6]; probablemente el arquetipo [7], perdido después, de la gran colección de himnos griegos (Homero, Calímaco, Orfeo, Proclo) y el códice de la *Antología griega* de epigramas (Codex Palatinus 23) [8]. Filelfo, agregado de la embajada veneciana en Constantinopla desde 1420-27, salió de su cargo trayendo manuscritos de unos cuarenta autores griegos [9]. Hemos indicado ya que [10] Niccoli instruyó a agentes de los Médicis acerca de lugares donde estaban escondidos clásicos latinos; el principal agente de Lorenzo en el Este era Janus Lascaris (1445-1535) [11], que en 1491 llevó unos doscientos manuscritos griegos del Monte Athos a Florencia; incluso se conserva el [12] diario que llevaba durante sus viajes. Después de su regreso lanzó, entre 1494 y 1496, cinco primeras ediciones magníficas en mayúsculas griegas. Desaparecido el régimen de los Médicis

---

5 Ver *Historia* [I], 379 s.

6 El catálogo razonado *Mostra della Biblioteca di Lorenzo nella Biblioteca Medicea Laurenziana* (1949), pág. 18, cayó desgraciadamente en el error de que todos los manuscritos existentes de Esquilo derivan del Mediceus.

7 Call., II, pág. LXXXI s.

8 Call., II, pág. XCIII.

9 A. Calderini, *Studi ital. fil. class.*, 20 (1913), 204 ss.

10 Ver antes, pág. 62.

11 Ver Call., II, págs. LXVI s.; l. 8, por abajo, léase «quattuor» en lugar de «quinque». Douglas C. C. Young, «A Codicological Inventory of Theognis MSS», *Scriptorium*, 7 (1953), 3 ss., atribuye a Ianus Láscaris el hallazgo de los MSS. de Teognis y su primera edición, lo que acojo con esceptiscismo.

12 H. Hunger, *Jahrbuch der österreich. byzantinischen Gesellschaft*, 11/12 (1962/3), 117.

en Florencia, marchó a París[13] y más tarde a Roma durante el pontificado de León X, el segundo Médicis papa.

En la búsqueda y recogida de clásicos hubo una mezcla de iniciativa libre entre filólogos particulares y de organización consciente por parte de mecenas poderosos; lo mismo ocurrió con la conservación de estos libros en las bibliotecas[14]. Petrarca, Salutati y Niccoli formaron bibliotecas notables[15]; otros como Boccaccio, Poggio[16] y Poliziano[17] eran filólogos relativamente pobres que se esforzaban en hacer lo mismo, pero con poco éxito. Únicamente el poder y la riqueza de príncipes, papas y cardenales, incitados por el entusiasmo de los grandes filólogos, pudieron fundar o ampliar grandes bibliotecas para la preservación de los manuscritos latinos y griegos. Petrarca, anticipándose siempre a su época, había tenido la idea de legar sus libros a la república de Venecia, como núcleo de una futura biblioteca pública. Pero Florencia se adelantó bajo los Médicis; Cosme (1389-1464) y Lorenzo (1469-92) no sólo construyeron su palacio-biblioteca, sino que también cooperaron generosamente a la biblioteca pública del convento dominico de S. Marcos[18] y a la abadía benedictina de Badìa en Fiésole. Pero, al final, la mayor parte de sus libros, después de muchas vicisi-

---

[13] B. Knös, *Un Ambassadeur d'hellénisme, Ianus Lascaris, et la tradition greco-byzantine dans l'humanisme français* (Uppsala-París, 1945); cf. *infra*, pág. 110.

[14] *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, 2. Aufl., III, 1 (1955), 499 ss.; A. Bömer - H. Widmann, «Renaissance und Humanismus».

[15] Ver antes, págs. 32, 57, 62; cf. G. Billanovich, «Les Bibliothèques des humanistes italiens au XIVe siècle», *L'Humanisme médiéval dans les littératures Romanes du XIIe au XIVe siècle, Actes et Colloques*, 3 (1964), 196-214.

[16] Walser, *Poggius*, págs. 104 ss.

[17] Campana, «Contributi alla biblioteca del Poliziano» (arriba, pág. 83, n. 18), pág. 174: «studioso e professore, cioè povero».

[18] Ver antes, págs. 50 s., 62.

tudes, fueron a parar al espléndido edificio del patio de S. Lorenzo que Julio de Médicis, como papa Clemente VII, había encargado a Miguel Ángel en 1523, aunque no fue inaugurado y abierto al público hasta 1571. Tommaso Parentucelli, que había vivido bajo la fuerte influencia del círculo florentino, se había esforzado, aun siendo un monje pobre, en comprar libros y hacérselos copiar. Y al ocupar el trono pontificio con el nombre de Nicolás V (1447-1455), inició la famosa sección de manuscritos clásicos, especialmente griegos, de la Biblioteca Vaticana. Como protector de los humanistas obtuvo para la Santa Sede el apoyo del poderoso movimiento cultural. El cardenal Bessarión [19] regaló, en 1468, unos ochocientos manuscritos —entre ellos casi quinientos griegos— a la República de Venecia, que ya se había beneficiado mucho de los viajes de Aurispa y Filelfo. Otras ciudades, tales como Milán, Pavía [20] y Nápoles y otras menores, como Urbino o Ferrara, tuvieron también la ambición de crear sus propias bibliotecas. Las condiciones políticas y sociales de Italia favorecían esta grata variedad en contraste con la centralización de la Alejandría helenística, que había carecido de rivales hasta el florecimiento de Pérgamo [21].

El fondo de las bibliotecas italianas aumentó cuando la imprenta fue introducida en Italia en 1465 por dos impresores alemanes, y empezaron a lanzar sus *editiones*

---

19 Ver antes, pág. 73 (con n. 16), acerca del erróneo supuesto de que la crítica bíblica de Valla estaba influida por Bessarión. — Publicó un inventario de su biblioteca H. Omont, *Revue des bibliothèques*, 4 (1894), 129-87; L. Labowsky publicará dos catálogos hasta ahora inéditos, ver Annual Report, 1965/6, *Proceedings of the British Academy*, 52 (1966), 25. *Cento Codici Bessarionei.* Catalogo di Mostra a cura di Tullia Gasparrini Leporace ed. Elpidio Mioni (1968), con el texto del obsequio.

20 E. Pellegrin, *La Bibliothèque des Visconti et des Sforza* (París, 1955).

21 *Historia* [I], 185 ss. y 416 ss.

principes[22] de clásicos griegos y latinos tanto los impresores italianos como los inmigrantes griegos. Su principal ambición era imprimir libros de hermosa tipografía, tamaño y papel apropiados (éste por entonces casi había reemplazado al pergamino) y difundir el conocimiento de la belleza y sabiduría de los clásicos entre un público más vasto. Pero la imprenta, al principio, no contribuyó de manera real a mejorar los textos, pues era costumbre enviar a imprimir manuscritos no editados de propiedad particular y muchas veces no los mejores; en realidad, como triste contrapeso de las ventajas de la imprenta, hubo entonces el peligro de que pudiesen ser reimpresos textos mediocres y almacenados en grandes cantidades en bibliotecas particulares y públicas.

Habría sido absurdo que una edad de máximos artistas se hubiese interesado únicamente en libros clásicos y no en restos de monumentos antiguos. No tiene, pues, por qué sorprendernos que la generación de Niccoli y Poggio[23] empezase a reunir en Italia material epigráfico y arqueológico. Flavio Biondo[24] (1392-1463), contemporáneo de Poggio, aunque algo más joven, ya podía incluir en su *Roma*

---

[22] Sandys, II, 102 ss., con listas cronológicas; de especial importancia es la colección de prefacios de primeras ediciones que presentan B. Botfield, *Praefationes et Epistolae* (1861), y R. Hirsch, *Printing, Selling and Reading 1450-1550* (1967); ver especialmente el cap. I: «From script to printing», págs. 1-12; págs. 138 ss., sobre primeras ediciones impresas, de clásicos y humanistas. Sobre los impresores venecianos Aldo Manuzio y su familia, ver luego, página 102; ver, además, *La stampa greca a Venezia nei secoli XV e XVI*. Catalogo di Mostra a cura di Marcello Finazzi (1968).

[23] Ver antes, pág. 67.

[24] A. Momigliano, «Historia antigua y el Arqueólogo», *Contributo alla storia degli studi classici*, Storia e Letteratura, 47 (1955), 75 ss.; B. Nogara, en su introducción a «Scritti inediti e rari di Biondo Flavio», *Studi e Testi*, 48 (1927), da una semblanza biográfica muy meritoria (CLXXXIII págs.), junto con un buen número de textos nuevos.

triumphans (1456-60) muchas antigüedades romanas públicas, particulares, religiosas y militares; esta clasificación fue considerada fundamental durante siglos. Su *Roma instaurata* (1440-63), después de describir la ciudad, trata de la restauración de los monumentos antiguos; su *Italia instaurata* (1456-60) da una visión topográfica de las antigüedades de toda Italia. El efecto estimulante de estos libros fue tal que pronto fueron reemplazados por investigaciones arqueológicas y topográficas posteriores. Cuando Biondo pasó a escribir historia no necesitaba, desde luego, escribir historia antigua —ya lo habían hecho los historiadores antiguos—. Se centró en la historia de los siglos postclásicos desde 410 a 1441: *Historiarum ab inclinatione Romani imperii Decades,* en cuarenta y dos libros [25].

Cristòforo de Buondelmonti [26] y el notable Ciriaco di Ancona [27] (1391-1455) también visitaron los países del Imperio Bizantino; Ciriaco tomó nota de restos de antigüedades clásicas, copió inscripciones, hizo diseños de los monumentos. Su ardiente entusiasmo por este tema y el desconocimiento de sus propias limitaciones le dieron ánimos para emprender semejante tarea y la posteridad tiene muchas razones de estarle agradecida por su valiosa con-

---

25 Denys Hay, «Flavio Biondo and the Middle Ages», *Proc. Brit. Acad.,* 45 (1959), 97 ss.

26 Cf. *supra,* pág. 59, y especialm., n. 26 (E. Jacobs).

27 R. Sabbadini, *Enciclopedia Italiana,* 10 (1931), 438 s. v.; B. Ashmole, «Cyriac of Ancona», *Proc. Brit. Acad.,* 45 (1959), 25-41, se limita, ante todo, al problema de la fidelidad de Ciriaco cuando dibuja antigüedades, pero da muchas referencias preciosas, incluso algunas sobre futuras publicaciones, pág. 26.1. Su más amplio autógrafo, donde descubre sus actividades y aficiones, es su diario de 1436, publicado por Maas, «Ein Notizbuch des Cyriacus von Ancona», *Beiträge zur Forschung,* Studien und Mitteilungen aus dem Antiquariat Jacques Rosenthal, Folge I, Heft I (1923), 5-15; ver, también, Wardrop, *The Script* [*la letra*] *of Humanism* (antes, pág. 34, n. 63), págs. 14 ss., sobre Ciriaco y Felice Feliciano.

tribución al conocimiento y recogida de restos antiguos, algunos de los cuales se perdieron después. La obra de Ciriaco fue continuada por un discípulo[28] dotado y leal, aunque excéntrico, Felice Feliciano de Verona (1433-79), epigrafista y calígrafo, cuyos méritos han sido debidamente reconocidos por Mommsen[29].

Dejando a un lado a los viajeros del Este y volviendo a Roma, encontramos la extraña figura de un anticuario que tomó tan en serio el mundo romano recién descubierto que trató de reanimar sus costumbres y seguir las normas de sus autores sobre la vida cuotidiana, Pomponio Leto (1428-97)[30]. Su casa del Quirinal estaba llena de antigüedades, monedas, medallas, inscripciones; no se preocupaba por el griego, pero se esforzaba por alcanzar la perfección en latín y en conseguir una graciosa escritura latina. Alrededor de 1460 fundó la llamada Academia Romana y hablaba casi cada día a un auditorio fervoroso, que incluía estudiantes de muchos países extranjeros y le hizo famoso en toda Europa. Desgraciadamente, la celebración de ritos paganos y las reuniones secretas en las catacumbas despertaron las sospechas de la Iglesia; por inocente que parezca su excentricidad, Leto, juntamente con los principales miembros de la Academia, fue aprisionado e, incluso, torturado por orden del papa Paulo II, y la Academia fue disuelta en 1467, pero los sucesores de

---

28 C. Mitchell, «Felice Feliciano Antikuarius», *Proc. Brit. Acad.*, 47 (1961), 197 ss.

29 *CIL*, V (1872); Mitchell, *op. cit.*, págs. 211 ss., nos ofrece nuevos testimonios que corrigen errores de Mommsen y completan nuestro conocimiento sobre aciertos de Feliciano.

30 Vladimir Zabughin, *Giulio Pomponio Leto*, 2 vols. (Grottaferrata y Roma, 1909-12, traducido de la edición original rusa); cf. la magnífica sección sobre P. Leto, en Wardrop (antes, pág. 34, n. 63), págs. 20-3. Ver, también, en J. Delz, «Ein unbekannter Brief von Pomponius Laetus», *IMU*, 9 (1966), 417 ss., material nuevo sobre el proceso de Leto y su actividad docente en Venecia.

Paulo trataron honradamente de reparar este anticipo de las vergonzosas persecuciones de la contrarreforma; y la Academia, restaurada por Sixto IV, floreció nuevamente bajo León X.

La Academia de Leto pudo ser considerada como ejemplo del cambio de las conferencias de un filólogo, desarrolladas particularmente, en una escuela organizada que sobrevivió después de la muerte de su fundador; podemos compararlo con el desarrollo de las bibliotecas particulares en públicas. Aunque el movimiento humanístico tenía por naturaleza una fuerte tendencia educativa [31], no es posible dar aquí una historia completa de la enseñanza en la escuela; sólo hemos podido mencionar de pasada la actividad docente de los filólogos, y lo que sigue debe limitarse a la relación entre enseñanza escolar y filología. Es de vital importancia mantener la conexión entre ambas: la escuela necesita la guía de la filología y la filología se apoya en la continuidad de la enseñanza del lenguaje y en la explicación de textos en la escuela. Desde luego, fue un proceso lento reformar y reorganizar las escuelas monásticas, catedralicias, urbanas y particulares, así como las antiguas universidades, según el espíritu humanístico; algunas de ellas desaparecieron, y se establecieron nuevas fundaciones en diversos lugares.

Ya apuntamos que, en la época helenística tardía (alrededor de 100 a. de C.), la lista de maestros iba encabezada por los γραμματικοί [32] y que la gramática continuó siendo siempre la primera de las artes literarias. La gramática escolar del Medievo tardío de Alejandro de Villedieu (hacia 1200 d. de C.) y otros libros escolares parecidos se usaban todavía profusamente durante los siglos XIV y XV; basados, en general, en Prisciano, enseñaban un la-

31 Cf. F. Saitta, *L'educazione dell'umanesimo in Italia* (1928).
32 *Historia* [I], 445 s.

tín tardío o medieval. Cuando Erasmo empezó su lucha contra los bárbaros (*¿ca.* 1484?) no pudo menos de burlarse irónicamente de Alejandro y de los textos gramaticales como el suyo[33]. El primero en escribir reglas gramaticales sobre la base del nuevo estudio de la literatura parece que fue Guarino da Verona, el gran educador, en sus *Regulae grammaticae* (1418); pero solamente cincuenta años más tarde consiguieron los *Rudimenta grammatica* de Niccolò Perotti (1468) desplazar a las anticuadas gramáticas latinas.

Con el tiempo, aparecieron gramáticas griegas publicadas por inmigrantes helenos que enseñaban griego antiguo en Italia. Salutati, como hemos dicho, consiguió llevar a Crisóloras de Constantinopla a Florencia[34]. Crisoloras escribió para sus discípulos —algunos de ellos filólogos muy distinguidos— sus Ἐρωτήματα τῆς Ἑλληνικῆς γλώσσης, para la cual usó, naturalmente, la Τέχνη γραμματική, de Dionisio Tracio[35], haciendo posible así que este pequeño volumen, ya fundamental para el mundo oriental, conquistase también el Occidente. Guarino, que había acompañado a Crisoloras durante cinco años en Constantinopla y volvió con más de cincuenta manuscritos griegos, tradujo al latín fragmentos de los Ἐρωτήματα. Su hijo Battista Guarino expuso las ideas fundamentales de su padre[36] en un tratado, *De ordine docendi et studendi*; escrito en 1459[37]. Después de un largo pasaje sobre el

33 «Die Wandlungen der *Antibarbari*», *Gedenkschrift zum 400. Todestag des Erasmus von Rotterdam* (1936), 64 = *Ausgewählte Schriften*, 203.52.

34 Ver antes, pág. 57.

35 *Historia* [I], 467 ss.

36 *De modo et ordine docendi et discendi* (ver nota siguiente), pág. XI b; cf. VIII b: «neminem posse absque literarum Graecarum scientia in hac versuum doctrina fundamenta... introspicere».

37 Manejo una edición impresa (Estrasburgo, 1514) con el título *De modo et ordine docendi ac discendi* en la portada. W. H.

latín, acentúa la importancia del estudio del griego: «frequentanda erit in primis graecarum literarum lectio». No era frecuente en absoluto a mediados del Quattrocento italiano insisitr en el conocimiento *utriusque linguae* con fines educativos; en cuanto a la filología, ningún filólogo italiano pretendió hacer obra original en ambos campos, excepto Poliziano [38], después de 1480, durante unos cuantos años. La primera gramática griega impresa y, en realidad, el primer libro impreso en griego fueron los Ἐρωτήματα de Constantino Láscaris (1476, reimpresos en 1966); la edición aldina de 1508 incluía un Apéndice que trataba especialmente del problema de la pronunciación en griego antiguo, que Janus Láscaris y otros griegos habían empezado a tratar mucho antes de que se convirtiese en un tema corriente gracias a las monografías de Reuchlin y Erasmo [39].

El latín mantuvo su posición predominante [40]. Aunque las reglas elementales se daban por supuestas, la cuestión del «estilo» latino, o sea, el vocabulario y fraseología, fue debatida acaloradamente [41]. Se comprende que los maestros de gramática tendiesen a resolver el problema aconsejando la imitación exclusiva de un solo gran escritor, Cicerón, que había gozado de un prestigio único desde los días de Petrarca; así quedó fundado el Ciceronianismo

---

Woodward, *Vittorino da Feltre and other Humanist Educators* (1897), págs. 159-78 (su traducción inglesa se apoya en otro texto impreso).

38 Ver antes, págs. 80 y 85 s.

39 I. Bywater, *The Erasmian Pronuntiation of Greek and its Precursors* (Londres, 1908).

40 Ver S. Prete, «Die Leistungen der Humanisten auf dem Gebiete der lateinischen Philologie», *Phil.*, 109 (1965), 259-69, con ejemplos y referencias muy importantes, especialmente sobre Guarino da Verona.

41 Ver antes, págs. 70 ss.

y propagado por estos círculos [42], no por los grandes filólogos. Fue adoptado por eruditos de más alto rango en el primer tercio del siglo XVI, cuando el cardenal Bembo, secretario pontificio de León X, fue su representante más distinguido; y por último, en 1528, Erasmo en su diálogo *Ciceronianus* [43] presentó una caricatura ingeniosa del Ciceronianismo exagerado y señaló el camino hacia una adaptación moderna y correcta de la elocuencia de Cicerón.

Los textos antiguos necesitaban una interpretación cuidadosa; parece que los comentarios escritos se fueron desarrollando con la explicación oral en las escuelas. No encontramos testimonios de que en los primeros tiempos helenísticos los discípulos, digamos de Zenódoto, tomasen nota de sus exégesis orales de Homero y las transmitiesen a la posteridad; tuvimos que limitarnos a suponer una tradición de este tipo [44], porque no conocemos comentarios escritos antes de Aristarco, o sea, anteriores a la mitad del siglo II a. de C.

También en el Renacimiento italiano aparecieron relativamente tarde; la razón fue no sólo que la confección de comentarios completos siguió naturalmente a la edición de textos, interpretación de pasajes selectos y monografías, sino también que podían usarse [45] los escolios antiguos, a veces con adiciones modernas [46], siempre que existiesen o fuesen descubiertos. Sin embargo, parece que,

---

42 Cf. antes, pág. 81; ver, también, Sandys, *Harvard Lectures* (1905), págs. 145 ss., especialm., 149 ss.

43 Hay una edición del texto, revisado por I. C. Schönberger (1919); es una lástima que no haya publicado el comentario prometido.

44 *Historia* [I], 378 ss., cf. pág. 200.

45 Ver antes, pág. 18.

46 G. N. Knauer, «Die Aeneis und Homer», *Hypomnemata,* 7 (1964), 77.2. Las adiciones al comentario de Servio sobre Virgilio, escritas en 1459 en Ferrara, podrían deberse a la escuela de Guarino. Battista Guarino, en su libro *De ordine docendi,* pág. IXa

ya en los días de Petrarca, su amigo y admirador, el monje agustino, Dionigi de Roberti [47], compuso para sus conferencias una especie de comentario sobre Valerio Máximo, autor favorito del Renacimiento, y sobre unos cuantos poetas latinos, cuyas notas explicativas hizo copiar entonces y las dedicó al cardenal Giovanni Colonna. Gasparino da Barzizza, maestro de renombre, escribió exposiciones esquemáticas de unas cuantas obras de Cicerón, retóricas y filosóficas, y de sus cartas. Se hizo un avance notable por los años setenta en que el protegido del cardenal Bessarión, Niccolò Perotti, traductor de Polibio y autor de una nueva gramática latina popular [48], reunió material para un voluminoso y enciclopédico comentario sobre Marcial, que se publicó por primera vez después de su muerte, en 1489, con el título de *Cornucopiae* y que tuvo numerosas reimpresiones. No había escolios antiguos de ninguna de estas obras. Parece que es un error tradicional [49] afirmar que Pomponio Leto

---

(ver antes, pág. 96), decía: «explanationes quoque librorum scribere vehementer conducet, sed tamen magis si sperabunt eas in lucem aliquando prodituras».

47 Cf. *supra,* pág. 31. El pequeño estudio de conjunto «Commentare zu Klassikern», Voigt, II, 387 ss., es todavía útil; pero ahora, apoyándose en P. O. Kristeller, *Catalogus translationum et commentariorum* (comentarios latinos sobre autores antiguos griegos y latinos hasta el año 1600), I (1960), debería alguien continuar investigando en las bibliotecas italianas y procurar escribir una historia de los primeros comentarios. Ver F. Simone, «Il Rinascimento Francese», *Biblioteca di Studi Francesi,* I (1961), 16, 18, 19, 23, sobre Dionigi (y otros). Cf. también *Der Kommentar in der Renaissance,* hrsg. v. A. Buck u. O. Herding, Kommission f. Humanismusforschung, Mitteilungen, I (1975).

48 Ver antes, pág. 96. Para una lista de sus escritos, ver la versión, de N. Perotti, del *Enchiridion* de Epicteto, ed. R. P. Oliver (Urbana, Ill., 1954).

49 Así, por ejemplo, Sandys, II, 93; sobre Leto, ver antes, pág. 94.

«escribiese... comentarios sobre el texto completo de Virgilio, incluyendo las obras menores (1487-90)»; las «notas a Virgilio», de Leto, son precisamente una de las escasas supervivencias de la costumbre según la cual los discípulos ponían por escrito las lecciones de su maestro y las publicaban después [50]. Nos enteramos con satisfacción de que Giovanni Tortelli [51], primer bibliotecario vaticano, no escribió nunca, por separado, ningún comentario seguido sobre Juvenal, como solía suponerse, sino que, al escoger pasajes para explicarlos en su tratado de *Ortografía* [52], se limitó a tomar más de Juvenal, su poeta favorito, que de otros autores. Hay que llegar a finales del siglo para encontrar un filólogo, Filippo Beroaldo el Mayor (1453-1505), que se consagró deliberadamente a la interpretación de autores latinos [53]; llegó a ser uno de los pocos profesores distinguidos en clásicas de la Universidad de Bolonia, su ciudad natal, sede famosa de la ciencia jurídica. Quizá estuvo influido, hasta cierto punto, por su gran amigo y

---

50 Ver Zabughin, *Pomponio Leto,* I, 264 (antes, pág. 94, n. 30), y especialm., Zabughin, *Virgilio nel Rinascimento Italiano,* I (1921), 190 s., en relación con los manuscritos que encontró en las bibliotecas Vaticana y Bodleyana.

51 Registra detalles biográficos y bibliográficos R. P. Oliver, «Giovanni Tortelli», *Studies presented to D. M. Robinson,* II (1953), 1.257-71; nos cuentan divertidas anécdotas sobre él, pero no he podido descubrir ninguna prueba de que Poggio lanzase un códice de Livio a la cabeza de su rival Tortelli.

52 *Commentaria Grammatica de orthographia dictionum e Graecis tractarum* (escrito en 1449, primera impresión en 1471). Sobre sus citas de Juvenal, ver E. M. Sanford, *TAPA,* 82 (1951), 207 ss. — B. A. Müller, *Philolog. Wochenschr.,* 50 (1930), 111 ss., hace algunas observaciones útiles sobre la puntuación en los libros impresos en el Renacimiento; cf. *Historia* [I], 321 s.

53 En 1476, Plin. *n.h.*; en 1500, Apuleyo, etc. Sobre el método de comentar de Beroaldo, ver K. Krautter, «Philologische Methode und humanistische Existenz, Filippo Beroaldo und sein Kommentar zum Goldenen Esel des Apuleius», *Humanistische Bibliothek, Reihe* I: *Abhandlungen,* vol. 9 (1971), 37 ss.

corresponsal, Poliziano, quien más que nadie insistía en la necesidad de interpretación y cuya *Miscellanea* le procuraba ejemplos de exégesis, incluso, mejores que las *Adnotationes* de Valla. Codrus Urceus, que enseñó griego en la misma Universidad, dijo de Beroaldo «per excellentiam quandam... commentatorem Bononiensem... legem... commentandi non servasse modo... sed prope constituisse». Si fue, en realidad, el primero en establecer la «lex commentandi», tuvo, desde el principio del siglo XVI en adelante, seguidores que no temían en absoluto comentar a los grandes clásicos latinos [54] y continuar así la obra de los antiguos escoliastas.

A pesar del desarrollo que acabamos de ver en Bolonia, las antiguas universidades italianas [55] no desempeñaron un papel decisivo en promover el aspecto didáctico de la filología del Renacimiento; como veremos, se consiguió más gracias a nuevas fundaciones transalpinas. Pero en Italia había importantes instituciones docentes fuera de las universidades. Una de las primeras fue el llamado «Studio» [56] de Florencia, fundado en 1321, que se dedicaba a la filología y literatura e invitó a dar conferencias a casi todos los filólogos distinguidos italianos y griegos de los siglos XIV y XV. El «Studio» fue reformado en 1420; Poliziano fue primero su discípulo y después una de sus mayores luminarias. Una institución mucho más reciente fue

---

54 Ver Knauger (antes, pág. 98, n. 46), págs. 64 ss., sobre Virgilio.

55 Una breve exposición de conjunto sobre las escuelas humanísticas primitivas del medievo tardío la da F. Paulsen, *Geschichte des gelehrten Unterrichts,* I³ (1919, reimpresa en 1960), 13-77. P. O. Kristeller, *Die italiennischen Universitäten der Renaissance,* Schriften und Vorträge des Petrarca-Instituts Köln, I [1953].

56 Salutati, *Epist.* II 84: «legum et liberalium artium Studium»; ver Isidoro Del Lungo, *Florentia* (1897), págs. 101 ss., acerca del «studio fiorentino», especialm., Poliziano.

la «Sodalitas Φιλελλήνων»[57] de Venecia, fundada en 1500; algunos filólogos de países extranjeros se hicieron socios cuando visitaron Italia (como lo hizo Erasmo, por ejemplo, en 1508). Venecia tenía sus propios «scriptoria» griegos, íntimamente vinculados con los de Creta, y por encima de todo la gran imprenta de Aldo Manuzio (1449-1515) y de su familia. Aldo se reconocía, con agradecimiento, discípulo de Guarino el Joven[58], que le enseñó latín y griego, y de otro filólogo veronés menos famoso, Gasparino, excelente gramático latino. Por lo tanto, estaba bien equipado para ser editor lo mismo que impresor de antiguos textos humanísticos[59]. Su propia «Academia» de Helenistas le alentó y le ayudó a lanzar en un solo año, el 1502, cinco primeras ediciones de autores griegos de un total de veintisiete *ediciones príncipes* griegas en veintiún años[60]. Publicó la primera colección de los escritos de Poliziano de quien era entusiasta admirador.

Además de la «Sodalitas» veneciana y el «Studio» florentino surgieron nuevas Academias en otras ciudades. La personalísima Academia de Pomponio Leto floreció y sufrió un cierre en Roma, como hemos visto. Poetas y filólogos fueron ornamento de la corte del rey Alfonso de Nápoles. Valla sobresalió en los debates eruditos en los cuales tomaba parte el rey[61], pero la Academia, im-

---

57 D. J. Geanakoplos, *Greek Scolars in Venice* (1962), págs. 128, ss., sobre la fundación y los miembros de la «Academia Aldina».

58 En la dedicación de su edición de Teócrito (1495) a Battista Guarino (cf. *supra,* pág. 53).

59 C. Dionisotti, «Aldo Manuzio umanista», *Lettere Italiane,* 12 (1960), 375 ss.

60 Sobre la Imprenta Aldina, ver Geanakoplos (arriba, n. 57), págs. 116 ss. y *passim*; sobre las cinco primeras ediciones de autores griegos en 1502, ver A. A. Renouard, *Annales de l'impriméric des Alde* (3.ª ed., 1834, reimpr. en 1953).

61 Ver antes, pág. 72; cf. T. de Marinis, *La biblioteca Napoletana dei Rè d'Aragona,* 4 vols. (1947-52).

pulsada por él, parece haber sido, en primer lugar, una asamblea de poetas, poetas filólogos desde luego, tales como Antonio Beccadelli, autor del sensacional *Hermaphroditus*, sobre todo Giovanni Pontano (1426-1503)[62], cuyos versos y prosa en elegante latín deleitaban los oídos de Erasmo, y por último, Jacopo Sannazaro (1458-1530).

Florencia se convirtió en punto de reunión de Este y Oeste en 1439, cuando se convocó un nuevo Concilio para la unión de las iglesias. Esto condujo a la fundación, bajo la protección de los Médicis, de la primera de las Academias italianas. Georgios Gemistos (Jorge Gemisto), nacido en Constantinopla, que se llamaba a sí mismo Plethón[63] (sinónimo de Gemistos y, en sonido, próximo a Platón), había elaborado su propio sistema filosófico según la tradición neoplatónica que en Bizancio no se había extinguido nunca del todo. Cuando llegó a Florencia en calidad de miembro del Concilio, su Platonismo causó impresión tan profunda en Cosme de Médicis (que ocupaba el poder desde 1434) que concibió la idea de establecer en su ciudad una Academia Platónica libremente organizada[64]; incluso, resucitó la costumbre de celebrar el aniversario del nacimiento de Platón con un banquete[65].

---

62 Ioannis Ioviani Pontani *De Sermone* libri sex, ed. S. Lupi et A. Risicato (1954), tomado de un autógrafo de Viena, con introducción y referencias a Erasmo, pág. XIV; pero Pontano trabajó también en el texto de Lucrecio. Ver Lucrecio, ed. Munro (1872[3], págs. 6 y 11), el cual da una visión de primera mano sobre filología lucreciana en el Quattrocento. Ver también B. L. Ullman, «Pontano's Handwriting», *IMU*, 2 (1959), con 8 láminas.

63 F. Masai, *Pléthon et le platonisme de Mistra* (París, 1956), ver, especialm., págs. 327 ss., «Pléthon et les humanistes», 370 ss. y 384 ss.

64 Nesca A. Robb, *Neoplatonism of the Italian Renaissance* (1935).

65 Así lo dice Ficino en la introducción de su traducción del *Symposium*; cf. R. Marcel *Marsile Ficin, Commentaire sur le «Banquet de Platon»* (1956).

Afortunadamente, encontró en Marsilio Ficino (1433-39) un platónico fervoroso —se decía que en su habitación mantenía una lámpara encendida ante el busto de Platón— que fue capaz de traducir e interpretar los *Diálogos*; el Platón latino quedó listo en 1477 e impreso en 1482, mucho antes que el texto griego aldino de Musurus de 1513. Siguió un Plotino en latín, también por Ficino, en 1492. El acceso a un texto completo de Platón probablemente resultaba más importante que todos los esfuerzos por interpretarlo de nuevo; pero los esfuerzos se hicieron y el propio Ficino ensayó una nueva interpretación de Platón en su *Theologia Platonica*[66], completado por un libro *De Christiana religione*; todavía existe un fragmento de su comentario de la Epístola de S. Pablo a los Romanos. El sobrino de Ficino, Giovanni Pico della Miràndola (1463-1494), autor de la programática *Oratio de hominis dignitate*[67], daba por entonces conferencias sobre Platón y sobre S. Pablo. En ningún otro círculo italiano se discutió con tanta vehemencia el problema religioso[68] de la relación entre la Antigüedad y el Cristianismo. Sin embargo, el sistema florentino de conciarlos consistía en una especie de simbolismo místico[69]. Este Neoplatonismo tuvo una influencia universal sobre el misticismo español lo mismo que en los países nórdicos; S. Tomás Moro llegó, incluso, a traducir al inglés una «vida de Pico, conde della

66 Marsilio Ficino, *Théologie platonicienne de l'immortalité des âmes*, 2 vols. Texte critique établi et trad. par R. Marcel (1964-5).

67 *L'opera e il pensiero de Giovanni Pico de la Mirandola nella storia dell'Umanesimo*, Convegno internazionale, Mirandola, 1963, Instituto nazionale di studi sul Rinascimento, Florencia, 1965; contiene distintas aportaciones sobre los escritos de Pico y su influencia en otros países. Descubrió y editó sus *Carmina latina* W. Speyer (1964).

68 Para la actitud indubitable de Petrarca, ver antes, págs. 31 s.

69 Sobre la distinta solución ofrecida por Colet y Erasmo, ver luego, págs. 128 s.

Miràndola y gran señor de Italia». Parece natural que las ideas platónicas fundamentales sufriesen una transformación en el curso de la historia [70] y que durante todas sus metamorfosis continuasen siendo una fuerza motriz espiritual.

En el momento decisivo, Petrarca [71], invirtiendo el juicio de épocas anteriores, había reconocido a Platón como «philosophorum princeps», y como «princeps» fue aceptado por el Renacimiento. Pero no había uniformidad estricta en caracteres o intereses entre los nueve miembros de la Academia Florentina. Poliziano era, ciertamente, uno de los miembros más notables, muy adicto a Pico, que era nueve años más joven que él, y con cuyo elogio puso solemne fin a su *Miscelánea*; pero nunca pretendió ser platónico, ni siquiera filósofo, sino solamente «grammaticus» [72], incluso cuando explicaba un texto filosófico o meditaba sobre un sistema de doctrinas científicas y filológicas en su *Panepistemon* [73]. Y, sin embargo, resulta evidente en este libro que no rechazaba la filosofía, la cual, desde un punto de vista sistemático, incluía la filología; sencillamente, pensaba que no tenía por qué contarse entre los omniscientes filósofos, sino en las filas, más modestas, de los filólogos.

El Neoplatonismo florentino tuvo la más extraordinaria influencia en los países transalpinos; pero los primeros contactos esporádicos, lo mismo oficiales que particulares, ya habían preparado el terreno para recibir la filología

---

70 Ver *Historia* [I], 128 s.

71 Ver antes, pág. 35.

72 Sobre γραμματικός, ver *Historia* [I], 185 s. A. Poliziano, *Le selve e la strega* per cura di Isidoro Del Lungo (1925), pág. 222: «non... philosophi nomen occupo... nec aliud mihi nomen postulo quam grammatici»; cf. [Lamia»] *ibid.*, pág. 226: «nomen vero aliis philosophi relinquero. Me... grammaticum vocatote...».

73 B. Weinberg, *A History of Literary Criticism in the Italian Renaissance* (1961), pág. 3.

italiana en Europa central y occidental. Petrarca había ido (1356), como legado desde Milán a Praga, donde residía el emperador Carlos IV, y dejó tras sí huella profunda. En 1361, el emperador le envió copias de dos documentos sobre los privilegios concedidos a Austria por César y Nerón, pero, después de examinar su lengua y estilo, negó terminantemente su autenticidad [74] casi un siglo antes del ataque de Valla a la donación de Constantino. El canciller de Carlos, Johannes von Neumarkt [75], era un admirador ferviente de Petrarca, y en el círculo intelectual del canciller podemos encontrar una modesta analogía con algunos de los círculos humanísticos de las cortes de Italia. También Rienzo había encontrado allí refugio en 1350, y la influencia de su estilo en la lengua de la cancillería alemana es claramente perceptible.

Pero este primer contacto no representó las verdaderas primicias del humanismo nórdico, sino un episodio sin consecuencias importantes que podemos rotular «prehumanismo alemán» [76]. El segundo contacto, más intenso, lo llevó a cabo, casi un siglo más tarde, Eneas Silvio

---

[74] *Lett. sen.*, XVI, 5 (vol. II, 490 ss., Fracassetti), cf. E. H. Wilkins, *Life of Petrarch* (1961), pág. 176.

[75] *Schriften Johanns von Neumarkt*, ed. J. Klapper, Vom Mittelalter zur Reformation, 6.1, 2 (1930-2).

[76] E. Winter intentó demostrar que, en el siglo XIV, un movimiento esencialmente religioso de Bohemia fue el vínculo entre el primer humanismo italiano y la «Devotio moderna» que se desarrolló en los Países Bajos (ver luego, págs. 123 ss.): «Die europäische Bedeutung des böhmischen Frühhumanismus», *Zeitschrift für deutsche Geistesgeschichte*, I (1935), 233 ss., y especialm., «Frühhumanismus. Seine Entwicklung in Böhmen und deren europäische Bedeutung für die Kirchenreformbestrebungen im 14. Jahrhundert», *Beiträge zur Geschichte des religiösen und wissenschaftlichen Denkens*, 3 (Akademie-Verlag, Berlin, 1964), págs. 9, 169 s. Los puntos de vista de Winter los apoya enérgicamente H.-F. Rosenfeld, «Zu den Anfängen der Devotio moderna», *Festgabe für U. Pretzel* (1963), págs. 239 ss. Pero esta nueva hipótesis no se demuestra con la

Piccolòmini (1405-64)[77], discípulo de Filelfo en Florencia, también con la cancillería del emperador, entonces Federico III, en Viena (1442-55). Eneas Silvio había tomado parte en el Concilio de Basilea[78], donde durante siete años, a partir de 1432, contempló la tragedia de sus vanos esfuerzos por conciliar el universalismo romano con los intereses particulares de las naciones. Convencido de que sólo la hegemonía de la Iglesia podría salvar a Europa, se hizo sacerdote y, en una carrera extraordinariamente breve, llegó a obispo de Trieste (en 1447), obispo de Siena (en 1450) —había nacido en un pueblo cerca de Siena, Corsignano, llamado ahora Pienza, derivado de Pío—, cardenal (en 1456) y por último, en 1458, papa Pío II: «sum Pius Aeneas... fama super aethera notus» (Virg. *Aen.* I 378 s.). Siempre trabajó activamente como escritor bien dotado. No era un gran poeta, aunque coronado como tal por Federico III, ni filólogo eminente. Pero tenía una vasta cultura y era un ameno narrador de anécdotas[79];

---

repetición de vagas afirmaciones; no parece que haya elementos filológicos en el movimiento bohemio.

[77] *Opera omnia* (Basilea, 1551 [reimpreso en 1967] y 1571). «Briefwechsel», ed. R. Wolkan, *Fontes rerum Austriacarum,* II. Abteilung 61.62, 67.68 (1909-18), todavía icompletas; *Prosatori,* ed. Garin (1952), págs. 661-87 (sólo una pequeña selección de los «Commentarii rerum memorabilium»); *Enea Silvio Piccolomini, Papst Pius II. Ausgewählte Texte aus seinen Schriften,* hrsg., übers. u. biographisch eingeleitet v. Berthe Widmer (1960); sobre la monografía de Georg Voigt en tres vols., ver antes, pág. 41; G. Paparelli, *Enea Silvio Piccolomini,* Biblioteca di cultura moderna, 481 (1950). E. Garin, «Ritratto di E. S. P.», *La cultura filosofica del Rinascimento Italiano* (1961), págs. 38-59, con bibliografía. Cf., también, A. R. Baca, «Enea Silvio Piccolomini's Verteidigung der Literatur», *Antike und Abendland,* 17 (1971), 162 ss.

[78] *De gestis Concilii Basiliensis Commentariorum libri II* (1440), nueva edición, con traducción, de Denys Hay y W. K. Smith en Textos Medievales de Oxford (1967).

[79] *Historia de duobus amantibus* (1444), para la cual utilizó

se esforzó más que nadie en difundir por Europa central el interés hacia la elocuencia latina, educación clásica[80], historia y geografía[81]. Como legado o mediador superó a todos sus contemporáneos, y por esta razón merece un lugar en la historia de la filología. Un año después de su elección para el trono pontificio firmó el documento de la fundación de la Universidad de Basilea, que, en contraste con las antiguas universidades, se convirtió inmediatamente en el verdadero hogar del humanismo y estudios clásicos, que continúa siendo hoy día[82]. Pero luego, para desencanto de humanistas y filólogos esperanzados, perdió interés por las letras y, después de un intento infructuoso por convertir al sultán que había conquistado Constantinopla, concentró sus energías por el resto de su vida en la organización de una cruzada contra los turcos. Algunas de sus grandes obras de historia y geografía, que contenían amplias citas de fuentes antiguas, permanecieron en estado fragmentario, pero ejercieron enorme influencia[83]. Incluso el descubridor Cristóbal Colón[84], al

---

libremente la narración de una aventura amorosa del Canciller Caspar Schlick en Viena (reimpresa en Budapest, 1904).

80 *De eruditione puerorum* (1450), dirigida al joven rey de Bohemia y Hungría, Ladislao (reimpresa en Washington, en 1940).

81 Acerca de sus escritos sobre historia contemporánea, ver antes, pág. 107, nn. 78 y 79.

82 August Rüegg, *Die beiden Blütezeiten des Basler Humanismus*. Eine Gedenkschrift zur Fünfhundertjahrfeier der Basler Universität (1960); cf. Guido Kisch, «Forschungen zur Geschichte des Humanismus in Basel», *Archiv für Kulturgeschichte*, 40 (1958), 194 ss.

83 *Historia ubique rerum gestarum locorumque descriptio*, llamada, con menos precisión, *Cosmographia*; sobre historia contemporánea, los *Commentaria rerum memorabilium*, autobiográficos.

84 «De Asia», c. 12 = *Opera* (1571), pág. 289, ver B. Widmer (antes, pág. 107, n. 78), pág. 386.2; Colón poseía un ejemplar de la primera parte de su *Historia*: (Henry Harrisse), *Don Fernando Colón, Historiador de su padre, Ensayo crítico* (Sevilla, 1871, páginas 67, 75. Sobre Colón y su notable conocimiento de la literatura

escribir desde Jamaica en 1502/3, citó su descripción de los Massagetas. La *Historia Bohemica* y la *Germania* de Eneas Silvio se convirtieron en obras clásicas, lo que da testimonio de la ininterrumpida relación del humanismo italiano con la Europa central.

La actividad de los filólogos italianos se extendió también al Oeste de Europa, a Francia y a Inglaterra. Petrarca y otros desterrados italianos habían encontrado un nuevo hogar en el Sur de Francia, donde habían tenido fácil acceso a las bibliotecas de las catedrales y monasterios franceses [85]. Pero ¿hasta qué punto se benefició Francia de la presencia de visitantes o inmigrantes italianos? Durante su permanencia en París en 1361, Petrarca tuvo un fiel compañero en el sacerdote Pierre Bersuire [86], que empezó a traducir a Livio para el rey Juan el Bueno; de esta manera, el interés hacia los historiadores romanos y el esfuerzo por traducir textos importantes habían sido característicos de Francia desde el principio. Jean de Montreuil (1354-1418) [87] y su círculo admiraban a Petrarca y a Salutati y trataban de imitar el nuevo estilo latino. Pero él y sus amigos continuaban siendo un grupo aislado; comparando episodios similares en Italia y Alemania, podemos hablar de un prehumanismo francés.

En el siglo XV la filosofía escolástica era todavía muy poderosa, con inclinación especial hacia el enciclopedis-

---

antigua y humanística, ver A. Cioranescu, *Colón, humanista* (Madrid, 1967).

[85] Ver antes, pág. 32.

[86] F. Simone, «Il Rinascimento Francese», *Biblioteca di Studi Francesi*, I (1961), 23.

[87] G. Billanovich et G. Ouy, «La première Correspondance échangée entre Jean de Montreuil et Coluccio Salutati», *IMU*, 7 (1964), 337 ss. A. Combes, «Jean de Montreuil et le chancelier Gerson», *Études de Philosophie médiévale*, 32 (1942), sobre todo acerca de problemas de las cartas y cuestiones teológicas.

mo, pero el canciller de la universidad de París, Jean Charlier de Gerson[88] (m. en 1429) y unos cuantos más mostraban una familiaridad creciente con los textos clásicos. La corte real, que residía en diferentes sitios, se convirtió en otro centro de vida cultural, abierto a las influencias extranjeras, especialmente de Italia. Surgió allí un ambicioso nacionalismo cultural que trató de rivalizar con el humanismo italiano, pero que no resultó muy fecundo en filología. En contraste con esta tendencia nacionalista, Lefèvre d'Étaples (Faber Stapulensis)[89] representaba en París un espíritu más universal bajo el prestigio del neoplatonismo florentino, que también tuvo gran influencia en Margarita de Navarra y su corte literaria[90]. Desde Italia algunos filólogos griegos, como Janus Láscaris, se trasladaron a Francia y difundieron un conocimiento mejor de la lengua y literatura griega[91].

No hay pruebas de que algunos humanistas italianos fuesen a la Península Ibérica a modo de misioneros. La correspondencia, de alcance universal, de Poggio[92] se extendió, por supuesto, también hasta Occidente, pero no sus viajes. Por otra parte, españoles como el rey Alfonso de Aragón, antes de que fuese a Nápoles, y la corte de Castilla tuvieron noticia del nuevo movimiento, y, por último, algunos jóvenes filólogos empezaron a visitar los lugares donde éste nació[93].

---

88 Ver antes, n. 87; Joannis Carlerii de Gerson, *De mystica theologia*, ed. A. Combes, 1958 (Thesaurus mundi), edición crítica con referencias bibliográficas.

89 Sobre sus relaciones con Erasmo, ver luego, pág. 172.

90 A. Tilley, *The Literature of the French Renaissance*, I (1904), 103.

91 Cf. *supra*, pág. 89, y luego, págs. 116 y 164 ss.

92 Walser, *Poggius*, pág. 298; cf. Voigt, II, 356 s.

93 Ver luego, pág. 164, y O. di Camillo, *Humanismo cast. del s. XV*, págs. 9 ss.

Las Islas Británicas[94] fueron visitadas por humanistas italianos más tarde que la mayor parte de los países continentales. En 1418 Poggio[95] aceptó una invitación del obispo de Winchester, cardenal Henry Beaufort, a quien había conocido en el Concilio de Constanza. Aunque esta visita resultó desalentadora para Poggio, por lo menos dio a los clérigos ingleses lo que parece haber sido el primer contacto con un eminente filólogo italiano. Por otra parte, conocieron a funcionarios pontificios y recaudadores que iban allí año tras año. De ellos, el mejor conocido es el «nuntius et collector» Piero de Monte, discípulo de Guarino, infatigable escritor de cartas[96] y autor de un tratado humanístico sobre virtudes y vicios, probablemente el primero de Inglaterra. Algunos miembros de la nobleza británica y del clero se convirtieron en mecenas de la nueva cultura y dieron hospitalidad a filólogos extranjeros. Humphrey, duque de Gloucester, hijo de Enrique IV, tuvo a su servicio a varios humanistas italianos[97], Piero de Monte, Tito Livio Frulovisi y otros, y coleccionó manuscritos de Italia para su biblioteca, que legó después a la Universidad de Oxford, pero se supone que leía a los clásicos en traducciones francesas. Un gran número de humanistas italianos, Bruni, Pier Candido Decembrio, Castiglioni, le dedicaron sus obras, como al papa o a los Médicis. Eneas Silvio fue a Inglaterra y Escocia[98] como

---

94 R. Weiss, *Humanism in England during the fifteenth Century* (2.ª ed., 1957).

95 Ver antes, pág. 66.

96 «Piero de Monte. Ein Gelehrter und päpstlicher Beamter des 15. Jahrhunderts. Seine Briefsammlung». Herausgegeben u. erläutert von Johannes Haller. *Bibliothek des Deutschen Historischen Instituts in Rom,* vol. 19 (1941).

97 *Opera* T. Livii de Frulovisiis, rec. C. W. Previté-Orton (1932); ver, especialm., págs. XIII s. y XXXV s.

98 G. Paparelli, *Enea Silvio Piccolomini* (1950), págs. 51 ss.

delegado del concilio de Basilea[99]; incluso el maestro y gramático griego Manuel Crisoloras[100], a quien Salutati había llevado a Florencia, visitó ese país.

Sin embargo, el contacto entre Italia y el Norte se mantenía también en dirección contraria, de norte a sur. Hubo, en primer lugar, estudiantes alemanes que, de acuerdo con una larga tradición, atravesaron los Alpes para estudiar Derecho Romano y Canónico en la antigua Universidad de Bolonia; pero entonces, atraídos por la nueva cultura, muchos fueron a otros lugares, a Padua, Venecia, Florencia, Roma. La mayor parte procedían de familias antiguas o ricas de las ciudades libres, como, por ejemplo, Willibald Pirckheimer[101] de Nuremberg y Conrad Peutinger de Ausburgo[102]. Peutinger sintió siempre profundo agradecimiento hacia sus maestros italianos; incluso cuarenta años después de su permanencia en Italia (1482-8) imprimió una coleción de extractos de sus lecciones. En Florencia tuvo la suerte de conocer a Poliziano y Pico, y se esforzó, aunque en vano, en conseguir el famoso manuscrito del *Digesto* para el emperador Maximiliano. Quedó imbuido para toda su vida del espíritu neoplatónico de la Academia Florentina; y la Academia de Roma, de Pomponio Leto, le inspiró la idea de reunir las antigüedades romanas de su propio país y de fundar una «Sodalitas literaria Augustana». Sostuvo correspondencia con sus amigos italianos cuando fue «cancellarius»

---

99 Ver antes, pág. 107.

100 Ver antes, pág. 57.

101 Willibald Pirckheimer, *Briefwechsel,* hrsg. von E. Reicke y A. Reimann, I (1940, reimpreso en 1970), II (1956). H. Rupprich, «W. Pirckheimer, Beiträge zu einer Wesenserfassung», *Schweizer Beiträge zur allgemeinen Geschichte,* 15 (1957), 64 ss.

102 «Conrad Peutinger und die humanistische Welt», *Augusta* (1955), 179-86 = *Ausgewählte Schriften* (1960), págs. 222 ss., y «Ausburger Humanisten und Philologen», *Gymnasium,* 71 (1964), 190 ss.

de su ciudad natal y Erasmo lo estimaba profundamente por su «gravitas» y «prudentia».

Otro grupo de estudiantes alemanes fueron poetas itinerantes, una especie de caricatura de los humanistas italianos viajeros. Uno de esos aventureros que viajaron por muchos países fue Peter Luder (*c.* 1415-74), que pasó algún tiempo en Ferrara como discípulo de Guarino el Joven, antes de seguir a Pavía y Roma e, incluso, a Grecia, no sin ciertas dificultades. Invitado a Heidelberg [103] en 1456, dijo en el anuncio de sus lecciones: «studia humanitatis i. e. poetarum, oratorum ac historiographorum libros publice legi institui» [104]; la nueva fórmula [105] de Salutati, como vemos, ya había sido aceptada fuera de Italia.

De este grupo, aunque de rango más elevado, fue Conrad Celtis (1459-1508) [106], que escribió los mejores poemas latinos del otro lado de los Alpes (*Amores*, 1502, cf. *Ars versificandi*, 1486) y fue el primer alemán coronado como poeta por el emperador. Después de estudiar en Colonia y dar clases de filosofía platónica en varias ciudades alemanas, viajó a Italia, donde, en el breve espacio de seis meses, se esforzó en aprender junto a Battista Guarino en Ferrara, Musurus en Padua y Pomponio Leto en Roma. Aunque preparado, se consideró siempre alumno de sus

---

103 Peter Luder no fue una figura aislada, ver G. Ritter, «Petrus Antonius Finariensis, der Nachfolger Peter Luders in Heidelberg. Ein Beitrag zur Geschichte des Frühhumanismus am Oberrhein», *Archiv für Kulturgeschichte*, 26 (1936), 89 ss.

104 E. König, «Studia humanitatis und verwandte Ausdrücke bei den Deutschen Frühhumanisten», *Beiträge zur Geschichte der Renaissance und Reformation* (Festgabe für J. Schlecht) (1917), pág. 203.

105 Ver antes, págs. 53 s.

106 Conrad Celtis, *Opuscula*, ed. K. Adel (1966); *Breifwechsel*, hg. u. erläutert von H. Rupprich (1934); *Amores*, ed. F. Printer (1934).

maestros italianos y apenas es justo calificarlo de «el archihumanista alemán». Sin embargo, parece haber sido original en un aspecto: en 1497, mientras daba lecciones sobre Horacio en la Universidad de Ingolstadt, incitó al compositor Petrus Tritonius[107] a que escribiese la música de diecinueve odas para cantar cada día tras la clase *secundum naturas et tempora syllabarum et pedum.* Por lo demás, fue imitador de los humanistas italianos cuyas prácticas e ideas germanizaba; su deseo más vehemente era que su país no quedase a la zaga de Italia. Los humanistas italianos estaban orgullosos de su estirpe romana y trataban de renovar la cultura antigua; por analogía, Celtis fue el primero en destacar el valor de la antigüedad germánica. Empezó, naturalmente, con una edición de la *Germania* de Tácito (1500), obra que había interesado mucho a Nicolás de Cusa y a Eneas Silvio. También buscó manuscritos, no de autores antiguos, sino medievales, de origen germánico; en 1492/3 descubrió, efectivamente, las comedias latinas de la monja de la Edad Media Hrosvitha (siglo X) en la biblioteca del monasterio de S. Emmeram de Regensburgo, y un poema

---

107 Eso está claramente atestiguado en el prefacio de Simon Minervius a *Varia carminum genera,* de L. Senfl (1534), pág. 4a (Tritonius): «qui... ductu et auspiciis Conradi Celtis... hortatu praeceptoris... harmonias composuit»; las composiciones musicales de Tritonio se imprimieron en 1507. Notables compositores de la época adoptaron su estilo métrico durante corto tiempo a principios del siglo XVI. No estoy seguro si la composición, por Atanasio Kircher, de una melodía para la primera *Pítica* de Píndaro (*Musurgia,* I [1650], 541) seguía todavía esta tradición, como J. Müller-Blattau, *Herm.,* 70 (1935), 103 ss., intentó demostrar. Sobre el papel decisivo desempeñado por Celtis, ver *Zeitschrift für deutsche Philologie,* 46 (1914-15), 287 s., y *Gymnasium,* 71 (1964), 198 s.; W. Salmen, *New Oxford History of Music,* III (1960), 370 s.: «la oda métrico-didáctica: el impulso vino de la aristocracia culta», omitió el testimonio sobre Celtis del prefacio a los *Carmina* de Senfl, arriba citados.

épico latino *Ligurinus* sobre el emperador Federico I (siglo XII). Fue, por lo tanto, un verdadero filólogo clásico, que trabajó al estilo de los italianos y el primero que hizo filología alemana [108].

Celtis tuvo la suerte de encontrar una copia medieval de un mapa antiguo, que entregó a su amigo Peutinger para que lo publicase. Y aunque no lo publicó éste, sino Marcus Welser, a fines del siglo XVII, todavía se llama *Tabula Peutingeriana.* Celtis concibió el plan de una *Germania illustrata,* siguiendo el ejemplo de la *Italia illustrata* de Flavio Blondo, sobre el origen y pasado del pueblo germánico (como opuesto al Imperio romano). También organizó sociedades literarias, según el modelo de Pomponio Leto, por toda la Europa central. El nacionalismo humanístico de Celtis no resultaba perjudicial en sí mismo; pero, desgraciadamente, pudo conducir a una mascarada teutónica, a confundir, en el ánimo del propio Celtis, la primitiva sabiduría de los Drúidas y el misticismo neoplatónico, y a la identificación, en Hutten, de la virtud germánica, alabada por Tácito, con la primitiva piedad cristiana.

Entre Italia y el Norte existieron vínculos mucho más íntimos que los estudiantes viajeros y caballeros andantes; fueron los que protagonizaron [109] Nicolás de Cusa y Rodolfo Agrícola. Agrícola estudió en Pavía y Ferrara, con dos interrupciones, desde 1468 hasta 1479; ya hemos mencionado las visitas de Nicolás a Italia y trataremos luego de Agrícola como uno de los predecesores de Erasmo.

---

108 J. Dünninger, «Geschichte der deutsche Philologie», *Deutsche Philologie im Aufriss,* I² (1957), 87 ss., subrayó la importancia del humanismo y la Reforma en relación con el origen de la filología germánica en general, pero quizá no lo suficiente por lo que respecta a los méritos personlaes de Celtis.

109 Ver antes, pág. 76, y luego, págs. 124 y 236.

Desde Francia, Jean de Montreuil[110], el gran admirador de Petrarca, fue enviado en 1412 por el rey Carlos VI a Roma y Florencia, donde conoció a Bruni y Niccoli y se llevó a su país copias de Plauto, Varrón y Livio. En la segunda mitad del siglo XV, Robert Gaguin (1433-1501) viajó de París a Italia y Alemania en distintas misiones que resultaron afortunadas y que culminaron en su nombramiento de embajador real de esos países e Inglaterra. Sintió verdadero interés por la nueva cultura y publicó varias obras latinas desde *De arte metrificandi* (1478) hasta su historia de Francia *De origine et gestis Francorum compendium* (1495). Esta historia, sobre todo, le conquistó fama de «el más destacado humanista de París». Erasmo, de joven, entregó a Gaguin un borrador de su *Antibarbari*, para su estudio, deseoso de saber lo que pensaba de él. Las cartas de Gaguin están llenas de referencias y alusiones a los textos clásicos[111]. A principios del siglo XVI el filólogo clásico francés más importante, Guillaume Budé, fue encargado de misiones diplomáticas cerca de los papas de la familia Médicis, Julio II y León X. La corte real continuó impulsando las relaciones culturales de Francia con Italia, sirviéndose de personas distinguidas y cultas como legados.

Los primeros visitantes jóvenes llegados de la Península Ibérica parece que fueron el portugués Arias Barbosa, que tuvo la suerte de encontrar al mejor maestro de Florencia, Angelo Poliziano, y luego el español Hernán

---

110 Cf. *supra*, pág. 109.

111 Sobre la actividad de Gaguin, ver las notas de P. S. Allen, Erasmi *Ep.* 43; sobre la crítica de Gaguin respecto al *Antibarbari*, ver «Die Wandlungen der Antibarbari», en *Gedenkschrift zum 400. Todestage des Erasmus* (1936), pág. 54 = *Ausgewählte Schriften* (1960), pág. 192, donde he sustituido *Ep.* 46.41 («si in formosae Veneris cute nervos curem») *nervos* por *naevos*. Allen no advirtió la alusión a Hor. *Sat.* I 6.67.

Núñez. Ambos enseñaron latín e, incluso, griego en la universidad de Alcalá. El cretense Demetrios Dukas[112] se trasladó a España desde Venecia, donde había trabajado para la imprenta aldina. Tanto Núñez como Dukas contribuyeron a preparar la publicación española más celebrada de principios del siglo XVI, la Biblia Poliglota, patrocinada desde 1502 en adelante por el gran cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1437-1517)[113]. Después de larga preparación, quedó listo el griego del Nuevo Testamento y fue impreso en Alcalá en enero de 1514, y el del Antiguo Testamento en 1517, pero hasta 1521/2 no se publicó una edición relativamente reducida de seiscientos ejemplares[114]. Se llamó «Complutensis» de Complutum, nombre latino de la ciudad de Alcalá. Antonio de Lebrija[115] (1444-1522) había estudiado en Italia hebreo y autores clásicos durante diez años. Después de 1502 fue llamado a su país natal por el cardenal Cisneros; como

112 D. J. Geanakoplos, *Greek Scholars in Venice* (1962), página 223-55.

113 M. Bataillon (ver luego, pág. 165, n. 70), págs. 1-78, y *passim.*

114 F. J. Norton, *Printing in Spain 1501-20* (1966), págs. 38 ss.

115 Bataillon (luego, pág. 165, n. 70), págs. 24-42. F. G. Olmedo, *Nebrija* (Madrid, 1942); cf. Geanakoplos (arriba, n. 112), págs. 273 s. [Entre los predecesores de Erasmo (pág. 154), que no adoptaron para el griego clásico la pronunciación de los griegos del siglo XV, estaba Nebrija. Pero es extraño que no aludan a este hecho, tan notable en la historia de la lengua griega y de los estudios humanísticos, las historias corrientes de la literatura española como Hurtado-G. Palencia, Valbuena, Montoliú ni Alborg que, por cierto, da de Nebrija un juicio mucho más completo. Tampoco aluden expresamente a ello ni M. Bataillon ni F. G. Olmedo en las obras citadas arriba. Ed. Schwyzer, *Griechische Grammatik,* I (1939), 174, detalla: «Erasmo no fue el primero en rechazar la pronunciación neogriega para el griego antiguo; en esto tuvo precursores, sobre todo al humanista español A. de Lebrija (primeramente en una conferencia en 1486); después a Aldo Manuzio, y a Hieronymus Aleander», y remite a Bywater, *The Erasmian pronunciation of Greek and its precursors, op. cit.,* pág. 97.39. — (*N. de los T.*)

«trilingüe», hacía mucha falta para colaborar en la Biblia Poliglota. Como su publicación se retrasó por distintas circunstancias, Froben procuró anticiparse en Basilea: lanzando, en 1516, tres mil trescientas copias del texto griego y latino del Nuevo Testamento, de Erasmo, le ganó por la mano.

En Inglaterra encontramos a varios estudiantes bien dotados que completaron su educación en las escuelas de famosos humanistas italianos, sobre todo en Ferrara, en la escuela de Guarino. En la primera mitad del Quattrocento la Guerra de los Cien Años impidió a los estudiantes ingleses ir a París, pero ya a finales de siglo podemos observar algunos resultados de sus visitas a Italia. El primer nombre importante es el de Thomas Linacre (1460-1524)[116], que fue instruido por su tío, el prior benedictino William Sellyng, en su lugar de nacimiento Canterbury, y luego conducido por él a Roma y Florencia, donde fue discípulo de Poliziano y Calcóndilas, juntamente con el futuro papa León X. Se quedó en Italia desde 1487 hasta 1498, y continuó sus estudios en Roma con Pomponio Leto y más adelante en Padua y Venecia, donde trabó amistad con Hermolao Bárbaro y con Aldo Manuzio, de cuya «academia» formó parte. Después de su regreso a Londres dio conferencias a las que asistió Tomás Moro. Junto con Linacre estudiaron en Italia dos amigos: William Grocyn y William Latimer. Grocyn quizá fue el primero que enseñó griego en una universidad inglesa, probablemente en Exeter College de Oxford. A pesar de las recientes innovaciones, no se originaron trastornos, ni siquiera una ruptura con el pasado: continuaron constante y sosegadamente las actividades de coleccionar libros, enseñar en

---

[116] R. Weiss, «Un allievo Inglese de Poliziano: Thomas Linacre», en «Il Poliziano e il suo tempo» *Atti del IV Convegno internazionale di Studi sul Rinascimento* (1957), 231-6.

escuelas y colegios, traducir textos antiguos al inglés, escribir prosa y verso en latín y después también en griego, con tendencia, por supuesto, a un estilo más clásico. No puede descubrirse ningún aspecto realmente característico de la filología y humanismo ingleses antes de la época de John Colet.

Si sólo hubiesen existido las visitas de italianos al Norte o de los estudiantes afanosos y caballeros andantes que desde el Norte viajaban a Italia, el papel de los países transalpinos habría sido más bien modesto en la historia de la filología. Todos estos contactos fueron, en realidad, inapreciables para preparar el camino del humanismo nórdico, pero su corriente principal tenía que derivarse de la fuente originaria, Italia.

SEGUNDA PARTE

HUMANISMO Y FILOLOGÍA EN LOS PAÍSES BAJOS Y ALEMANIA

VI

«DEVOTIO MODERNA»

En el Norte no hubo ningún poeta capaz de encender en sus contemporáneos un amor nuevo hacia los clásicos. Pero, en cambio, un nuevo movimiento religioso de laicos que se llamaban a sí mismos *fratres communis vitae*, «hermanos de la vida común», trató de abrirse paso hacia los textos originales de la Biblia y de los Padres de la Iglesia, especialmente S. Jerónimo; y a través de estos escritos eclesiásticos llegaron al griego antiguo y a la literatura latina. Este movimiento no dependía de la Iglesia ni de la tradición escolástica, sino que tendía a una nueva forma de piedad, más sencilla y más individual, de la cual se derivó el nombre corriente de *Devotio Moderna*[1]. Fue fundada en la segunda mitad del siglo XIV

---

1 El término fue usado conscientemente por el fundador Geert Groote (Gehardus Magnus), ver M. Ditsche, «Zur Herkunft und Bedeutung des Begriffes Devotio Moderna», *Historisches Jahrbuch*, 79 (1960), 124 ss. Sobre la historia de la Devotio Moderna ver A. Hyma, *The Christian Renaissance* (1924, 2.ª ed., 1965) y *The Brethren of the Common Life* (1950); ver, además, *The Youth of Erasmus* (1930; 2.ª ed. ampliada, 1968; ver luego, pág. 140, n. 49), págs. 21 ss., 88 ss., y R. R. Post, *Modern Devotion. Confrontation with Reformation and Humanism* (Leiden, 1968). La importancia

por Geert Groote (Gerhardus Magnus) en la ciudad de Déventer junto al río Yssel en Holanda. Desde esta ciudad, que siempre continuó siendo su centro, el movimiento se difundió hacia el Este, a través de Alemania del Norte, hasta el Vístula, y por todas partes se fundaban escuelas, que más adelante tuvieron sus propias imprentas.

La constitución de las comunidades insistía en los textos *puros*, «para que no pudiese ser lastimada la conciencia de nadie por una versión inadecuada»; detestaban el latín medieval como «bárbaro», y los clásicos tenían la preferencia en la educación. Nicolás de Cusa [2] y Tomás de Kempis se educaron en una escuela de Déventer. El director de la escuela de Erasmo en Déventer, Alejandro Hegius, escribió precisamente un poema «sobre la utilidad de la lengua griega». — Un amigo de Hegius, Rodolfo Agrícola [3], filósofo y humanista admirador de Petrarca y neoplatónico a la manera florentina, parece que forjó el término *Philosophia Christi* [4] para describir sus enseñan-

fundamental de la Devotio Moderna para el humanismo nórdico la destacó A. Roersch, *L'Humanisme belge à l'époque de la Renaissance* (1910), págs. 9 ss., y P. Mestwerdt, *Die Anfänge des Erasmus, Humanismus und Devotio Moderna* (1917). — Estoy enterado, por supuesto, de tendencias recientes a mermar la influencia de la Devotio Moderna. Pero como he vuelto de cuando en cuando a los textos de la asociación que se conservan y a las primeras cartas de Erasmo, que vivió doce años con los hermanos, no encuentro razón para cambiar de ideas. La devaluación más radical que conozco se contiene en el artículo de H. M. Klinkenberg, «Devotio Moderna», del cual se ofrece un resumen en *Jahres- und Tagungsbericht der Görres-Gesellschaft* (1957), págs. 43 s.

2 Sobre Nicolás de Cusa y su relación con los humanistas italianos, ver antes, pág. 76.

3 Cf. Agricola, «De formando studio lucubrationes», *Opera*, II (1939), 193 ss., y especialm., Mestwerdt (arriba, pág. 123, n. 1), página 162.

4 Cf. Clem. Al. *Strom.* VI 8.67.1 (II, pág. 465.21 St.): τῆς κατὰ Χριστὸν φιλοσοφίας.

zas, cuyo objeto era reconciliar la antigua sabiduría y la fe cristiana tendiendo siempre al perfeccionamiento de la piedad propia de cristianos.

VII

ERASMO DE ROTTERDAM

Erasmo fue alumno de los hermanos de la vida común [1], y el término *Philosophia Christi* que tomó Agrícola [2] nos sitúa en el centro de su humanismo cristiano. En realidad, para entender su filosofía debemos partir de este concepto, porque él fue la inspiración de su filología y de sus enormes servicios a la cultura [3].

---

1 *Opera omnia* recognovit Iohannes Clericus, 10 vols. (Leiden, 1703-6, reimpresas en 1961/2). *Opus epistularum* (abrev., *Ep.*), ed. P. S. Allen, H. M. Allen, H. W. Garrod, 12 vols. (Oxford, 1906-58). Una nueva edición francesa está en preparación desde 1967: *La Correspondence d'Érasme,* traduction intégrale sous la direction d'A. Gerlo et P. Foriers, que tendrá 12 vols., I: 1484-1514. *Opuscula,* suplemento a *Opera omnia,* ed. W. K. Ferguson. Una nueva edición completa y anotada, en 30 vols., ha empezado a publicar la North Holland Publishing Company, Amsterdam: Erasmus, *Opera omnia* (1969 ss.), editadas y anotadas por K. Kumaniecki, R. A. B. Mynors y otros. Obras y monografías seleccionadas se citan, luego, en su lugar correspondiente. Para una bibliografía amplia que llega hasta 1966, ver Kohls (*infra,* n. 3), II 137 ss.

2 La fórmula «studii forma», a menudo repetida en el *Enchiridion militis Christiani* de Erasmo, parece derivar también de Agrícola. — Sobre las relaciones entre Agrícola y Erasmo, ver P. S. Allen, Erasmi *Ep.,* I 106 s.

3 Prefiero «philosophia Christi» (o «Christiana») al término

Erasmo nació en Rotterdam, pero los datos sobre su nacimiento parecen indicar que fue el año 1469, no 1466[4]. En 1478 le enviaron a la escuela de Déventer, ingresó en el monasterio de los Agustinos de Steyn junto a Gouda en 1487 y se ordenó de sacerdote en 1492. Al año siguiente entró al servicio del obispo de Cambrai y abandonó el monasterio definitivamente. En París estuvo en contacto con la filosofía escolástica tardía[5], y continuó sus estudios clásicos, concentrándose en el de la lengua griega, que no podía dominar tan bien en ningún otro sitio[6]. En 1499, uno de sus discípulos ingleses, Lord Mountjoy, le invitó a ir a Inglaterra; allí, mientras vivía en el New College de Oxford, conoció a John Colet[7] del Magdalen.

---

más usual «theologia». Los dos vols. *Die Theologie des Erasmus*, recientemente publicados por E. W. Kohls, Theologische Zeitschrift, Sonderband I, 1 y 2 (Basilea, 1966), son muy oportunos, aun cuando el autor, después de un examen de conjunto, crítico y profundo, sobre este asunto, limita su cuidadoso análisis particular a los primeros escritos de Erasmo. Lo cual podría justificarse, porque éstos contienen todas sus ideas fundamentales, que cambiaron ciertamente poco en el curso de su vida.

4 «Die Wandlungen der *Antibarbari*», *Gedenkschrift zum 400. Todestag des Erasmus von Rotterdam* (1936), pág. 53 = *Ausgewählte Schriften* (1960), pág. 191, ver también, luego, pág. 140, n. 49; por desgracia, hay una errata en n. 11: «quinquaginta» en vez de «quadraginta». En un pasaje aún no utilizado en la discusión, *Ep.* 2.136 (31 Mar. 1529), él se llamó «sexagenarius», lo cual sería correcto únicamente si hubiese nacido en 1469. E. W. Kohls, «Das Geburtsjahr des Erasmus», *Theologische Zeitschrift*, 22 (1966), 96 ss. y 347 ss., defiende muy enérgicamente la fecha más antigua (1466) sin convencerme.

5 Con su estilo mordaz, comparaba el tradicionalismo de la Sorbona con la piel, reseca de vieja, de Epiménides. Cf. la instructiva y juiciosa tesis de C. Dolfen, *Die Stellung des Erasmus zur scholastischen Methode* (tesis doct., Munster, 1936).

6 La primitiva correspondencia de Erasmo es una fuente preciosa de información sobre profesores de griego en París, ver luego, pág. 177.

7 J. Colet, *Opera*, ed. J. H. Lupton, 5 vols. (1867-76, reimpreso

Este encuentro fue decisivo para la obra de su vida, el estudio de la Biblia y de los Padres de la Iglesia.

Colet había vivido algún tiempo en Italia sin convertirse en un «inglese italianato»; pero dependía de manera consciente del Platonismo florentino[8]. Sus conferencias sobre las Epístolas a los Romanos y a los Corintios, pronunciadas durante los tres años que mediaron entre su regreso de Italia y su encuentro con Erasmo, contenían referencias expresas a la *Theologia Platonica* de Ficino. Vimos que la manera florentina de conciliar la antigüedad y el cristianismo era mediante una especie de simbolismo místico. Pero la manera de Colet —y, como veremos, de Erasmo— era completamente diferente; yo diría que Colet tenía una manera verdaderamente filológica de resolver el problema. Ni aplicaba el método alegórico de la Edad Media, que todavía florecía en Inglaterra en el siglo XV, ni asumía el simbolismo metódico de los platónicos modernos. Trató de comprender el sentimiento religioso de S. Pablo como el de una persona real que escribía cartas reales y de entender en detalle el significado de las Epístolas, sus frases y palabras. En esto seguía, evidentemente, el ejemplo de Petrarca al interpretar las cartas de Cicerón[9]. El objetivo de la interpretación de Colet no consistía en descubrir nuevas sutilezas de raros conocimientos —condenaba el escolasticismo de modo bastante tajante—, sino en alcanzar la «restitución» (es su propia

---

en 1965/6). J. H. Lupton, *A Life of John Colet* (1887, reimpreso en 1961). L. Borinski, *Englischer Humanismus und deutsche Reformation* (1969), págs. 12 ss. Sobre sus conferencias, ver P. Albert Duhamel, «The Oxford lectures of J. Colet», *Journal of the History of Ideas*, 14 (1953), 493 ss. Sobre nuevo material manuscrito, en parte autógrafo, procedente de All Souls College, Oxford, y para una bibliografía exhaustiva, ver Sears Jayne, *John Colet and Marsilio Ficino* (1963), especialm., págs. 77 s.

8 Ver antes, págs. 103 ss.

9 Ver antes, págs. 28 s.

palabra, Erasmo, *Ep.* 108.58) de la verdadera piedad en la vida práctica. Por lo tanto, en principio Colet estaba de acuerdo con las tendencias de la Devotio Moderna, con la cual había estado familiarizado Erasmo desde su época de colegial.

Las ideas de Colet no tuvieron como resultado una transformación inmediata en la vida de Erasmo; pero despejaron el ambiente y se convirtieron en faro que le guió durante años oscuros de incesantes fatigas que fructificaron en sus grandes logros. Por encima de todo, reforzaron su creencia de que la piedad cristiana podía ser vivificada mediante el espíritu de la antigua *humanitas*; por lo menos, los rasgos de su programa fueron visibles en una primera versión de los *Antibarbari*, que agradó a Gaguin en París y luego impresionó a Colet en Inglaterra [10]. Una gran laguna para Colet era que no había aprendido griego, en cuya importancia para fines educativos había insistido Battista Guarino desde 1459 [11]. «Sin él no somos nada» fue la confesión del propio Colet a su amigo Erasmo, quien la repetía y era seguido por otros muchos; J. J. Escalígero, por su parte, declaró: «Quien no sabe griego no sabe nada» [12]. Entonces pareció a Erasmo de la máxima urgencia pulir su griego, mediocre aún, y por esta razón tuvo que volver a París. Pero aún regresó a Inglaterra en dos ocasiones importantes: de 1505-6 vivió en Londres, donde Colet era deán de S. Pablo y Tomás Moro se había hecho abogado famoso, y de 1509 hasta 1514 residió parte en Londres y parte en Cambridge [13], donde vivió de 1512-13 en el Queens' College ense-

---

10 *Ausgewählte Schriften*, pág. 193.

11 Ver antes, pág. 96.

12 *Epist.* (editio Lugd. Batav. 1624), pág. 51.

13 *Erasmus and Cambridge, The Cambridge Letters of Erasmus*, trad. por D. F. S. Thomson, introd., coment. y notas por H. C. Porter (1963).

ñando algo de griego y preparando su Nuevo Testamento Griego y el texto latino de S. Jerónimo. Entre sus dos visitas a Inglaterra tuvo la oportunidad de ir a Italia, y en 1508 se hizo miembro de la Academia Aldina de Venecia [14]; allí dedicó por completo su tiempo a bibliotecas, imprentas y sociedades culturales. Más tarde viajó muchas veces por el Rin, entre Lovaina [15] y Basilea, y al encontrar en esa ciudad a su gran impresor Juan Froben, se estableció en ella desde 1521 hasta 1528 [16]; a causa de los trastornos de la Reforma en Basilea, se vio obligado a retirarse a la ciudad católica de Friburgo de Brisgovia en 1529, pero volvió a su querida Basilea en 1535 y allí murió en 1536.

Este género de vida, repartido entre varios países y naciones, era característico de Erasmo. En uno de los pasajes más famosos de sus cartas confió a Zuinglio (*Ep.* 1314.2 ss.): «Ego mundi civis esse cupio communis omnium vel peregrinus magis» [17], pero igualmente característica e

---

14 Cf. *supra*, pág. 102. En general, ver P. de Nolhac, *Erasme en Italie* (2.ª ed., 1898); más amplio de lo que indica el título es el libro de A. Renaudet, *Erasme et l'Italie*, Travaux d'humanisme et renaissance, 15 (1954). Después de su visita a Venecia fueron numeradas las páginas de la edición aldina de sus *Adagia* y otros siguieron el ejemplo.

15 Henry de Vocht, *History of the Collegium trilingue*, 4 vols. (1951-5), ver especialm. III 406.

16 No hay duda de que los años de Basilea deberían considerarse como los más importantes de su vida.

17 Al citar estas palabras no habría que olvidar la muy importante frase que le sigue: «Utinam contingat asscribi civitati coelesti; nam eo tendo». Su cosmopolitismo «estoico» terminaba en una meta cristiana. Incluso C. R. Thomson, «Erasmus as Internationalist and Cosmopolitan», *Archiv für Reformationgeschichte*, 46 (1955), 167 ss., omitió la referencia a la «ciudad celeste». Con la debida reserva, sugiero que «asscribi civitati coelesti; nam eo tendo» se remontaría a uno de los Padres de la Iglesia a quienes Erasmo conocía tan bien; cf. Greg. Naz. *Orat. in laudem sororis Gorgoniae* c. 6 (PG 35.796): Γοργονίᾳ πατρὶς μὲν ἡ ἄνω Ἱερουσα-

importante fue la continuidad del pensamiento de Erasmo. Desde el principio hasta el final permaneció fiel a la concepción fundamental de la «philosophia Christi». Esta «filosofía» estaba relacionada inseparablemente con la teoría socrática de que el conocimiento es condición necesaria del obrar bien y de que la ignorancia conduce al mal. La lucha contra la ignorancia de su época fue la lucha contra el mal. Pensaba que la decadencia espiritual se revelaba claramente en el deterioro del lenguaje. Y, por lo tanto, por el lenguaje tenía que empezar el renacimiento espiritual y moral. Para Erasmo la revisión de textos antiguos con un conocimiento satisfactorio de las lenguas clásicas era la tarea más alta de todas. Esta revisión contenía las fuentes mismas de la vida espiritual y moral: primero las escrituras, luego los clásicos y, por último, los Padres de la Iglesia, que formaban la conexión entre los clásicos y la Biblia. Al purificar estos textos de los errores de siglos y restablecerlos en su verdad clara y simple, sería posible poner un freno a la corrupción de su propia época. Para esto serían necesarias no sólo nuevas ediciones, sino especialmente comentarios [18], paráfrasis [19] y traducciones.

Erasmo bosquejó su método de exégesis en el prefacio (sobre «Methodus») de su primera edición del Nuevo Testamento (1516) que amplió en la 2.ª y en la 3.ª edición de 1519 y 1522 y que más tarde publicó por separado en un ensayo mucho más largo con el texto cambiado y con

---

λήμ... πόλις ἐν ᾗ πολιτευόμεθα καὶ πρὸς ἣν ἐπειγόμεθα (in quam cives asscripti sumus et ad quam tendimus). Es probable que aparezcan expresiones semejantes en cualquier otro lugar de la literatura patrística, griega y latina. E. Arnold supone que la Epístola de S. Pablo a los Hebreos 12:22 podría ser la fuente originaria; cf. también 13:14.

18 Ver antes, págs. 98 s., sobre comentarios en el Renacimiento italiano.

19 Sobre antiguas paráfrasis, ver *Historia* [I], 390.53.

el título: *Ratio seu methodus compendio perveniendi ad veram theologiam*[20]. Este método no era una crítica verbal estrecha, como han alegado muchas veces los teólogos que tenían un conocimiento demasiado limitado de sus obras; al contrario, de acuerdo con sus normas, para entender los detalles, debemos conocer y comprender el conjunto de la palabra divina: «audi sermonem divinum[21] sed totum audi». Hay que demostrar que todos los detalles están en armonía con el cuerpo vivo de la doctrina cristiana, que es, a la vez, evangelio y tradición: «sensus respondeat ad *orbem* illum doctrinae Christianae». En sus constantes apelaciones a la razón, se guardaba de confiar demasiado en el racionalismo; al contrario de John Colet, hacía plena justicia a los grandes filósofos medievales tales como S. Tomás de Aquino, pero rechazaba las sutilezas lógicas de la degenerada y reciente teología, llamando la atención sobre los límites de la investigación y conocimiento humano.

Todas las historias de filología clásica acostumbran a citar una frase de Gottfried Hermann: «est quaedam nesciendi ars et scientia» y Wilamowitz[22] observó en una ocasión que Hugo Grocio ya había dicho lo mismo: nescire quaedam magna pars sapientiae est». Pero, incluso

---

[20] Nueva impresión y bibliografía en Erasmo, «Ausgewählte Werke», hg. von H. Holborn, *Veröffentlichungen der Kommission zur Erforschung der Geschichte der Reformation und Gegenreformation,* Munich, 1933, págs. 150-62: «Methodus», págs. 175-305: «Ratio». Ver mi recensión en *Gnomon,* 12 (1936), 625 ss.

[21] Erasmo prefiere «sermo» a «verbum» (ver, especialm., su traducción de S. Juan I:1). Th. Moro, *Correspondence,* ed. E. F. Rogers (1927), ep. 83, pág. 179, apoya apasionadamente la versión erasmiana de λόγος. Sobre la gran importancia del término «Verbum divinum», ver Max Schoch, *Verbi Divini Ministerium,* vol. I, Verbum-Sprache und Wirklichkeit, 1968; este volumen se ocupa sólo de los reformadores y de Lutero.

[22] *Geschichte der Philologie,* pág. 49.

antes de eso, Erasmo había escrito en una carta[23], impresa muchas veces y seguramente conocida por Grotius: «et scientiae pars est quaedam nescire». Lo que esto expresa no es un escepticismo trivial, sino la timidez natural de los hombres religiosos, su temor a traspasar los límites de la razón humana. «Praestat venerari quaedam quam scrutari», dijo en otro lugar[24], y, cosa curiosa, Goethe usó casi las mismas palabras sin conocer el pasaje erasmiano[25]. Hay en Erasmo un sentimiento muy fuerte de lo suprarracional, pero creía que, dentro de sus límites, la mente humana viene obligada a hacer el mayor esfuerzo posible por cumplir con su deber: «cognoscere, intellegere, scire». Se espera que el editor y el intérprete, lo mismo que el oyente y el lector, apliquen el juicio crítico más severo y que estén en guardia contra una sumisión fácil a la autoridad.

El conocimiento nunca puede ser peligroso para la verdadera religión, como Erasmo replicaba continuamente al rechazar numerosos ataques; al contrario, el peligro está en la ignorancia; lo mismo en un mal texto que en una interpretación falsa. En los distintos prefacios del Nuevo Testamento hay un gran número de réplicas irónicas contra personas que menospeciaban los esfuerzos gramaticales del filólogo y deseaban conservar las lecciones tradicionales, dudosas o equivocadas. «Bueno —decía—, Dios no se ofende por los solecismos, pero tampoco le gustan»; y con un poco más de seriedad preguntaba: «¿por qué preocuparse por la puntuación? Pero un hipostigma o una coma equivocados son cositas que originan una herejía (tantula res gignit hereticum sensum), y añadía ejemplos. Al final del *Methodus*, al declarar con grave

---

23 *Ep.* 337.419.
24 *Op.*, IX 273 B.
25 *Ausgewählte Schriften*, pág. 246.

solemnidad «abunde magnus doctor est qui pure docet Christum», dejó perfectamente clara su creencia de que no puede haber camino hacia las fuentes *puras* de la verdad evangélica, hacia la «veritas evangelica», sin crítica filológica [26].

La crítica filológica fue una de las glorias de la época helenística. Entre los filólogos italianos, Lorenzo Valla, como hemos visto [27], fue el primero en mostrar verdadero espíritu crítico. No debemos olvidar que Erasmo dijo de algunas obras de los pseudo-Epistológrafos, conocidos con los nombres de Bruto, Fálaris, Séneca y Pablo, que valdría más llamarlas «declamatiumculae» que «epistulae» [28]. Es un pequeño avance en el camino de Valla a Bentley.

La filología helenística se cifraba en Homero [29]. En el curso de este capítulo, muchos puntos nos han recordado la filología helenística. Pero el centro ya no ha sido Homero, sino el Nuevo Testamento. Como se ha dicho de Homero que era su propio intérprete, también la «scriptura sacra» fue llamada «sui ipsius interpres». El único predecesor de Erasmo, eminente en el campo de la crítica y exégesis bíblicas, fue Lorenzo Valla [30], al cual reconoció deber mucho. El punto de partida correcto para estimar los distintos servicios de Erasmo a la cultura debe ser siempre el texto griego del Nuevo Testamento, publicado en Basilea en 1516 [31]. En los años que siguieron, el genio

---

26 Ver *Ausgewählte Schriften*, pág. 214.

27 Ver antes, págs. 74 ss.

28 Ver T. O. Achelis, «Erasmus über die griechischen Briefe des Brutus», *Rh. Mus.* 72 (1917-18), 633 ss., con las respectivas referencias a todo el problema (Dionys. Areop.). Ver también, luego, pág. 255.

29 Ver *Historia* [I], 195 ss.

30 Ver antes, págs. 73 ss.

31 Con el título *Novum Instrumentum*; las siguientes ediciones tornaron al título tradicional. Sobre los ensayos introductorios, ver antes, pág. 131.

de Holbein[32] creó los retratos de Erasmo, en los cuales es completa la armonía del humanista y del exegeta. Sin embargo, el propio Erasmo añadió a su retrato, grabado en una medalla por Quintín Metsys, la inscripción: τὴν κρείττω τὰ συγγράμματα δείξει, «los escritos darán su mejor imagen[33].

La primera preocupación de Erasmo era hacerse con buenos manuscritos; aunque los prefacios de entonces nada dicen sobre este asunto, en las cartas hay alusiones, aunque esporádicas[34]. Nos enteramos de que tenía «algunos» manuscritos griegos en Cambridge y esperaba encontrar otros mejores en Basilea, pero sufrió un desengaño. Preparó para la imprenta un manuscrito del siglo XV, y dio al corrector otro manuscrito del siglo XII, prestado por Reuchlin; luego, otro del siglo XIII que le pareció más esmerado, y por útlimo, otros dos manuscritos del siglo XV. Para las ediciones posteriores de 1519, 1522, 1527 y 1535 «examinó» nuevos manuscritos, o sea, que unos discípulos se los leían en voz alta por la tarde y él tomaba notas. Vemos cuán aventurado era el procedimiento. Para la Revelación (Apocalipsis) había conseguido únicamente

---

32 Hans Diepolder, «Hans Holbein d. J., Bildnisse des Erasmus von Rotterdam», *Der Kunstbrief*, Heft 56 (1949).

33 Cf. Ov. *Tr.* I 7.7 ss.: «effigiemque meam... sed carmina maior imago», Mart. IX 76.9 ss.: «pictura... in chartis maior imago meis»; ver W. Speyer, «Naucellius und sein Kreis. Studien zu den Epigrammata Bobiensia», *Zetemata*, 21 (1959), 59. La forma griega parece ser invención de Erasmo.

34 *Ep.* vol. XII (1958), Índices, págs. 33 s. y 145 s. P. S. Allen, «Erasmus' Services to Learning», *Proceedings of the British Academy* (1924/5) (Annual Lecture on a Master Mind), y *Erasmus* (1934). — La situación de las ediciones de Erasmo en la historia de la filología bíblica se ha estudiado con frecuencia; ver *The Cambridge History of the Bible*, vol. II: «The West from the Fathers to the Reformation», ed. G. W. H. Lampe (1969), páginas 492 ss. Cf. también Bruce M. Metzger, *The text of the New Testament* (2.ª ed., 1968), págs. 98 ss.

un manuscrito griego de Reuchlin; por desgracia, faltaban unos cuantos versículos del final, y Erasmo los tradujo tranquilamente del latín al griego sin más. Este texto, impreso en 1550, forma el Nuevo Testamento Griego en folio de Robertus Stephanus y fue el *textus receptus*; habían de transcurrir tres siglos hasta que se descubriese que la redacción en griego no se apoyaba en más autoridad que los conocimientos de Erasmo en esa lengua [35].

Mencionada de paso esta anécdota, no deja de ser cierto que el Nuevo Testamento Griego de Erasmo es su mayor obra humanística. No se limitó a obtener la sanción del papa Médicis León X, que la reconoció como un servicio filológico destacado en favor de la Iglesia romana. Inmediatamente después de su publicación fue también utilizada por Lutero en su revolucionaria exposición de 1516 sobre la Epístola a los romanos [36], y el texto erasmiano se convirtió en la fuente principal, aunque no la única, para la traducción al alemán del Nuevo Testamento de Lutero [37]. Poco después, Erasmo se vio expuesto a duros ataques por ambas partes. Sin embargo, su superioridad intelectual le permitió permanecer miembro fiel de la Iglesia católica sin renunciar a su vigorosa crítica ni a sus puntos de vista personales. Podemos comparar su actitud con la de Lord Acton, quien después del primer Concilio Vaticano (1870) no imitó a su profesor muniqués I. Döllinger, que dejó la Iglesia. Y pareció como si algo del espíritu de Erasmo fuese a resucitar en el segundo Concilio Vaticano, al menos en sus principios. El papa Juan XXIII [38], al alabar la «materna vox» con profundo

---

35 Lagarde, *GGA* (1885), pág. 64.

36 *Werke* (Weimarer Ausgabe), vol. LVI, pág. LII (Registro).

37 W. von Loewenich, «Die Eigenart von Luthers Auslegung des Johannes-Prologes», *SB Bayer. Akad., Phil.-hist. Kl.*, 1960, H. 8, pág. 27.

38 Ver *Constitutio* «veterum Sapientia» (1962), y cf. *Gymnasium*, 71 (1964), 200 y 203.

amor y comprensión, incluyó, entre los libros latinos que recomendaba para la educación de los sacerdotes jóvenes, los de Erasmo, Vives y Pontano.

No se necesitaban con urgencia nuevas ediciones de los clásicos, gracias a la obra de los humanistas italianos. Sin embargo, Erasmo lanzó ediciones [39] de Terencio, Curcio, Suetonio, la *Historia Natural* de Plinio, Livio y de unos cuantos escritos filosóficos de Cicerón; tradujo [40] partes de Cicerón, Plutarco, Galeno, Luciano y *Hécuba* e *Ifigenia* de Eurípides, y publicó textos griegos de Aristóteles y Demóstenes, empresa no pequeña como parergon. Pero la necesidad esencial, aparte del Testamento Griego, fue abrir el camino hacia el texto original de los Padres de la Iglesia. Erasmo se había interesado por S. Jerónimo desde sus años de escuela [41] y monasterio, y empezó a trabajar en las cartas del santo en 1500. El texto de la obra completa se imprimió en Basilea juntamente con el Nuevo Testamento y se publicó en el mismo año, 1516, en nueve grandes volúmenes en folio; se reimprimió dos veces por Froben y una vez en París. También publicó textos de S. Cipriano, Hilario, Ambrosio, Ireneo, Agustín (completado en 1529 en diez gruesos volúmenes en folio) y Juan Crisóstomo. Pero, indudablemente, consideró a S. Jerónimo, y más tarde a Orígenes, de importancia excepcional. Había empezado a trabajar en el texto de Orígenes, como había hecho con el de S. Jerónimo, poco después de 1500, y a completar esta tarea dedicó sus fuerzas ya menguadas, próximo el término de su vida; dos volúmenes en folio de la obra de Orígenes aparecieron tres meses después de su muerte en 1536. La razón del

39 *Ep.* vol. XII (1958), Índices, págs. 30 ss.

40 Sobre traducciones, ver Waszink, «Einige Betrachtungen über die Euripidesübersetzungen des Erasmus und ihre historische Situation», *Antike und Abendland*, 17 (1917), 70 ss.

41 Ver antes, pág. 123.

respeto particular que Erasmo sentía hacia Orígenes hay que buscarla en la semejanza de problemas con que ambos tenían que enfrentarse. Erasmo en el siglo XVI trataba de construir una síntesis del Cristianismo con la cultura y de crear una nueva filología bíblica como había hecho Orígenes en el siglo III d. de C.

Si reuniésemos todas estas ediciones de Erasmo formarían una montaña de volúmenes. A duras penas podemos imaginarnos lo difícil que era en aquella época explorar el mundo de los manuscritos y cotejarlos con esmero. Los editores posteriores generalmente se quejan de que Erasmo no utilizaba suficientemente las lecciones de los manuscritos, sino que confiaba demasiado en sus conjeturas. Pocos filólogos modernos se han molestado en considerar las verdaderas intenciones de Erasmo y en examinar sus ediciones con detalle; pero uno de los mayores expertos, J. de Ghellinck[42], realizó por último una valoración justa y favorable de la edición de S. Agustín, especialmente voluminosa y difícil. Erasmo no se proponía una absoluta precisión del texto para especialistas ni trataba de hacer con sus notas y paráfrasis un ejercicio de pura cultura. Ya han sido mencionados los ensayos introductorios al Nuevo Testamento, el llamado «Methodus». Pero, en cierto aspecto, los numerosos libros que acompañaban a sus ediciones eran también instrucciones al lector para la comprensión de la lengua y el tema de los textos griegos y latinos. Habría que observar tal vez que, al hacer esa distinción entre comentarios seguidos y monografías, Erasmo se encotraba en el centro de una larga y permanente tradición. Los ὑπομνήματα y συγγράμματα

[42] Sobre la edición de S. Agustín por Erasmo y sobre otras importantes ediciones de los Padres de la Iglesia, con justa valoración de la obra de editores e impresores, ver J. de Ghellinck, en *Miscellanea J. Gessler*, I (1948), 530 ss.; cf. además, luego, página 145, n. 7, sobre los Amerbach.

de Aristarco fueron los primeros ejemplos en época helenística [43]; pero todavía se encuentran otros en el siglo XX, por ejemplo, en los escritos de Wilamowitz [44].

Podemos citar ahora unas cuantas monografías de Erasmo: *De ratione studii* y *De duplici copia rerum et verborum*, ambas de 1511, dedicadas a John Colet para la Escuela de S. Pablo, el *Ciceronianus* (1528) sobre el estilo latino [45], y en el mismo año *De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione* [46]; en relación con ambos escritos, sobre el estilo y la pronunciación, llegaron al colmo las discusiones de varias generaciones. Incluso, los *Colloquia*, publicados en 1516, iban destinados en principio «ad linguam expoliendam», y en segundo lugar, «ad vitam instituendam». Pero esta colección de sátiras, extraordinariamente ingeniosas, en forma de diálogo sobre tipos de la vida social de la época, donde no faltan ciertos ataques virulentos contra algunas figuras dudosas del clero, fue leída en definitiva por el público en general de todo el mundo y dio a Erasmo reputación de escritor brillante y terrible. Su sátira más audaz, Elogio de la Locura, *Encomion Moriae* [47], la escribió en casa de Tomás Moro en Londres (1509) y se la dedicó. Es un modelo de latín perfecto y se proponía ser ejemplar en la forma y contenido: muestra que la falta de conocimiento, la ignorancia, la estupidez son la causa de todos los males de este mundo y de todos los pecados contra las leyes de Dios. La filología, por supuesto, contribuye a construir un baluarte contra la ignorancia. En consecuencia, se

---

43 Ver *Historia* [I], 379.

44 Cf. *Ausgewählte Schriften*, pág. 272.

45 Cf. *supra*, págs. 81 s. y 97 s.

46 Sobre pronunciación del griego, cf. *supra*, pág. 97, y sobre Reuchlin, luego, pág. 154.

47 Erasmo, *Elogio de la Locura*. Traducido al ingl. por Betty Radice con valiosas notas de A. H. T. Levi (1971).

propuso enseñar las distintas formas de conocimiento en un cierto número de monografías: el *Enchiridion militis Christiani* (1501), la *Institutio principis Christiani* para el joven Carlos V (1516), el *Ecclesiastes* (1535), que publicó en Basilea el último año de su vida; tenía que haber sido dedicado al cardenal John Fisher para su escuela teológica de Cambridge, pero unas cuantas semanas antes de que Erasmo hubiese acabado el libro, John Fisher y Tomás Moro sufrieron el martirio. Entre los numerosos amigos que tenía en muchos países Tomás Moro, era, a los ojos de Erasmo, el perfecto dechado de hombre en este mundo, «Optimum exemplar» o, incluso, «exemplar absolutum»; la más sublime cultura espiritual, combinada con la fuerza moral y una entrega activa a la comunidad, la *civitas*, hicieron de él un «omnium horarum homo» [48], según una frase clásica que Erasmo se aplicaba a sí mismo. Además, es una coincidencia notable que la *Utopía* de Moro y la primera edición del Nuevo Testamento de Erasmo, así como sus *Colloquia*, se publicasen el mismo año.

Erasmo escribió además una serie de tratados polémicos, dos de los cuales tienen importancia especial para nuestro asunto. Los *Antibarbari* [49] es un diálogo en el cual

---

48 *Ep.* 1233-94 (Sept. 1521 a Budé); Suet. *Tib.* 32.3, y Quint., VI 3.111; Allen no da referencias de las fuentes antiguas en este caso. «A man of all seasons» [hombre preparado en todo momento] se hizo proverbial en inglés (ver R. Chambers, *Thomas More* [1935], pág. 177) y es, incluso, el título de un drama de Robert Bolt, de 1960.

49 Ver *Ausgewählte Schriften* (antes, pág. 127, n. 4). El texto del manuscrito de Gouda lo descubrió P. S. Allen, Erasmi *Ep.*, vol. V (1924), pág. XX, y lo publicó Hyma, *The Youth of Erasmus* (1930, 1968^2), ver arriba, pág. 123, n. 1. En mi artículo sobre los *Antibarbari* señalé cortésmente las inexactitudes de la *editio princeps* de Hyma; éste lo tomó como un «savage attack on the method» (pág. 384 de la 2.ª ed.). Fue decepcionante ver que no

Erasmo y algunos amigos suyos defienden el programa humanístico frente a sus adversarios llamados «Bárbaros». La primera edición se imprimió en 1520, pero un manuscrito de Gouda ha conservado un borrador anterior, probablemente de 1495. Una comparación entre ambos demuestra claramente que, a pesar de todas las diferencias de palabras, hay una unidad definida en el pensamiento y en la obra de Erasmo. La *De libero arbitrio* διατριβή (1524) [50] va dirigida contra Lutero, que parecía el adversario más peligroso del humanismo erasmiano. El principio de Erasmo era la aceptación y reconocimiento del libre albedrío y de la plena responsabilidad de todas nuestras acciones [51]; sin ello, todas sus teorías y la obra entera de su vida carecerían de sentido. Nada se oponía con más vigor a este principio que la doctrina de Lutero de la *necessitas absoluta.* Le parecía que la consecuencia del luteranismo era: «tumultus, dissidium, seditio, factio»; el carácter de Lutero, y el espíritu de sus seguidores, le parecía «saevus, austerus, ferox» e, incluso, «atrox». (La siniestra historia del término «atrocidad» parece que tuvo su punto de partida en estas polémicas.) El deseo de Erasmo era de paz y armonía, de conciliación entre conocimiento y fe, libertad y piedad, libre albedrío e Iglesia. La idea erasmiana de «tranquillitas» está relacionada con su «humanitas». La parte más famosa de sus *Adagia,* antología muy leída de la sabiduría de los antiguos [52], dedi-

---

se molestó en corregir los errores elementales de lectura e impresión del texto del manuscrito de Gouda y de la 1.ª edición impresa; pero eso ya no importa, pues el segundo editor de *Antibarbari* estableció el texto con sumo cuidado en *Opera omnia* (ver antes, pág. 126, n. 1), utilizando mis lecciones y sugerencias.

50 Hrsg. von Johannes von Walter, *Quellenschriften zur Geschichte des Protestantismus,* 8 (1910, reimpreso en 1935).

51 Ver antes, pág. 77 (Valla).

52 Ver *Historia* [I], 160 s., 373 s.

cada «philologis omnibus», es «dulce bellum inexpertis»[53], impresa muchas veces como folleto separado, el mejor que jamás se haya escrito contra la agresión según el espíritu de la *Utopía* de Tomás Moro. Erasmo odiaba la guerra más que nadie, y, sin embargo, en uno de los años más peligrosos de la invasión turca (1529) se vio obligado a escribir *De bello Turcis inferendo,* pretextando que sería un crimen no defender la civilización cristiana de Occidente contra la agresión bárbara del Este y que los pueblos cristianos de Europa debían acudir, unidos, a una nueva cruzada, en la cual el verdadero «miles Christianus»[54] quedaría victorioso.

Erasmo usó su filología y humanismo para la perfección de la Iglesia Universal, de forma que pudiese conservar la dirección espiritual de toda la Cristiandad que la Iglesia de su tiempo estaba en peligro de perder. Al final de su vida fue testigo del peligro interior y exterior. Su deseo había sido conseguir la unidad por encima de todos los conflictos: príncipes, sacerdotes, y laicos instruidos, debían ser educados para congregar a todos los hombres en la hermandad de Cristo. Pero en vez de la unidad sobrevino la división; presintió claramente la gran tragedia de la disgregación final. No pudo hacer más que usar su armadura espiritual como «miles Christianus». No se equivocó como han dicho tantas veces los historiadores: se equivocaron los otros al no aceptar sus admoniciones. Y lo que podemos llamar la tragedia de la vida de Erasmo, consiste en que fue, en gran parte, mal entendido por la Iglesia[55], a la cual había consagrado todo el vigor de su mente polifacética.

---

[53] Es un antiguo adagio de Píndaro, fr. I 10 Sn. γλυκὺ δὲ πόλεμος ἀπείροισιν.

[54] Ver antes, pág. 139.

[55] K. Schätti, «Erasmus von Rotterdam und die Römische Kurie», *Basler Beiträge zur Geschichtswissenschaft,* 48 (1954), ha reco-

gido el material. — Ignacio de Loyola y la naciente Orden de los Jesuitas no podía simpatizar con la «Philosophia Christi» de Erasmo: cf. R. Pfeiffer, *Humanitas Erasmiana* (1931), pág. 22; A. Flitner, *Erasmus im Urteil seiner Nachwelt* (1952), pág. 86; H. Rahner, *Ignatius von Loyola als Mensch und Theologe* (1964), págs. 373 y 512 s.

VIII

«AUTOUR D'ÉRASME»[1]

Se ha dicho con frecuencia que la obra de Erasmo en conjunto acabó en un fracaso. Hemos objetado[2] que no fue él quien fracasó, sino los que dejaron de aceptar sus oportunas advertencias. En cualquier caso, su influencia fue enorme, tanto de inmediato, en su propia generación y en la siguiente, en sus numerosos amigos y escasos discípulos (puesto que sólo esporádicamente actuó como profesor), como también durante siglos, mediante sus escritos, en el espíritu europeo y en la filología. Una de las principales críticas formuladas contra el humanismo es que el renacimiento de los estudios clásicos griegos y latinos frenó el desarrollo natural de las naciones europeas, especialmente en el Norte: quedó abierto un abismo, según se dice, entre las clases altas, educadas desde entonces en lenguas e ideas extranjeras, y el pueblo. Pero ¿dónde estaba, en el siglo XV, preguntamos, la unidad que podía quedar así escindida? Su existencia es claramente una ilusión romántica. Cuando pasamos de la

---

1 Tomo este título de L. Bouyer, *Autour d'Érasme, Études sur le christianisme des humanistes catholiques* (1955).

2 Ver antes, págs. 141 s.

unidad nacional al universalismo europeo, vemos que éste quedó destruido por el creciente egoísmo nacional y las revoluciones religiosas del siglo XVI, y que sólo los humanistas de aquella época formaban un grupo supranacional de espíritus afines que trataban de salvar a Europa de una completa desintegración cultural. La obra de Erasmo resultó muy eficaz, pues creó y reforzó lazos de unión. Y, como veremos, la verdadera filología prosperó[3] siguiendo el modelo erasmiano, no la exégesis bíblica de los reformadores y el nuevo Escolasticismo protestante, y menos aún el estrecho tradicionalismo de la Contrarreforma católica.

En el Alto Rin, en Alsacia, Suiza y Baden tenía Erasmo un gran número de prosélitos[4]. Su discípulo más fiel y abnegado fue Beatus Rhenanus[5], alsaciano de Schlettstadt (1485-1547), que, después de estudiar en París, residió en Basilea desde 1511-1527, coincidiendo con Erasmo[6] durante muchos años, y trabajó en esa ciudad para los grandes editores, especialmente Johannes Froben y los Amerbach[7].

[3] *Philologia perennis* (1961), pág. 13, «Diese Einheit der Philologie» y las frases siguientes están expuestas a falsa interpretación en cuanto parecen suponer que la línea erasmiana es idéntica a la doctrina católicorromana.

[4] G. Ritter, «Erasmus und der Humanistenkreis am Oberrhein», *Freiburger Universitätsreden*, 23 (1937); E. W. Kohls, «Die theologische Lebensaufgabe des Erasmus und die oberrheinischen Reformatoren», *Arbeiten zur Teologie*, I. Reihe, Heft 39 (1969).

[5] Ver la introducción de Allen a las *Ep.* erasmianas 327, y *Ep.* XII pp. 49 s. Índices, s. v. Beatus Rhenanus. *Briefwechsel* des Beatus Rhenanus, hrsg. v. A. Horawitz und K. Hartfelder (1886, reimpreso en 1962).

[6] Ver antes, pág. 130.

[7] *Die Amerbach-Korrespondenz*, hrsg. v. A. Hartmann, 6 vols. (1942-67), magnífica edición con índices en cada volumen. Ver también H. Thieme, «Die beiden Amerbach. Ein Basler Juristennachlass der Rezeptionszeit», *L'Europa e il diritto Romano. Studi in memoria di P. Koschaker*, I (1954), 137 ss.

Después de la muerte de Froben volvió a su ciudad natal, a la cual legó su notable biblioteca que todavía se conserva casi intacta [8]. Otros humanistas, a partir del mismo Petrarca, habían tratado de dejar sus libros como legado para uso público, pero Beatus Rhenanus fue el primero que lo consiguió. Por mediación suya, Froben pidió a Erasmo el *Nuevo Testamento*: «Petit Frobenius Novum abs te Testamentum habere» [9]. Rhenanus escribió la primera biografía de Erasmo y probablemente hizo la primera edición completa de sus obras (nueve volúmenes, Basilea, 1540), en la cual se basó la siguiente (Leyden, 1703-6). Basilea había sido la cuna principal del humanismo en el Norte desde el Concilio [10], y sus impresores continuaron editando textos clásicos al mismo tiempo que publicaban obras de los grandes humanistas, Petrarca y sus seguidores [11]; muchas de esas ediciones todavía nos son indispensables, como hemos visto.

Las ciudades del Alto Rin se convirtieron no solamente en un centro editorial y de nuevas bibliotecas, sino también en importante lugar de reunión de educadores y maestros. Jacob Wimpfeling (1450-1528) [12] se educó en la escuela de Schlettstadt y se estableció por último en Estrasburgo, donde trató de reformar el sistema de educación y de introducir libros escolares mejores y más

---

8 H. Kramm, *Deutsche Bibliotheken* (abajo, pág. 153, n. 34), págs. 102 s.

9 Er. *Ep.* 328.36 (17 Apr. 1515), carta característica del docto escritor, pues está llena de las lecciones distintas de las *Lucubrationes* de Séneca, por entonces en la imprenta de Frobenio.

10 Ver antes, págs. 106 s.

11 Friedrich Luchsinger, «Der Basler Buchdruck als Vermittler italienischen Geistes», *Basler Beiträge zur Geschichtswissenschaft*, 45 (1953), 115 ss., y P. Bietenholz, «Der italienische Humanismus und die Blütezeit des Buchdrucks in Basel 1530-1600», *ibid.*, 73 (1959), 10 ss.

12 P. S. Allen, sobre *Ep.* 224.

modernos de gramática y estilo. Su empresa fue eclipsada por Johannes Sturm, más joven que él (1507-89)[13], director del Gymnasium de Estrasburgo durante cuarenta y tres años. Había pasado por las escuelas de Lieja y Lovaina que estaban bajo la influencia de la «Devotio Moderna» y de Erasmo, y fomentó en sus escritos y en la práctica de su escuela el ideal de «sapiens et eloquens pietas», acentuando la palabra «eloquens». Una nueva oratoria modelada sobre Cicerón iba a ser cultivada y puesta al servicio de la nueva piedad protestante. El predicador debía ser el orador perfecto, que predicaba la auténtica doctrina de Cristo en el lenguaje más puro y más bello.

Rhenanus no tenía ambición de atraer un público más amplio; era un trabajador sosegado, constante y diligente, que se limitaba a la pura cultura. Cuando comparamos su edición de la *Germania* de Tácito (1519) y sus *Rerum Germanicarum libri tres* (1519) con las obras de Conrad Celtis sobre el mismo tema (1515)[14], quedamos sorprendidos no sólo por el contraste entre los dos humanistas, sino también por el enorme e inmediato efecto de la filología de Erasmo sobre los que le rodeaban.

La concepción general de la historia en Rhenanus consistía en que la Germania primitiva había carecido de cultura hasta que fue introducida la civilización, juntamente con el Cristianismo, como legado de los pueblos del mundo antiguo. Por otra parte, la decadencia de la civilización en Italia en los siglos V y VI no era debida a las invasiones «góticas», como Valla[15] había supuesto, sino al crecimiento de la indiferencia y la estupidez. Cierta terminología histórica y literaria, corriente desde finales

[13] W. Sohm, *Die Schule Johannes Sturms und die Kirche Strasburgs... 1530-1581,* Hist. Bibl., 27 (1912).

[14] Ver antes, págs. 114 s.

[15] Ver antes, pág. 70.

del siglo XVI, parece que se encuentra por primera vez en los escritos de Rhenanus: por ejemplo, «media antiquitas»[16], para designar el tiempo comprendido entre el final de la antigüedad y el resurgimiento de la cultura, y «classici», para los escritores de primera clase[17].

Beatus Rhenanus poseía un conocimiento más completo de los escritores de historia romana tardía y de los pueblos germánicos que los filólogos anteriores, y trató de dar una interpretación esmerada de aquellos textos. Tuvo un éxito asombroso al tratar de restablecer pasajes corruptos en Tácito y Amiano Marcelino[18]. «Labor et animus», como dijo, son necesarios, pero inútiles sin «iudicium».

En la época de Beatus Rhenanus casi todos los textos latinos que nosotros conocemos habían sido descubiertos y difundidos por la imprenta[19]. Pero todavía encontró

16 P. Lehmann, «Vom Mittelalter und von der lateinischen Philologie des Mittelalters», *Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie des Mittelalters*, V, 1 (1914), 3, 6 s.

17 Cf. *Historia* [I] 370. Cf. G. Luck, «Scriptor Classicus», *Comparative Literature*, 10 (1958), 150 ss. El caso más antiguo que conozco, en tiempos modernos, de la palabra «classicus», aparece en 1512 en el *Briefwechsel* de Beatus Rhenanus (antes, pág. 145, n. 5), núm. 25: «classici auctores». B. Kübler, *RE*, III, 2629.20 ss., se refiere a la dedicación a Melanchthon del Λάθε βιώσας, de Plutarco (1519): «Plutarchi... classici videlicet auctoris». Pero el viejo término fue renovado dentro del círculo de Erasmo, y no lo he encontrado en sus propios escritos. Uno de sus corresponsales españoles incluía, con razón, a S. Agustín entre los «classici»: *Ep*. 2003.33 (29 junio 1952) «solus... is auctor ex classicis reliquus videbatur qui nobis Erasmo obstetricante renasceretur» (Fonseca, Arzobispo de Toledo). Ver también arriba, pág. 31.

18 Una de sus conjeturas, generalmente aceptadas, sobre Amiano Marcelino, XVIII, 2.15, fue el punto de partida para E. Norden, *Alt-Germanien* (1934), págs. 11 ss., quien rechazó la lección de Renano, pero dio un juicio de sus méritos como editor, crítico, comentarista e historiador.

19 Cod. Medic., I, de Tácito, se encontró en 1508 en Corvey; Plin. *Ep. ad Trai.*, en 1500 en París.

uno nuevo, en 1515, en el monasterio alsaciano de Murbach: Veleyo Patérculo, cuya primera edición lanzó en 1520; es un *codicis instar,* puesto que el manuscrito se perdió posteriormente. El último descubrimiento en este campo, y uno de los más importantes, se hizo en 1527, cuando Simón Grynaeus encontró cinco libros de la quinta década de Livio (41-5) en el monasterio de Lorsch. Grynaeus (que también era miembro del círculo de Erasmo) pudo servirse del hallazgo cuando editó a Livio en 1531. Pero la edición definitiva la hicieron en 1535 Beatus Rhenanus y Sigismund Gelenius, que usaron no sólo el nuevo texto de la quinta década de Lorsch, sino también dos manuscritos nuevos de la cuarta década de Worms y Spira (que se perdieron después). Gelenius, miembro de este activísimo grupo de filólogos, poseía también un nuevo manuscrito, procedente de Hersfeld, de la última parte de Amiano Marcelino [20] (ahora perdido como los últimos manuscritos recién mencionados, aunque se encontraron casualmente seis folios en 1976), y su amigo Rhenanus, cuya producción en conjunto fue muy importante, contribuyó ampliamente a la edición de Amiano de 1533.

Hay que mencionar por lo menos otros dos miembros del vasto círculo erasmiano del Alto Rin, el humanista y poeta suizo Heinrich Loriti (1488-1563), de Glarus (de donde el nombre de Glareanus), y Ulrich Zasius (1461-1535), nacido en Constanza [21], quien renovó el estudio del derecho romano en Alemania. Glareano fue uno de aquellos filólogos clásicos que basaron su reputación en la composición de poemas latinos: recibió el laurel de poeta de manos del emperador Maximiliano [22]. Como poeta que

20 Cf. Pasquali, *Storia,* págs. 81 ss.

21 Ver Er. *Ep.* XII, Índice, págs. 102 s., sobre Glareanus, y pág. 188, sobre Zasio.

22 Esto tuvo una comprensible y divertida consecuencia: que nunca publicó un poema épico sobre la victoriosa batalla de sus

era, comentó y editó, naturalmente, a muchos de los poetas latinos. Pero su interés especial se centraba en problemas de cronología, geografía matemática e, incluso, en teorías musicales antiguas; en realidad, el *Dodecachordon*, publicado en 1547, puede ser considerado como su obra más importante[23]. Parece que Erasmo quedó impresionado por el amplio alcance de su cultura y por su laboriosa actividad de profesor en Basilea y en Friburgo, e incluso llegó a aplicarle la fórmula «omnium horarum homo»[24]. Pero cierta pomposidad en su estilo y conducta no era del gusto de Erasmo.

Zasius[25], por otra parte, llegó a ser amigo íntimo, y muy estimado, de Erasmo, que era siempre un visitante bien recibido en la casa de este culto abogado de Friburgo. En una de sus cartas más encantadoras, Erasmo, de edad ya avanzada y con constantes trastornos gástricos, cuenta que le sirvieron un pollo, como cena, un viernes por la noche, y que ambos fueron denunciados: «cory-

---

compatriotas contra los austríacos en Näfels, poema que había terminado en 1510 y que, parece ser, se ha conservado únicamente en una copia manuscrita hecha por J. E. von Knöringen, discípulo de Glareano, que yo encontré por casualidad unida a la edición impresa de las elegías de Glareano de 1516 (ahora Clm. 28325). Ver «Neues von Glareanus», *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 34 (1917), 284 ss., con otras referencias. Cuando ya tenía escrita esta nota, encontré ocasión de preguntar sobre este poema latino a Meinrad Scheller, quien inmediatamente me entregó la separata del *Jahrbuch des Historischen Vereins des Kantons Glarus*, 53 (1949), 1-36: «Henrici Glareani carmen de pugna confoederatorum Helvetiae commissa in Naefels», hg. v. Konrad Müller, edición crítica del texto del ejemplar de Knöringen (en la publicación original, en págs. 58-119; cf también pág. 9, n. 9, con referencia a *Zentralblatt* de 1917).

23 Reimpresa en *Publikationen älterer praktischer und theoretischer Musikwerke*, herausgegeben von der Gesellschaft für Musikforschung, vol. 16 (1888).

24 Ver antes, pág. 140, sobre Tomás Moro.

25 *Opera*, 6 vols. (Lugd., 1550), *Epistulae* (1774), más en Er. *Ep.*, y en *Amerbach-Korrespondenz* (antes, pág. 145, n. 7); además,

caeus sycophanta nidorem eius pulli detulisset ad Senatum»[26]; era característico en él tratar una cuestión vidriosa como ésta, la de la abstinencia en viernes, en un tono irónico, aunque serio en el fondo.

Zasio fue llamado por Erasmo «alter Politianus», no sin cierta exageración[27]. Sus descubrimientos de manuscritos jurídicos romanos en el monasterio de Murbach fueron los más importantes, antes de los de Niebuhr, y fue un verdadero intérprete de los textos antiguos. Ejerció también de abogado en Friburgo, haciendo muy buen uso de su conocimiento del derecho civil romano. Las publicaciones de Zasio muestran cuán eficaces podían ser las ideas de Erasmo en el campo de la jurisprudencia[28]. El pensamiento de Erasmo en materia de justicia y ley en general estaba, desde luego, condicionado por su concepto de «Christi philosophia»[29]; y causó una impresión considerable en sus contemporáneos. Su efecto se extendió, incluso, a Italia, donde Andrea Alciato (1492-1550)[30], que introdujo el estudio de la jurisprudencia en Francia, era considerado erasmista.

Aunque el grupo de filólogos del Alto Rin, como el propio Erasmo, era sobre todo latinista, algunos de ellos

---

la monografía *U. Zasius* (1857), de R. Stintzing; G. Kisch, «Erasmus und die Jurisprudenz seiner Zeit», *Basler Studien zu Rechtwissenschaft*, 56 (1960), 317 ss., con bibliografía en pág. 318.2.

26 Er. *Ep.* 1353.7 (23 marzo 1523); cf. su ensayo sobre «Ichthyophagia» (1526), *Opp.* 1805 B-E.

27 Sobre estudios legales de Poliziano, ver antes pág. 81.

28 Sobre este asunto diremos algo más en el capítulo siguiente relativo a Francia, ver P. Koschaker, *Europa und das Römische Recht* (2.ª ed., 1953), *passim*; pero éste es un campo muy extenso de investigación especial en el que no me siento competente para dar sino sugerencias ocasionales.

29 Ver G. Kisch, «Erasmus und die Jurisprudenz seiner Zeit» (arriba, n. 25), *passim*.

30 *Ibid.*, págs. 304 ss.

tenían buenos conocimientos de griego. El primer gran representante de los estudios griegos en Alemania[31], y el primero en enlazar con ellos los estudios orientales (o sea, el hebreo), fue Johannes Reuchlin, natural de Pforzheim en Baden (1455-1522)[32]; resulta sintomático que en vez de latinizar su nombre lo tradujese al griego Καπνίων de καπνός «Rauch» (humo). Erasmo celebró su memoria después de su muerte prematura en *De Kapnionis apotheosi*. Reuchlin aprendió el griego en París, como Erasmo y otros, con griegos inmigrantes; y cuando fue a Roma para continuar sus estudios, Johannes Argyrópoulos[33], uno de los griegos que enseñaba en Italia, exclamó: «con nuestro exilio Grecia ha volado más allá de los Alpes». En Italia estuvo Reuchlin también en contacto

---

31 No hay justificación para proclamar al dominico Juan Cono (o Kuno) de Nuremberg (1463-1513) «verdadero fundador de los estudios griegos en Alemania», como Geanakoplos (antes, pág. 102, n. 57), pág. 136, propende a hacerlo siguiendo a otros. Después de asistir a las clases de Musurus en Padua, Cono pudo enseñar griego en Basilea desde 1505 en adelante, ser tutor en casa de los Amerbach y corrector de la imprenta. Erasmo y otros contemporáneos expresaron la excelencia de sus méritos, pero nadie los podría comparar con los de Reuchlin. Ver referencias en Erasmo, *Ep.* XII, Índices (1958), 120, y *Amerbach-Korrespondenz*, I, Índice (1949), 478; cf. M. Sicherl, «Nürnberg und der griechische Humanismus in Deutschland», *Jahres- und Tagungsberichte der Görres-Gesellschaft* (1971), págs. 39 ss.

32 «Johann Reuchlins Briefwechsel», hrsg. von L. Geiger, *Bibliothek des litterarischen Vereins in Stuttgart*, 126 (Tubinga, 1875); cf. Er. *Ep.*, I 555. *Zeitschrift f. d. Geschichte des Oberrheins*, 76 (1922), 249-330. *Reuchlin. Festgabe seiner Vaterstadt Pforzheim zur 500. Wiederkehr seines Geburtstages*, hrsg. v. M. Krebs (1955). Para un examen crítico de literatura moderna sobre Reuchlin, ver H. Goldbrunner, «Reuchliniana», *Archiv für Kulturgeschichte*, 48 (1966), 403 ss.

33 «Ecce Graecia nostro exilio transvolavit Alpes», citado por Melanchthon, «Declamationes», *Corpus Reformatorum*, XI, 238 y 1.005.

con los neoplatónicos florentinos y los místicos que estudiaban la tradición cabalística, y en una visita posterior a Roma empezó a estudiar hebreo; en 1506 ya estuvo en condiciones de publicar un libro, *De rudimentis linguae hebraicae*, con gramática y diccionario, y pudo alardear, con razón, de que era el primero de los latinistas en hacer tal cosa. Estuvo en la carrera diplomática, fue juez en su país, jardinero pacífico, escritor afortunado de comedias latinas y apasionado coleccionista de libros. Legó su biblioteca[34], que contenía casi todos los textos griegos impresos en Italia, a su ciudad natal de Pforzheim, lo mismo que Rhenanus había dejado la suya a Schlettstadt. En su juventud, y también en los últimos años de su vida, actuó de conferenciante de griego y de hebreo en las universidades de Ingolstadt y Tubinga; aparte de eso, no desempeñó ningún otro cargo en la universidad. Las universidades alemanas todavía eran reacias a admitir la nueva cultura y a ninguno de los humanistas, mencionados hasta aquí, se le había ofrecido nada más que un puesto temporal.

El papel de Reuchlin como intermediario en el campo de los estudios griegos no tiene paralelo en otros países. Resulta sorprendente que no acudiese a Alemania alguno de los griegos exiliados, para enseñar su lengua, como hicieron al principio en Italia y luego en mayor escala, como veremos, en Francia. Las ricas ciudades libres del Sur de Alemania, tales como Ausburgo o Nurenberg, tenían muchos lazos de unión con las sedes italianas del humanismo, especialmente con Venecia, donde vivían y enseñaban los grandes cretenses, Musurus y otros. Pero

[34] K. Christ, «Die Bibliothek Reuchlins in Pforzheim», *Beihefte zum Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 52 (1924). H. Kramm, «Deutsche Bibliotheken unter dem Einfluss von Humanismus und Reformation», *ibid.*, 70 (1938), 266 s. K. Preisendanz, «Die Bibliothek J. Reuchlins», *Festgabe* (ver antes, n. 1), págs. 35 ss.

ninguno de estos filólogos fue invitado más allá de los Alpes; sólo llegaron con el tiempo viajantes de comercio para vender sus manuscritos. Me parece que el cambio gradual de esta situación se debió enteramente a Reuchlin. Un discípulo suyo, Georg Simler, autor de una gramática elemental de griego para estudiantes alemanes, fue también el primero en imbuir el conocimiento del griego al sobrino nieto de Reuchlin, Philipp Schwarzerd, más conocido por Melanchthon (1497-1560); como su tío abuelo, que se interesó extraordinariamente por su pariente joven y bien dotado, Schwarzerd, «tierra negra», quiso traducir su nombre al griego. No tenía precisamente dotes de filólogo, pero como educador era un genio. A los veinte años publicó sus *Institutiones linguae Graecae*, impresa en 1518, gramática griega que popularizó las ideas de Reuchlin, especialmente las de la pronunciación del griego, y se usó en las escuelas alemanas durantes tres siglos

La controversia sobre la pronunciación siempre ha ido asociada con el nombre de Reuchlin. Como primer profesor alemán de griego introdujo en Alemania la pronunciación de los griegos modernos, maestros suyos en Italia, la llamada pronunciación reuchliniana o itacista, en la cual las 3 vocales η ι υ y los 3 diptongos ει οι υι se pronunciaban como la *i* italiana. Erasmo[35], aunque era gran amigo de Reuchlin y admirador de su saber, protestó contra esto en su tratado de 1528, *De recta Latini et Graeci sermonis pronuntiatione*. Comparando la pronunciación del latín, deformada en las lenguas nacionales modernas, explicó que el sistema simplificado de vocales del griego moderno no podía ser el original. Explicó cómo los latinos habían adaptado al latín, en tiempos antiguos, las vocales griegas lo mismo que las consonantes, y así demostró la diferencia original de vocales como

[35] Cf. *supra*, págs. 97, 117, n. 115, y 139.

η ι υ, etc. Como era característico en él, no expuso esto en un escrito árido; al contrario, adoptó la forma de un ingenioso diálogo entre un cachorro de león y un oso, en el cual se ve que el cachorro aprendería a leer griego debidamente con divertidos ejemplos de lo mal que leían el griego los holandeses, escoceses, alemanes o franceses. La historia del problema no es tan sencilla como pretende presentarla la distinción tradicional entre reuchlinianos y erasmianos. Erasmo tenía predecesores, y sin duda se daba perfecta cuenta de que otros antes que él habían visto que el griego clásico necesitaba una pronunciación diferente de la del griego moderno. Recomendó que invitasen a Janus Láscaris al colegio Trilingüe de Lovaina a causa de su correcta pronunciación de la lengua griega[36]. La llamada pronunciación erasmiana fue adoptada generalmente en Europa occidental[37], pero en Alemania, tanto en la parte protestante como en la católica, y también en Italia prevaleció la práctica reuchliniana hasta la época del Neohumanismo Alemán. En cuanto al acento de intensidad no había diferencia entre los dos grupos: ambos acentuaban las sílabas en que recaía el acento[38].

Un extraño acontecimiento en la vida de Reuchlin se convirtió en un motivo decisivo para contraponer en Europa humanistas y antihumanistas. El punto de partida del conflicto en que se vio complicado no arrancó, sin embargo, de sus estudios clásicos, sino de los hebraicos. La universidad de Colonia, donde los dominicos ocupaban

---

36 Er. *Ep.* 836.10, «germanam graeci sermonis pronuntiationem».

37 E. Drerup, «Die Schulaussprache des Griechischen von der Renaissance bis zur Gegenwart», I (1930), II (1932), *Studien z. Geschichte u. Kultur des Altertums, Ergänzungsbd.*, 6.7.

38 La curiosa práctica de aplicar la regla latina a las palabras griegas (anthrópos, árete) la introdujo, avanzado el siglo XVII, el filólogo holandés Henninius; parece que la usaron las escuelas de Holanda y países vecinos.

los principales cargos, era un baluarte de los conservadores: apoyaba, pues, a Johannes Pfefferkorn, que había escrito cuatro diatribas entre 1507 y 1509 contra libros judíos, y decidió que todos los libros en hebreo tenían que ser confiscados y destruidos. Reuchlin protestó contra la destrucción indiscriminada de tales obras, arguyendo que sólo debían ser prohibidos los libros expresamente anticristianos y, por lo tanto, peligrosos. Se trabó una batalla por los libros. En 1511 los dominicos recurrieron a la Corte Imperial; pero Reuchlin, el único filólogo orientalista entre los abogados, presentó un escrito en el cual exponía la ignorancia y fanatismo de sus adversarios. Acusado de herejía en 1513, apeló al papa, que entonces, afortunadamente, era un Médicis, León X. Reuchlin pudo entregar un memorial en la corte pontificia en el cual quedaba su ortodoxia certificada por el propio emperador, por el rey de Francia, por príncipes, electores, obispos, abades y ciudades suabas; por su parte, todos los cardenales quedaron inevitablemente comprometidos en la controversia. La efervescencia se hizo universal, especialmente en Alemania, pero todavía no llegaba ninguna decisión de Roma. En 1514 los amigos de Reuchlin, filólogos famosos de todas las partes de Europa, publicaron una colección de escritos titulada *Illustrium virorum epistulae ad Johannem Reuchlinum*; al año siguiente fue seguida por un volumen que llevaba por título *Epistulae obscurorum virorum ad... Ortwinium Gratium.* Este Ortwin Gratius (1491-1551), descrito aquí como representante de los obscurantistas, era realmente un miembro de la Facultad de Artes de Colonia, pero los autores del escrito eran jóvenes graduados, ficticios, de varias universidades alemanas. Las *Epistulae* son una parodia bufa de la casuística e ignorancia de aquella gente; el lenguaje es extraordinariamente divertido, es una jerga alemana grotescamente latinizada, mantenida a todo lo largo de

la obra con ingeniosa coherencia, totalmente distinta del «Latinum culinarium» ridiculizado en los libelos de Valla contra Poggio [39]. En 1516 apareció un apéndice al primer volumen y una segunda parte. Un análisis [40] filológico convincente ha demostrado que la primera parte, obra maestra de sátira, fue escrita por Crotus Rubianus, miembro del distinguido grupo de humanistas de Turingia, cuya cabeza reconocida era Mutianus Rufus (1471-1526), compañero de escuela de Erasmo en Déventer; la segunda parte de las *Epistulae*, más de acuerdo con el estilo agresivo del antiguo ἴαμβος, era obra de Ulrich von Hutten. Cuando la corte pontificia tomó por fin una decisión, no del todo favorable a Reuchlin, éste ya no era objeto de ataques.

Nada ilustra más claramente la unidad del movimiento humanístico dentro y fuera de Alemania, a pesar de todas las diferencias personales, locales, nacionales y religiosas que la anécdota de las *Epistulae obscurorum virorum*. Es una especie de comedia jocosa y divertida previa al «tragoedia incipit», en palabras de Erasmo.

Precisamente por los mismos años, 1515/16, Lutero empezó en Wittenberg sus conferencias sobre la Epístola de S. Pablo a los romanos [41], y el año siguiente (1517) empezó la lucha sin cuartel. Interpretando Rom. I:17

---

[39] Ver antes, págs. 69 s.

[40] La investigación analítica la inició W. Brecht, «Die Verfasser der Epistolae obscurorum virorum», *Quellen und Forschungen zur Sprach- und Culturgeschichte der germanischen Völker*, 93 (1904). Brecht usó el texto del Supplementum a las *Opera* de U. von Hutten, ed. E. Boecking (1870); A. Bömer (1924) publicó un nuevo texto crítico que se diferenciaba, en parte, del de Brecht y trataba de las últimas discusiones de la cuestión analítica. Ver también H. Holborn, *U. von Hutten* (1929).

[41] Cf. *supra*, págs. 135 s.; ver W. Grundmann, *Der Römerbrief des Apostels Paulus und seine Auslegung durch Martin Luther* (1964), con referencias a las ediciones críticas.

según su propia y profunda experiencia religiosa, Lutero creía que había encontrado allí la expresión de la justificación únicamente por la fe, interpretación que, a pesar de sus consecuencias, creía que estaba en armonía con la de S. Agustín. Ésta era la concepción fundamental de Lutero, y a través de exégesis posteriores llegó a mantenerla con creciente convicción. Las interpretaciones de tiempos anteriores, las tradiciones y doctrinas de siglos, resultaban superfluas, puesto que las escrituras eran interpretables directamente: «Scriptura sacra sui ipsius interpres»[42] adquirió un nuevo sentido. Lo mismo pensaban también los otros reformadores. Lutero reprochaba a Erasmo: «Novum Testamentum transtulit et non sensit» —al faltarle la experiencia personal, había dejado de conseguir una verdadera comprensión religiosa[43].

En cuanto a la literatura «pagana», griega y romana, Lutero nunca cesó de ampliar sus conocimientos[44]. Fue característico en él poner las fábulas de Esopo junto a la Biblia; de ellas decía: «no hay mejor libro de sabiduría pagana y secular («kein feineres Buch in weltlich heidnischer Weisheit»). Lutero, incluso, conjeturaba en el prefacio de su traducción alemana de una serie de *Aesopea* que «quizá ningún hombre de este mundo se había llamado Esopo» («vielleicht nie kein Mensch auf Erden Esopus geheissen... die Fabeln seien Jahr zu Jahr gewachsen und gemehrt... und schliesslich gesammelt worden»)[45].

---

42 Cf. *supra*, pág. 134.

43 Sobre Lutero y el Luteranismo desde el punto de vista de Erasmo, ver antes, pág. 141. Ver también K. Holl, «Luthers Bedeutung für den Fortschrift der Auslegunskunst», *Gesammelte Aufzätze*, I (1589), 544-82; W. Bodenstein, «Die Theologie Karl Holls im Spiegel des antiken und reformatorischen Christentums», *Arbeiten zur Kirchengeschichte*, 40 (1968), 276 ss.

44 Ostwald Gottlob Schmidt, *Luthers Bekanntschaft mit den alten Classikern* (1883).

45 Luther, *Fabeln*, hrsg. von E. Thiele (1888, 2.ª ed., 1911), pági-

Por lo visto, ninguno de los humanistas que se habían interesado por las fábulas antiguas, Poggio, Valla, Erasmo, había expresado esta opinión que se hizo muy corriente en el siglo XIX.

Erasmo, Reuchlin y Lutero eran rectilíneos en su manera de pensar; comparado con ellos, Melanchthon[46], sobrino nieto de Reuchlin, se inclinaba a combinaciones complicadas y discutibles. Trató honradamente, pero en vano, de echar un puente entre los humanistas y los reformadores religiosos. Había nacido en 1497 en Bretten, no lejos del lugar de nacimiento de Reuchlin, Pforzheim. Niño prodigio, fue Magister Artium a los dieciséis años y empezó a dar clases en la universidad de Tubinga a los veinte. Ferviente admirador de Erasmo, que le admiraba a su vez, se formó en las ideas erasmianas. Después de la publicación de su gramática griega[47], Reuchlin lo recomendó al Elector de Sajonia para una cátedra de griego en la universidad de Wittenberg en 1518. Su primera lección fue sobre Homero, la segunda sobre el texto griego de la Epístola de S. Pablo a Tito, la tercera sobre el texto hebreo de los Salmos —una especie de equilibrio, podríamos pensar, entre los intereses de Erasmo y los de Reuchlin—. Pero entonces conoció a Lutero en Wittenberg. La impresión que causaban su personalidad y sus convicciones religiosas era abrumadora, y el espíritu flexible de Melanchthon quedó inmediatamente cautivado. Pero no abjuró del humanismo; trató de llegar a un compromiso.

---

nas 17 s. Thiele publicó el autógrafo de Lutero, hallado por R. Reizenstein en la Biblioteca Vaticana; ver también O. G. Schmidt (arriba, n. 44), pág. 59; O. Crusius, «Aus der Geschichte der Fabel», en *Das Buch der Fabeln*, de C. H. Kleukens (2.ª ed., 1920), página XXVIII.

[46] Ver antes, pág. 154.

[47] Ver antes, pág. 154.

La senda de Erasmo, dijo en sus conferencias y escritos [48] de los años siguientes, conduce desde la barbarie hasta la humanidad y la moralidad, pero no más allá. Melanchthon demostró la fragilidad de la filosofía en su edición de las *Nubes* de Aristófanes en 1520; al mismo tiempo alegaba que el esfuerzo de la doctrina Escolástica medieval por convertir la teología en filosofía había fracasado completamente. En su opinión, la tradición y la filosofía antigua procuraban material cultural útil, ejercicio mental y enseñanza moral, pero no ayudaban a la comprensión de la Biblia; sólo la fe era el camino hacia la verdad cristiana.

Convencido por Lutero de que sólo las Escrituras eran la norma (sin la tradición de la Iglesia) y de que sólo S. Pablo era la recta introducción a las Escrituras, Melanchthon [49] tenía todavía que explicar por qué esta nueva experiencia y descubrimiento religioso-personal de Lutero era realmente válida y vinculante para todos. Trató de dar la prueba en un compendio, *Loci communes* (1521), que tuvo su origen en las lecciones sobre la Epístola a los Romanos; a pesar de su título, no es una colección de τόποι pertinentes, sino un verdadero sistema de principios fundamentales. Lo que había aprendido de retórica antigua en sus años humanísticos, lo aplicaba ahora a la teología de Lutero. El antiguo género de «loci» había sido

---

48 «De Erasmo et Luthero elogion», «Ratio discendi», *Corp. Reform.*, XX, 701 ss.

49 «Opera omnia», *Corpus Reformatorum*, 1-28 (1834-60), y *Supplementa Melanchthoniana*, II, 1: «Philologische Schriften» (1911, reimpresa en 1968). Melanchthons *Werke* in Auswahl, hrsg. von R. Sttupperich, II, 1 (1952): «Loci»; cf. W. Maurer, «Melanchthon-Studien», *Schriften des Vereins für Reformationsgeschichte*, número 181, 70 (1964), especialm., págs. 103-36, juicio sereno y justo de la relación de Melanchthon con Erasmo. Ver también W. Maurer, *Der junge Melanchthon zwischen Humanismus und Reformation*, I (1967), *passim*.

resucitado por Valla en sus *Dialecticae Disputationes,* por Agrícola y, sobre todo, por Erasmo en su *Ratio verae theologiae,* donde recomendaba el uso de «loci theologici» para armonizar el mundo entero de la Biblia y facilitar así su comprensión. Pero la intención de Melanchthon era construir un verdadero sistema de principios fundamentales sobre pecado y gracia, ley y fe... y dar una prueba lógica de su validez general. Lutero mismo quedó asombrado de aquel inteligente Graeculus, y Erasmo lo calificó de «ipso Luthero lutheranior» [50], lo que, según parece, quería decir que había ido más lejos que Lutero como dogmático estricto. Si la comprensión de las Escrituras quedaba relegada a la experiencia del lector individual, podía producirse una confusión sin límites; pero Melanchthon argumentaba ahora que la interpretación de Lutero estaba de acuerdo con principios existentes en las Escrituras. Con los *Loci comunes* [51], Melanchthon puso el fundamento de una nueva rama de la Literatura; su sistema, la hermenéutica protestante, detallada teoría de la interpretación, fue afinado y ampliado durante los siglos XVI, XVII y XVIII. *La Clavis aurea Scripturae sacrae,* de Flacio Ilírico (1567) [52], fue el libro más influyente en este aspecto. La hermenéutica fue parte de una nueva literatura teórico-religiosa, que podemos llamar escolasticismo protestante.

¿Tuvo esta nueva hermenéutica teológica del siglo XVI efecto importante sobre la filología clásica? Investigaciones filosóficas modernas parece que se inclinan en ese sentido [53]. Pero, como hemos visto, la interpretación filo-

---

50 Erasmi *Ep.* 2911.26.

51 Melanchthon, *Die Loci communes in ihrer Urgestalt,* ed. Th. Kolde (4. Aufl. 1925).

52 G. Moldaenke, «Matthias Flacius Illyricus», *Forschungen zur Kirchen- und Geistesgeschichte,* 9 (1936).

53 W. Dilthey, «Die Entstehung der Hermeneutik», *Philosophi-*

lógica existía desde sus principios como práctica, aunque no sin reflexión metódica; propiamente no hubo nunca una teoría general de la interpretación, hasta que en el siglo XIX A. Böckh[54] adoptó una especie de hermenéutica de un profesor suyo, el teólogo Schleiermacher[55]. Sin embargo, la teoría de Böckh no influyó, como veremos, ni en su propia práctica ni en la de sus numerosos discípulos. Quizá lo precoz de la codificación de reglas estrictas por Melanchthon y Flacio Ilírico impidió que la exégesis luterana de la Biblia influyese en la filología clásica. La verdadera filología continuó floreciendo según la tradición erasmiana[56].

La contribución de Melanchthon no consistió en hacer que la filología[57] avanzase gracias a sus escritos, sino en procurar con sus lecciones que el estudio del griego ocupase un lugar adecuado en las universidades[58]. En contraste con Erasmo y Reuchlin, fue durante toda su vida profesor universitario muy activo; después de 1518 fue el centro magnético de la universidad de Wittenberg, a

---

sche Abhandlungen Christoph Sigward gewidmet (1900), págs. 185-202 = *Gesammelte Schriften,* V (1924), 317 ss. y 426 ss.; cf. G. Ebeling, «Hermeneutik», *Die Religion in Geschichte und Gegenwart,* III[3] (1959), 242-62.

54 *Vorlesungen über Enzyclopaedie und Methodologie der philologischen Wissenschaften,* impresa después de su muerte en 1877 y 1886.

55 La definía correctamente como «Kunstlehre des Verstehens»; no debe identificarse con la interpretación, como sucede a menudo.

56 Ver antes, págs. 144 s.

57 Cf. *supra,* pág. 154. Hace muy poco que nos ha recordado W. Beneszewicz, «Melanchthoniana», *SB Bayer. Akademie, Philos.-hist. Abt.,* Jg. 1934, Heft 7, que Melanchthon fue el primero en prestar atención a los llamados «Cánones apostólicos» y que su pequeña y primera edición del texto griego (1521) para sus alumnos fue la base para ediciones posteriores más escolares.

58 Sobre la actitud conservadora de esos centros, ver antes, pág. 155.

donde afluía gente de todas las regiones de Alemania para escuchar sus lecciones. Filólogo griego desde su temprana juventud, hizo que los estudios helénicos floreciesen en su universidad; éstos habían sido introducidos en Wittenberg desde Erfurt el año de la fundación de la nueva universidad, en 1502/3. No se trata de si el estudio del griego apareció de repente junto con la Reforma; avanzó gracias a un proceso más bien lento y complicado [59]. Después de Reuchlin nadie hizo más que Melanchthon para impulsarlo; pero parece que también fue responsable de un cierto ambiente de aula típico del humanismo alemán posterior en contraste con el de Francia e Inglaterra.

La etiqueta tradicional de Melanchthon de «Praeceptor Germaniae» [60] queda plenamente justificada. El efecto de sus enseñanzas en las escuelas protestantes fue enorme y Wittenberg continuó siendo la universidad central donde se educaban la mayoría de los profesores. Los alumnos más distinguidos de Melanchthon fueron Joachim Camerarius (1500-74), futuro director de la Escuela Superior de Nuremberg y Hieronymus Wolf (1516-8), que ocuparía un cargo parecido en Augsburgo. Ambos acabaron situándose bajo la influencia progresiva de la nueva filología francesa [61] y dejaron muy atrás a los otros amigos y alumnos de Melanchthon; pero con estos filólogos más jóvenes ya dejamos lejos la época de Erasmo.

Hubo poco que decir sobre el comienzo lento y tardío [62] de la filología en España, pero dimos cuenta de una obra destacada de filología seria que apareció allí a principios

---

59 Ver *Gymnasium*, 71 (1964), 201, y Beneszewicz, «Melanchthoniana» (antes, pág. 162, n. 57), págs. 16 ss., sobre impresores de textos griegos en Wittenberg.

60 K. Hartfelder, «Philipp Melanchthon als praeceptor Germaniae», *Monumenta Germaniae paedagogica*, 7 (1889).

61 Ver luego, pág. 235.

62 Ver antes, págs. 110 y 116 s.

del siglo XVI, la primera Biblia Políglota. Sin embargo, no pudo competir con el Nuevo Testamento Griego de Erasmo[63], que se popularizó más y más en todas partes, incluso en España. Esto ocasionó duros ataques a la obra de Erasmo por parte de uno de los colaboradores de la Biblia Políglota, López de Zúñiga (Stunica), y el propio Erasmo no tardó en lanzar su contraataque[64]. Inevitablemente hubo errores y flaquezas por ambas partes, y casi no vale la pena volver a examinar la credibilidad de uno y otro textos bíblicos[65].

Adversario español de Erasmo, más competente y sensato que Zúñiga era Juan Ginés de Sepúlveda (1491-1572)[66]. Vivió unos cuantos años en Córdoba y Alcalá y su formación filológica se completó en Bolonia y en otras ciudades de Italia, donde residió casi veinte años. En una de sus últimas cartas a Erasmo hay, incluso, un sorprendente «rasgo de Bentley»: «mihi tamen certissima ratio semper erit pluris quam omnes enarratores vel interpretes»[67]. Sepúlveda fue el primero en cotejar el Manuscrito Vaticano de la Biblia del siglo IV, llamado más tarde Vaticanus B. Aunque estaba en el Vaticano antes de 1481 y Zúñiga lo conocía, no fue usado para la Políglota Com-

---

63 Ver antes, págs. 135 s.

64 Ver Erasmi *Ep.* XII (1958), Índices, págs. 172 s., s. v. Stunica (Zúñiga), y pág. 17, escritos de Erasmo con todos los títulos de las recíprocas polémicas; cf. también Bataillon (luego, pág. 165, n. 70), págs. 98 ss.

65 Ver F. G. Kenyon, *Handbook of the Textual Criticism of the New Testament* (2.ª ed., 1926), págs. 267 ss.; *The Cambridge History of the Bible. The West from the Reformation to the present day* (1963), págs. 56 ss.; cf. Bataillon (luego, pág. 165, n. 70), págs. 101 ss.

66 Erasmi *Ep.* 2637, con la introducción de Allen sobre la vida y obras de Sepúlveda, *Opera*, 4 vols. (Madrid, 1780).

67 *Ep.* 2938.27 ss.

plutense[68]. Sepúlveda compiló una lista de trescientas sesenta y cinco variantes del B, según escribió a Erasmo en 1533[69], pero no sabemos si le envió la lista; sea como sea, Erasmo no se dio cuenta de la importancia del códice y se equivocó sobre la relación de sus lecciones con la Vulgata.

A pesar de estas controversias sobre cuestiones particulares, un «erasmianismo» general ocupó una posición central en la vida cultural española, por lo menos durante unas cuantas décadas[70]. Las ideas fundamentales de la «Philosophia Christi» fueron fecundas, no tanto en el campo de los clásicos como en el de la teología y derecho romano. El representante más destacado en este último terreno fue don Antonio Agustín[71] (1517-86), que estudió con Alciato[72] en Bolonia, donde Antonio de Lebrija había estudiado antes que él. Su cotejo y edición del famoso manuscrito florentino del *Digesto*[73] fueron tan cuidados que incluso trescientos años después conquistó para su autor el aplauso y la admiración de Mommsen[74]. Agustín

68 F. Delitzsch, «Studien zur Entstehungsgeschichte der Polyglottenbibel des Cardinals Ximenes», [*Programm*] *zur Feier des Reformationsfestes... der Universität Leipzig* (1871), págs. 13 ss., parece haber sido el primero en desenredar la complicada y a veces confusa historia de las fuentes de la Complutense, ver también *ibid.* (1886).

69 *Ep.* 2873, con notas de Allen; cf. *Ep.* 2905.

70 M. Bataillon, *Érasme et l'Espagne* (1937, 2.ª ed. esp. corregida y aumentada, 1966), modelo de monografía atractiva y exhaustiva. Mis referencias aluden al original francés de 1937. L. Nicolau d'Olwer, «Greek Scholarship in Spain», en James Kleon Demetrius, *Greek Scholarship in Spain and Latin America* (1965), págs. 15-22, seguido de bibliografías, págs. 33-131.

71 *Opera,* 8 vols. (Lucca, 1765). F. de Zulueta, *Don Antonio Agustín,* Glasgow University Publications, 51 (1939).

72 Ver antes, pág. 151.

73 Ver antes, pág. 112.

74 *Digesta,* ed. Th. Mommsen (1870), vol. I, págs. XVI s.

dedicó también los años que pasó en Italia a editar la obra de Varrón *De lingua Latina* (1554) y la de Festo (1559), y al estudio intenso de inscripciones y antigüedades. Con el tiempo volvió a España y fue obispo de Lérida y, por último, arzobispo de Tarragona. Su biblioteca, sobre todo a causa de sus manuscritos griegos, es uno de los principales tesoros de la biblioteca del monasterio del Escorial construido por Felipe II entre 1566-87[75].

Sin embargo, en conjunto, el erasmianismo no floreció bajo el régimen de Felipe; tenemos que volver los ojos hacia atrás, a la época de Carlos V otra vez, en la cual encontramos un español que fue uno de los más adictos erasmianos de Europa, Juan Luis Vives[76] (1492-1540). En contraste con todos los otros españoles que hemos encontrado hasta aquí, no visitó Italia, sino que fue primero a París y luego a los Países Bajos pertenecientes a España.

Los escritos de Erasmo, y posiblemente el trato personal con él, condujeron a Vives, en la universidad de Lovaina, a pasar, de la filosofía escolástica de su país natal y de París, al humanismo erasmiano. Algunos de sus libros educativos, sobre todo *De disciplinis* (1531), y su edición *De civitate Dei*, dan testimonio de este cambio.

Evidentemente fue el humanismo italiano el que inspiró a los filólogos españoles, con la única excepción de Vives. Cuando Erasmo pareció suspecto de herejía en 1550, las fuerzas antihumanísticas reprimieron las tendencias erasmianas y otras similares. Sus seguidores fueron, primero, amenazados por la Inquisición y, más tarde,

---

[75] E. Jacobs, *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 25 (1908), 19 ss.
[76] *Opera* (Valencia, 1782-90, reimpresa en 1964); cf. Bataillon (antes, pág. 165, n. 70), págs. 655 ss. y *passim*.

desde 1557/8, sometidos a verdadera persecución. De esta manera el florecimiento de la filología en Francia llegó demasiado tarde para producir en España efecto alguno.

TERCERA PARTE

DESDE EL RENACIMIENTO FRANCÉS HASTA EL NEOHELENISMO ALEMÁN

IX

HUMANISTAS Y FILÓLOGOS DEL RENACIMIENTO FRANCÉS

Muchas sendas irradiaban de los centros de humanismo italiano hacia los países occidentales y nórdicos, pero el camino real conducía a París [1]. Francia fue escenario de la más vigorosa actividad y, en el siglo XVI, sobrepasó a todos los demás países en el dominio de la filología griega. Esta espectacular proeza fue la culminación de un lento proceso de evolución desde el tiempo de Petrarca en adelante [2], y esta vez la filología no quedó en mera promesa como en anteriores intentos, lo cual todavía no se ha explicado satisfactoriamente. Encontraremos su causa inmediata, no en influencias sociales o políticas, sino en la fuerza inspiradora de *un solo* individuo, un *poeta doctus* [3]. Sin embargo, continúa siendo cierto que

---

1 Sobre el Renacimiento francés en general y sus relaciones con Italia, ver los recientes estudios de Franco Simone, especialmente *Il Rinascimento Francese*, Studi e ricerche (1961), y *Umanesimo, Rinascimento, Barocco in Francia* (1968). A. Buck, *Die humanistische Tradition in der Romania* (1968), especialmente páginas 133 ss.: «Humanismus und Wissenschaften»; cf. J. von Stackelberg, *Gnomon*, 42 (1970), 424 ss.

2 Ver antes, págs. 109 s. y 116.

3 Dorat, *infra*, págs. 177 ss.

la vida cultural francesa estuvo fuertemente influida por la política. Existía una monarquía consolidada desde el siglo XV, con una clase dirigente, nobleza y clero, en torno al rey. Aparte de la universidad de París, más conservadora, la corte real formaba un segundo centro cultural, que impulsaba la conquista de los tesoros de la antigüedad como meta de ambición nacional.

En la corte de Luis XII, Claude de Seyssel (1450-1520) era infatigable traduciendo al francés textos antiguos, tanto latinos como griegos, para gloria de la nación[4]. Como dijo en el prefacio de su Justino (compuesto en 1509, pero no impreso antes de 1559), «los Romanos al apropiarse la literatura griega hicieron poderosa su propia lengua y prepararon un instrumento para la dominación del mundo; tenemos que traducir latín y crear una vigorosa literatura francesa». Bajo Francisco I[5], este ambicioso nacionalismo cultural pasó de los libros a la vida: el Renacimiento italiano en conjunto fue superado por Francia. Con el tiempo, los franceses creyeron que habían sobrepujado no sólo a los italianos modernos, sino a los mismos antiguos; «la querelle des anciens et des modernes», al final del s. XVII[6], ilustra este audaz aplomo. Sin embargo, la misma filología no sacó gran provecho de esta línea nacionalista de pensamiento.

En contraste con el nacionalismo, representaba un espíritu más internacional en París el filósofo Lefèvre d'Étaples (Faber Stapulensis, c. 1455-1536). Influido por

---

[4] P. H. Larwill, *La théorie de la traduction au début de la Renaissance* (tesis doct., Munich, 1934), págs. 38 ss. Siguiendo a F. Brunet, Larwill recalcó la influencia de Seyssel sobre Du Bellay (1549); pero podía haber notado la fuerte influencia del espíritu y elocuencia de Valla sobre Seyssel. Al traducir a los historiadores griegos, tuvo la ayuda de Janus Láscaris, ver luego, pág. 176.

[5] A. Tilley, *Studies in the French Renaissance* (1922), págs. 123 ss.: «Humanism under Francis I».

[6] Ver luego, pág. 227.

los platónicos florentinos y, a partir de 1511[7], por el contacto personal con Erasmo, trató de restablecer una educación auténticamente filosófica. Al revés de los filósofos escolásticos tardíos no confiaba en las traducciones de Aristóteles, sino que utilizó el texto griego original; y también tradujo y explicó parte de las Escrituras, especialmente las Epístolas de S. Pablo. Su humanismo, tolerante y cauto, quedaba muy alejado del espíritu radical del reformador religioso, Jean Calvin (1509-64). Sin embargo, Calvino estaba en contacto mucho más íntimo con el movimiento humanístico que Lutero. Calvino empezó su carrera en 1532 con la publicación de un comentario a *De clementia* de Séneca[8]. Como discípulo de Budé, es decir, del primero de los dos lectores reales de griego en el Colegio de Francia[9], y de Andrea Alciato, que impartió lecciones de derecho romano en Bourges, estaba perfectamente formado en filología clásica y derecho romano, base de sus posteriores exégesis bíblicas, y familiarizado, además, con todos los elementos filosóficos, teológicos y jurídicos, esenciales para su nueva dogmática, la *Institutio religionis Christianae* (1536)[10]. Su estilo latino era conciso, adecuado, solemne; sus ideas básicas no eran,

---

7 P. S. Allen, sobre Erasmi *Ep.* 315 y *Ep.* XII (1958), Índices, págs. 17 y 90; cf. P. Mestwerdt, *Die Anfänge des Erasmus* (1917), págs. 323 ss., y A. Renaudet, *Préréforme et humanisme à Paris 1494-1517* (2.ª ed., 1953), especialm., pág. 703.

8 Comentario de Calvino sobre el *De Clementia* de Séneca, con introducción, traducción y notas de F. L. Battles y A. M. Hugo, 1969 (Renaissance Text Series of the Renaissance Society of America).

9 Ver luego, pág. 177.

10 La primera edición latina y la primera versión francesa con carta dedicatoria a Francisco I se publicó en 1536, ver Calvin, *Opera selecta*, ed. P. Barth y G. Niesel, III (1957), VI ss. — Sobre el «humanismo» de Calvino, ver Jean Boisset, «Sagesse et sainteté dans la pensée de Jean Calvin», *Bibliothèque de l'école des hautes études*, section des sciences réligieuses, 71 (1959), 315 ss.

en realidad, humanísticas en el sentido de Petrarca o de Erasmo, sino un deseo racional de conocimiento y de independencia, que, junto con una intensa actividad por la convicción de ser el «elegido de Dios», creaba nuevos impulsos para la investigación.

Al contemplar la vida cultural francesa en su conjunto, en la primera mitad del siglo XVI, vemos un cuadro, a veces sorprendente, de abigarrados colores [11]. La primera figura importante que se destaca en el campo de la filología es Guillaume Budé (1468-1540). Aunque amigo de Erasmo (que era exactamente contemporáneo suyo) [12] y de Reuchlin, y aunque sostuvo correspondencia activa y frecuente con ambos, era de carácter diferente. Podríamos llamarle «bourgeois Parisien», abierto a los detalles de la vida cotidiana e interesado en economía, política y derecho; hombre, en fin, que había estado al servicio activo de sus reyes [13] antes de retirarse a una vida de filología pura en su confortable vivienda de la ciudad y en sus dos casitas de campo [14].

Con sus *Annotationes ad Pandectas* [15] (1508), Budé dejó muy atrás a sus predecesores Valla, Poliziano y Zasio y preparó el camino para los grandes juristas de la nueva generación como Cuiacius, porque no sólo estaba versado en lenguas antiguas, sino que poseía un conocimiento mucho mayor del tema, lo cual le capacitaba para interpretar pasajes especialmente difíciles de las pandectas en su

---

[11] Cf. Carl J. Buckhardt, *Vier historische Betrachtungen* (1953), pág. 10.

[12] Ver Erasmi *Ep.* vol. XII, Índices, págs. 59 ss.

[13] Ver antes, pág. 116.

[14] Para algunas anécdotas entretenidas, ver Sandys, II, 171 s.

[15] *Omnia Opera* (Basilea, 1557, reimpr. en 1967); L. Delaruelle, *Répertoire analytique et chronologique de la correspondence de G. Budé* (1907). Información bibliográfica en la introducción de A. Buck a *De Philologia,* ver luego, n. 18; sobre sus estudios legales, ver antes, págs. 150 s., con notas.

propio contexto. Su tratado *De Asse eiusque partibus* (1514), resultado de una investigación cuidadosa de nueve años, se convirtió en libro de texto definitivo para el estudio del sistema monetario y de metrología romanos. Tan grande era el atractivo que sentían sus compatriotas hacia el aspecto material de la vida antigua, y especialmente la vida social, que alcanzó la décima edición en el espacio de veinte años. En sus últimos libros, *Commentarii Linguae Graecae* (1529) y *De Transitu Hellenismi ad Christianismum* (1535) se vio que poseía un notable conocimiento del griego. Los *Commentarii* eran una obra preparatoria para un diccionario griego extenso, un *Thesaurus Linguae Graecae* [16], cuyas partes más sorprendentes y notables se referían a la terminología legal griega y romana. Ciertamente mereció ser llamado «le plus grand Grec de l'Europe» [17] por el mayor y más competente de los críticos. Resulta significativo que diera el título *De Philologia* (1532) [18] a su noticia general sobre filología clásica. Fue verdaderamente φιλόλογος en el sentido de Eratóstenes, que había sido el primero en reclamar para sí este *cognomen;* se refería, según Suetonio, a personas familiarizadas con las distintas ramas del conocimiento o, incluso, con el conjunto del λόγος [19]. El conocimiento enciclopédico, no la elocuencia, conduce a la verdadera cultura humana; ésa era la convicción de Budé. En *De Transitu* se alejó del concepto erasmiano de que el helenismo, especialmente la filosofía griega, preparaba el camino hacia el cristianismo y empezó a insistir más en la

---

16 Ver luego, pág. 89.

17 *Scaligerana,* edición alfabética Coloniensis (1595), pág. 72.

18 G. Budaeus, *De Philologia. De studio litterarum.* Reimpr., con introducción de A. Buck (Stuttgart, 1964).

19 Ver *Historia* [I], 288 s., 307.

diferencia entre helenismo y cristianismo. Quizá estaba en estos últimos escritos bajo la influencia de Calvino[20].

Uno de los más grandes éxitos de Budé, quizá incluso el mayor, consistió en inducir al rey Francisco I (1515-47) a fundar el Collège Royal (más tarde Collège de France) para fomentar la nueva cultura. En esta empresa Budé contó con la ayuda eficiente de Janus Láscaris, filólogo griego, que visitó Francia tres veces como huésped y ayudante de tres reyes, Carlos VIII, Luis XII y Francisco I. Anteriormente había trabajado durante mucho tiempo en Italia[21]; y entre su primera visita a París y la segunda perteneció a aquella sociedad filhelénica de Venecia[22] que tanto éxito tuvo en apoyar la difusión por Occidente de la lengua y literatura griegas. Láscaris enseñó griego a sus amigos franceses y les suministró textos griegos recién impresos (él, por su parte, era editor competente de autores antiguos), y ayudó a los que trataban de traducir del griego al francés. Budé, en sus *Commentarii Linguae Graecae* (1529), describió el proyectado colegio real como un nuevo Μουσεῖον. Esta mención inequívoca de la famosa fundación de Tolomeo I en Alejandría[23] sirvió también para indicar la diferencia entre el colegio y la Academia[24] filosófica de los Médicis en Florencia; se trataba de que fuese también una comunidad libre, de poetas y filólogos protegidos por las musas. El nombre «Pléiade», dado probablemente por Ronsard en 1563 a un círculo más reducido de siete poetas y amigos que eran miembros del

20 J. Bohatec, *Budé und Calvin. Studien zur Gedankenwelt des französischen Frühhumanismus* (1950), especialm., págs. 82 ss. Ver también la introducción de Buck a *De Philologia* (antes, pág. 174, n. 15), pág. 22, con otras referencias.

21 Ver antes, págs. 89, 109.

22 Ver antes, págs. 101 s.

23 *Historia* [I], 182 s., 219.

24 Ver antes, págs. 103 s.

Museo, alude igualmente a Alejandría[25]. Después de trece años de discusiones preliminares se abrió el Collège Royal en 1530. Inmediatamente fueron nombrados dos *lecteurs royaux* para griego (no para latín), Pierre Danès y Jacques Toussain; ambos eran discípulos de Láscaris; Toussain era también discípulo de Budé y amigo de Erasmo. Sus lecciones atrajeron gran número de oyentes, entre ellos algunos de máximo rango espiritual: Calvino, Rabelais, Ignacio de Loyola, Amyot, Ronsard, Henri Étienne, Francisco de Sales.

Uno de los discípulos de Toussain fue Jean Dorat (1508-1588)[26]. El talento natural de Dorat lo predisponía a com-

---

25 *Historia* [I], 103.

26 Sólo J. A. de Thou, *Mémoires*, 1.ª ed. franc. (Amsterdam, 1711), pág. 6, conservó los detalles biográficos importantes; ver, además, P. de Nolhac (esta misma nota, luego), pág. 45.1. «Dichter und Philologen im französischen Humanismus», *Antike und Abendland*, 7 (1958), 73-83. Este breve artículo se basa en conferencias más extensas, pronunciadas, primero, en Basilea y Zurich en mayo de 1956. Fue una feliz coincidencia que el mismo año que yo pronunciaba estas conferencias sobre el despertar literario del griego en Francia, Dora y Erwin Panofsky, *Pandora's Box*, Bollingen Series 52 (1956; 2.ª ed. revisada, 1962), 55 ss., declarasen que hubo en Francia un despertar helénico en las artes no comparable con el de otros sitios. Debo el conocimiento de este artículo a la amabilidad de los autores, mis viejos amigos. Únicamente al preparar mis conferencias empecé a ver claramente el papel decisivo representado por Dorat en este momento crítico de la historia de la filología en Francia. Mark Pattison, *Essays*, I (1889, reimpresos en 1965), 206 ss., y sus notas manuscritas, 79-93, Biblioteca Bodleyana, cf. *infra*, pág. 204, n. 106 (y pág. 205). Pierre de Nolhac, *Ronsard et l'humanisme* (1921), *passim*: cf. también Tilley (arriba, pág. 172, n. 5), págs. 219 ss. «Dorat and the Pleiade» y H. Chamard, *Histoire de la Pléiade*, 4 vols. (1939-41). Wilamowitz, *Geschichte der Philologie* (1921), pág. 25, puso a Dorat al final del Renacimiento francés y oscureció así su posición histórica; lo despachó con una sola frase, criticando a Gottfried Hermann por haber exagerado la importancia de las enmiendas esquileas de Dorat (ver luego, pág. 179, n. 31). Wilamowitz, naturalmente, no tenía simpatía por un filólogo

poner versos elegantes en tres lenguas, griego, latín y francés; por sus méritos llegó a ser *poeta regius* —aunque será mejor no dejar constancia de las cifras astronómicas de su producción en verso. Lo que nos interesa aquí es su sincero entusiasmo por la gran poesía del pasado y su habilidad para infundir su amor hacia ella en las mentes de sus amigos y discípulos y para inspirar a las generaciones venideras. En su obra filológica se consagró a la poesía griega, interpretándola y corrigiendo textos corruptos, tarea que fue posible gracias a la obra preparatoria llevada a cabo en París por filólogos griegos y franceses juntamente. De joven, Dorat conoció a Budé y había asistido a las clases de griego de Germain de Brie (que, como Toussain, era discípulo de Láscaris y sostenía correspondencia con Erasmo)[27]. Empezó su carrera en 1544, aproximadamente, como profesor particular en casa de Lazare de Baif, dando clases de latín y griego, pero sobre todo griego, a Jacques Antoine, hijo de Lazare, y a Pierre Ronsard[28], ambos futuros poetas. De 1547 en adelante profesó en el Collège de Coqueret, que pertenecía a la universidad de París, y durante cuatro años lamentables tuvo la desgracia de ser tutor de príncipes reales, posición semejante a la que tuvieron algunos predecesores suyos en Alejandría durante el siglo III y IV a. de C.[29]. Relativamente tarde, en 1556, fue nombrado *lecteur royal* junto a Turnèbe' en el Collège Royal, alcanzando así el título de «interpres regius», que conservó hasta después de 1567,

---

que únicamente daba conferencias y enseñaba, pero que no ponía por escrito ni publicaba sus propios estudios. Los datos de la vida de Dorat están revueltos en Sandys, II, 185.

27 Veinte cartas de Germain de Brie se han conservado en la correspondencia de Erasmo, ver *Ep.* XII, Indices, pág. 3 (Brixius).

28 Ver Ronsard, *Oeuvres complètes*, ed. P. Laumonier, XVI (1950), 5, «la naïve facilité d'Homère... la curieuse diligence de Virgile», el editor alude a Quintil., X 86.

29 Ver *Historia* [I], 174, 281.

año en que se dedicó voluntariamente a enseñar a un grupo escogido de alumnos particulares. Podemos aplicarle la denominación, dada a Filetas hacia 300 a. de C., de ποιητὴς ἅμα καὶ κριτικός [30], pero hay que confesar que su filología superaba con mucho a su poesía. De manera humorística aludió una vez a la importancia de ser poeta: cuando perdió a su esposa a los setenta y ocho años y se casó con una joven de diecinueve, dijo que, como *poeta*, podía permitirse una *licentia poetica*.

Como «interpres» Dorat fue el primero en explicar todos los dramaturgos griegos, tanto los poetas trágicos como Aristófanes. Empezando con Eurípides, se unió con Ronsard y Baif para ayudar a Tissard a traducir las tragedias al francés. Luego pasó a Esquilo empezando por *Prometeo* e intensificó sus esfuerzos después de publicarse en 1557 la edición de Petrus Victorius; y su éxito como crítico del texto de Esquilo le conquistó la inmortalidad [31]. Se conserva por casualidad copia de una lección tardía sobre Sófocles. En cuanto a los poetas líricos, su interpretación de Píndaro causó gran impresión ya desde los años cuarenta. Su trabajo sobre las Anacreónticas tardías (que en el siglo XVI se creía que eran auténticas) preludiaba la *editio princeps* de Henri Étienne. Sus lecciones de la *Ilíada* y *Odisea* [32] en el Collège de Coqueret y en el

[30] Ver *Historia* [I], 168.

[31] G. Hermann, a propósito de Esquilo, *Ag.* 1396: «ille omnium qui Aeschylum attingunt princeps Auratus»; cf. E. Fraenkel en su comentario sobre *Agamenon*, I, pág. 35. Ver también P. de Nolhac (arriba, pág. 177, n. 26 [que pasa a pág. 178], Índice, Eschyle, y luego, pág. 183.

[32] W. Canter, ...Novarum lectionum libri octo (Amberes, 1571, 3.ª ed.), 333-37. Sobre la interpretación alegórica de Dorat y sus contemporáneos, ver N. Hepp, «Homère en France au XVIᵉ siècle», *Atti della Accademia delle Scienze di Torino, II. Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche,* 96 (1961/2), 428 ss., y *Homère en France au XVIIᵉ siècle* (1968), con la recensión de A. Buck, *Gnomon,* 45 (1973), 291 ss.

Collège Royal se hicieron famosas; al contrario de J. C. Escalígero, nunca dudó de la superioridad de Homero. De los poetas antiguos épicos, líricos y dramáticos pasó a los poetas griegos tardíos. Las notas manuscritas revelan cómo explicaba a sus discípulos los montones de epigramas griegos impresos por Láscaris. Los *himnos* de Calímaco, que a duras penas se entendían en aquella época a pesar de los esfuerzos de Poliziano [33], se contaban entre sus favoritos, lo mismo que los contemporáneos de Calímaco, Arato, Teócrito, Apolonio Rodio e, incluso, Licofrón. Su interés se extendía desde Nicandro, Mosco, Bión y Oppiano hasta las *Dionisíacas* de Nonno, que había leído y explicado mucho tiempo antes de que apareciesen impresas en 1569. Muy probablemente inició a sus alumnos en tres diálogos «poéticos» de Platón; y es completamente seguro que les abrió el camino hacia todo aquel cuerpo de poesía griega que anteriormente era casi desconocido en Francia y en los otros países de la Europa occidental.

Dorat fascinaba a sus vastos auditorios, que incluían (puesto que él también era poeta filólogo) no sólo a futuros filólogos, sino también a la flor y nata de los poetas jóvenes. El griego era una revelación para ellos y les incitaba, incluso más que el latín, a la imitación y a competir entre sí. Nadie ha expresado mejor el efecto de las enseñanzas de Dorat que Étienne Pasquier, amigo de Montaigne, en un poema a la manera de Catulo [34], que empezaba: «Auratus meus ille quem videtis» y que acababa con los cáusticos versos: «scribunt carmina ceteri poetae, summos at facit unus hic poetas» [35]. Esto debe de

33 Ver antes, pág. 85.

34 Cat., IV 1.

35 P. de Nolhac (antes, pág. 177, n. 26 [que pasa a la 178]) cita todo el poema tomado de las *Oeuvres* (pág. 57) de Pasquier, pero no advirtió que estos versos finales proceden de los hendecasílabos anónimos conservados en Suetonio, *De grammaticis* c. 11 (*Frag-*

ser, como se ve por la cordialidad del cumplido, una alusión al *poeta doctus* Valerio Catón, cabeza del círculo de los *poetae novi*, de los cuales Catulo fue el más importante. Ronsard [36] dijo lo mismo con palabras sencillas: «Dorat m'apprit la poésie». Una fuente contemporánea conserva la anécdota de que, cuando Dorat leyó en francés el *Prometeo* [37] completo a su discípulo, el joven Ronsard, éste profundamente conmovido, exclamó: «Et quoy, mon maistre, m'avez vous caché si long temps ces richesses?». Las imágenes esquileas abundan en la poesía lírica de Ronsard, pero encontró todavía más elevada inspiración en Píndaro [38]; cuando Dorat le hubo leído y explicado los cuatro libros de los epinicios: «les saintes conceptions de Pindare» fue como expresó Ronsard su inmediata reacción. Por sugerencia de Dorat, trató, incluso, de introducir en la poesía francesa, con sus cuatro libros de *Odas* (1550), la estructura triádica de los poemas de Píndaro, en lugar de las formas más simples de la lírica de Horacio y Catulo. Como Dorat había tratado de grabar en la mente de sus discípulos la trabazón original entre los poemas líricos y la música, Ronsard se sintió orgulloso cuando sus odas fueron puestas en música por Orlando di Lasso y otros. J. A. de Baif [39], que en otro tiempo, en su casa paterna, había sido discípulo de Dorat juntamente con Ronsard, se esforzó en escribir versos franceses cuantitativos y en ponerles música [40]. Incluso, tenemos la música que puso al texto griego de Píndaro *O.* I y que conserva el metro

---

menta poetarum Latinorum, ed. Morel, 1927, pág. 83): «Cato grammaticus, Latina Siren, qui solus legit ac facit poetas».

36 P. de Nolhac (arriba, pág. 177, n. 26 [pasa a pág. 178]), pág. 53.

37 Cf. *infra*, pág. 183.

38 P. de Nolhac, págs. 49 ss. y *passim*.

39 Cf. *supra*, págs. 178 s.

40 Sobre la composición métrica que inventó Celtis, ver arriba, págs. 113 ss.

original[41]; esto sólo pudo haberse realizado en Francia en aquella época y por influencia de Dorat, porque en otros sitios los autores permanecían fieles a la tradición latina.

Es evidente que había un intercambio continuo entre poetas y filólogos y mucho más activo en el círculo de la Pléyade[42]. Es difícil decir si los estudios clásicos debían más a la poesía contemporánea o la poesía a la filología. Hemos subrayado la influencia de Dorat sobre los poetas («facit poetas», «m'apprit la poésie»); pero un discípulo suyo, Marco-Antonio de Muret[43], que escribió un comentario sobre los *Amours* de Ronsard (de 1552), le llamó «omnium eruditorum magistrum». Por el contexto resulta claro que aquí «eruditi» significa hombres cultos o filólogos. Es comprensible el fabuloso éxito de Dorat como «magister»: pues se tomó un trabajo inmenso en recoger y examinar las lecciones variantes de los manuscritos y en reconocer las características especiales de la lengua y estilo poéticos. La exposición retórica de los resultados de su investigación llenó de entusiasmo a sus auditorios. Parece que explicaba con mucha frecuencia a Homero; su discípulo Willem Canter, brillante y joven holandés, que le llamaba «unicum et optimum Homeri interpretem», ha conservado citas de una lección sobre la *Odisea* con extrañas interpretaciones alegóricas[44]. Los epítetos «el único y el mejor» podrían aplicarse más bien a Dorat como intérprete de Esquilo[45].

Dorat no se preocupó por publicar sus enmiendas e interpretaciones. Una sola vez pensó en serio en hacer

41 R. Wagner, *Philol.*, 91 (1936), 170, y en general, Chamard, *La Pléiade*, IV, 133 ss., «l'alliance de la poésie et de la musique».

42 Ver antes, págs. 176 s.

43 P. de Nolhac, págs. 92 ss.

44 Ver antes, pág. 179, n. 32.

45 Ver antes, pág. 179, n. 31.

imprimir una traducción latina de Píndaro, con una dedicatoria de cada uno de los cuarenta y seis Epinicios a amigos particulares, pero no lo hizo. Aunque bibliografías y manuales [46] generalmente registran una edición del *Prometeo* de Esquilo por Dorat [47], nadie ha sido capaz de probar su existencia [48]. Esto resulta característico: Dorat ejerció su maravillosa influencia no por medio de escritos, sino por medio de la palabra hablada. Lo que decía era inmediatamente recogido por sus discípulos y por medio de ellos pasó como tradición oral por lo menos a las dos generaciones posteriores.

Aunque Dorat no se preocupó por publicar sus propias investigaciones, impulsó decididamente el desarrollo de la impresión de libros griegos clásicos en Francia. El instrumento más importante para la investigación, la colección completa de textos griegos y el diccionario completo, salieron en pocas décadas. No debemos mirar únicamente las fechas de publicación desde los años sesenta hasta los ochenta del siglo XVI, sino que tendríamos que ser conscientes también del impulso creador de mediados de siglo. Por ejemplo, podemos encontrar huellas de las enseñanzas de Dorat en las innumerables ediciones del filólogo más prolífico, Henri Étienne, hijo de Roberto. En su edición completa de los poetas griegos épicos citó disertaciones de Dorat, no publicadas, con afecto conmovedor. Lo mismo hizo en su edición de Esquilo y en la *editio princeps* de las Anacreónticas (1554), cuyo «codex unicus» había descubierto él mismo en Italia, algo antes de 1549 y que así resultó accesible a Dorat y otros amigos. Aún es posible seguir los distintos caminos por los cuales

46 Sandys, II, 187.
47 Cf. *supra*, págs. 179 y 183.
48 P. de Nolhac (antes, pág. 177, n. 26), pág. 44, n. 2, «purement imaginaire».

las conjeturas de Dorat se salvaron para la posteridad[49]; generalmente, sus discípulos ponían por escrito las que le habían oído, y más tarde, un buen número de ellas fueron consignadas en notas marginales de las ediciones impresas.

El rey que había fundado el Collège Royal fundó también la Presse Royale y mandó ejecutar magníficos tipos griegos al mejor grabador francés, Claude Garamond; fueron fundidos a expensas del tesoro en 1541 y llamados «typi regii»[50]. Los impresores de griego de toda Europa consideraron los tipos «griegos reales» como modelo durante más de dos siglos. El primer impresor que los usó fue Roberto Étienne[51]. Su padre, Enrique I, había fundado una imprenta en París a principios de siglo y su hijo mayor, Enrique II, la mantuvo en actividad febril hasta su muerte en 1598. Roberto era, al mismo tiempo, autor, impresor, corrector y editor. Hizo su fama con un diccionario latino que, empezando como revisión del diccionario de Calepino, manual italiano bastante mediocre, se había convertido en 1543 en el *Latinae Linguae Thesaurus* en tres volúmenes en folio. Tuvo que cubrir las necesidades de más de dos siglos, hasta que el *Totius Latinitatis Lexicon* de Forcellini se publicó en Italia en 1771, obra también de un solo hombre. En realidad, aún se mantiene

---

49 A. Tilley (arriba, pág. 172, n. 5), págs. 220 ss.

50 Había tres alfabetos de diferentes tamaños con unos cuatrocientos caracteres cada uno, a causa de las numerosas ligaduras; un tipo sencillo de cuarenta caracteres sin ligaduras se introdujo no antes de finales del siglo XVII; ver Scholderer, *Greek Printing Types* (1927).

51 Elizabeth Armstrong, *Robert Estienne, Royal Printer.* An historical study of the elder Stephanus (Cambridge, 1954), pág. 33, fig. 8: tipos reales griegos. Monografía amplia, bien documentada e ilustrada.

en su lugar, después de cinco revisiones durante el siglo XIX[52].

Casi al mismo tiempo que el *Thesaurus* latino de Stephanus aparecieron los *Commentarii Linguae Latinae* de Étienne Dolet (1509-46)[53], exposición, en su mayor parte, del uso ciceroniano; fueron seguidos por su libro de frases ciceronianas. Enfrentándose entonces con el griego, fue el primero en traducir al francés diálogos platónicos. Acusado de «herejía», murió «mártir».

Un año después de completar el primer *Thesaurus* latino se puso Robertus Stephanus a imprimir libros griegos[54]. Empezó en 1544 con la *editio princeps* de la historia de la Iglesia, de Eusebio, a la que siguieron otras siete primeras ediciones. Pero su verdadero deseo era extender el conocimiento de las Escrituras; y a partir de 1545 publicó varias ediciones. Su primera producción fue la edición en folio del Nuevo Testamento Griego de 1550, que es hasta ahora, en cuanto a belleza de ejecución, el trabajo más perfecto que jamás se haya editado[55]. El texto era el de la tercera edición de Erasmo de 1535[56], pero en los márgenes se añadieron lecciones variantes

---

52 El *Thesaurus* de Roberto y el *Lexicon* de Forcellini van a quedar superados por una de las mayores empresas colectivas del último siglo, el nuevo *Thesaurus Linguae Latinae*; tras largos y penosos preparativos se imprimieron en 1900 los primeros fascículos; se estima que en los años setenta se ha publicado como la mitad del *Thesaurus*. Ver «Klassische Philologie», en *Geist und Gestalt*, Biographische Beiträge zur Geschichte der Bayerischen Akademie der Wiss., I (1959), 123, acerca del plan primitivo de Karl Halm; 126 ss., sobre la nueva fundación de Eduard Wölfflin y sobre sus numerosos colaboradores.

53 R. C. Christie, *Étienne Dolet* (1880; 2.ª ed., 1889; reimpr. en 1964), págs. 234-62, sobre *Commentaria* y *Formulae*.

54 Ver antes, pág. 183.

55 *The Cambridge History of the Bible*. [II]: El Occidente desde la Reforma hasta hoy. Ed. por S. L. Greenslade (1963), pág. 438.

56 Ver antes, pág. 135.

de quince manuscritos. Como impresor del rey se había visto envuelto en querellas continuas y perjudiciales, con la antigua universidad de París. Entonces, a causa de nuevas dificultades trasladó la parte principal de su imprenta a Ginebra, y allí, en 1551, hizo profesión abierta de la fe reformada. Mientras Roberto, su hijo segundo, permanecía en la vieja casa de París como católico, Enrique, su hijo mayor, se convirtió en sucesor suyo en Ginebra y las dos imprentas de los Étienne continuaron trabajando sin hostilidad de ninguna clase. La edición de Ginebra del Testamento Griego de 1551 es notable por ser la primera en la cual el texto estaba dividido en versículos[57]. La división del texto griego del Nuevo Testamento en capítulos (κεφάλαια) se encuentra en manuscritos desde el siglo IV y probablemente tuvo su origen en el uso litúrgico[58]. Robertus Stephanus cortó los capítulos en secciones más cortas (τμήματα, *sectiunculae*) y las marcó con números. Nos dicen que realizó esta operación mientras viajaba a caballo de París a Lyón, quizá durante el viaje en que abandonó Francia definitivamente; y luego extendió el sistema desde su Nuevo Testamento Griego de 1551 al Antiguo Testamento Latino de su edición de 1556. Todos los editores protestantes adoptaron esta útil innovación y la numeración de los versículos de la impresión de Stephanus en la edición Católica definitiva de la Vulgata de 1592 sirvió también de modelo para las Biblias Católicas Romanas; en este aspecto, al menos, están uniformadas todas las confesiones[59]. El otro éxito

57 La Biblia latina de Froben, impresa en 1491, tenía las páginas numeradas y marcadas en los márgenes con las primeras letras del alfabeto a intervalos iguales. Y todavía usamos este tipo de referencia en Platón, Plutarco, Estrabón y Ateneo.

58 B. M. Metzger, *The Text of the New Testament* (1968²), páginas 22 s.

59 Alguien ha lamentado en nuestros días que esta división tradicional no esté conforme con el ritmo real de la prosa bíblica

notable del Testamento Griego de Roberto es que su texto fue copiado por todas las imprentas de Europa, convirtiéndose en «textus receptus», como fue designado en la edición elzeviriana de 1633[60], y nunca se alteró hasta que la recensión crítica de Lachmann en 1831, completamente nueva, hizo necesaria otra edición.

Cuando Roberto murió en 1559 en Ginebra, la imprenta pasó al mayor de sus nueve hijos, Henri (que probablemente había nacido en París en 1531). El latín, era, por decirlo así, su lengua materna; aprendió griego de niño y a los once años asistía a las clases de los grandes filólogos clásicos en el Collège Royal. Los años cuarenta del siglo XVI fueron precisamente la época de aquel apasionado «grecismo» de Francia que hemos tratado de describir; Henri Étienne estaba imbuido del más profundo amor hacia el griego y llegó a familiarizarse increíblemente con el genio de esta lengua. Pensaba realmente en griego y sabía hablarlo; para él no era en absoluto una lengua extranjera. En este aspecto era único, si son ciertas mis noticias. No era, en verdad, un gramático o crítico académico y corriente, sino un gran aventurero en el campo de filología griega. Fue prolífico en la publicación de textos, entre ellos setenta y cuatro textos griegos, de los cuales por lo menos dieciocho eran primeras ediciones. En sus largos viajes por Europa[61] recogió y cotejó manuscritos, corrigió el texto griego, leyó las pruebas, revisó o hizo una traducción latina y muchas veces añadió notas y apéndices. En su apogeo consiguió lanzar unas

—pero habría sido demasiado esperar tal cosa de Roberto en un trabajo hecho a caballo o en una posada.

60 «Textum habes nunc ab omnibus receptum, in quo nihil immutatum aut corruptum damus». Prefacio de la segunda edición de Leiden.

61 En sus relaciones como impresor y coleccionador de libros para la familia Fugger de Augsburgo, ver, luego, pág. 237.

cuatro mil páginas de texto griego en un año. Su descubrimiento[62] y publicación de las *Anacreónticas* (1554) causó una sensación extraordinaria y fue el punto de partida de una nueva rama de la literatura moderna. Hizo la primera colección de fragmentos de todos los poetas líricos griegos en 1560; la tercera y definitiva edición apareció en 1586. A su edición de la *Anthologia Planudea* de 1566 añadió una colección de los numerosos epigramas citados por autores griegos. Su Platón (1578) se convirtió en la edición modelo y todavía citamos por los números de sus páginas. Algunas otras ediciones suyas se convirtieron en el texto consagrado durante dos siglos, e incluso más, no siempre en provecho de la filología, porque Henri Étienne no era crítico de verdad ni muy cuidadoso y no tenía sentido de la poesía ni gusto literario. Ése es el punto débil de este genio apasionado. Sus prefacios están llenos de observaciones personales y sumanistrarían abundante material para una extensa y documentada biografía[63].

Además de sus ediciones griegas imprimió cincuenta y ocho textos latinos, tres hebreos y treinta libros propios en latín o en francés. Uno de ellos tiene interés especial para nosotros, puesto que fue la primera historia moderna de la filología clásica, *De criticis veteribus Graecis et*

---

62 Generalmente se supone que Henricus Stephanus llevó de Italia a París, en 1549, un manuscrito que contenía las *Anacreónticas* (así Chamard, *La Pléiade,* II, 56). Pero K. Preisendanz, edit. de *Anacreontea* (1912), págs. VII ss., siguiendo a Paul Wolters, cuenta que Henricus Stephanus, al volver de Inglaterra en 1551, pasó por Lovaina; allí, Johannes Clemens Anglus tenía un ejemplar de las *Anacreónticas* del cual Étienne hizo una copia que mostró a algunos de sus amigos y publicó en 1554. El cod. Palatinus originario no interviene para nada en esta historia.

63 Aún tiene que ser escrita; entre tanto, tenemos que agradecer a Mark Pattison su brillante artículo «The Stephenses», *Quarterly Review,* abril de 1865 = *Essays,* I, 67-123.

Latinis (1587). Su obra más popular fue su *Traité préparatif à l'apologie pour Hérodote* (1566), volumen de seiscientas páginas de impresión compacta que obtuvo catorce ediciones en vida de su autor. Es una colección entretenida de narraciones breves y anécdotas, mucho más apreciada en París que en la calvinista Ginebra. Después del griego, como superior a todas las lenguas, se interesaba por el francés como superior a las otras lenguas modernas y a petición especial del rey Enrique III escribió en quince días un libro sobre la *Précellence du langage françois.*

Únicamente si tenemos en cuenta su don especial para las lenguas y el hecho de que al editar los textos se interesaba sobre todo por la lengua, podemos comprender el mayor de sus éxitos, el Θησαυρὸς τῆς ἑλληνικῆς γλώσσης, publicado en cinco volúmenes en 1572. Este *Thesaurus Graecae Linguae* fue reeditado dos veces en el siglo XIX con otra disposición y con suplementos[64], y probablemente conservará para la eternidad el nombre de Henricus Stephanus. Lo dedicó al emperador Maximiliano II, al rey Carlos IX de Francia y a la reina Isabel I de Inglaterra, asociando con los nombres de estos soberanos las universidades de sus respectivos países, con

64 Londres, 1816-28, 9 vols.; cf. la reseña de G. Hermann, *Opusc.*, II (1827), 217 ss. — París, 1831-65, 8 vols. (vol. I en dos partes), Didot, por K. B. Haase y los hermanos Dindorf. — Ha habido muchas discusiones sobre un nuevo *Thesaurus* (ver L. Cohn, «Griechische Lexicographie», Anhang zu Karl Brugmann, «Griechische Grammatik», 4. Aufl., *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft*, II, 1 [1913], 724 ss.), pero todavía tenemos que utilizar y agradecer la obra de Henri Étienne. Una nueva institución emprendió, en la universidad de Hamburgo, en 1944, la tarea de recoger el uso completo de la lengua griega, ver B. Snell, *Glotta*, 31 (1951), 160. Un primer resultado fue el *Lexicon des frühgriechischen Epos*, del cual se publicaron seis fascículos entre 1955 y 1969, α-ἀπό (1090 col.).

Isabel, por ejemplo, el de las dos universidades inglesas antiguas, Oxford y Cambridge. A pesar de todo esto, el *Thesaurus,* juntamente con el Platón, fue su ruina económica y los últimos veinte años de su vida pasaron en una abrumadora caza de dinero por los países y ciudades de Europa; en uno de sus viajes murió solo en el hospital público de Lyón (1598) y fue enterrado allí en suelo francés.

La obra de la dinastía de los Étienne habría bastado para asegurar a Francia el primer lugar en la historia de la filología clásica en la segunda mitad del siglo XVI. Pero existió también la familia de los Scalìgeri y, además, un cierto número de grandes filólogos aislados.

Cuando Roberto Étienne abandonó París por Ginebra en 1551, Adrianus Turnebus [65] (1512-65), que había sucedido a Toussain [66] en 1547 como Lector Real de Griego en el Collège de France, fue nombrado director de la Presse Royale. Así, pudo imprimir durante los dos años siguientes (1552-3) nuevos textos de Esquilo y Sófocles; distaba mucho de confiar sólo en sus lecturas y en la tradición oral de sus discípulos como había hecho Dorat en estos años [67]. Para Esquilo, además de la edición bizantina de Triclinio, pudo usar nuestro mejor manuscrito, el Codex Mediceus M (Laur., XXXII 9) [68], que además conserva en sus márgenes mucho de la antigua tradición gramatical; había sido publicado antes, pero en el mismo año (1552), por Francesco Robertello [69]. Poco después (1557), otro italiano, Petrus Victorius, usó un manuscrito florentino (F) para preparar (para la imprenta de Hen-

65 Ver Nolhac (arriba, pág. 177, n. 26), págs. 324 ss.

66 Ver antes, pág. 177.

67 Ver antes, págs. 182 s.

68 Cf. *supra,* pág. 89.

69 G. Toffanin, *La fine dell'umanesimo* (1920); sobre Robortello y sus contemporáneos, ver págs. 29-45 y *passim.*

ricus Stephanus) la primera edición completa del *Agamemnon*[70], de cuya obra faltan dos terceras partes en el Mediceus y también en los otros manuscritos usados antes. Hubo, como vemos, nuevos intercambios entre los grandes filólogos de diferentes naciones al retocar los textos griegos más difíciles. Ya no había necesidad de esperar inmigrantes griegos[71]; fueron reemplazados e, incluso, aventajados por filólogos de origen occidental.

La edición de Sófocles, de Turnebus, se basaba (como sus otras ediciones) en lecciones variantes seleccionadas con espíritu crítico. Naturalmente, hizo pleno uso de los manuscritos a su alcance en París, pero no se limitó a las lecciones de la familia T[72], como se ha supuesto. Fue una lástima que Henricus Stephanus, al preparar su Sófocles de 1568, que se convirtió en la vulgata, usase la edición de Turnebus y demostrase predilección por los manuscritos T. Después de Sófocles, Turnebus publicó en 1553 una antología de poetas griegos gnómicos antiguos, Teognis y otros. La colección, extraordinariamente rica de sus *Adversaria* (1564-65), es una prueba de la amplitud de su curiosidad científica que incluía también a Homero: publicó un texto de la *Ilíada* (1554) y lo utilizó para sus lecciones en el Collège Royal en 1557. Su interés por la primitiva poesía griega estuvo limitada a unos cuantos años de la década de los cincuenta. Aún no sabemos si en aquella época le subyugaba la fascinación de Dorat, que, como miembro de la Pléyade y *poeta regius*, compuso un poema altamente elogioso como presentación

70 Aeschylus, *Agamemnon*, ed. con comentario por E. Fraenkel, I (1950), págs. 34 s.

71 Ver antes, pág. 176.

72 Par. Gr. 2711, recensión de Triclinio; sobre el problema de la tradición manuscrita, ver H. Lloyd-Jones en su reseña crítica del texto de Sófocles por A. Dain y P. Mazon (1955), en *Gnomon*, 28 (1956), 105 ss.; 31 (1959), 478 ss.; 33 (1961), 544 ss.

de sus *Adversaria*. Por otra parte, no deberíamos comparar a Turnebus con Dorat; sus personalidades y el resultado de su filología fueron diferentes, y cada uno tenía sus propios méritos. Turnebus hacía sus conjeturas con mayor respeto por la tradición manuscrita; las enmiendas de Dorat eran menos numerosas, pero más profundas, como Headlam comprobó correctamente; Dionysius Lambinus, colega suyo como Lecteur du Roi, a quien debemos considerar juez competente, les llamaba «paene gemini». Las investigaciones homéricas de Turnebus, recién mencionadas, quedaron incluidas en sus *Adversaria*, lo mismo que sus estudios sobre un importante manuscrito de Plauto [73]. Después de un período «poético» relativamente corto, Turnebus se dedicó a la filosofía griega dirigiendo a la generación de Ronsard, primeramente hacia Platón y, con el tiempo, también hacia Aristóteles y los estoicos. Su amplio conocimiento de las fuentes filosóficas griegas dio gran realce a su comentario sobre *De legibus*, de Cicerón, y lo hizo famoso. Parece que tuvo en alta estima al mejor discípulo de Melanchthon, Joachim Camerarius [74]; su correspondencia es una prueba, digna de encomio, de intercambio filológico entre Francia y Alemania.

Pero, aun así, era mucho menos activo que el intercambio, tanto personal como profesional, entre filólogos franceses e italianos. Dionysius Lambinus (1520-72), que había nacido en Picardía, vivió casi nueve años en Italia y aprovechó todas las ocasiones de cotejar manuscritos:

---

73 Ver F. Ritschl, *Opuscula philologica*, II (1868), 4 y 121, sobre el manuscrito y sus vicisitudes. Sobre los códices de Camerario, ver luego, págs. 235 s.

74 Cf. *supra*, pág. 163; ver también una carta autógrafa griega de Turnebus a Camerario con ocasión de la muerte de Melanchthon, 23 de mayo de 1560, publicada por Ch. Astruc, *REG*, 58 (1945), 219-27.

diez para su Horacio (1561), cinco para su Lucrecio (1564). Lucrecio era su poeta favorito, y su texto con comentario, mejorado en la segunda y tercera edición, era muy recomendado tres siglos después por Munro. La obra completa estaba dedicada al rey Carlos IX y los distintos libros, a sus amigos: Ronsard, Dorat, Turnebus y Muretus. Marc Antoine de Muret[75], contemporáneo de Lambino y colega suyo en el campo de la filología latina, escribió comentarios sobre los poetas elegíacos, sobre Cicerón, Salustio y sobre doce obras de Plauto. Nacido en Francia, tuvo una vida de aventuras y, por último, se estableció en Roma, donde se hizo sacerdote. Demostró ser un estilista cada vez más elocuente y elegante. Montaigne, de quien fue tutor, le llamaba «el mejor orador de su época». En realidad, sus escritos eran considerados modelos de buen estilo latino en todos los países europeos, cuando escribir latín elegante era apreciado como el mayor éxito de las escuelas clásicas. Seguía la mejor prosa antigua y sabía escribir períodos ciceronianos perfectos sin convertirse en imitador servil y mezquino. Pero, por otra parte, nunca alcanzó la libertad del estilo coloquial de Erasmo, que es enteramente inimitable. Después de impartir lecciones en Roma durante veinte años, falleció allí Muretus en 1585, el mismo año que Victorius, y empezó en Italia la decadencia definitiva de la cultura. Pero continuó floreciendo en Francia.

Jacques Amyot[76] (1513-93) pertenecía al círculo de Muretus y Montaigne. En él culminó la larga serie de ilustres

---

[75] Ver antes, pág. 182. *Opera,* 4 vols., ed. de Ruhnken (1789); reimpresiones y selecciones, ver Sandys, II, 152.1.

[76] R. Sturel, *Jacques Amyot,* Bibliothèque littéraire de la Renaissance, Sér. I, Tom. 8 (1908); R. Aulotte, *Amyot et Plutarque* (1965), y *Plutarque en France au XVIe siècle,* Études et commentaires, 74 (1971).

traductores de textos antiguos al francés[77]; sus traducciones de Plutarco (las *Vidas* se publicaron en 1559, los *Moralia* en 1572) le hicieron justamente famoso como «le prince des traducteurs». Es uno de los pocos casos en que una traducción se convierte en parte esencial de una literatura nacional moderna; el Plutarco francés de Amyot fue leído ávidamente por Rabelais y Montaigne y, después de traducido al inglés (1579), Shakespeare lo usó muchas veces como fuente dramática.

El lazo de unión más importante entre Italia y Francia fue la familia de los Scalìgeri, de la cual descendía el filólogo más destacado de la época, Joseph Justus Scaliger (1540-1609). Su padre, Julius Caesar Scaliger (1484-1555), nacido en Riva, junto al lago de Garda, emigró a Francia a los cuarenta y dos años. En las impresionantes obras filológicas de su hijo resultan acumuladas y sobrepasadas las realizaciones no sólo culturales, sino también estilísticas de sus predecesores y contemporáneos franceses e italianos. No le bastó el conocimiento de las lenguas antiguas, incluidas las orientales, y de todo el material histórico del mundo antiguo tal como se conservaba en manuscritos, inscripciones y monumentos; su imaginación creadora trató de restablecer partes perdidas de la antigüedad. La extraordinaria personalidad de Escalígero fue excesivamente estimada y excesivamente detestada; debería tenerse en cuenta que las opinions sustentadas en sus escritos, tanto en su época como en tiempos posteriores, estaban impregnadas de la acidez de las diferencias religiosas. La mayor parte de la vida de Escalígero coincidió exactamente con el período de las guerras de religión en Francia (entre 1562 y 1598) del que la víspera de S. Bartolomé (1572) representa sólo un episodio, aun-

---

77 Ver antes, pág. 172, sobre Seyssel; cf. Sandys, II, 194 s., «traductores».

que probablemente el peor. Las llamadas guerras de religión eran, en realidad, una lucha nacional por el poder. El espíritu nacionalista francés, que luchaba por la unidad política, y el poder centralizador de la monarquía, que no toleraba la desunión, religiosa o de otro tipo, derrotaron políticamente al calvinismo y al final quedaron victoriosos. La lucha literaria refleja gran descrédito por ambos bandos. En realidad, se acusaban mutuamente de falta completa de sinceridad. Sin embargo, esto era ir demasiado lejos. Al considerar y criticar la intolerancia mostrada por ambas partes, no debemos negar su sinceridad en principio; cada bando creía firmemente que luchaba por la verdad. Es una prueba de la grandeza de Escalígero el que en su obra filológica, aunque no en sus escritos particulares, supiese mantenerse al margen de la controversia política y teológica[78].

José Justo Escalígero se creía descendiente de una rama secundaria de la casa principesca Della Scala, de Verona. Aunque, incluso ahora, no parece posible comprobar o refutar esta creencia[79], él, por su parte, siempre estuvo convencido de su noble ascendencia y sintió que su linaje le imponía una obligación en su vida y en su obra. Nacido en el sur de Francia en 1540, fue a la escuela en Burdeos, pero por muy poco tiempo; en realidad, su padre, Julio César[80], autor de *Poetices libri septem*, era

---

78 Ver luego, pág. 198.

79 P. O. Kristeller, *American Historical Review*, 57 (1952), 394 ss., negó expresamente su ascendencia de la familia veronesa. Sobre los famosos ataques de J. C. Escalígero contra Erasmo cuya grandeza admiraba José Justo Escalígero, ver A. Flitner (arriba, pág. 143, n. 55), pág. 97.

80 *Poetices libri septem* (Lyón, 1561), reimpr. en Stuttgart, 1964, con una introducción de A. Buck, el cual procura fijar la posición de esta teoría poética de suma influencia en el siglo XVI. — Cf. V. Hall, «Life of Julius Caesar Scaliger», *Transactions of the American Philosophical Society*, N. S. 40.2 (1950). Hay un breve análisis

su principal maestro. Tenía que escribir cada día de ochenta a cien o, incluso, doscientos versos latinos dictados por su padre y declamar diariamente prosa latina; esta costumbre de hablar y escribir le dio una base firme en que fundamentar la versificación y el uso libre de la lengua latina. Pero desde su temprana juventud sentía también inclinación por la observación de la naturaleza, por las ciencias naturales, matemáticas y astronomía, mostrándose verdadero y digno contemporáneo de Galileo, Kepler, Ticho Brahe y Bacon[81]. Su padre, mientras hacía de él un perfecto filólogo latino, le mantenía estrictamente apartado de la lengua y literatura griega; y hasta los diecinueve años, después de la muerte de su padre, no tuvo ocasión de ir a París para aprender griego. En el Collège de France asistió a las clases de Turnebus[82], pero él fue casi exclusivamente su propio profesor de

---

de la *Poética,* con bibliografía, en Gerh. Jaeger, *Kindler's Literaturlexikon,* V (1969), 2.229-31, s. v. *Poetices lb.* VII. Cf. también Gerh. Jaeger, «Julius Caesar Scaliger und Joseph Justus Scaliger», *Die Grossen der Weltgeschichte,* V (1974), 243 ss.

81 C. M. Bruehl (ver luego, pág. 204, n. 106) dedicó atención al papel que representó el científico francés Guillaume Postel en la vida de Escalígero. No he podido hallar ninguna referencia acerca de relaciones entre Escalígero y Pedro de la Ramée (1515-72), filólogo clásico, que apoyaba el conocimiento científico en la observación (como Escalígero) y contribuyó al progreso de la ciencia moderna, ver R. Hooykaas, *Humanisme, science et réforme, Pierre de la Ramée* (1958). Sobre filología y ciencia, ver también antes, pág. 73, n. 16.

82 Hay nuevas pruebas acerca de las relaciones de Turnebus con Escalígero en sus años parisinos, si podemos confiar en una sola nota marginal de Andreas Lucius conservada en un ejemplar de las *Epistulae* de Escalígero (1628), ahora en la biblioteca de la universidad de California, H. Nibly, *Classical Journal,* 37 (1941/42), 293: [Scaliger] «quem in prima adhuc aetate tantopere admiratus est... Hadrianus Turnebus, ut portentosi ingenii iuvenem appellare no dubitaret, ut in epistula quadam ad Meursium scripta Iacobus Gillosus Consiliarius Gallicus testatur (instatur MS.)».

griego y leyó a Homero en tres meses, a todos los otros poetas griegos en los cuatro meses siguientes; y en dos años, el conjunto de la literatura griega disponible [83]. Al mismo tiempo, para practicar el conocimiento así adquirido, tradujo al latín textos difíciles como Licofrón y los himnos Órficos (1561), sirviéndose para este objeto de su asombroso conocimiento del vocabulario latino primitivo. El latín arcaico era su terreno especial; empezó a los veinte años a escribir sus *Coniectanea* (impreso en 1565) sobre el *De lingua Latina* de Varrón y preparó una edición de Festo (1575), que fue impresa por primera vez por Scriverius varios años después de su muerte. Como traductor, trabajó también en sentido opuesto, del latín al griego [84]. Junto con pasajes de Horacio, Virgilio, los poetas elegíacos, Marcial y otros, probó su habilidad en Catulo 66, la *Cabellera de Berenice* [85]. Era un auténtico ejercicio de composición en verso griego, no un intento de reconstruir el original perdido, el Πλόκαμος de Calímaco [86]; Escalígero ignoraba o no tuvo en cuenta los primeros pasos que Poliziano [87] había dado en esa dirección. En aquellos cuatro años, densos de trabajo en París, empezó a estudiar lenguas orientales, hebreo y árabe, que serían de especial importancia para su obra posterior sobre cronología antigua.

Parece que no hay pruebas de que Escalígero asistiese a las clases de Juan Dorat, pero apenas puede dudarse de que estaba bien relacionado con él y con todo el

---

[83] Cf. la voraz tendencia a la lectura de Winckelmann, luego, pág. 279.

[84] J. J. Escalígero, *Poemata omnia*, 2.ª ed., 1864, págs. 163-257, «Graece reddita», impresas por primera vez, siete años después de su muerte, por Scriverius, ver Mark Pattison, *Essays*, I, pág. 216.

[85] *Poemata omnia* (nota anterior), págs. 214 ss., dedicados a Muretus, París, 1562.

[86] Call., fr. 110, con Addenda I y II.

[87] Ver antes, pág. 85, y Call., II, pág. XLIII.

círculo de filólogos y poetas que le rodeaban. Dorat[88] le recomendó a un noble de Poitou, Louis Chasteigner de la Roche-Pozay, con cuya familia vivió durante treinta años, aunque con considerables interrupciones, desde 1563-1593; y allí encontró tiempo libre para el trabajo filológico. Con un miembro de la familia Roche-Pozay viajó por Italia y en Roma conoció a Muret[89], cuya ayuda agradeció durante el resto de su vida. A Escalígero le interesaban especialmente las inscripciones y recogió cuanto material le fue posible, el cual puso años más tarde a disposición de Janus Gruter para su *Corpus inscriptionum antiquarum*, publicado en 1602; en este libro son obra de Escalígero no sólo muchas de las inscripciones, sino también los veinticuatro índices metódicos.

Le desagradaban los italianos, que le parecían ateos frívolos, para quienes los clásicos eran solamente un entretenimiento; y sentía la más profunda aversión hacia la Roma pontificia. Aunque educado en la fe católica, Escalígero había estado en contacto íntimo con los círculos calvinistas en sus años de París y apostató o bien en 1562 antes de su viaje a Italia o después, en 1566. Es comprensible que detestase la creciente lucha política que se libraba con el pretexto de la religión y que algunas de las ideas calvinistas le atrajesen. Creía encontrar en ellas independencia espiritual e impulso hacia una crítica eficaz como instrumento de la verdad; pero, puesto que «no discutía sobre puntos controvertidos de fe», como decía su mayor amigo, el historiador católico de Thou, es casi imposible llegar a una conclusión acerca de sus creencias. Sin embargo, una cosa es cierta: tenía un espíritu profundamente religioso y aceptaba «Musa y religión» con igual

---

88 Pattison, *Essays*, I, 218 ss.; sobre Dorat y Escalígero, ver también Nolhac (antes, pág. 177, n. 26), pág. 202.

89 Ver antes, págs. 182 y 197, n. 85.

amor. Sobre la relación entre *grammatica* y *religio* hay una frase en *Scaligerana*[90], de la cual generalmente sólo se cita la primera parte[91], quizá sus palabras más famosas: «utinam essem bonus grammaticus». Pero el significado viene dado inequívocamente por el pasaje que sigue: «non aliunde discordiae in religione pendent quam ab ignoratione grammaticae», «todas las controversias en religión nacen de la ignorancia de la *gramática*». No se trata de «gramática» en sentido corriente, sino de crítica en el sentido helenístico de γραμματική como κριτικὴ τέχνη[92]. Cuando volvemos los ojos a Erasmo y a sus contemporáneos y discípulos, difícilmente podemos negar que Escalígero rozaba uno de los principales problemas de su siglo. Pero él mismo no aplicaba su filología *in extenso* a este problema[93].

Tras su viaje a Italia pasó a Inglaterra, donde lanzó uno de sus dichos mordaces sobre la vida indolente de los profesores de los «colleges» de Cambridge, en relación con su nota acerca de un manuscrito de esa ciudad, el *Contra Celsum*, de Orígenes; y quedó defraudado en su búsqueda de manuscritos griegos, pero por lo menos pudo manejar, prestada por un amigo de Cambridge, una copia del *Lexicón* de Focio. Como volvió a Francia en el momento más violento de la guerra civil, llevó una vida insegura de campamento con la familia de la Roche-Pozay. En 1570 fue a Valence en el Delfinado, donde Jacques Cuiacius (1522-90), el mayor experto en derecho romano[94], se dedicaba a la enseñanza en aquella época. Se hicieron

---

90 *Scaligerana,* editio alphab. Colon. (1595), págs. 176 s.; cf. Bernays, *Scaliger* (luego, pág. 204, n. 106), pág. 19.

91 «Semicitas», ver antes, pág. 130, n. 17.

92 Ver, en *Historia* [I], índices correspondientes, s. v. «gramática», y s. v. γραμματική.

93 Cf. *supra,* pág. 195.

94 Sobre jurisprudencia, cf. *supra,* págs. 151 y 174.

amigos íntimos y Escalígero adquirió conocimientos considerables de derecho civil, que para él era un nuevo instrumento de investigación filológica e histórica. En Valence empezó su amistad con de Thou que iba a durar toda la vida. En 1572 abandonó Valence antes de la víspera fatal de S. Bartolomé y permaneció dos años en Suiza, donde le ofrecieron una cátedra de filosofía en Ginebra. Pero no tenía ningún gusto por la enseñanza y sentía especial aversión por la filosofía; en sus escritos es evidente la relativa escasez de citas de Platón. Como hugonote, habría debido sentirse como en su casa en la calvinista Ginebra. Pero pronto se encontró extraño a causa del espíritu estrecho y sectario y de la política tiránica de los pastores. Por lo tanto, al cabo de dos años, volvió a Francia, donde continuaban los desórdenes y los frecuentes peligros de la guerra civil. Allí, así son *las cosas*, viviendo con sus amigos en castillos franceses durante los veinte años siguientes, disfrutó de una vida relativamente tranquila y propia para su trabajo filológico. Por último, la universidad de Leyden le invitó a Holanda, y después de negociaciones que duraron tres años fue allí en 1593, año en que Enrique IV volvió a la fe católica. En Leyden se requirió solamente su presencia sin ninguna obligación docente y, antes de su tranquila muerte en 1609, pudo acabar sus obras monumentales.

Nadie antes de Escalígero había tenido conocimientos propiamente dichos del latín *arcaico*[95]; y cuando empezó a trabajar en el *Appendix Virgiliana* (1572) y en los tres elegíacos Catulo, Tibulo y Propercio (1577), aplicó a estos poemas su conocimiento excepcional de la lengua arcaica. Sus ediciones contienen enmiendas ingeniosas, pero también burdas equivocaciones. Su Manilio, de 1579, marcó la transición hacia el campo propio de su investigación,

---

95 Ver antes, pág. 197.

el de la reconstrucción histórica: el verdadero objeto de su dedicación a Manilio no era restablecer el texto de esa epopeya astronómica, enormemente difícil, mediante crítica de enmiendas y habilidad lingüística, sino reconstruir el sistema astronómico del siglo I d. de C. Esto condujo, naturalmente, a su segunda obra, *De emendatione temporum*, publicada primeramente en 1583 en un volumen en folio, muy mejorada en la segunda edición de 1598 y, por último, ampliada en el *Thesaurus temporum* en 1606. Se sirvió de los avances astronómicos de su época como base científica para la cronología histórica [96]. Su punto de vista —que se anticipó en mucho a la concepción de la «Altertumswissenschaft» de F. A. Wolf— era que la historia del mundo antiguo tenía que ser conocida en su conjunto, en todo caso. Con su conocimiento de las lenguas antiguas, clásicas y orientales, lo mismo que el de la historia antigua, oriental, griega, romana y cristiana, trató de reconstruir todos los sistemas cronológicos del mundo antiguo. Con esta finalidad tuvo que recoger los fragmentos de los cronólogos de la antigüedad tardía; la obra básica para el estudio de la tradición fue la traducción, de S. Jerónimo, de la crónica escrita por Eusebio en época de Constantino. Todos los editores de S. Jerónimo, en el Renacimiento, incluso Erasmo en su edición [97] de nueve volúmenes, habían omitido la crónica porque les era totalmente ininteligible. Escalígero conjeturó que la obra de Eusebio tenía originariamente dos libros, de los cuales S. Jerónimo había traducido sólo el segundo con las tablas cronológicas y que el original del primero quizá podría ser reconstruido con la ayuda del historiador bizantino Georgios Synkellos [98]. Un manuscrito parisino de

---

96 Cf. *Historia* [I], 295.

97 Cf. *supra*, pág. 137.

98 Los descubridores alemanes de la literatura bizantina, desde Jerónimo Wolf a Höschel, siguieron el ejemplo de Escalígero.

Synkellos fue por fin enviado a Leyden en 1602 y, con audacia incomparable, Escalígero reprodujo toda la obra original de Eusebio, restableciendo el primer libro a base de los extractos bizantinos y retrovertiendo el segundo a partir de S. Jerónimo, cuyas numerosas equivocaciones se tomó la libertad de corregir. En 1605, poco antes de la edición definitiva del *Thesaurus temporum*, Casaubon encontró, en la biblioteca de París, una lista cronológica de vencedores olímpicos; Escalígero reconoció en ella la compilación de Julius Africanus, usada por Eusebio en su primer libro. De esta manera, unos descubrimientos sorprendentes contribuyeron a comprobar combinaciones ingeniosas. Pero la mayor sorpresa llegó dos siglos más tarde: una de esas ocasiones rarísimas en la historia de la filología en que un hallazgo tardío presenta el testimonio que confirma el principio de una reconstrucción histórica hipotética. Una versión[99] armenia del siglo V de la crónica de Eusebio, publicada en 1818, reveló que la intuición de Escalígero le había guiado con exactitud al urdir su sorprendente obra cronológica.

Pero en la primera mitad del siglo XVII surgieron violentas polémicas, que culminaron en *Opus de doctrina temporum* del culto jesuita Denys Petau (tres volúmenes, 1627-30). El conocimiento astronómico de este formidable contricante era todavía más sólido que el de Escalígero; Petau era también más cauto en sus conjeturas y pudo corregir algunas de las equivocaciones de Escalígero.

Ni Italia ni Francia demostraron comprensión real del genio de Escalígero ni gran entusiasmo por sus creaciones. Pero en Leyden le rodeaba un círculo de fieles admiradores y de discípulos. En el campo de la literatura latina primitiva, Janus Dousa (1545-1604), primer adminis-

[99] Conservada en dos manuscritos y editada por J. B. Aucher, 2 vols., Venecia, 1818.

trador de la universidad nueva, se consagró a Plauto (1587), y su hijo más joven, Francisco, tuvo la inspiración de reunir los fragmentos de Lucilio (1597). Daniel Heinsius (1580-1655) llegó a ser el discípulo predilecto de Escalígero entre los holandeses; y Escalígero fue el primero en reconocer las raras dotes del joven Hugo de Groot (Grotius), el mayor filólogo holandés del siglo XVII. Y si miramos más lejos, encontramos que los trabajos cronológicos de Escalígero fueron inmediatamente admitidos en Inglaterra por John Selden, el erudito editor del llamado *Marmor Parium*, dos fragmentos de una tabla cronológica encontrada en Paros y ahora en el Ashmolean Museum [100]. Ya hemos hecho notar sus relaciones con algunos filólogos contemporáneos de Alemania [101], y fue aquí —pero no antes de mediados del siglo XVIII— donde Winckelmann [102] reconoció que Escalígero era el primer filólogo que reconstruyó la vida del mundo antiguo en su totalidad; Winckelmann no sólo leía los textos antiguos, sino también a los grandes clásicos franceses, al propio Escalígero, al amigo de éste, de Thou, y a su discípulo Grotius, como podemos ver por sus referencias a ellos. En su *Historia del Arte Antiguo* [103], publicada por primera vez en 1764, admitió la sugerencia que hizo Escalígero a Salmasius [104] en una carta de 1607 de que, en su opinión, había cuatro épocas en la poesía griega, y Winckelmann aceptó la misma división de cuatro épocas distintas para la evolución del arte griego. El concepto

100 *Marmora Arundeliana* (1628/9).

101 Ver arriba, pág. 201, n. 98.

102 No he podido encontrar una referencia directa a esto en la bibliografía sobre Escalígero. C. Justi, *Winckelmann und seine Zeitgenossen*, I (1898), hizo referencias ocasionales, especialmente págs. 134 y 160, pero no a los pasajes citados abajo, nn. 103 y 104.

103 «Geschichte der Kunst des Altertums», 8. Buch, I. Kap. = *Werke*, I (Stuttgart, 1847), 299.

104 *Epistolae* (Francofurti, 1628), págs. 486 s.

alemán de una ciencia general de la antigüedad[105], que adoptan las generaciones siguientes, se basa en las ideas de Winckelmann, y en este asunto su propia referencia a Escalígero tiene una importancia histórica fundamental.

Salvada esta digresión para contemplar el aprecio y efecto de las obras[106] de Escalígero en otros países, hemos

---

105 Esperaba encontrar alguna cosa sobre Escalígero en los escritos de F. A. Wolf, pero no lo he conseguido hasta ahora. Las entusiastas expresiones de Niebuhr y sus contemporáneos se citan una y otra vez.

106 No hay una compilación de *Opera omnia;* tenemos que referirnos a los títulos de cada libro en particular. — *Epistolae omnes,* ed. por D. Heinsius, Lugd. Bat., 1627, reimpr. en Francfort en 1628 (la edición que uso). *Lettres françaises inédites,* publ. et annotées par Ph. Tamizey de Larroque (1879). — *Scaligerana ou bons mots,* I, Vertuniani (1574-93), y II, Vassanorum (1603-6) (nombres de los compiladores), óptima edición en 2 vols. por Pierre des Maizeaux, Amsterdam, 1740; una nueva edición crítica preparó M. Bonnet, y luego, M. A. Monod (1920?), pero no se ha publicado nada. — A primera vista resulta extraño que la única monografía sea aún la de Jacob Bernays, *Joseph Justus Scaliger* (Berlín, 1855); las págs. 1-17 y 31-104 contienen la introducción y la vida, pero las notas y los apéndices ocupan, con mucho, la parte mayor de la obra; al considerar la grandeza de Escalígero se comprende por qué nadie se ha sentido capaz de emprender una biografía documentada. Barnays dedicó su obra, ensayo más que libro, a F. Ritschl, que lo consideraba como el alumno más dotado. Cf. Wolfgang Schmid, «Friedrich Ritschl und Jacob Barnays», *Bonner Gelehrte,* Beiträge zur Geschichte der Wissenschaften in Bonn, Philosophie und Altertumswissenschaften (1968), pág. 137, y especialmente, A. Momigliano, «Jacob Bernays», *Mededeelingen der K. Nederlandse Akademie van Wetenschappen, Afd. Letterkunde,* N. R. 32.5 (1969), 151-78. Bernays, gran filólogo a su vez, fue capaz de reconocer en la obra de Escalígero la perfección absoluta de conocimiento y método, y debemos estarle agradecidos por su juicioso y noble *Escalígero.* Fue reseñado por el único crítico competente en la materia, Mark Pattison (a cuyas publicaciones me referí en *Historia* [I], pág. 13), en *Quarterly Review,* 1860 (reimpreso en *Essays,* I [1889], 132-95). Como consecuencia de esta recensión, Chr. K. J. von Bunsen, gran amigo de Bernays, propuso a Pattison, en 1856, durante una conversación, que «escribiera la vida de

de continuar el desarrollo de la filología en Francia después de Escalígero. Su grandeza especial resulta todavía más evidente cuando pasamos a Isaac Casaubon (1559-1614), contemporáneo suyo, aunque algo más joven, y a su sucesor en Leyden, Claudius Salmasius (1588-1653). Casaubon había nacido en Ginebra, era hijo de un pastor hugonote y tuvo una adolescencia difícil, cuya última parte transcurrió en las montañas del Delfinado con su padre, que fue su único maestro. A los veinte años volvió a Ginebra para proseguir sus estudios de griego con más intensidad; se casó además con una de las numerosas hijas de Henri Étienne y tuvo diecinueve hijos. Después de impartir sus enseñanzas en Ginebra y Montpellier, fue llamado a París en 1599 por el rey Enrique IV, que deseaba restablecer la paz religiosa. Le dieron el título de «Lecteur du Roi», pero no ocupó ningún cargo oficial ni en la universidad ni en el Collège de France hasta ser nombrado sub-bibliotecario de de Thou en la Biblioteca Real. Cuando Enrique IV fue asesinado en 1610, apremiaron a Casaubon para que se convirtiese al catolicismo. Aunque distaba mucho de simpatizar con el estricto dogmatismo del calvinismo durante su estancia en París, no lograba decidirse a ingresar en la Iglesia Católica. Se inclinaba por una *via media* y aceptó con gusto la invi-

---

Escalígero en conexión con la historia religiosa de aquel tiempo». Durante treinta años procuró Pattison reunir el material (*Memoirs*, 1885, págs. 321 ss.); después de examinar sus notas en la Biblioteca Bodleyana (cf. arriba, pág. 177, n. 26), lamento decir que jamás habría podido él realizar su plan; ni nadie. Una visión de conjunto de los esfuerzos y razones del fracaso, en C. M. Bruehl, «J. J. Scaliger. Ein Beitrag zur geistesgeschichtlichen Bedeutung der Altertumswissenschaft», *Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte*, 12 (1960), 202-18, y 13 (1961), 45-65. J. Scaliger, *Autobiography*, traducción inglesa de G. W. Robinson (Cambridge, 1927), contiene útiles citas (en inglés) de sus cartas con introducción y notas.

tación del arzobispo de Canterbury para ir a Inglaterra. Murió poco después, en 1614, agotado por el exceso de trabajos filológicos, a los cincuenta y cinco años de edad, y fue sepultado en la Abadía de Westminster[107].

Casaubon fue un filólogo de tipo muy independiente[108]; como no era gramático ni crítico sobresaliente, no se convirtió en primer lugar en editor de textos críticos, y como no tenía imaginación inventiva, no hizo reconstrucciones históricas. Era lector y compilador paciente, y su genio, si puede aplicarse la expresión a este caso, fue el de un infatigable esfuerzo mental. Su ambición era acumular un conocimiento exahustivo mediante copiosas lecturas de todas las fuentes posibles y construir luego un cuadro del mundo antiguo acoplando todo lo aprendido. Estaba siempre en un estado de desaliento, porque encontraba nuevos textos y nuevos libros y temía que el tiempo no le permitiese completar sus conocimientos. Su misión era escribir comentarios[109], de los cuales los más importantes eran los de *Geographica* de Estrabón (1587,

---

107 Mark Pattison, *Isaac Casaubonus* (1875); una 2.ª edición de este libro de más de 500 págs. salió en 1892. Es una biografía moderna, detallada, bien documentada y atractiva, tal como apenas existe de ningún filólogo clásico, excepto quizá el Poggio de Walser (ver antes, pág. 63, n. 40); pero no hace justicia completa a los aciertos filológicos de Casaubon (defecto que ofrece también la monografía de Walser sobre Poggio). Se hallan impresas sus cartas y diario, *Epistolae* (3.ª ed., 1709) y *Ephemerides*, 2 vols. (Oxford, 1850). Sus manuscritos: 60 vols. de «Adversaria» se conservan en la Biblioteca Bodleyana; algunos libros suyos, especialmente textos con notas marginales, están en la Biblioteca Universitaria de Cambridge, por ejemplo, el Esquilo con notas suyas y de Escalígero, pero su Polibio está en la Bodleyana.

108 Estaba todavía bajo la influencia de Dorat, y sus notas manuscritas sobre la tragedia griega muestran que es injusto llamarle ἄμουσος, ver E. Fraenkel, Aesch. *Ag.* I 38 y 77.

109 Lista completa, en Mark Pattison (antes, pág. 107), 534 ss.

2.ª edición 1620)[110], los *Caracteres* de Teofrasto (1592, 2.ª edición 1599, 3.ª 1612 y otras muchas después), los de Suetonio (1595)[111] y de Ateneo (1600)[112]. Sus *Animadversiones* sobre Ateneo fueron escritas entre lamentos y suspiros, de día y de noche, durante más de tres años. Nadie después de Casaubon ha tenido bastante abnegación para escribir comentarios a textos como Estrabón o, incluso, Ateneo. Sus notas al texto griego de Polibio, con traducción latina, fueron publicados póstumamente en 1617. En el prefacio sostuvo que una historia como la de Polibio es escuela preparatoria para el político; apenas puede dudarse de la influencia de la filología holandesa[113] en la última obra de Casaubon.

Su comentario de 1605 a las *Satirae* de Persio (todavía reimpreso a la letra en 1833) iba acompañado de un ensayo «De satyrica Graecorum poesi et Romanorum satira» (reimpreso muchas veces por separado hasta el siglo XVIII) y es la primera monografía sobre un problema de historia de literatura antigua. Todos sus escritos se basaban en material recogido independientemente por él mismo; esto los distingue de las meras compilaciones de últimos del siglo XVII y del XVIII, especialmente en Holanda y Alemania, y no ha habido nadie más en la historia de la filología clásica cuyos comentarios hayan sido hasta ahora indispensables y no reemplazados durante tanto tiempo. En materia de crítica textual era más bien conservador e insistía sobre todo en la autoridad de los manuscritos, aunque no se asustaba ante audaces conjeturas. Sin embargo, para cualquiera que lo compare con los humanis-

---

110 Todavía citamos por las páginas de su edición.

111 Ver S. Weinstock, *Divus Julius* (Oxford, 1971). Los méritos de Casaubon como crítico textual los muestra Weinstock.

112 Reeditado por Schweighäuser, 1801, y reimpreso ocho veces hasta 1840.

113 Ver luego, pág. 215.

tas de Italia y del Norte o del círculo francés de la Pléyade, el hecho más sorprendente será éste: Casaubon es el primer tipo puro de filólogo clásico desprovisto de interés hacia los valores humanos y estéticos. Es el mejor y, quizá, el más grande modelo de filólogo ascético que sacrifica su vida por su noble empresa.

Claudius Salmasius [114] (1588-1653), nacido en Saumur, pasó los primeros años de su juventud en París bajo la influencia de Escalígero y Casaubon, quien le describe, con sólo diecinueve años, como «iuvenis ad miraculum doctus» [115]. Realmente, por su cultura mereció el sobrenombre del Eratóstenes de su época [116]. Su obra estaba marcada por una tendencia hacia lo complicado y su enorme lectura no siempre beneficiaba a la explicación del texto, sino que a veces se limitaba a una acumulación de material, sin más.

Escribió sobre una variedad desconcertante de asuntos: por ejemplo, *De usuris* (1638), tratado que, después de una visión histórica de conjunto, insiste en la legitimidad de la usura para el clero y el laicado; *De caesarie virorum et mulierum coma* (1644), *De primatu papae* (1645), *Defensio Regia pro Carolo I* (1649) [117]. Generalmente se supone que «descubrió» en Heidelberg, adonde se trasladó desde París en 1607, el codex Palatinus de la

---

114 Gustave Cohen, *Écrivains français en Hollande dans la première moitié du XVIIe siècle* (París, 1920), págs. 311-34: «Le plus grand philologue du XVIIe siècle: Claude Saumaise». Pero en este capítulo no hay nada sobre la «Anthologia inedita» o la *Lingua hellenistica*.

115 En una carta a Escalígero (*Epp.* p. 284).

116 Cf. *Historia* [I], 308.

117 Escrita a petición del desterrado Carlos II, éste fue punto de arranque de una controversia con Milton, cuya réplica, *Pro populo Anglicano Defensio* (1651), provocó a su vez una réplica de Salmasio.

Antología griega, pero puede ser que Janus Gruter[118] le mostrase simplemente el códice y que Escalígero le apremiase constantemente a publicarlo, aunque en vano. En sus años de Heidelberg en lo que trabajó fue en las *Plinianae excercitationes* (1629), quizá su obra más notable, que trata, sobre todo, de los resúmenes de Solinus; en ella estableció, mediante aguda observación, una regla sobre los componentes de los nombres de lugar, como Περσέπολις[119], que resultó ser absolutamente correcta. En 1632, después que la cátedra había estado vacante durante veintitrés años, sucedió a Escalígero en Leyden. Encontró tiempo para publicar la serie de libros ya mencionada, a la cual hay que añadir el tratado *De lingua Hellenistica* (1643)[120]; sus argumentos, justificados, contra la suposición, sostenida por varios filólogos de la época de Escalígero, de que el griego del Nuevo Testamento era un dialecto especial, tuvieron el efecto paradójico de que el nombre de «lingua Hellenistica» se hizo más popular y podía encontrarse aún en las gramáticas griegas de principios del siglo XIX. En realidad, el uso del mismo en la *Ausfürliche Griechische Grammatik* de Butmann, I (1819), 7, n. 12, sugirió a Droysen el nombre de «época helenística» para referirse a los siglos que median entre Alejandro y Augusto[121].

En 1650 Salmasius abandonó Leyden por la corte de la reina Cristina de Suecia[122], hija de Gustavo Adolfo,

118 Sobre Gruter y Escalígero, ver luego, pág. 234.

119 J. Wackernagel, *Glotta*, 14 (1925), 36 ss. = *Kleine Schriften*, II (1953), 844 ss.

120 El libro *Funus linguae Hellenisticae*, adscrito con frecuencia a Salmasio, es obra de un escritor anónimo.

121 Ver *Ausgewählte Schriften*, págs. 150 s.

122 *Christina Queen of Sweden. A Personality of European Civilization* (Exhibition, Nationalmusei Utställingskatalog, 305, Estocolmo, 1966, 622 págs., 96 láminas), págs. 204 ss. Filólogos extranjeros en la corte.

donde murió poco después. La influencia de los escritores franceses en la primera mitad del siglo XVII fue una bendición para Holanda. La más importante fue la de Descartes, y aunque relativamente pequeño, el contingente de filólogos clásicos fue, no obstante, estimable. Por lo tanto, es natural pasar ahora de Francia a Holanda y volver nuevamente a Francia más adelante.

X

FILOLOGÍA CLÁSICA EN HOLANDA Y EN LA FRANCIA, ITALIA Y ALEMANIA DEL POST-RENACIMIENTO

Las provincias del norte de los Países Bajos, después de una larga guerra por su libertad, declararon su independencia en 1579; y lo hicieron en la Universidad de Utrecht. En Leyden, después de la expulsión de las tropas españolas en 1575, se fundó una nueva universidad que pronto empezó a atraer a muchos grandes filólogos. Estos acontecimientos iniciaron la edad de oro en Holanda en arte, literatura y cultura durante el siglo XVII [1].

---

1 Cf. antes, págs. 200, 202 y 208 s.; sobre filología clásica en los Países Bajos en los siglos XV y XVI, ver antes, espec., págs. 123 s. (R. Agrícola y Erasmo) y pág. 182 (W. Canter y Jean Dorat). — Cf. H. Schneppen, *Nierderländische Universitäten und deutsches Geistesleben* (1960), págs. 116 ss. Leiden; sobre filólogos (siglo XVI y XVII), ver índice. A. Gerlo y H. D. L. Vervliet, *Bibliographie de l'humanisme des anciens Pays-Bas* (1972). *The Leiden University in the Seventeenth Century* (Leiden, 1975), págs. 161 ss. J. H. Waszink, «Classical Philology». [El primer párrafo de este capítulo encierra una velada postergación de las provincias del sur, donde España mantuvo el catolicismo. La última frase: «Estos acontecimientos (expulsión de las tropas españolas, etc.) iniciaron la edad de oro en Holanda en arte, etc.» puede desorientar. Por lo mismo, con-

Su vida cultural estuvo al principio en contacto más íntimo con Francia y las provincias meridionales que con Alemania, y predominó el Calvinismo, no el Luteranismo. Pero resulta característico que uno de los profesores de Leyden, Jacobus Arminius (1560-1609), en Leyden desde 1605, rechazase el dogma calvinista de la predestinación [2]. Aunque la doctrina de Arminius fue entonces condenada por un sínodo calvinista, y sus seguidores, los arminianos, fueron objeto de persecuciones, parece que no hubo calvinistas activos entre los más distinguidos personajes de Holanda en el siglo XVII [3]. De hecho, la situación religiosa era complicada, por no decir confusa, y un ejemplo extremo de esto nos lo da el primer filólogo clásico [4], llamado

---

viene recordar que, si en las provincias del norte floreció Rembrandt y su escuela, en las del sur prosperó, y no poco, Rubens y la suya; que, si en el norte fue estrella de primera magnitud la universidad de Leyden, en el sur lo fue la de Lovaina; si allí fue famosa la imprenta elzeviriana, aquí lo fue la plantina; y que, mientras Grocio, la mayor lumbrera de Holanda, fue duramente castigado por el calvinismo que señoreaba la universidad de Leiden y que jamás le permitió el retorno a la patria, en cambio, Lipsio, el versátil hijo del sur, educado, por tanto, en el catolicismo, después de recorrer como profesor varias universidades, entre ellas Lovaina y Leiden, y de cambiar varias veces de confesión, acabó encontrando acomodo en la de su país, la universidad católica de Lovaina, durante los últimos catorce años de su vida (ver pág. 213)]. *(N. de los T.)*

[2] Sobre Arminio y sus relaciones con los filólogos clásicos, con Escalígero y otros, ver C. M. Bruehl (antes, págs. 203 y 204, n. 106), XIII (1961), 48 ss.

[3] J. Huizinga, *Holländische Kultur im 17. Jahrhundert* (1933), pág. 32; cf. G. N. Clark, *The Seventeenth Century* (1929; 2.ª ed., 1947), sobre Calvinismo págs. 310 ss. — Da una simpática visión de conjunto del complejo carácter del siglo XVII, y también detalles característicos de la filología y la ciencia, E. Gothein, *Schriften zur Kulturgeschichte der Renaissance, Reformation und Gegenreformation,* Bd. 2: *Reformation und Gegenreformation* (1924), con notas selectas.

[4] Lucian Müller, *Geschichte der klassischen Philologie in den*

a Leyden en 1579, que fue Justus Lipsius (1547-1606)[5]. Nacido en los Países Bajos españoles, estudió derecho romano en Lovaina[6], la universidad católica fundada en 1517 con su famoso *Collegium trilingue,* y al ser nombrado secretario del cardenal Granvela, le acompañó en su regreso a Italia. Más tarde visitó la corte imperial de Viena, pero luego se estableció en la universidad estrictamente protestante de Jena, y se convirtió al luteranismo. Aunque continuó siendo luterano, se casó con una católica, volvió a su católico país natal y dio clases durante algún tiempo en Lovaina. Pero no vaciló en aceptar la invitación de la nueva universidad holandesa de Leyden, que oficialmente era calvinista; permaneció allí doce años como profesor de historia y antigüedades romanas[7]; después se despidió, pasó a Maguncia, volvió a abrazar la fe católica y, durante los últimos catorce años de su vida, dio clases de historia en Lovaina, su primera universidad. Si este esbozo da la impresión de una caricatura de la indiferencia religiosa, o al menos confesional, por parte de Lipsio, también supone una aceptable tolerancia en las diversas sedes de cultura, con cuyo apoyo llegó a ser el primero de los filólogos y críticos latinos de la época.

Resultaba característico de Holanda, en contraste con Francia, que interesase mucho menos el griego que el latín. Willem Canter (1542-75), que había experimentado

---

Niederlanden (1869, reimpr. en 1970), ofrece, en su primera parte, «Die philologischen Schulen der Niederländer», págs. 1-129, una visión de conjunto todavía útil; pero necesita ser completada por el excelente artículo de Waszink (arriba, n. 1).

5 *Opera omnia,* 4 vols. (Amberes, 1637). V. der Haeghen, *Bibliographie Lipsienne,* 3 vols. (Gante, 1886-8). *Inventaire de la corresdance de J. L.,* por A. Gerlo y H. D. L. Vervliet (Amberes, 1968).

6 Cf. *supra,* pág. 166.

7 La influencia de sus estudios sobre antigüedades parece haber afectado a Karl Otfried Müller, el cual los transformó en auténticas

en París la profunda influencia de Dorat, fue una excepción [8]. En las sucesivas ediciones de los trágicos, Eurípides (1571), Sófocles (1579), Esquilo (1580) —los dos últimos publicados después de su muerte prematura—, eclipsó a Turnebus [9], distinguiendo y marcando las responsiones métricas de los coros. Por lo demás, prevaleció el estudio del latín, pero limitado a un campo especial. Los autores favoritos no eran Cicerón ni Livio, ni Virgilio, ni Horacio, sino Séneca, Tácito, Lucano e incluso Claudiano, y el interés se centraba menos en su lengua y estilo [10] que en su actitud política. Ya Salutati [11] había empezado a interpretar políticamente a los escritores clásicos, mientras Poliziano [12] se había dedicado a los autores postclásicos, y Beatus Rhenanus [13] a los historiadores romanos tardíos. El primer comentario político sobre Tácito parece haber sido escrito por Carolus Paschalius en 1581 [14], y esto dio impulso a un «movimiento taciteo» que se extendió desde Italia a través de Europa y alcanzó su cima en la obra de Lipsio [15]. Su primera edición con comentario, de 1574, resultó muy ampliada en la de 1606, para la cual pudo servirse de Paschalius y Muretus, y fue seguida por dos ediciones póstumas. También editó a otros historiadores romanos tardíos, Valerio Máximo y Veleyo Patérculo.

---

investigaciones históricas, ver W. Kaegi, *Deutsche Zeitschrift* (Jg. 49 *Kunstwart*), 1935/6, pág. 97.

8 Ver antes, pág. 182; cf. Nolhac (antes, pág. 177, n. 26), páginas 212 y notas 2-4.

9 Ver antes, pág. 191.

10 Pero ver M. W. Croll, *Studies in Philology*, 18 (1921), 79 ss.

11 Ver antes, págs. 53 s.

12 Ver antes, pág. 83.

13 Ver antes, pág. 147, especialm. sobre Tácito.

14 A. Momigliano, «El primer comentario político sobre Tácito», *Contributo* [I] (1955), 36-39, especial., 40 ss.

15 C. O. Brink, «Justus Lipsius and the text of Tacitus», *JRS*, 41 (1951), 32-51, hace una valoración de los méritos de Lipsio y de los de sus predecesores.

Con su Séneca (1605), Lipsio trató de fomentar el conocimiento de la filosofía estoica. Las máximas estoicas habían sido recomendadas ocasionalmente por los humanistas de los siglos XV y XVI, pero el estoicismo no había podido competir con el Platonismo cristiano[16], que se había afincado en Italia y los países transalpinos. Sin embargo, el ideal del estoicismo cristiano era proclamado ahora por Lipsio y otros en tratados especiales y tenía considerable influencia sobre la filosofía de la época[17]. Objetivo de tales escritores era combinar todo su conocimiento de la historia romana y su habilidad en la elocuencia heroica de los autores romanos tardíos con la filosofía estoica para fundar una nueva «doctrina civilis», que no aspiraba a una filología independiente y autárquica, o «humanitas», sino a la educación del «homo politicus». No podemos comprender los estudios clásicos de Lipsio y sus contemporáneos si no valoramos la importancia de esta nueva intención política. El testamento fundamental de esta tendencia es *Politicorum sive civilis doctrinae libri sex* de Lipsio (1589, ampliado en dos ediciones posteriores, 1596 y 1605).

El *homo politicus* más importante y de tendencias más universales entre la serie de filólogos holandeses fue Hugo Grotius (1583-1645)[18]. Nacido en Delft, en Leyden fue discípulo de Escalígero, que reconoció en él al niño prodigio; a los ocho años ya escribía versos latinos (durante su

---

16 Ver antes, págs. 103 ss.

17 Ver W. Dilthey, *Ges. Schriften*, II, 443 ss.; cf. J. L. Saunders, *J. Lipsius, The Philosophy of the Renaissance Stoicism* (Nueva York, 1955), que da un análisis completo de la teoría de Lipsio y de la influencia de la misma.

18 Ver Sandys, II, 315-19; debo mucho a estas páginas excepcionalmente buenas; cf. B. A. Müller, *GGA*, 186 (1924), 18 ss., en su extensa y crítica recensión de R. Helm, *Hugo Grotius* (Rektoratsrede Rostock, 1920).

vida escribiría más de diez mil versos en latín[19] y casi el mismo número en holandés). A los quince había acabado su comentario a Marciano Capella; a los diecisiete publicó el texto griego de los *Phaenomena* de Arato junto con las antiguas traducciones latinas con las que completaba ingeniosamente el fragmento corrupto de la traducción de Cicerón. Avanzado ya en años, tradujo al latín los epigramas de la *Antología Planudea*[20], centenares de restos de dramaturgos griegos y las *Phoenissae* de Eurípides[21], editó a Lucano (1614 con «notae») y a Silio Itálico (1636), y publicó conjeturas sobre Séneca y Tácito. Pero eso fue solamente una pequeña parte de la obra de su vida. Después de licenciarse en derecho[22] (*De iure praedae,* 1604/5), empezó su carrera pública como historiador oficial de los Países Bajos, escribiendo los *Annales* y las *Historiae* como el Tácito de su país; después fue nombrado Fiscal General de Holanda y Zelanda, miembro de los Estados Generales y Legado de Inglaterra. A los veintidós años había empezado a trabajar en derecho internacional, asunto de sus más famosas publicaciones, de las cuales *Mare liberum* (1609) fue la primera (que sería contestada por Selden en *Mare clausum,* 1636), publicada cuando su carrera fue interrumpida. En el campo teológico simpatizaba abiertamente con el grupo moderado de los Arminianos[23]. Cuando sus opiniones fueron reprobadas por el sínodo de Dordrecht en 1619, su amigo Barneveldt fue condenado a muerte y el propio Grocio, a cadena perpetua (en con-

---

19 O. Kluge, *Die Dichtung des Hugo Grotius im Rahmen der neulateinischen Kunstpoesie* (1940). — H. Grocio, *Briefwisseling,* I (1928) - IX (1973), cuya publicación continúa.

20 Reimpresos en la edición Didot de la *Anthologia.*

21 Tengamos presentes las circunstancias de preso en que Grocio compuso estas voluminosas versiones.

22 Sobre formación clásica como base del estudio de la jurisprudencia, ver antes, pág. 151, y notas con ulteriores referencias.

23 Ver antes, pág. 212.

traste con la tolerancia mostrada hacia Lipsio). En la cárcel escribió su poema holandés más popular: «La prueba de la verdadera religión para uso del marinero holandés». Su propia traducción al latín, publicada más tarde en París, «De veritate religionis Christianae», se extendió por todo el mundo y fue traducida a muchas lenguas modernas; Leibniz llamó a este poema «livre d'or», y en él Grocio se sobrepasó a sí mismo y a todos sus contemporáneos. Después de un año y diez meses de cárcel, Grocio se fugó en una gran caja de libros y huyó a París. Allí, en 1625, séptimo año de la Guerra de los Treinta Años, escribió el libro por el cual su nombre está relacionado para siempre con el mundo moderno, *De iure belli ac pacis.* Sus conocimientos filológicos, jurídicos, históricos y teológicos se combinaron en esta obra clásica, la cual no sólo es la primera idea de ley internacional, sino también la obra de un filólogo clásico de espíritu erasmiano. Erasmo había tratado de conservar la catolicidad, amenazada, de religión y cultura, y había consagrado toda su filología y humanismo a la expansión de la Iglesia Universal y a su dirección espiritual sobre toda la Cristiandad. Pero la unidad se había perdido hacía un siglo, cuando Grocio escribió *De iure belli ac pacis.* Aunque obra de un hombre verdaderamente religioso, sin embargo presenta una secularización de las ideas erasmianas al tratar de construir una nueva unidad, es decir, una sociedad cristiano-humanística de naciones, en lugar de la perdida universalidad de la Iglesia. La creencia en los valores humanos eternos y la sabiduría de los antiguos, así como la creencia en la verdad divina de los evangelios, son los fundamentos de esta estructuración del derecho internacional; Grocio esperaba fervientemente que la paz y la reunificación volverían por fin y que únicamente haría falta un «buen intérprete» [24]. Podemos com-

[24] Fórmula erasmiana a menudo repetida.

prender que tales puntos de vista fuesen objeto de sospechas por parte del mundo protestante en que vivía. La defensa de su propia causa, publicada en holandés y en latín, y sus intentos por volver de Francia a su país natal encontraron como respuesta un decreto de destierro perpetuo. Puede parecer paradójico que el rey Gustavo Adolfo de Suecia se convirtiese en admirador del libro de Grocio sobre derecho internacional. Pero, como consecuencia, Grocio entró al servicio de Suecia y fue durante muchos años representante diplomático de la reina Cristina[25] en la corte de Francia[26]. En un viaje de regreso de Estocolmo a París naufragó su barco en el Mar Báltico y murió en Rostock en 1645. Joost van den Vondel, en uno de sus más conmovedores poemas, celebró la personalidad del gran filólogo, su amigo más querido. En una carta sobre la *pax Christiana,* Grocio había dicho que, aunque no pudiese gozar el fruto de sus trabajos, era, no obstante, deber suyo «serere arbores alteri fortasse saeculo profuturas», «plantar árboles que quizá dieran fruto para otro siglo». Todavía ansiamos y esperamos ese siglo.

Cuando contemplamos el número considerable de buenos filólogos holandeses, contemporáneos de Grocio, o que pertenecen a las dos generaciones siguientes, observamos un hecho[27] único en nuestra historia: que la filología clásica era hereditaria en ciertas familias. Ya hemos mencionado a Janus y Franciscus Dousa[28]; fueron seguidos por dos Heinsii, dos Vossii, dos o incluso tres Granovii (que procedían de Hamburgo) y en el siglo siguiente por dos Burmanni, tío y sobrino. Aquí sólo podemos

25 Ver antes, pág. 209, n. 118.

26 Rechelieu lo respetaba, pero no lo quería.

27 El caso de unos cuantos miembros distinguidos de los Stephani y de los Escalígero es diferente.

28 Ver antes, págs. 202 s.

limitarnos a decir lo esencial sobre las líneas generales de la tradición[29].

El estudio de la literatura latina, dentro de la tradición de Lipsio, fue continuado por Daniel Heinsius (1580-1655), el «parvus Scaliger»[30] de Casaubon, y por su hijo Nicolaus Heinsius (1620-81). Daniel y Nicolaus eran poetas latinos y preferían el estudio de la literatura latina[31]; pero Daniel, de la *Ars poetica* de Horacio, pasó a Aristóteles; y su *De tragoediae constitutione* se convirtió, entonces, en uno de los libros más importantes sobre la *Poética* de Aristóteles, que a su vez editó y tradujo (1611). Su crítica de poetas latinos como Ovidio (1629), tiene valor perenne. Su hijo y discípulo Nicolaus fue un viajero curioso y cotejó muchos manuscritos extranjeros cuando estuvo en el servicio diplomático; mostró un auténtico sentido de la poesía en la selección de las variantes para sus numerosas ediciones de poetas latinos, desde Virgilio a Claudiano, que se convirtieron en el fundamento de todos los textos críticos posteriores. En este aspecto fue alabado, no sin razón, como «sospitator poetarum latinorum».

En este grupo de críticos de textos y editores podemos incluir a Gronovius el Mayor, Johann Friedrich (1611-71): trabajó en Leyden de 1634 en adelante como discípulo

---

29 Hay que prestar atención a un libro en que nadie esperaría hallar una exposición de la variada literatura crítica del siglo XVII: Stanislaus von Dunin-Borkowski, *Spinoza*, vol. IV (1936), «Aus den Tagen Spinozas, 3. Buch: Das Lebenswerk». Una prueba de los extraordinarios conocimientos del autor es que da esta muestra de 200 páginas de crítica clásica y bíblica como trasfondo del *Tractatus theologico-politicus* (1670) de Espinosa. Desgraciadamente murió antes de que se imprimiese el volumen; y puede que no sea culpa suya que el citado capítulo esté algo desordenado; pero él maneja a conciencia libros característicos de una época, los cuales difícilmente ha leído o abierto nadie desde hace siglos.

30 Cf. *supra*, pág. 203.

31 Cf. *supra*, pág. 214. Ver H. J. de Jonge, *Daniel Heinsius and the Textus Receptus of the New Testament* (Leiden, 1971).

de Daniel y amigo de Nicolaus Heinsius y se dedicó sobre todo a la prosa latina tardía. Lo mismo hizo Isaac Vossius (1618-89), el más joven de los Vossii. Pero el mayor, Gerardo Juan Vossius (1577-1649) y Jacob Gronovius, el joven (1645-1716), pertenecen a un grupo de estudiosos de antigüedades [32] y de «Polihistóricos» [33] completamente distinto. Su contribución a la filología clásica consistió más bien en ampliaciones y consolidaciones que en originalidades. Pero no fue flaco servicio poner en orden y hacer fácilmente accesibles los tesoros de la época creadora, acumulados desde Agrícola y Erasmo hasta Grocio [34], y las generaciones posteriores les han estado debidamente agradecidas por ello. Cuando G. J. Vossius publicó una obra en que proponía un sistema de polimatía (1650), tuvo cierta razón para titularla *De philologia* [35].

A principios del siglo XVII el fanatismo intolerante, que había conducido a los horrores de las guerras de religión, se enfrentó con un resurgimiento del humanismo cristiano: aquel «humanismo devoto» del cual S. Francisco de Sales fue el mayor representante. El primer humanismo cristiano, a pesar de sus tendencias populares, se había extendido más entre las clases cultas; pero el «humanismo devoto» trató de poner sus principios y su espíritu al alcance de todos, acentuando la santidad y su práctica más que la belleza y la verdad. Por lo tanto, no inspiró directamente obra filológica, pero preparó para ella una atmósfera nueva de paz y razón y un equilibrio de valores

---

32 Ver A. Momigliano, «Ancient History and the Antiquarian», *Contributo*, I (1955), 67 ss.

33 Sobre πολυΐστωρ y palabras por el estilo, ver *Historia* [I], 230.17.

34 Huizinga, *Holländische Kultur* (arriba, pág. 212, n. 3), pág. 61, subestima este mérito al hablar únicamente de entumecimiento de la civilización holandesa de finales del siglo XVII.

35 Cf. lo que se dijo antes, pág. 175, sobre el *De philologia*, de Budé, e *Historia* [I], 288 s. y 308, sobre Eratóstenes.

divinos y humanos. En este nuevo ambiente espiritual, la obra erudita de las órdenes monásticas empezó a prosperar nuevamente, y lo mismo ocurrió a fines de siglo con la oratoria y el trabajo literario de los grandes predicadores y escritores. La importancia del humanismo devoto fue destacada o probablemente descubierta por Henri Bremond[36].

La crítica estrictamente filológica en el campo eclesiástico fue fomentada por los estudios bíblicos del oratoriano francés Richard Simon (1638-1712), «padre de la crítica bíblica»[37]. De su *Historia crítica del Antiguo Testamento* en francés (1.ª edición 1678, traducción inglesa 1682) sacó conclusiones revolucionarias sobre Moisés y el Pentateuco y sobre la cronología de varias partes del Antiguo Testamento. Sin acobardarse por ataques vehementes, empezó a publicar en 1689 sus investigaciones sobre el Nuevo Testamento[38], en las cuales anticipó, con cierta extensión, los intentos de los siglos XVIII y XIX de reconstruir la *historia* de los textos antiguos; creía que esta *Textgeschichte* debía servir de base para la evaluación de los manuscritos y para la constitución de un texto verdaderamente crítico[39]. Lo importante no es que

36 *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religion jusqu'à nos jours* (París, 1916-36, 11 vols. de texto y 1 vol. de índices), imponente obra de primer rango. Sólo los tres primeros volúmenes parecen haber sido traducidos al inglés por K. A. Montgomery (1924-36). La monografía de Bremond, *Thomas More* (1904), contiene algunas de las mejores páginas que se han escrito sobre Erasmo.

37 *The Cambridge History of the Bible*. The West from the Reformation to the present day (1963), 194 s., cf. 218 ss. Sobre Richard Simon, ver Jean Steinmann, *Richard Simon et les origines de l'exégèse biblique* (1960), y Bruce M. Metzger, *The Text of the New Testament* (2.ª ed., 1968), 155 s.

38 *Histoire critique du texte du Nouveau Testament* (1689).

39 Ver sobre F. A. Wolf, luego, pág. 288; Wilamowitz, «Geschichte des Tragikertextes», *Einleitung in die griechische Tragödie*

sus agudas observaciones se anticipasen a conclusiones alcanzadas por los filólogos doscientos o trescientos años más tarde, sino que aplicase un nuevo método de establecer un texto crítico. Sin embargo, la desgraciada división [40] entre filología profana y sagrada impidió que la obra de Simón tuviese ningún efecto en la filología clásica.

Siempre será una de las principales glorias de los benedictinos franceses de la congregación de S. Mauro el haber realizado las ediciones fundamentales de todos los padres griegos y latinos, larga serie de hermosos volúmenes en folio publicada durante un período de más de un siglo. Si algunas partes o volúmenes no son del mismo valor en cuanto al uso de manuscritos, fijación del texto, anotación y distinción crítica entre escritos auténticos y espurios, era cosa muy natural, en una colección tan extensa.

Al hacer tal edición, los benedictinos, en realidad, llevaban a cabo en la católica Francia parte del programa de Erasmo [41]. Pero en Holanda también los reformadores, sobre todo Grocio, continuaban la obra de Erasmo en otro sentido [42]. La universalidad y grandeza de la misma se evidenciaron en todas partes durante el siglo XVII, lo mismo en el lado protestante que en el católico [43].

(1889), págs. 121 ss. Ni Wolf ni Wilamowitz parecen haber prestado atención a la «Textgeschichte» de Richard Simon; pero véase la breve referencia de S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann* (1963), pág. 21.1.

40 Cf. *Philologia Perennis* (1961), pág. 13.

41 Ver antes, pág. 137.

42 Ver antes, págs. 216 s.

43 La mayoría de las ediciones Maurinas (ver el artículo «Maurists» de Cuthbert Butler, en la *Encyclopaedia Britannica*) fueron reimpresas, en el siglo XIX, en la *Patrologia* griega y latina de Migne y se usan aún para aquellas obras de las cuales no hay disponibles textos críticos modernos en las nuevas colecciones, griega de Berlín y latina de Viena. Cf. Ch. de Lama, *Bibliothèque*

Los más importantes entre los benedictinos franceses fueron Jean Mabillon (1632-1707) y Bernard de Montfaucon (1655-1741). Mabillon fue invitado a entrar en la antigua abadía de Saint-Germain-des-Prés [44] y tomó parte en sus trabajos filológicos durante cuarenta y tres años. Con su libro *De re diplomatica* (1681), escrito después de visitar casi todas las bibliotecas y archivos de Francia, Alemania e Italia, se convirtió en el fundador de una nueva rama de la filología, la de determinar la fecha y autenticidad de los documentos latinos antiguos [45]. En sus *Traités des études monastiques* (1691, reimpreso en 1966), en el cual justificaba los trabajos de los monjes filólogos, nos dejó el más hermoso documento del humanismo benedictino [46]. Montfaucon [47], de la misma orden que Mabillon, puso los cimientos de la paleografía griega en su *Palaeographia Graeca* (1708), estableció los principios de la nueva disciplina y ofreció una lista de 11.630 manuscritos.

---

des écrivains de la Congrégation de Saint-Maur (1882). A. Sicard, *Les études classiques avant la Révolution* (1887).

44 E. de Broglie, *Mabillon et la société de l'abbaye de Saint-Germain des Prés, 1664-1707* (2 vols., París, 1888). Henri Leclercq, *Mabillon* (2 vols., Paris, 1953-57). M. D. Knowles, *Journal of Ecclesiastical History,* 10 (1959), 153 ss.

45 Ver el tratado general más amplio de paleografía y diplomática de R. P. Tassin y Ch. F. Toutain, *Nouveau Traité de diplomatique,* 6 vols., París, 1750-65. Johann Friedrich Böhmer admitió expresamente que los benedictinos franceses de S. Mauro habían anticipado y ofrecido el modelo que seguiría el mismo Böhmer en su sistema de recoger y editar las «Regesten der deutschen Kaiserurkunden», ver F. Schnabel, *Der Ursprung der vaterländischen Studien* (Vortrag 1949, Neudruck 1955), pág. 16.

46 «Humanitas Benedictina» (1953) = *Ausgewählte Schriften* (1960), pág. 180; de Broglie, II, 295 ss., sobre trabajos de Mabillon durante su vejez, y especialm., pág. 298: «La pensée... est un feu qui fait vivre quand on ne le laisse pas éteindre». Cf. Petrarca antes, pág. 38.

47 E. de Broglie, *Bernard de Montfaucon et les Bernardines, 1715-1750* (2 vols., París, 1891).

El trabajo de su vida abarcaba unos cincuenta volúmenes en folio, de los cuales los más notables eran los diez de *L'Antiquité expliquée et représentée en figures* (1719) con cinco volúmenes de suplementos.

Además de los benedictinos, los jesuitas[48] desplegaron gran actividad como filólogos y fueron también excelentes profesores durante todo este período. De entre ellos surgió un contrincante de Escalígero muy competente y apasionado, aunque malicioso, Denys Pétau (1583-1652), cuya obra en el campo de la cronología ya hemos mencionado[49]. También editó un texto crítico completo de Synesius (1612², 1633), que todavía no ha quedado completamente reemplazado.

Las anotaciones de las ediciones monásticas fueron la base de los comentarios posteriores, y un número cada vez mayor de libros eruditos enriquecía los fondos de las bibliotecas de Francia, tanto las ya existentes como las recién fundadas, que en ese momento servían de modelo para que otros países coleccionaran libros.

Ejemplo típico de coleccionista afortunado de libros clásicos fue el protestante francés Jacques Bongars (1554-1612). Nacido en Orleans, estudió griego y latín en universidades alemanas, y se convirtió en admirador de Lipsio en Jena; después se dedicó al derecho romano bajo la dirección de Cuiacius en Bourges (1576) y en 1581 publicó en París una edición de Justino basada en colaciones cuidadosas de nuevos manuscritos, no meramente compilada de material erudito anterior. De 1586 a 1610, como tantos filólogos franceses y holandeses de su época[50], estuvo en el servicio diplomático y, de Inglaterra a Constantinopla, recorrió muchas tierras, inspeccionó y coleccionó manus-

48 Sobre S. Ignacio de Loyola, ver antes, pág. 143, n. 55.
49 Ver antes, pág. 202.
50 Cf. Peiresc, luego, págs. 225 s.

critos y libros, y conoció a los mayores filólogos de la época, con quienes sostuvo correspondencia después: de Thou, Escalígero, Casaubon. Sacó copias de inscripciones, cuya exactitud fue reconocida por Mommsen [51]. Bongars no se limitó a los autores antiguos [52], sino que estudió también los escritores medievales. Juntamente con su primo Paulus Petavius (Pétau, hermano de Denys) [53], tuvo la suerte de adquirir en 1603 la biblioteca de otro culto orleanés, Pierre Daniel (1530-1603), y de su propio maestro Cuiacius. La colección de Bongars, de unos quinientos manuscritos y tres mil libros impresos, después de algunas andanzas, fue a parar a Berna, en la parte alemana de Suiza, como uno de los principales tesoros de su biblioteca [54] (cosa sorprendente quizá, puesto que con Ginebra eran más íntimas las relaciones de los filólogos franceses).

Parece que fue un discípulo de los jesuitas de Aviñón, aficionado a los estudios de la antigüedad, Claude Pavre Peiresc (1580-1637), quien estimuló a los franceses, una

---

51 *CIL*, V, 156.

52 Virgilio, Horacio, Ovidio, etc.

53 Ver antes, pág. 202.

54 Konrad Müller, «Jacques Bongars und seine Handschriftensammlung», *Schätze der Bürgerbibliothek Bern* (1953), págs. 79-106, con bibliografía; Hermann Hagen, *Zur Geschichte der Philologie und der römischen Litteratur* (1879), es libro importante. — Un ejemplar único entre los libros de Bongar, procedente de la biblioteca de P. Daniel es el manuscrito originario de los escolios sobre el *Ibis* de Ovidio, Cod. Bern. 711, saec. XI. Como sus pocas y pequeñas hojas no pudieron ser encontradas cuando Hagen organizó el *Catalogus codicum Bernensium* (1875), se lamentaron, sorprendentemente, en Berna una y otra vez de la «pérdida» del manuscrito, sin más averiguaciones, hasta que en mi recensión de la *Hellenistische Dichtung*, de Wilamowitz, *DLZ* (1925, pág. 2140, pude asegurar a los escasos especialistas interesados que el códice estaba en su lugar correspondiente. F. W. Lenz lo utilizó más tarde para su edición de *Ibis* (1937), págs. 103 ss. (2.ª ed., 1956, págs. 129 ss.), y yo he aprovechado muchas citas sobre Calímaco que tienen esos escolios, Call., frs. 661 ss. y 789 ss.

vez más[55], a observar, coleccionar, dibujar y describir los restos de monumentos antiguos. Gran viajero y aficionado a mantener correspondencia, actuó de mediador entre Francia, Italia, Holanda e Inglaterra y se convirtió así en una figura característica de la época. Siguió esta misma línea otro francés, viajero y dibujante de monumentos, Jacques Spon[56] de Lyón (1647-85), de quien se supone que fue el primero en llamar «archaeologia» o «archaeographia»[57] a la rama de la filología que trata de los monumentos de la antigüedad. Era precisamente el momento en que se crearon las grandes colecciones particulares y públicas, que estaban destinadas a ser de la mayor importancia para los eruditos del siglo XVIII.

De un colegio de jesuitas procedía también uno de los mayores lexicógrafos de todos los tiempos, Charles Du Cange (1610-88), gran amigo de Montfaucon; su tarea fue aún más dura que la de sus ilustres predecesores, los Étienne, pues tuvo que basar sus *Glossaria ad scriptores mediae et infimae Latinitatis* (1678, 3 vols.), y *Graecitatis* (1688, 2 vols.) sobre el estudio de un número infinito de manuscritos, no de libros impresos. Estos diccionarios, que no eran en absoluto composiciones mecánicas, fueron reimpresos y completados durante tres siglos y todavía no han sido superados. Du Cange fue tam-

---

55 Ver, antes, Italia, págs. 59, 92 ss. Sobre los Jesuitas y la arqueología, ver A. Rumpf, *Archaeologie,* I (1953), 50 s.; *ibid.,* también sobre falsificaciones.

56 *Miscellanea eruditae antiquitatis,* I (1979), 1. Sobre campos de interés y méritos de Spon, ver M. Wegner, *Altertumskunde* (1951), págs. 78 ss. El compañero de Spon en su viaje al Este fue el holandés G. Wheler, uno de cuyos acompañantes dibujó las esculturas del Partenón, en 1674, antes de su destrucción (en 1687). El nombre «Wheler» lo escriben «Wheeler» equivocadamente tanto Wilamowitz como Rumpf, y por consiguiente, lo consideran inglés; cf. *Ausgewählte Schriften* (1960), pág. 60.

57 Sobre ἀρχαιολογία «antiquitates», ver *Historia* [I], 106.

bién, como Stephanus, editor de textos e historiador. Su contemporáneo, Le Nain de Tillemont [58] (1637-98), discípulo de la escuela de Port-Royal y más tarde sacerdote secular, escribió dos obras voluminosas y de gran erudición. Una de ellas, la *Histoire des empereurs* (de 31 a. de C. a 518 d. de C.), proporcionó a Gibbon [59] el material esencial para su nuevo concepto de historia romana; la otra, *Mémoire pour servir à l'histoire ecclésiastique,* describía los seis primeros siglos de la Iglesia. Parece que Tillemont fue el primero que emprendió el estudio particular de la historia política y eclesiástica [60] del Bajo Imperio romano. Francia continuó creando, como vemos, los instrumentos de investigación y poniendo los fundamentos del desarrollo histórico ulterior, y el siglo XVII no desmereció del anterior. Pero esta obra útil era realizada en la oscuridad, sobre todo por monjes y discípulos suyos. La Francia oficial, jactándose de su propia grandeza, no sentía gran estimación por los clásicos; al contrario, desarrolló cada vez más la creencia de que su propia literatura había sobrepujado a todas las demás, antiguas y modernas. Charles Perrault en su arrogante poema «Le Siècle de Louis le Grand» y en los cuatro volúmenes de su *Parallèle des anciens et des modernes* (1688-97) proclamó finalmente la victoria de los *modernes,* o sea, por supuesto los *modernes* de Francia [61].

---

58 B. Neveu, *Un Historien à l'école de Port Royal, Sébastien Le Nain de Tillemont 1637-1698,* Archives internationales d'histoire des idées, 15 (1966).

59 Ver luego, págs. 271 s.

60 En nuestro tiempo, tres siglos después de Tillemont, ha dado el paso definitivo Eduard Schwartz, gran filólogo clásico, familiarizado también con las fuentes originales de la historia eclesiástica.

61 Ver antes, pág. 172. A. Buck, *Die humanistische Tradition in der Romania* (1968), págs. 75 ss., especialm., pág. 90, da la prehistoria de la llamada «Querelle des anciens et des modernes», y completa las monografías de H. Rigault (1856) y H. Gillot (1941) sobre

En estas discusiones, Homero, que había sido relegado a último término durante algún tiempo [62], empezó a representar mayor papel desde el principio del siglo XVII en adelante, a pesar de la absurda condena [63] de Julio César Escalígero. Después de la traducción en prosa de la *Ilíada* (1530), de Jehan Samxon, empieza la serie de traducciones de primera mano con los diez libros de la *Ilíada* en francés (1541, publicado en 1545) [64], de H. Salel, a los cuales Amadis Jamyn añadió el resto en 1577. Había un gran interés, no sólo por el texto de los poemas, sino también por las tradiciones sobre la vida de Homero [65], y solamente en Francia tenía cualquiera la audacia de usarlas, como hizo el Abbé d'Aubignac, para sostener descabelladas conjeturas sobre el origen de la épica homérica. Todas las traducciones anteriores quedaron superadas, cuando en 1711, después de larga preparación, Mme. Dacier (1654-1720) publicó su traducción de la *Ilíada*, seguida por la *Odisea* en 1716; y su fama todavía vive [66], como nos asegura el último traductor francés de Homero. Su padre, Tanaquil Lefèvre, que dirigió sus estudios, era editor muy erudito [67], de muchos textos griegos y latinos. Ella siguió su ejemplo al publicar un nuevo texto de Calímaco (1675), y buen número de clásicos latinos en la serie «ad usum

---

la «Querelle». Hans Kortum, *Ch. Perrault and Nicolas Boileau. Der Antique-Streit im Zeitalter der klassischen französischen Literatur* (1966).

62 Ver antes, págs. 179 s.

63 Gillot (antes, n. 61), pág. 204.

64 Guillot, pág. 67; cf. Hepp (antes, pág. 179, n. 32).

65 Cf. *Historia* [I], págs. 38 s., 92 s. y 215.

66 P. Mazon, *Madame Dacier et les traductions d'Homère en France* (Oxford, 1936), especialm., págs. 11-13; cf. E. Malcovati, *Madame Dacier, una gentildonna filologa del gran secolo*, Biblioteca del Leonardo, 49 (1953).

67 Su extraordinaria erudición pudo, incluso, desorientar a su hija, ver *Historia* [I], 497, sobre Call. *Hy.* II 110.

Delphini». El principal editor de esta serie fue Pierre Daniel Huet[68] (1630-1721), tutor del Gran Delfín; Huet dejó sus libros a los jesuitas y junto con la biblioteca de éstos pasaron a la Bibliothèque Nationale. Uno de los colaboradores de Huet fue el jesuita Jean Hardouin[69] (1643-1729), el cual siempre será célebre por su extraña teoría de que la mayor parte de los clásicos latinos eran creación de los benedictinos en el siglo XIII —epílogo burlesco para remate de la época más brillante de la filología francesa.

En los primeros capítulos seguimos los progresos del humanismo y de la filología en Italia y vimos cómo se extendieron a otros países. En la propia Italia quedó una inclinación hacia el virtuosismo latino en verso y prosa. Este virtuosismo está representado por Pietro Bembo[70] (1470-1547), poeta filólogo, de familia veneciana, que llegó a cardenal en 1539; sus obras latinas fueron ampliamente conocidas y sirvieron de modelo a otros, de manera que el «Bembismo»[71] se convirtió en una bandera. Pero también escribió estudios de gramática y estilo latinos que contribuyeron no poco a mantener el tradicional y profundo amor hacia esta lengua en Italia. Sin embargo, a lo largo del siglo XVI encontramos de nuevo algunos italianos eminentes que cultivaron la filología pura; pero procedían más del nuevo desarrollo del Renacimiento francés que de la tradición italiana, puesto que no sólo había intercambio entre las dos naciones, sino también

---

68 Mark Pattison, *Essays*, I (1889, reimpr. en 1965), págs. 244-305: «Peter Daniel Huet».

69 J. van Ooteghem, *Les Études Classiques*, 13 (1945), 222 ss., se ocupa del Horace de Hardouin, pero también da referencias en general sobre literatura reciente.

70 *Opera*, Basilea, 1567.

71 W. Elwert, «Bembismo, poesia latina e petrarchismo dialettale», *Paideia*, 13 (1958), 3-25.

colaboración activa entre sus filólogos. Adrien Turnebus y Henri Étienne, por parte francesa, y Francesco Robortello y Piero Vettori, por la italiana, colaboraron en el restablecimiento del texto de Esquilo [72]. Al mismo tiempo, Denys Lambinus y A. de Muretus trabajaron denodadamente, en el ámbito latino, en bibliotecas italianas, ayudados por filólogos italianos [73]. La personalidad sobresaliente de este período fue Piero Vettori (Petrus Victorius, 1499-1585) [74]; en realidad, nos vemos tentados a hablar de un «saeculum victorianum» [75] de la filología clásica.

Vettori no sólo acabó la edición del texto de Esquilo, sino que también lanzó una edición completa de Eurípides, empezando con la *Electra* en 1545, y en 1547 cotejó manuscritos florentinos de varias obras de Sófocles, entre ellos el gran manuscrito *Laurentianus* (XXXII.9), que también contenía el texto de Esquilo y de Apolonio Rodio. Es un hecho revelador del papel principal representado por Francia en estas ediciones el de haber sido publicadas en la imprenta de los Étienne en París, no en las famosas y antiguas imprentas de Italia. Uno de sus propios manuscritos fue una recensión de los escolios de la *Ilíada* que lleva el nombre del autor, Scholia Victoriana (V) [76]. En la prosa griega ocupan el primer lugar sus comentarios sobre Aristóteles, publicados entre 1548 y 1584, a la

72 Ver antes, pág. 190, sobre detalles.

73 Ver antes, págs. 192 s.

74 W. Rüdiger, *Petrus Victorius aus Florenz,* Studien zur humanistischen Litteratur Italiens, I.

75 Como lo hizo Sandys, II, 135.

76 V es una copia florentina del siglo XVI hecha sobre un manuscrito del Athos (?) del siglo XI, que ahora figura entre los manuscritos townleyanos del Museo Británico (T). Puesto que E. Maass publicó el T entero en 1887, el texto del V (publicado por I. Bekker en 1827) no tiene ya importancia, a no ser por las conjeturas de Victorio. Ver H. Erbse, *Scholia Graeca in Homeri Iliadem,* I (1969), págs. XXIX s.

Retórica, Poética, Política y Ética a Nicómaco; en realidad, representó un buen papel en el descubrimiento de la *Poética* (1560), aunque había sido precedido por Francesco Robortello (1548). Pero la incesante actividad de Vettori, como editor, se extendía desde los autores prehelenísticos hasta Dionisio de Halicarnaso (1581), Porfirio (1548) y Clemente de Alejandría (1550). No menos importantes fueron sus méritos como filólogo latino, especialmente en su obra sobre las *Epistulae, Philosophica* y *Rhetorica* de Cicerón. Lo que no pudo incluir en ediciones y comentarios lo recogió en veinticuatro libros de *Variae lectiones*[77] (1553), que aumentó en ediciones posteriores (1569 y 1582) hasta treinta y ocho libros. Vettori sostuvo correspondencia con numerosos filólogos contemporáneos de toda Europa. Las cartas que de él se conservan están en el Museo Británico. Todos los libros y manuscritos que dejó pasaron a ser posesión de la Biblioteca Real de Munich[78]. Entre estos libros son de especial valor los que contienen notas escritas a mano por Poliziano y otros muchos filólogos[79].

Entre otros miembros de la «época victoriana» figuran Francesco Robortello (1516-67) y Carlo Sigonio (1523-84). Robortello fue el primero en publicar en 1552 los escolios de Esquilo[80], que fueron utilizados inmediatamente por Turnebus[81] para su edición de 1552, lo mismo que por Vettori[82]. Editó y, además, tradujo y comentó la *Poética* de Aristóteles (1548); estaba orgulloso de haber sido el

77 Cf. *supra*, p. 83 sobre Poliziano, y pág. 190 sobre Turnebus.

78 Ver luego, sobre los libros de Camemario, pág. 236.

79 Catálogo de manuscritos por Wilhelm Meyer en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Estatal de Munich.

80 G. Toffanin, *La fine dell' umanesimo* (1920), págs. 29-45 y *passim*; sobre las fuentes de su edición de Esquilo, ver R. D. Dawe, *Mnemosyne*, Ser. IV, 14 (1961), 110 ss.

81 Ver antes, pág. 190.

82 Ver antes, pág. 230.

primero en imprimir, en 1554, el tratado Περὶ ὕψους, atribuido a Dionisio Longino hasta principios del siglo XIX, que fue reimpreso muchas veces, traducido por Boileau (1674) y apasionadamente discutido, sobre todo en Francia[83]. Después de estas ediciones y comentarios publicó un tratado sobre los principios de crítica textual, *Disputatio de arte critica corrigendi antiquorum libros* (1557)[84], en el cual argumentaba que el crítico necesita no sólo «iudicium magnum» (como había pedido el seguidor de Erasmo, Beatus Rhenanus)[85], especialmente si los manuscritos no prestan ayuda, sino también «antiquitatis totius notionem». Por su continua insistencia en este punto, estaba en la misma línea que J. J. Escalígero[86], a quien no podía haber conocido todavía. Tuvo mala suerte en su querella con Carlo Sigonio, desde 1548 en adelante, sobre cronología romana y antigüedades romanas, porque en ambos campos Sigonio[87] era superior a todos sus predecesores desde Glareanus a Robortello, y su posición, aunque mucho más modesta, se parecía a la de J. J. Escalígero en cronología griega. Sigonio se limitó a escribir libros eruditos; a diferencia de los filólogos contemporáneos suyos en Francia y Holanda, no fue ni profesor ni político activo.

Volviendo a Holanda[88] encontramos que el tema de la *Disputatio de arte critica*[89] de Robortello fue tratado de

[83] Ver Sandys, II, 482 ss., s. v. Longinus; ver también Jules Brody, *Boileau and Longinus* (1958).

[84] A. Bernardini e Gaetano Righi, *Il concetto di filologia e di cultura classica* (2.ª ed., 1953), págs. 46 s., dan una apreciación adecuada de este libro.

[85] Ver antes, págs. 147 s.

[86] Ver antes, pág. 201.

[87] Cf. C. Sigonii *Opera*... cum notis... et eiusdem vita a L. A. Muratorio... conscripta (6 vols., 1732-7).

[88] Ver antes, pág. 229, donde nos hemos interrumpido para tratar de la filología en Francia e Italia.

[89] Ver en esta misma página.

nuevo por Gerardo Juan Vossius[90] (1577-1649) y más tarde por Jean Le Clerc[91] (1657-1736). Mientras Vossius se muestra sobre todo como compilador en su *Aristarchus sive de arte grammatica* (1635 y más tarde) y en sus libros sobre los historiadores griegos y latinos (1624 y 1627), Le Clerc en su *Ars critica* (1697 y ediciones posteriores) reveló una mente aguda, conocedora del método crítico y capaz de practicarlo, como demostró en varias ediciones de clásicos griegos. Esto no nos sorprenderá si recordamos que fue él quien hizo la edición definitiva de las obras de Erasmo en diez volúmenes[92], que no ha sido superada hasta ahora.

Hemos dicho[93] que la misma existencia de la filología depende del libro. Tan pronto como se introdujo la imprenta en Italia en 1465[94], aparecieron allí los primeros textos latinos y griegos y libros sobre clásicos; en Italia[95] se fundaron grandes imprentas y, a su debido tiempo, en Suiza[96] y Francia[97]. Ahora les tocó a los Países Bajos, cuando se estableció en Amberes la imprenta de Christopher Plantin (1550); heredada por Moretus, siguió floreciendo, hasta que en 1876 fue donada a la ciudad de Amberes que la honra como Museo de la Imprenta (Museum Plantin-Moretus)[98]. La otra gran familia de impresores holandeses fue la de los Elzeviers [Elzevirios] establecidos en

---

90 Bernardini (antes, 84), págs. 107-13.

91 *Ibid.*, págs. 129-46, y S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann* (1963), pág. 1, n. 1, y *passim*.

92 Ver antes, pág. 126, n. 1.

93 *Historia* [I], 48.

94 Ver antes, págs. 91 s.

95 Ver antes, pág. 102.

96 Ver antes, págs. 145 s.

97 Ver antes, págs. 184 ss.

98 Colin Clair, *Christopher Plantin* (1960), con bibliografía y láminas.

Leyden y Amsterdam (1580-1712)[99]. Como la filología de los Países Bajos tenía fuerte tendencia hacia la «polihistoria», fue necesaria una industria impresora, propia y activa.

Cierto número de filólogos clásicos que vivieron y trabajaron en los Países Bajos habían nacido en Alemania o eran de ascendencia alemana. Desarrollaron su actividad en la zona de la filología holandesa y son el eslabón entre los dos países, pero no pueden ser llamados «holandeses». Por otra parte, Janus Gruter[100] había nacido en Amberes en 1560, hijo del burgomaestre y de una inglesa muy culta; después de algunos años en Cambridge y Leyden pasó la mayor parte de su vida en Alemania, donde murió cerca de Heidelberg en 1627. Aquí había sido nombrado bibliotecario en 1602, después de publicar su *Corpus inscriptionum antiquarum* con la valiosa ayuda de Escalígero[101]. Soportó una prueba muy deprimente en su cargo de bibliotecario cuando, en 1623, Maximiliano de Baviera regaló un gran número de manuscritos palatinos a la Biblioteca Vaticana. Algunos de ellos, incluido el códice palatino de la *Anthologia Graeca,* único en su género, volvieron a Heidelberg, otros fueron a París[102]. Gruter era, a su vez, poeta[103] y escribió centenares de sonetos en holandés, muchos de los cuales eran traducción de Horacio y de otros poetas latinos. Como filólogo editó un buen número de prosistas latinos, especialmente historiadores, limitándose muchas veces a repetir las notas reunidas en

---

99 David W. Davies, *The World of the Elzeviers* (1954). La información principal la da A. Willems, *Les Elzevier* (1880, reimpr. en 1962).

100 G. Smend, *Jan Gruter* (Bonn, 1939); L. Forster, *Janus Gruter's English Years* (1967), con bibliografía general.

101 Ver antes, pág. 198.

102 Ver Call., II págs. XCII s., y en general, *Handbuch der Bibliothekswissenschaft,* 2. Aufl., III, 1 (1955), 576 ss. y 621 s.

103 Ver, especialm., Forster (arriba, n. 100), 64 ss.

comentarios previos, por ejemplo en su Livio. Su innegable, aunque modesta contribución a la filología, fue la división de los libros de Livio en capítulos [104], que fue aceptada generalmente, y el reconocimiento en un manuscrito palatino de un carácter especial de escritura que ahora se llama beneventina [105]. Por su ilimitada producción y por su internacionalismo, fue una figura verdaderamente característica de su época.

«La influencia progresiva de la nueva filología de Francia» [106] sobre la filología de Alemania y otros países fue un hecho decisivo. Melanchthon fue un profesor eminente, como dijimos, y entre sus numerosos amigos y discípulos hay que mencionar por lo menos dos: Joachim Camerarius (1500-74) y Hieronymus Wolf (1516-80). Fueron profesores distinguidos y directores de las escuelas protestantes, recién fundadas, de Nuremberg y Augsburgo respectivamente, pero fueron también, como filólogos, superiores a Melanchthon, y los dos, grandes editores. La edición, publicada por Camerarius [107], del *Tetrabiblos* de Tolomeo (1535), obra astrológica muy importante, con traducción latina de Melanchthon, todavía no ha sido reemplazada completamente. En 1538, Camerarius y Grynaeus publicaron la primera edición de la obra astronómica de Tolomeo Μεγάλη σύνταξις, el *Almagesto* [108]. En la larga serie de otros textos griegos y latinos de Camerarius, el principal fue su Plauto de 1552, para el cual pudo utilizar dos nuevos manuscritos: los Palatini B (Codex Vetus Camerarii) y C (Codex alter Camerarii de-

---

104 Cf. *supra*, pág. 186, sobre la división del texto de la Biblia en capítulos y versículos.

105 Ver E. A. Lowe, *The Beneventan Script* (Oxford, 1914).

106 Ver antes, pág. 163.

107 F. Stählin, «Camerarius», *Neue Deutsche Biographie*, vol. 3 (1957), 104 ss.

108 Sobre Regiomontano y Bessarión, ver antes, pág. 73, n. 16.

curtatus). Nicolás de Cusa había llevado a Roma un manuscrito con doce comedias nuevas (Vat. D) ya en 1429 [109], pero sólo entonces, gracias al codex B, quedó completo el texto de todos los dramas existentes. Camerarius poseía un conocimiento muy amplio del mundo antiguo, cercano al enciclopedismo erudito del siglo XVII, pero aún más culto, comprensivo y humano. Todos sus manuscritos y cartas existentes, lo mismo que los manuscritos y libros de Piero Vettori, se encuentran en la Biblioteca Estatal de Baviera, la «Camerariana» [110].

Hieronymus Wolf fue discípulo tanto de Camerario como de Melanchthon [111]. Nacido en Oettingen, dejó a la posteridad un relato sombrío de su vida; esto fue apreciado por otro filólogo importante, igualmente desgraciado, J. J. Reiske, que lo imprimió oportunamente en su *Oratores Graeci* [112], porque Wolf fue el más famoso editor y traductor de los oradores áticos. Su Isócrates apareció en 1548, Demóstenes en 1549 y la edición definitiva de 1572, en seis volúmenes con escolios y notas, continuó siendo fundamental durante más de dos siglos. El codex

---

109 F. Ritschl, *Opuscula philologica*, II (1868), 5 ss. Sobre Nicolás de Cusa (llamado tb. Nicolaus Treverensis), secretario del cardenal Orsini, como descubridor y colector de manuscritos clásicos, ver Frank Baron, «Plautus und die deutschen Frühhumanisten», *Studia humanitatis, Ernesto Grassi zum 70 Geburtstag* (Humanistische Bibliothek, Abhandlungen und Texte, Reihe I: Abhandlungen, vol. 16 [1973], págs. 89-101.

110 Clm 10351-14431; cf. K. Halm, *Über die handschriftliche Sammlung der Camerarii und ihre Schicksale* (1873).

111 G. C. Mezger, *Memoria Hieronymi Wolfii* (1862); H. G. Beck, «Hieronymus Wolf», *Lebensbilder aus dem bayerischen Schwaben*, 9 (1966), 169-93; cf. «Augsburger Humanisten und Philologen», *Gymnasium*, 71 (1964), 201 s. Una serie de libros, parte de la biblioteca de Wolf en otro tiempo, han sido identificados recientemente por Heinz Dollinger (1973), quien publicará un artículo sobre ellos.

112 *Oratores graeci*, ed. J. J. Reiske, VIII (1773), 772-876.

Augustanus (A, ahora Monacensis graec. 485) era el manuscrito favorito de Wolf, como es natural, puesto que nuestro hombre, después de varios años de incesante vagar, encontró en Augsburgo un lugar de residencia permanente, primeramente como secretario y bibliotecario de Johann Jacob Fugger (1551-7)[113], y más tarde como director de la Escuela de Santa Ana y administrador de la Biblioteca de la ciudad (1557-80). Para sus estudios griegos habría preferido París, donde acababan de llegar a su apogeo, si no hubiera temido la persecución de la Sorbona por hereje. Sin embargo, la casa de ricos comerciantes que eran los Fugger había formado una notable biblioteca de autores clásicos y bizantinos en Augsburgo[114], no sin la ayuda de Henri Étienne desde París, que no era solamente gran filólogo e impresor, sino también gran coleccionista de libros[115]. En 1571 fueron comprados por el duque Alberto de Baviera los primeros libros impresos y sus manuscritos (unos ciento ochenta griegos y muchos hebreos) para la biblioteca de su palacio de Munich, y tres siglos y pico más tarde se descubrió[116] que un gran número de ellos aún conservaban la signatura registrada por la propia mano de Wolf, de manera que pudo reconstruirse la imponente biblioteca original de los Fugger. Como editor, Wolf fue mucho más allá de los oradores áticos; en 1557 inició una empresa gigantesca publicando

113 Paul Lehmann, *Eine geschichte der Alten Fuggerbibliotheken*, I (1956), 31 ss.

114 Entre los numerosos visitantes extranjeros se contó Roger Ascham, ver luego, pág. 242.

115 Ver antes, págs. 187 ss. Cf. P. Lehmann (antes, n. 113), páginas 81 ss. y *passim*.

116 Otto Hartig, «Die Gründung der Münchener Hofbibliothek durch Albrecht V und J. J. Fugger», *Abhandlungen der Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, Philos.-philol. u. histor. Klasse, XXVIII, 3, 1917).

las primeras ediciones de Iohannes Zonaras, Nicetas Choniates y Nicéphoros Grégoras como parte de un «integrum Byzantinae historiae corpus» [117]. Fue realmente el fundador de la filología bizantina moderna.

Su contemporáneo Wilhelm Holtzmann (Xylander, 1532-1576), nacido en Augsburgo, profesor y bibliotecario de Heidelberg desde 1558, editó prosistas tanto clásicos como bizantinos. Es más conocido como traductor y editor de Plutarco (texto griego, 1572) [118], porque la paginación de su edición impresa en 1599 se usa todavía en las referencias a los *Moralia*. Debemos recordar que por el mismo tiempo la traducción de Amyot hizo de Plutarco un clásico francés [119].

Un filólogo capaz y trabajador, Friedrich Sylburg (1536-1596), completó la edición de Pausanias publicada por Xylander (1583), prematuramente fallecido, y la continuó con una serie de ediciones propias. Mientras estaba empleado como corrector de pruebas de los grandes impresores y publicistas Wechel de Frankfurt y Commelinus de Heidelberg, y como vicebibliotecario de Heidelberg, consiguió publicar clásicos griegos y latinos y textos patrísticos con gran cuidado y éxito [120]. Xylander siguió a

---

117 F. Husner, «Die editio princeps des 'Corpus historiae Byzantinae'», *Festschrift Karl Schwarber* (1949), págs. 143 ss.

118 Sobre el Plutarco de Xylander, ver Sturel (antes, pág. 193, n. 76), págs. 440 ss., y Aulotte (*ibid.*), págs. 31-4. La *editio princeps* de Marco Aurelio (1559) fue obra de Conrad Gessner, no de Xylander, como Sandys y otros aseguran equivocadamente; ver Marc. Aurel., ed. Farquharson, I (1944), XXII ss.

119 Todas las traducciones de Plutarco a lenguas modernas dependen de la primitiva versión de Bruni al latín (ver antes, páginas 59 s.

120 Francamente bien documentado el estudio sobre Sylburg en la reseña que hace B. A. Müller de W. Kroll, *Geschichte der klass. Philologie* (2.ª ed., 1919), en *Philolog. Wochenschrift*, 46 (1926), pági-

Wolf como editor de escritores bizantinos, aunque en escala modesta, limitándose a Cedrenus y Psellus. Pero David Hoeschel, alumno de Wolf[121] (1556-1617, director de Santa Ana a partir de 1593), fue más fecundo. Su primera edición de la *Bibliotheca* de Focio (1601), basada en cuatro manuscritos buenos, fue la manera de conservar los resúmenes del patriarca, únicos en su clase, de doscientas ochenta obras griegas, posteriormente perdidas. Tuvo la suerte única de contar con la ayuda de J. J. Escalígero en las correcciones y adiciones, no sólo para su Focio, sino también para sus primeras ediciones de Procopio (1607) y Frínico (1601). La fundación de una imprenta para estas y otras ediciones fue financiada por la familia de los Welser; el más culto de ellos, Marcus Welser, que sostenía correspondencia con Escalígero y que fue discípulo de Muretus en Roma, publicó en Amberes, en 1598, por lo menos parte del *itinerarium* romano descubierto por Celtis[122]. El mapa fue llamado definitivamente *Tabula Peutingeriana* en la edición de 1618, nombre apenas merecido, pero generalmente aceptado. Con la ayuda financiera de los Fugger se fundó en 1582 un colegio de jesuitas cuya cabeza fue Jacobus Pontanus, no sólo estilista latino elegante, sino también, como sus colegas de la escuela protestante de Santa Ana, editor de obras bizantinas históricas y teológicas.

Resulta evidente, por esta breve lista de nombres, que ya no había filólogos alemanes de significación europea[123]. La filología continuó viviendo calladamente en escuelas y

---

nas 1.164 ss. Ver también K. Preisendanz, «Aus F. Sylburgs Heidelberger Zeit», *Neue Heidelberger Jahrbücher*, N. F. (1937), págs. 55-57.

121 «Augsburger Humanisten und Philologen», *Gymnasium*, 71 (1964), 203 s.

122 Ver antes, pág. 115.

123 Algunos habían emigrado a Holanda, donde esperaban encontrar tranquilidad y mejores condiciones para su erudito trabajo.

universidades, en imprentas y bibliotecas[124]. Decayó, pero sobrevivió, y ni siquiera la Guerra de Treinta Años la abatió con una crisis tan fatal como había ocurrido al final de la antigüedad.

---

124 Para detalles, ver C. Bursian, *Geschichte der classischen Philologie in Deutschland* (1883), págs. 219-356.

XI

RICHARD BENTLEY Y LA FILOLOGÍA CLÁSICA EN INGLATERRA

En nuestra visión de conjunto del siglo XVII hemos encontrado que la escena característica de la mayor parte de los países continentales era la de infatuados polígrafos (polímatas) que llenaban enormes volúmenes con los objetos antiguos coleccionados, y que reproducían en sus ediciones de textos las notas acumuladas durante los dos últimos siglos. Había también algunos filólogos aislados que trabajaban lentamente por su cuenta siguiendo las líneas tradicionales. Pero nunca en la historia de la filología hizo más falta una crítica estimulante que en aquel momento; y precisamente en aquel momento surgió en Inglaterra el genio crítico de Bentley.

Richard Bentley (1662-1742) fue la figura más culminante del siglo XVII. La filología clásica no era cosa nueva en Inglaterra. En casi cada capítulo, a partir de la época de Poggio, hemos tenido ocasión de examinar la relación de los estudios clásicos entre Inglaterra y los países continentales más destacados [1]. Pero antes de Bentley no

[1] Ver antes, págs. 111 s. (Poggio, Eneas Silvio); 118 (Th. Linacre); 127 s. (Colet); 129 (Erasmo); 140 (Th. Moro).

habían alcanzado nunca en la isla un nivel elevado. Llegaron a cierta altura en la época de Erasmo, pero no fue debido a que el círculo de sus nobles amigos británicos formase un grupo de filólogos laboriosos, tales como los encontramos en otros sitios; la verdad fue sencillamente que la familia real, la nobleza y el clero sostuvieron la tradición cristianohumanística, incluso después de la separación de Roma. Se fomentó la educación general clásica y el *Schoolmaster* de Roger Ascham[2] (1515-68) demuestra cómo floreció, especialmente en Cambridge; nos cuenta que encontró a Lady Jane Gray leyendo a Platón muy complacida; como tutor particular de Isabel antes y después que fuese reina, leyó con ella Sófocles, Isócrates y el Nuevo Testamento Griego. Fue gran viajero y vivió varios años en Augsburgo (Alemania) con Hieronymus Wolf[3]; pero en Italia encontró el humanismo en franca decadencia.

Empezó a surgir una enorme abundancia de traducciones[4] que enriquecían la lengua y la literatura inglesas. George Buchanan y otros escribieron mejores poemas latinos que los poetas del continente en la segunda mitad del siglo XVII. Hubo también una estirpe de filólogos en sentido estricto que empezó inmediatamente después del final de la época isabelina. Henry Savile, director de Eton y administrador del Merton College de Oxford hasta 1622, huésped de Casaubon, publicó la edición fundamental de S. Juan Crisóstomo en ocho magníficos volúmenes en folio. Fue motivo de inspiración para la generación siguiente, de la cual podemos mencionar a John Selden[5],

---

2 R. Ascham, *English Works* (*Toxophilus; Report of the Affairs and State of Germany; The Schoolmaster*), ed. William Aldis Wright (1904, reimpr. en 1970). Cf. también M. L. Clarke, *Classical Education in Britain, 1500-1900* (1959).

3 Ver antes, pág. 242.

4 Sandys, II, 239 ss.

5 Ver antes, pág. 203.

John Hales y Thomas Gataker[6] y, en la segunda mitad del siglo XVII, a John Pearson[7], obispo de Chester, a Thomas Stanley[8], editor de Esquilo y rival de Bentley como editor de Calímaco, a Gale, Potter y Barnes. Todos fueron filólogos de éxitos considerables, especialmente en griego, iguales, si no superiores, a sus contemporáneos de otros países.

Sin embargo, lo realmente característico de Inglaterra es la continuidad del humanismo cristianoplatónico. Lo hallamos en la poesía de Spenser, lo mismo que en la filosofía de los platónicos de Cambridge. Tal sistema ocupa una posición intermedia como los arminianos[9] de Holanda, flexible y tolerante, opuesta, por un lado, al fanatismo puritano y, por otro, al deísmo y al librepensamiento. Los mejores de los filólogos arriba mencionados seguían esta tradición: John Selden, por ejemplo, demostraba en sus conversaciones de sobremesa la enorme superioridad clásicocristiana, y John Hales infundía simpatía y humanidad, incluso en los colaboradores en la discusión teológica. Si a primera vista sorprende, resulta completamente lógico que al final del siglo XVII los más acérrimos defensores de la tradición clásica, lo mismo que de la cristiana, en la lucha contra deístas y librepensadores, fuesen tres clérigos británicos e irlandeses, muy diferentes unos de otros, pero unidos en esta causa común: el mayor satírico, Swift; el mayor filósofo, Berkeley, y el mayor filólogo clásico, Bentley.

---

6 Ver Marco Aurelio, ed. Farquharson (antes, pág. 238, n. 118), I, págs. XLV ss., y la justa valoración de G. Zuntz del comentario de Gataker (1652) en *Journal of Theol. Stud.*, 47 (1946), 85.

7 Ver E. Fraenkel, Aesch. *Ag.* I, págs. 78 ss.

8 Ver luego, pág. 257; cf. Call., II págs. XLIV s., e *Historia* [I], 246.75 y 492.

9 Ver antes, págs. 212 s.

Hemos visto que hombres con inquietudes religiosas, cual Escalígero, no habían discutido nunca como problema la relación entre Cristiandad y mundo antiguo. Lo mismo ocurrió con Bentley; con la absoluta firmeza de una larga tradición abarcó ambas cosas por igual en su vida y en sus escritos. Un nuevo aspecto de su carácter [10] fue la influencia de la ciencia contemporánea que entonces iba prevaleciendo; conocía bien las publicaciones de Newton, y llegó a ser amigo personal suyo, como veremos [11].

Nacido en 1662, llegó a octogenario y la mayoría de sus escritos aparecieron después de 1700. Pero tenía la increíble vitalidad del siglo XVII, a veces, según parece, en grado excesivo. La inmensa capacidad de lectura, el conocimiento casi ilimitado de lenguas y de temas eran características de este período. Pero al mismo tiempo reconocemos un nuevo refinamiento de espíritu, una confianza absoluta en el poder de la razón para analizar y criticar la tradición y para encontrar el orden legítimo en las creaciones de la mente humana. Éstas eran las tendencias de la nueva época [12], Bentley pertenece a los dos períodos y esto puede quizá explicar algo de su sorprendente e, incluso, rara conducta. Pero detrás de todos los desacuerdos externos, había una personalidad firme y consciente.

Bentley había nacido en una aldea de Yorkshire, Oulton, cerca de Wakefield; su madre le enseñó latín y le envió a la escuela de gramática de Wakefield; a los catorce años entró en St. John's College (Cambridge) y sacó su primer título a los dieciocho. Pero no pudo conseguir una

---

10 Sobre ciencia y filología en Francia, ver antes, pág. 196, n. 81 (J. J. Escalígero y P. de la Ramée).

11 Ver luego, pág. 248.

12 Las cuales van mucho más lejos que el racionalismo de Valla (cf. antes, págs. 78 y 132 s.).

beca en St. John, puesto que dos naturales de Yorkshire ya tenían tales becas. Por lo tanto, después de ocupar, por poco tiempo, una plaza de maestro en la escuela de Spalding, pasó a ser tutor particular del hijo del deán de St. Paul, Dr. Stillingfleet, y vivió durante seis años en Londres con el deán y su familia. Stillingfleet tenía una de las mejores bibliotecas particulares de su época, y el libre uso de esta biblioteca puso los sólidos cimientos del vasto conocimiento de Bentley en materia de clásicos, teología, filosofía y ciencia. En 1690 Bentley tomó las órdenes sagradas, Stillingfleet fue nombrado obispo de Worcester [13] y Bentley pasó con su discípulo a Wadham College, Oxford. Disfrutó intensamente de los tesoros de la Bodleian Library, que, según nos dicen, le inclinó a preferir Oxford a Cambridge [14], e hizo posibles sus primeros proyectos literarios, pero al final del mismo año tuvo que abandonar Oxford para ir a residir con el obispo en Worcester. Aquí escribió su *Epistula ad Millium,* o sea, a su amigo el doctor John Mill, director de St. Edmund Hall, Oxford [15]. La publicación de esta «carta» en *1691* le dio fama de filólogo clásico.

Al año siguiente encontramos a Bentley en otro campo. Robert Boyle, uno de los científicos más destacados de la época, que estaba convencido de que la razón y la religión podían conciliarse, acababa de morir y había dejado

---

[13] A Bentley le divertiría saber que él figuraría como «el muy ortodoxo... futuro obispo de Worcester» en la literatura moderna, americana y alemana, ver A. Koyré, *From the Closed World to the Infinite Universe* (Baltimore, Md., 1957), pág. 189; lo acepta F. Wagner, «Neue Diskussionen über Newtons Wissenschaftsbegriff», *Sitz. Ber. Bayer. Akad. der Wissenschaften, Philol.-hist. Klasse,* Jahrg. 1968, Heft 4, pág. 14.

[14] Monk, I, 18 n. (luego, pág. 250, n. 32).

[15] *Epistula* reimpresa con introducción y notas por G. P. Goold (1962). A. Fox, *John Mill and Richard Bentley* (1954); cf. *infra,* págs. 250 ss.

cincuenta libras para el encargado de predicar ocho sermones en los cuales la religión cristiana tenía que ser vindicada contra heterodoxos notorios, tales como ateos y deístas. Los albaceas encargaron de ello a Bentley, el cual, desde el púlpito de la iglesia de S. Martín de Londres, pronunció sus «conferencias de Boyle» («Refutación del ateísmo») de marzo a diciembre de 1692, en las cuales trató especialmente de presentar a Thomas Hobbes como ateo disfrazado de deísta. Bentley no apeló, como los teólogos, a la autoridad de los libros sagrados, sino, como decía, «a los grandiosos volúmenes de la naturaleza visible y a las tablas perennes de la recta razón». En las tres últimas conferencias aceptó los grandes descubrimientos de Newton, publicados en sus *Principia* cinco años antes, y los usó para probar la existencia de un creador inteligente y todopoderoso. Las conferencias del legado de Boyle dieron origen a las famosas *Cuatro cartas de Sir Isaac Newton*[16]. Newton quedó muy complacido y aprobó los argumentos de Bentley en general, aunque señalando algunos errores matemáticos. Su pensamiento en conjunto puede verse en las conferencias del legado de Boyle[17]; es el perfecto polemista que no declama pasajes de las escrituras, sino que prueba su punto de vista con argumentos adecuados, y es capaz de desarrollar una elocuencia impresionante; así, en el epílogo del último de los ocho sermones hizo la comparación siguiente[18]:

---

16 R. Bentley, *Works*, ed. A. Dyce, III (1838, reimpr. en 1966), 201 ss.

17 El primero en llamar mi atención hacia los sermones fue mi amigo el difunto profesor de Inglés en la Universidad de Hamburgo, Emil Wolff, al cual debo, en relación con este capítulo, más de lo que puedo recordar.

18 R. Bentley, *Works*, III, 200.

> Hemos demostrado antes[19] que el cuerpo del hombre, que se compone de una variedad inabarcable de partes, todas admirablemente adaptadas a sus funciones y a la conservación del conjunto, no pudo haberse formado de manera más fortuita de lo que pudo componerse, por la combinación casual de letras, la *Eneida* de Virgilio o cualquier otro poema aún más extenso con buen sentido y justas proporciones. Ahora bien, para seguir con esta comparación[20], así como es absolutamente imposible creer que un poema tal pueda haber sido eterno, transmitido de ejemplar en ejemplar sin ningún primer autor original, de la misma manera es igualmente increíble e imposible que la estructura de los cuerpos humanos, que tiene un artificio tan excelente y divino y, si es posible decirlo, tan buen sentido y verdadera sintaxis y medidas armoniosas en su constitución, sea propagada y trasmitida de padre a hijo sin un primer progenitor y creador...[21].

El punto sorprendente de este argumento es que, para Bentley, el ejemplo natural de perfecta teología, apropiado y razonable en el conjunto y en sus partes, es el gran poema clásico; la analogía es tan estricta que el organismo humano tiene, incluso, sus cualidades gramaticales y métricas, verdadera sintaxis y medidas armoniosas como la poesía, y la estructura de los cuerpos humanos es una transcripción de padre a hijo como las copias de un texto. En ambos casos tiene que haber un primer

---

19 En el quinto sermón, *ibid.*, págs. 112 ss.

20 Me he preguntado a menudo si «esta comparación» fue inventada por Bentley mismo; el paralelo más cercano que he podido hallar y que podría haberle inducido a su propia versión, parece ser S. Agustín, *Civ. Dei.* XI 18: «Deus... ita ordinem saeculorum tamquam pulcherimum carmen...». Ver E. R. Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter* (1948), págs. 401 ss. 441 ss.

21 La cita merece ser puesta en el texto por la importancia de su contenido. Es también un buen ejemplo del estilo de Bentley —aunque para apreciarlo del todo, debería uno seguir leyendo hasta el «amén» final.

autor y un original. Para la filología clásica el punto importante que se transparenta en el desarrollo del argumento de Bentley es la creencia en la armonía original de la poesía clásica, su buen sentido y justas proporciones que —si se corrompen por transcripción de copia en copia— deben restablecerse mediante crítica razonable. Y así, estas conferencias boylianas revelan una trabazón característica de su teología cristiana con su filología humanística y delatan la firmeza de sus principios.

En cuanto fueron publicadas las conferencias en Inglaterra y traducidas en Holanda y Alemania, causaron profunda impresión; pero una segunda serie de conferencias de Boyle, «Defensa del cristianismo», pronunciadas dos años más tarde, no se publicó nunca y parece haberse perdido. Mientras tanto, Bentley, que todavía residía con el obispo de Worcester, fue nombrado conservador de las bibliotecas reales en 1694, después capellán del rey en 1695 y en 1696 pasó a ocupar las habitaciones de Bibliotecario Real en el palacio de S. Jaime, junto al conde de Marlborough, el futuro héroe de Blenheim, y el mismo año se doctoró en Teología en Cambridge, y al predicar ante la universidad defendió nuevamente el cristianismo contra el deísmo. Por una carta de 1697 [22] nos enteramos de que cada semana se reunía en las habitaciones de Bentley en S. Jaime una tertulia compuesta de sus más fieles amigos, John Evelyn (que en vano le apremiaba a que publicase la segunda serie de sus conferencias de Boyle), Christopher Wren, John Locke e Isaac Newton [23]. En ese mismo año apareció la primera *Disertación sobre las Epístolas de Fálaris* como apéndice de un libro de su

---

22 Bentley, *Correspondence,* I (1842), 152 (21 oct. 1697).
23 Cf. *supra,* pág. 245, n. 11.

amigo Wotton[24]. La edición, aumentada, de 1699 dejó establecida la reputación de Bentley en toda Europa.

A fines de este año ocurrió que quedó vacante la dirección del Trinity College de Cambridge. La comisión nombrada por el rey para proveer el cargo recomendó a Bentley por unanimidad, y pasó a ocuparlo en 1700, a los treinta y ocho años. Se casó al año siguiente, cuando era, además, Vicecanciller de la Universidad. En 1717 fue elegido Profesor Regio de Teología, en realidad por su propio voto, mediante una maniobra extraordinaria[25]. En el campo teológico había publicado en 1713 sus *Observaciones*[26] *sobre un Discurso póstumo acerca del Librepensamiento (de A. Collins)*[27], y había pronunciado un *Sermón sobre el Papismo*[28] en 1715; su introducción sobre los tres testigos celestes de I Juan 5:7 es de 1717. En el campo clásico publicaba de vez en cuando la edición de un texto, generalmente en el momento en que necesitaba la ayuda de un poderoso mecenas; pues los cuarenta y dos años de su dirección del Trinity[29] hasta su muerte en 1742 distaron mucho de ser un remanso de paz para el Colegio y Universidad[30]. Bentley no fue en absoluto un director imparcial, sino un dirigente autoritario en continuo conflicto con los profesores del Trinity y con

---

24 William Wotton, *Reflections upon the Ancient and Modern Learning* (1964; 2.ª ed., 1697).

25 Monk (luego, n. 32), II, 8 ss.

26 *Works*, III, 287 ss.

27 Collin's *Discourse*, reimpreso, traducido y completado con una introducción por G. Gawlick, Stuttgart, 1965 (La Philosophie et communauté mondiale [2]).

28 *Works*, III, 241 ss.

29 Bentley fue muy solícito en promover los estudios científicos, matemáticas, astronomía y química entre los miembros de su *college*.

30 Su vida familiar, por el contrario, parece haber sido pacífica y feliz.

otros miembros de la Universidad. Los episodios de esta lucha homérica son verdaderamente emocionantes y casi únicos en la honrosa historia de la filología clásica[31]; pero los cuentan todas las biografías de Bentley[32].

Trataremos a continuación de las dos primeras publicaciones de mérito sobresaliente de Bentley, la *Epistula*

[31] Por lo menos no hubo amenaza de derramamiento de sangre, como en el conflicto entre Poggio y Valla, ver antes, pág. 68.

[32] No hay una biografía de Bentley aceptablemente moderna. La obra clásica es aún J. H. Monk, *The Life of Richard Bentley* (1830, 4.º; 2.ª ed. revisada y corregida, 2 vols., 8.º, 1833, reimpr. en 1969); Monk era filólogo clásico, que fue nombrado Regius Professor en Cambridge en 1806, y posteriormente, Obispo de Gloucester. Un libro de más fondo y elegante, pero breve, es el *Bentley* de R. C. Jebb (English Men of Letters, 1882; reimpr. de 1968); Jebb está menos interesado en los detalles biográficos que en la filología de Bentley y en su estilo como gran escritor inglés. En contraste con Jebb, parece que R. J. White, autor de *Dr. Bentley. A study in Academic scarlet* (Londres, 1965), está familiarizado, como historiador, con la época en que Bentley vivió, pero falto de preparación para escribir un libro detallado sobre un filólogo cuya valía radica en su obra sobre clásicos griegos y romanos. — De los muchos artículos sobre Bentley, el más meritorio me parece el diseño de la vida de Bentley, de Federico Augusto Wolf, en sus *Literarische Analekten,* I, 1-89, y I 493-9 (1816, reimpreso en sus *Kleine Schriften,* II (1869), 1.030-94, ver luego, pág. 287, n. 1). La colección de las *Obras* de Bentley, editadas por Alejandro Dyce (1836-38, reimpr. en 1966) dejó de publicarse después del tercer volumen y contiene sólo una pequeña fracción de su obra total. Su *Correspondence* fue editada por Christopher Wordsworth (2 vols., 1842). Ver también J. Bernays, «R. Bentley's Briefwechsel», *Rh.M.,* N.F. 8 (1853), 1 ss. También hay algunas ediciones de cartas para determinadas personas. Muchas de las más importantes notas de los márgenes de sus libros se han publicado en diferentes artículos, libros y ediciones; las referencias se hallan en A. T. Bartholomew, *R.B., a bibliography* (Cambridge, 1908). Para honrar el tricentenario del nacimiento de Bentley, se publicaron en 1962 bastantes escritos y conferencias. Ver, especialm., *Proceedings of the Classical Association,* 59 (1962), 25 ss., donde J. A. Davison nos recuerda que las obras de Bentley no han sido recogidas todavía.

ad Millium (1691) y la *Disertación sobre las Epístolas de Fálaris* (1699), después, de las ediciones de textos y fragmentos antiguos y, por último, de aquellos grandes proyectos que no pudo llevar a cabo él mismo.

El único manuscrito de la Crónica (χρονογραφία) de Iohannes Malalas (escrita en la segunda mitad del siglo VI d. de C. en Antioquía de Siria) se encuentra en la Biblioteca Bodleyana. La obra de Escalígero había despertado interés por todos los vestigios de obras cronológicas, y algunos filólogos de Oxford habían citado el códice; dos, incluso, habían preparado una edición de la crónica, pero murieron antes de empezar su impresión. Pues bien, en 1690 se confió a Humphrey Hody, tutor universitario de Stillingfleet, el discípulo de Bentley, la edición y a John Mill la supervisión general. Las pruebas fueron enviadas a Bentley, a quien su amigo Mill rogó que comunicase cualquier sugerencia que pudiese ocurrírsele. Las sugerencias de Bentley en forma de carta a su amigo se publicaron como apéndice a la citada edición de la crónica de Hody y llenaron noventa y ocho páginas. En la crónica de Malalas hay un cierto número de citas de autores griegos antiguos; Bentley restableció los pasajes corruptos con ayuda de textos aún no publicados, pero que él conocía por manuscritos de Oxford, bien de la biblioteca bodleyana[33] o de los colleges.

Se interesaba, sobre todo, por las referencias a los dramaturgos áticos; por ejemplo, cuando la crónica se refería a una obra de Eurípides sobre Pasífae[34], Bentley

33 Por ejemplo, Bentley descubrió la *Ortografía* de Teognosto, con muchas citas antiguas (por primera vez publicada en 1835 en *Anecdota Graeca Oxon.*, II, 1-165, de Cramer).

34 Ioh. Malalas, pág. 86.10, ed. Dindorf (1831), περὶ δὲ τῆς Πασιφάης ἐξέθετο δρᾶμα Εὐριπίδης ὁ ποιητής, Eur. frag. 471 s. N.[2], H. von Arnim, *Supplementum Euripideum* (1913), págs. 22 ss. (Κρῆτης = *Berliner Klassikertexte*, V, 2.73. *TGF*, fr. 472 a = *P. Oxy.*, 2461, fr. I.12, *Supplementum ad TGF*[2], ed. B. Snell (1964), pág. 9.

(sin ayuda de nuestras colecciones y bibliografías modernas) podía afirmar que no había ningún drama de Eurípides titulado Pasífae, sino que la leyenda se basaba en el argumento de los Κρῆτες de Eurípides. Demostró que un fragmento anapéstico (fr. 472 N.²) de Eurípides citado por Porfirio pertenecía también a los Κρῆτες, no a las Κρῆσσαι, como Grocio [35] había asegurado en sus *Citas de Dramaturgos Griegos*; *en passant*, restableció el texto corrupto y explicó la estructura del dímetro anapéstico, cuya ley esencial había sido ignorada por todos los filólogos modernos y descuidada en todas las ediciones modernas. Grocio, por ejemplo, en su traducción de este fragmento, suponiendo, como todos los demás (incluidos Escalígero y Buchanan), que la última sílaba de todo dímetro era *anceps*, había puesto muchas veces un tríbraco al final en vez de un anapesto. Pero Bentley observó que los anapestos se encabalgaban con el paremíaco como si el conjunto hubiese sido un solo verso continuo, y así descubrió la continuidad métrica del sistema anapéstico. Del metro griego pasó a los fragmentos anapésticos de la tragedia latina, los enmendó e, incluso, describió uno nuevo en una cita poética de Cicerón [36]. Demostró que era espuria una larga cita de Sófocles [37], que traen varios autores cristianos, alegando que una de sus expresiones era un hebraísmo que aparecía en el Antiguo Testamento (καρδίᾳ πλανώμενοι).

En otro pasaje, la crónica da el nombre de Minos a uno de los dramaturgos citados en el texto; Bentley señaló que no se refería a Minos, sino a Ión de Quíos [38]

---

35 Ver antes, pág. 216.

36 *Works*, II, 276.

37 *Works*, II, 256 ss., y Addenda, pág. 357 s. = [Soph.] fr. 1126 Pearson.

38 *Works*, II, 304 ss.; sobre correciones de Bentley en muchos fragmentos de Ión, ver *TGF²*, págs. 732 ss.

y añadió una discusión exhaustiva del hombre y sus obras. Estaba muy familiarizado también con los fragmentos de la poesía helenística y con todos los lexicógrafos, de Hesiquio a Sudas, y con las Etimologías. La obra entera está recargada de una exuberancia impresionante de conocimientos sobre lengua, asunto, metro, historia literaria, y es de un estilo coloquial, vivo, suasorio y lleno de humor.

La *Disertación sobre las Epístolas de Fálaris* es una obra del mismo tipo, pero escrita en inglés en vez de latín, innovación que marca época en la filología clásica [39]. El origen de la obra necesita alguna explicación.

Al final del siglo XVII el espíritu francés había proclamado la superioridad de los modernos sobre los antiguos [40]; la controversia que se suscitó llegó a Inglaterra y fue el punto de partida de un debate sobre las Epístolas de Fálaris, porque Sir William Temple [41], el ilustre hombre de estado, defendiendo a los antiguos en un «Ensayo sobre cultura antigua y moderna» (1692), expresó profunda admiración hacia las fábulas de Esopo y las epístolas de Fálaris: «creo que las epístolas de Fálaris tienen más clase, más espíritu, más ingenio y talento que todas las demás que he visto, tanto antiguas como modernas» [42]. Esta declaración produjo una tendencia repentina hacia el antiguo género de terror y el decano de Christ Church, Oxford, animó a un joven de su College, que prometía mucho, el Honorable Charles Boyle, sobrino

---

39 Cf. *supra*, págs. 88 s. Henricus Stephanus había escrito en francés, pero sólo en circunstancias especiales.

40 Ver antes, pág. 227.

41 Sobre W. Temple, ver H. W. Garrod, «Phalaris and Phalarism», en *The Study of Good Letters* (1963), págs. 163 ss.; Swift estaba «al servicio» de Temple. Ver también K. Borinski, «Die Antike in Poetik und Kunsttheorie», II = *Erbe der Alten*, 10 (1924, reimpr. en 1965), 104 ss., «Der Ritter Temple».

42 *Works*, nueva ed., vol. III (1841, reimpr. en 1968), pág. 478.

nieto de Robert Boyle[43], a que hiciese una nueva edición, la cual se publicó en 1695. Mientras tanto, el amigo de Bentley, William Wotton, había sometido el ensayo de Temple a un examen detenido en sus «Reflexiones sobre la cultura antigua y moderna», en las cuales, actuando como mediador, indicaba que los antiguos eran superiores en elocuencia y poesía, los modernos en ciencia —cosa que Temple había desatendido completamente.

El propio Bentley[44] había dicho en una conversación privada que las «Epístolas» eran una obra espuria, indigna de una nueva edición, y cuando en 1697 le fue solicitada una reedición de las «Reflexiones» de Wotton, se apresuró a contribuir con un apéndice titulado «Disertación sobre las Epístolas de Fálaris». Se había irritado por una frase irónica del prefacio de Boyle donde daba a entender que Bentley, «por su especial manera de ser», le había negado el tiempo necesario para cotejar el manuscrito de las Epístolas de la Biblioteca Real. Bentley narró entonces los hechos exactamente, acabando con la amarga observación: «ellos (Boyle y sus amigos) tenían que haber preguntado antes de lanzarse a imprimir, lo cual es una espada en manos de un niño». La frase «una espada en manos de un niño» no fue creada por Bentley, sino que era adaptación de proverbio griego μὴ παιδὶ μάχαιραν[45] muy apropiada en este lugar y buen ejemplo de su estilo alusivo[46]. En su segunda y definitiva edición, la «Disertación» de Bentley se transformó, de un modesto

43 Ver antes, pág. 245.

44 *Works*, I, pág. II.

45 Se dan referencias en el *Corpus paroemiographorum Graecorum*, eds. Leutsch-Schneidewin (1839), sobre el Ps.-Diogeniano, VI 46 (no en el codex Athus).

46 Sería conveniente disponer de un texto de confianza de los escritos de Bentley con referencias sobre sus citas y alusiones literarias.

apéndice de noventa y ocho páginas, en un grueso volumen de unas seiscientas páginas; y el autor, que había empezado con una actitud defensiva, llegó, en el ardor de la polémica [47], a una actitud cada vez más agresiva. Como Bentley escribía entonces en inglés [48], su estilo se hizo más explosivo que en la *Epistula* latina y escandalizó a muchos de sus lectores; realmente, como escritor no era distinto de los mayores satíricos ingleses de su época. En la larga controversia, Swift, que estaba al servicio de Sir William Temple [49], naturalmente, luchó al lado de los adversarios de Bentley en su *Cuento de una Tina* y en su *Batalla de los Libros.* Hay que citar un pasaje breve de la fábula de la abeja y la araña, inserta en la *Batalla de los Libros.* Swift [50] presenta a la abeja diciendo contra la araña: «la diferencia está en que, en vez de suciedad y veneno, hemos decidido más bien llenar nuestras colmenas con miel y cera, y así damos a la humanidad las dos cosas más nobles; la dulzura y la luz». «Suciedad y veneno» se refieren a Bentley; y esta frase mordaz muestra la impresión que sus escritos causaban a sus contemporáneos. Por lo que se refiere al estilo, había suciedad y veneno por ambas partes, *pace* Swift; pero, por lo que se refiere al fondo del asunto, Bentley tenía razón en todo, y suya fue la victoria final, como veremos.

La disertación de Bentley sobre las cartas de Fálaris es el producto más sorprendente de la «querelle des anciens et des modernes». Temple y los que le siguieron estaban al lado de los «antiguos», o sea, de los escritores

---

47 Una bibliografía completa de los panfletos de ambas partes la da Woldemar Ribbeck en su traducción alemana de la «Dissertation» (Leipzig, 1857), págs. XXVIII-XXXII.

48 Ver antes, pág. 253.

49 Ver antes, pág. 253, n. 41.

50 Swift, *Prose Works,* ed. Temple and Scott (1907), I, 172; cf. Borinski (arriba, pág. 253, n. 41), pág. 105.

a quienes consideraban los mejores representantes de la literatura antigua. ¿Hay que decir que Bentley, porque se enfrentaba con ellos, era por lo mismo partidario de los modernos, conclusión que podría suponerse apoyada en su amistad con científicos como Newton? Parece que en los escritos de Bentley no existen pruebas para sostener este punto de vista. Su principal preocupación en la «Disertación» era examinar las cartas de Fálaris exhaustiva y metódicamente y presentar una prueba irrefutable de la falsedad de estas «declamatiunculae», como Erasmo las había llamado con razón [51]. Para demostrarlo tuvo que investigar cuestiones de cronología y especialmente de lengua. Tuvo que concentrarse también en la época de Pitágoras, la historia de Sicilia, en particular de Zancle y Mesina, y la moneda siciliana. Pero en el centro de su alegato encontramos otra vez, como en la *Epistula*, la gran literatura ática de la época de la tragedia, comedia y drama satírico, con un capítulo fundamental sobre el dialecto ático e imitaciones aticistas. Con mayor amplitud aún que en el libro anterior, pudo desplegar el pleno poder, madurez y extraordinaria altura de su filología.

Casi parece increíble que, en los años que mediaron entre las dos ediciones de la «Disertación», Bentley pudiese obsequiar a Graevius [52] con su nueva colección de los fragmentos de Calímaco, que había prometido antes, en 1693, y entregó por fin a la imprenta en 1697 [53]. Pero

---

51 Bentley, *Works*, I, 80 (Phalaris): «The great Erasmus... his words: 'those Epistles... what else can they be reckoned than little poor declamations?'». No hay que llamarlas falsificaciones, como hace, por ejemplo, G. N. Clark, *The Seventeenth Century* (1948²), pág. 271, porque nadie habría sido engañado por ellas en la antigüedad.

52 Uno de los filólogos nacidos en Alemania, pero que trabajaban en Holanda (ver antes, pág. 234).

53 Ver *Correspondence* (arriba, pág. 250, n. 32), I, 53, *passim*.

esta obra de pura erudición fue objeto de censuras[54], porque se supuso que Bentley había utilizado las notas de Stanley[55] sin confesarlo. Sin embargo, no había visto en absoluto la trabajosa colección de Stanley que contenía unos doscientos cincuenta fragmentos de Calímaco procedentes de fuentes impresas, trabajo respetable, puesto que sus predecesores, Vulcanius y Ana Fabri, habían descubierto en conjunto no más de ochenta y seis y cincuenta y tres fragmentos, respectivamente. Bentley, por su conocimiento excepcional de los manuscritos[56], pudo realizar grandes avances; no sólo ascendió a cuatrocientas diecisiete el número de citas de Calímaco identificadas por él, sino que el texto corrupto fue restablecido en muchos casos, en parte con la ayuda de nuevos manuscritos, pero, sobre todo, por el genio corrector de Bentley[57]. Incluso, muchas de sus más audaces conjeturas han sido completamente confirmadas por los papiros[58]. Por otra parte, su autoridad era tal que, incluso en los casos que erró, desorientó a los editores posteriores[59]. Henricus Stephanus[60] había tratado una vez de hacer una

---

A. C. Clark, «Die Handschriften des Graevius», *Neue Heidelberger Jahrbücher*, I (1891), 238 ss.

54 Ver Call., II págs. XLIV s., para detalles del supuesto fraude.

55 Ver también Thomas Stanley, *The Poems and Translations*, ed. G. M. Crump (1962).

56 *Ep. ad Millium* (antes, pág. 245, n. 15), págs. 351 ss.

57 Ver Call., II págs. XLV s.

58 Ver, por ejemplo, Call., fr. 64.8, 13, 14; 178.33; 191.10.

59 Un ejemplo característico e instructivo es el arreglo de un verso calimaqueo (fr. 21.3) en los escolios de Licofrón. Reconoció en él un auténtico rompecabezas, pero procuró resolverlo. Los resultados pueden seguirse fácilmente en la nota de O. Schneider sobre el fr. 206 de su Call., pues Schneider anotó fielmente las propias palabras de Bentley junto con las tentativas de filólogos posteriores. Creo haber restaurado correctamente el Hexámetro de Calímaco al escribir ἀνιήσουσα, en vez de las lecciones del manuscrito ἀνήσουσα o ἀνίσχουσα.

60 Ver antes, pág. 188.

colección de fragmentos de líricos griegos. Pero el Calímaco de Bentley fue la primera obra metódica en este campo; la colección misma resultó exhaustiva para su época, y al tratar de ordenar los fragmentos en el orden de las obras perdidas y hacer algunas cautelosas reconstrucciones, la convirtió en un modelo para la posteridad. Aunque introdujo enmiendas en unos trescientos fragmentos en la edición que hizo Leclerc[61] de Menandro y Filemón, no dio a luz, por su parte, ninguna otra colección después de la de Calímaco.

Una edición, proyectada, de los lexicógrafos nunca llegó a su término. Pero también en este campo ayudó Bentley a filólogos de Holanda y Alemania, contribuyendo al Suidas de Küster (1705) y al Polux de Hemsterhuys (1706); y su interés se transmitió a sus sucesores, porque casi todos los filólogos ingleses y holandeses del siglo XVII son conocidos por sus estudios y críticas de los lexicógrafos. La obra principal de Toup fue sobre Suidas, Porson editó a Focio y finalmente Gaisford lanzó ediciones de Suidas, el *Etymologicum Magnum* y los Paremiógrafos —todo ello sin el beneficio de la labor de «equipo» de los siglos XIX y XX.

Los textos completamente conservados de los cuales Bentley publicó nuevas ediciones fueron Horacio (1711, reimpreso muchas veces hasta 1869), Terencio, con una recensión apresuradamente añadida de Fedro, Publilio Siro (1726) y Manilio (1739). Su prefacio y notas de Horacio contienen la frase más famosa acerca de su «método», que ha sido citada una y otra vez durante más de dos siglos, y ha sufrido el destino tradicional de tales citas, convirtiéndose en semicita[62]. Es costumbre mencionar

---

61 Sobre Leclerc, ver antes, pág. 233.

62 Cf. *supra*, pág. 130, n. 17 (Erasmo) y pág. 199, n. 91 (Escalígero).

(de las notas de Hor. *c.* III 27.15) solamente las palabras: «nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt», y omitir «praesertim accedente Vaticani veteris suffragio»[63]. Bentley, que fue el primero en reconocer el extraordinario valor del codex Blandinius vetustissimus para el texto de Horacio, sabía muy bien la necesidad de consultar los manuscritos antes de ejercer la crítica.

Pero difícilmente abrigaba duda alguna sobre el acierto del texto restablecido por su crítica; por el contrario, tenía absoluta confianza en su propia «adivinización». Sobre su conjetura de la rara palabra *vepris*[64] en lugar de la lección *veris* del manuscrito en *c.* I 23.5, comentaba «nihil profecto hac coniectura certius est; suoque ipsa lumine aeque se probat, ac si ex centum scriptis codicibus proferretur». En el prefacio a su Horacio hay una especie de clímax en sus amonestaciones al filólogo, que empiezan con «noli... librarios solos venerari; sed per te sapere aude»; continúan con «sola ratio, peracre iudicium, critices palaestra», y que culminan en la necesidad de adivinación, μαντική, la cual no puede adquirirse con el esfuerzo y una larga vida, sino que tiene que ser innata. La confianza en su propia adivinación condujo a Bentley a la creencia de que sabía lo que el poeta tenía que haber escrito. En opinión de Bentley, Horacio, como poeta clásico, no podía haber escrito nada incongruente con las medidas armoniosas de la poesía clásica. Aquí vemos lo que significa para la crítica literaria el pasaje de las con-

[63] Uno de los corresponsales de Erasmo, el teólogo español J. Ginés de Sepúlveda, había usado una frase parecida sobre la «ratio», casi dos siglos antes, hablando de interpretación y traducción (Erasmi *Ep.* 2938.27 s., 23 mayo 1534, citado arriba, pág. 164, con otras referentes a Sepúlveda, ver especialm. *Ep.* 2905.16 ss. sobre S. Pablo, *Gal.* 4:25). Es interesante notar en cuántas ocasiones nos tenemos que remitir a Erasmo y su círculo.

[64] No importa para nuestro objeto que se le haya anticipado Gogavius.

ferencias de Boyle citado antes[65]. El verdadero crítico debe reconocer los errores de transmisión y restablecer la armonía original.

Se dice que Bentley había hecho más de setecientos cambios en el texto de Horacio siguiendo el método intuitivo[66]. Para nosotros es fácil ver su punto débil: él no estaba frenado ni por el conocimiento del estilo histórico e individual del autor ni por la historia del texto. Pero la comprensión histórica es, como veremos, adquisición de época tardía. Bentley, a pesar de sus numerosas y a veces graves equivocaciones, hizo más que otro cualquiera para elevar el nivel del sentido crítico, y siempre resulta provechoso aceptar sus sugerencias en materia de lengua, gramática, estilo y metro. Como crítico conjetural, no tiene paralelo en la historia de la filología clásica.

Cambió casi mil lecciones en su edición de Terencio (1726) por razones principalmente métricas. Pero hay que recordar que los siglos XVI y XVII habían reconocido en Terencio únicamente dos metros, el yámbico y el trocaico. Bentley, en «De metris Terentianis σχεδίασμα» que precede a su texto, fue el primero en arrojar clara luz sobre métrica no sólo de Terencio, sino de los dramaturgos latinos en general. Su descubrimiento tuvo consecuencias revolucionarias para la constitución del texto; no debe sorprendernos que se dejase llevar hasta hacer afirmaciones desorientadoras. En el «Schedíasma» Bentley se encontró inevitablemente con el problema atormentador del ictus del verso latino e incluso del griego[67]. A pesar de

[65] Ver antes, págs. 246 s.

[66] R. Shackleton Bailey, «Bentley and Horace», *Proceedings of the Leeds philosophical and literaty society*, 10 (1962), Part III, págs. 105-15.

[67] Cf. E. Kapp, «Bentley's Schediasma 'De metris Terentianis' [reimpreso por F. Reiske en su edición de Plaut., *Rud.* (1826), págs. 77 ss.] and the modern doctrine of ictus in classical verse»,

los esfuerzos de los filólogos modernos por alcanzar una solución plausible, la confusión y los errores parecen haber aumentado, y si deseamos ver las cosas claramente, valdría más volver al «Schedíasma» de Bentley de 1726. Continúa siendo una prueba de su talento el haber dado explicación clara y satisfactoria de los asuntos más difíciles.

Sus ediciones también se beneficiaron de aquella familiaridad con los gramáticos griegos que había sido patente incluso en sus primeras publicaciones. El antiguo comentario latino de Donato sobre Terencio fue conocido por Salutati en el siglo XIV [68], pero Bentley fue el primero en usarlo adecuadamente para el texto de las comedias [69]. La última edición de Bentley, el Manilio [70] de 1739 [71], presentó una nueva tendencia crítica; no menos de ciento setenta versos fueron rechazados como interpolaciones.

Su serie de ediciones completas fue acompañada de algunas aportaciones, pequeñas pero importantes, al texto de los *Caesares* de Suetonio [72], al de Cicerón (en el Apéndice de las *Disputaciones Tusculanas* de Davis, 1729), de Nicandro (para el Dr. Mead en 1722), y de varias inscripciones, especialmente la del coloso de los naxios en Delos [73].

Mnemosyne, Series III, 9 (1941), 187-94 = E. K., *Ausgewählte Schriften* (1968), págs. 311-17.

68 Ver antes, págs. 53 ss.

69 Cf. G. Jachmann, *RE*, V A I (1934), 598 ss. *passim*. K. Dziatzko, *Neue Jahrbücher*, Supplem. 10 (1878/9), 662 ss., 675 ss., en relación con el *Codex Bodleianus canonicus lat. 95* (siglo XV) y con las conjeturas de Bentley.

70 Cf. *supra*, págs. 200 s. (Escalígero).

71 Entre el Terencio y el Manilio había publicado su lamentable y muy criticada edición del *Paraíso perdido* de Milton (1732), que no nos interesa aquí, en una historia de la filología clásica.

72 M. Ihm, «R. Bentley's Suetonkritik», *Sitz. Ber. Preuss. Akad. d. Wis.*, Jg. 1901, 1.677-95.

73 «The image of the Delian Apollo and Apolline ethics», *Journal*

En las últimas décadas de su vida emprendió Bentley dos ambiciosos proyectos que tuvieron un efecto inmenso en el futuro de la filología, a saber: la edición del Nuevo Testamento y la de Homero. Su amigo John Mill [74] había publicado una edición del Nuevo Testamento en 1707. El texto era, por supuesto, el llamado *Textus receptus* [75], pero al pie de página había registrado Mill muchas más lecciones variantes que cualquiera de sus predecerores, reunidas en treinta años de esfuerzo. Su número —unas 30.000— era alarmante; no sólo resultaba imposible orientarse en ese laberinto, sino que deístas y librepensadores, tales como Anthony Collins en su *Discourse on Freethinking,* encontraron mucho apoyo en esas treinta mil variantes. Bentley en su réplica al *Discourse* [76] (1713) refutó los argumentos de Collins, pero insistió, como auténtico heredero de la tradición erasmiana, en la necesidad de estudios críticos para utilizarlos en las Escrituras. Des-

---

of the Warburg and Courtauld Institutes, 25 (1952), 20 ss. = *Ausgewählte Schriften* (1960), págs. 55 ss., con láminas; sobre el descubrimiento de Bentley, pág. 23. La inscripción, probablemente del siglo VII a. de C., sobre el lado oriental de la base del llamado coloso de los naxios, fue copiada por primera vez en el siglo XVII por un viajero francés, el botánico Tournefort. Importantes fragmentos del coloso son todavía grato espectáculo para quien visita el témenos de Apolo en Delos. Bentley reconoció que la inscripción era verso, verso bastante malo, pero desde luego un trímetro yámbico, que aseveraba orgullosamente: «yo soy de la misma piedra, estatua y base». Los epigrafistas principales de la época, incluso Montfaucon (ver antes, págs. 223 s.), habían sido incapaces de descrifrar y explicar el verso (Bentley, *Correspondence,* II [1842], 589 s.; cf. Monk, II, 160 s.). Este éxito procuró a Bentley gran admiración.

74 Ver antes, pág. 245 y n. 15; sobre la edición de Mill del Nuevo Testamento, ver A. Fox (antes, pág. 245, n. 15), págs. 36 ss., y B. M. Mezger, *The Text of the New Testament* (1968²), 107 s.

75 Ver antes, págs. 86 s.

76 Ver antes, pág. 249.

pués de una visita del joven teólogo suizo J. J. Wetstein [77], el plan de Bentley quedó formado definitivamente: no presentaría nunca más el «texto recibido» con el fárrago de lecciones de manuscritos procedentes de todas las épocas, sino que trataría de restablecer el texto más antiguo conocido. Éste era, en su opinión, el texto del siglo IV d. de C. de la época del Concilio de Nicea. Se propuso ceñirse a los manuscritos griegos más antiguos, completados con los manuscritos más antiguos también de la Vulgata, de las primitivas versiones orientales y de las citas más antiguas halladas en los escritos de los Padres de la Iglesia. La edición tenía que ser, como dijo Bentley, «una Carta, una Magna Carta para toda la Iglesia Cristiana». Recogió material de manuscritos durante más de veinte años, celosamente ayudado por los Benedictinos franceses [78] entre otros compañeros de trabajo. Aunque las dificultades personales, lo mismo que la complejidad de los problemas, impidieron que Bentley completase y publicase su edición [79], su proyecto se anticipó en un siglo a la obra de Lachmann y otros.

En 1726, cuando todavía estaba preparando el Nuevo Testamento, Bentley meditaba una edición de Homero; parece que en 1732 empezó a prepararla y sabemos que trabajaba en ella en 1734; pero no se publicó nada. Tenemos únicamente sus notas marginales a la de edición de Homero contenida en los *Poetae graeci* de Henricus Stephanus; además, un manuscrito en cuarto con notas a la *Ilíada* I-VI, y por fin, anotaciones que tratan específicamente de su descubrimiento más famoso, la digamma. Sin embargo, la primera indicación de este descubri-

77 Cf. Monk, I, 397; II, 120 s.

78 Ver antes, págs. 222 ss.

79 A. A. Ellis, *Bentlei critica sacra* (1862), imprimió trozos del material dejado a su sobrino y ahora al cuidado de la Biblioteca del Trinity College.

miento había aparecido ya en un ejemplar del *Discourse on Freethinking* de Collins (1713)[80], en el cual Bentley había escrito, de pasada, la observación: «δίγαμμα aeolicum οἶνος Ϝοῖνος vinum». Cuando citó a Homero en la edición del *Paraíso Perdido* de Milton (1732), la imprimió en forma de Ϝ latina mayúscula. La digamma no aparece en ningún lugar en la tradición manuscrita del texto homérico; pero, por los gramáticos y las inscripciones, Bentley sabía que había existido esa letra, que representa el sonido de V latina. Por razones lingüísticas y métricas la reintrodujo. La importancia de este descubrimiento es enorme; por primera vez se había dado un paso más allá del texto tal como había sido fijado por los gramáticos alejandrinos y sus seguidores en los últimos tiempos de la antigüedad y de la Edad Media.

Los filólogos clásicos eran refractarios a aceptar lo que les parecía una ficción de prehistoria especulativa. Richard Dawes, que criticó a Bentley en la parte cuarta de su *Miscellanea critica* (1745, reimpresa muchas veces), era un adversario importante en Inglaterra. En Alemania, un gran admirador de Bentley[81], F. A. Wolf, que fue el primero en tratar de restablecer el texto alejandrino, no fue capaz de captar la significación del descubrimiento y lo desechó como un «senile ludibrium Bentleiani ingenii»[82]. Sin embargo, con el desarrollo de los estudios lingüísticos[83], llegó lentamente la comprensión y, por último, la aceptación[84].

---

80 Ver antes, pág. 249; cf. Monk, II, 363.

81 Ver antes, pág. 250, n. 32.

82 F. A. Wolf, *Kleine Schriften*, II (1869), 1.070. «Spielwerke von unmässiger Willkürlichkeit», *ibid.*

83 Un paso importante en este sentido lo dio J. W. Donaldson, *The New Cratylus* (1839), pág. 118, y apéndice, págs. 138 ss.: «Extracts from Bentley's MS on the Digamma».

84 Ver E. Schwyzer, «Griechische Grammatik», *Handbuch der Altertumswissenschaft*, II. Abt., I. Teil, I. Band (1939), 222 ss.; la

Alrededor de 1726, antes de la época en que Bentley estaba pensando en una nueva edición de Homero, Alejandro Pope (1688-1744) había traducido la *Ilíada* (1720) y la *Odisea* (1725/6). La opinión de Bentley sobre esa traducción es bien conocida[85]: «un poema muy bonito..., pero no hay por qué llamarlo Homero». El cuidado que Pope había puesto al traducir a Homero queda atestiguado por sus extensas notas que fueron publicadas con la primera edición de la traducción y reimpresas muchas veces. Parece que no hay pruebas de que Bentley hubiese leído también las eruditas «Observaciones»[86], voluminoso comentario seguido, que a duras penas le habría gustado.

Es interesante observar lo que Bentley pensaba de Homero como poeta. En sus notas al *Discourse on Freethinking* de Collins, donde por primera vez mencionó la digamma, Bentley protestó contra la pomposa frase de Collins de que Homero «destinaba sus poemas a la posteridad a fin de deleitar e instruir al género humano».

> Créame, el pobre Homero no tuvo nunca tales aspiraciones. Escribió una serie de cantos y rapsodias para cantarlos él mismo por una pequeña retribución y una buena comida en los festivales y otros días de expansión. Compuso la *Ilíada* para los hombres y la *Odisea* para el otro sexo. Estos cantos independientes no fueron recogidos en forma de poema épico hasta la época de Pisístrato, más de quinientos años después.

La última frase repite la tradición corriente de la antigüedad tardía sobre la compilación de los poemas homé-

---

mejor introducción al conjunto del problema, según creo. G. Finsler, *Homer in der Neuzeit* (1912), págs. 309 ss., da una exposición estimable y breve del problema.

85 Monk, II² (1833), 372.

86 H. J. Zimmermann, *Alexander Popes Noten zu Homer* (1966), fue el primero que usó el autógrafo de Pope.

ricos por Pisístrato[87]; el punto de vista, aquí expresado, sobre la calidad de la poesía homérica puede encontrarse al mismo tiempo en Leibnitz, y especialmente en las obras francesas que se inclinaron por el lado moderno en la «Querelle des anciens et des modernes».

La clave para conocer el juicio de Bentley sobre la poesía homérica puede hallarse teniendo en cuenta la opinión que expresó sobre la *Eneida* en sus conferencias de Boyle[88]. Es evidente que a los poemas épicos griegos les faltaba «el buen sentido y las medidas proporcionadas» que había apreciado en el poema clásico de Virgilio. En este aspecto, Bentley no parece haberse anticipado a su época, puesto que el punto de vista que sostuvo pertenecía al siglo XVII. Por otra parte, el descubrimiento de la digamma y su posición en la lengua homérica apuntaba irreversiblemente hacia el futuro.

87 *Historia* [I], 30 ss.
88 Ver antes, pág. 245.

XII

CONTEMPORANEOS Y SUCESORES DE BENTLEY

Hay en Inglaterra una historia larga e ininterrumpida de cultura clásica, de ideas humanísticas y de tradición clásica en literatura; pero el capítulo formado por la historia de la filología clásica es relativamente corto. No hay, como en otros países, una línea de filólogos de méritos aproximadamente iguales, sino solamente una figura *única* incomparablemente mayor que todas las otras. El efecto producido por sus libros y por su personalidad fue tal que él, naturalmente, fue exaltado como fundador de la filología clásica moderna [1]. Sin embargo, esto parece un exceso de simplificación del proceso histórico, porque a lo largo de él hemos tropezado con cierto número de filólogos que aportaron cambios significativos a la filología clásica, los cuales contribuyeron en conjunto a darle su nuevo aspecto. Cuando volvemos los ojos a Valla, Erasmo y Escalígero, podemos ver la obra de Bentley como la culminación de un proceso histórico; sin embargo, la grandeza del inglés fue sentida inmediatamente. La impresión que causó resulta evidente en las cartas de sus

---

1 *Proceedings of the Classical Association*, 59 (1962), 25 ss.

contemporáneos más destacados [2], y no se limitó en absoluto a su propio país, sino que se difundió por el extranjero, principalmente por Holanda y Alemania. Bentley no tuvo propiamente discípulos sobresalientes, pero cualquier interesado en filología clásica sintió la influencia estimulante de su sentido crítico. La crítica textual alcanzó en Inglaterra el máximo interés, lo mismo que la crítica literaria en Alemania. La crítica textual se aplicó sobre todo a los poetas áticos, para cuyo estudio había señalado Bentley el camino en la *Epistula* y en la *Dissertation.* Aunque no dejó tras sí nada parecido a una «escuela», Cambridge [3] figuró después de su muerte como centro de filólogos clásicos, de los cuales el mayor fue Richard Porson (1759-1808).

La primera empresa de Porson, una edición de Esquilo, se vio frustrada por una serie de accidentes. Pero en sus notas al texto, escritas desde 1783 en adelante y dadas a conocer más tarde por sus amigos, había enmiendas asombrosas, comparables en calidad a las de Jean Dorat [4] (que tampoco pudo publicar sus notas por sí mismo). Bentley había iniciado el camino hacia la solución filológica de los metros griegos y latinos [5] y Porson fue el primero en dar otro paso importante; podemos decir que su derecho a la inmortalidad se funda sobre todo en la regla llamada «ley de Porson»: que ninguna palabra puede acabar después de una larga *anceps* en el último metro del trímetro yámbico de la Tragedia [6]. En cierto sentido, también siguió

---

2 C. B. Hunt, «Contemporary References to the Work of R. Bentley», *Bodleian Library Record,* 7 (1963), 91 ss. (desde los cuarenta a los ochenta del siglo XVIII).

3 Ver las páginas esclarecedoras de Sandys (que es, a su vez, un hombre de Cambridge), II, 422 s., sobre Cambridge.

4 Ver antes, págs. 179 s.

5 Ver antes, págs. 252 s.

6 Eur. *Hec.*, ed. Porson (Londres, 1797), sobre el v. 347; Eur. *Phoe.* (1799), sobre el v. 1464, y más adelante; ver P. Maas, *Greek*

las huellas de Bentley en sus *Cartas a Travis* sobre el Comma Iohanneum (I Juan 5:7 y 8); Erasmo había rechazado el Comma por considerarlo interpolación y lo mismo había hecho Bentley[7]. Pero como Travis trató de probar su autenticidad, Porson escribió en doce meses de 1788/9 un libro —el único— de cuatrocientas páginas en el que demostró la falsedad del Comma Iohanneum en todos sus detalles, con un aparato extraordinario de erudición y agudas observaciones, que aplaudió Gibbon.

Aunque procedía de una familia pobre, el joven Porson tuvo una suerte extraordinaria al principio de su carrera: le ayudaron mecenas opulentos para que fuese a Eton y luego, en 1778, al Trinity College, Cambridge; en 1782 pasó a ser profesor de este colegio y en 1792 fue nombrado Regius Professor de Griego. Nunca dio conferencias ni clases[8]; pero sus lecturas y su memoria eran ilimitadas. Cuando fue a vivir a Londres se convirtió en el favorito de la sociedad como conversador brillante, y algunas chispas de genio revelaban, de cuando en cuando, en él al filólogo nato. Después de algún tiempo de decadencia física y mental, acabó beodo sin cura ni remedio. Solamente por la oscura historia de su vida[9] podemos tratar de entender la lamentable esterilidad de sus últimos años; la palabra «trágico» apenas resulta bastante fuerte para lamentar la pérdida de tal talento. Todo lo que consiguió realizar, durante sus mejores años, consistió en observaciones precisas, hechas con cuidado y paciencia, no en

Metre, traducida por H. Lloyd-Jones (1962), págs. 34 s. Además de *Hecuba* y *Phoenissae,* el famoso cuarteto de las ediciones euripideas de Porson incluía *Orestes* (1798) y *Medea* (1801).

[7] Ver antes, pág. 249.

[8] Ver luego, pág. 299, Bekker.

[9] J. S. Watson, *The Life of Richard Porson* (1861); M. L. Clarke, *R. Porson, A Biographical Essay* (1937); Denys Page, «Richard Porson», *Proceedings of the British Academy,* 45 (1959), 221-36, hasta ahora la más acreditada valoración.

improvisaciones ni en sugerencias apresuradas, porque, para muchos, fue el filólogo ideal por su expresión exacta. La mayor parte de sus notas críticas, empezando por *Adversaria* (1812), las publicaron después de su muerte sus fieles amigos. Lo que Bentley había considerado como cualidad decisiva del verdadero filólogo, el poder de adivinación[10], lo poseía Porson en el más alto grado[11]; no es de extrañar, por lo tanto, su papel predominante, en los estudios griegos, durante varias décadas.

Monk[12], C. J. Blomfield (1786-1857) y Elmsley continúan la obra de Porson sobre los dramaturgos: Elmsley (1773-1825) en Oxford. En realidad, el texto de los poetas dramáticos griegos iba siendo mejorado constantemente en Inglaterra antes y después de Bentley[13]. Thomas Stanley (1625-78)[14] ya había empezado a aplicar una crítica seria a Esquilo, Benjamín Heath (1704-66) había tratado de resolver el problema de la tradición manuscrita en Sófocles y Josuah Barnes (1654-1712) había publicado su edición completa de Eurípides en un volumen (1694). Ésta fue seguida por las *Exercitationes in Euripidem* (1762) de Samuel Musgrave (1732-81), con un apéndice de Tyrwitt, cuya sólida reputación se extendió más allá de su propio país. Dobree (1782-1825) trabajó en los oradores áticos. Jeremiah Markland (1693-1776) fue el único filólogo clásico inglés, después de Bentley, que descolló, por igual, tanto en griego como en latín y en contraste con él tuvo una personalidad modesta y amable. Richard Dawes[15], aunque no terminó ningún libro, publicó varios artículos

10 Ver antes, págs. 258 s.

11 Aesch. *Ag.* 1391 s., ver E. Fraenkel, Aesch. *Ag.* 146 s.

12 Ver antes, pág. 250, n. 32.

13 Sobre Bentley mismo, ver antes, págs. 251 ss. y 256 s.

14 Cf. *supra*, págs. 256 s., e *Historia* [I], 246.75, y el suplemento de la traducción alemana (1970): Excursus II, pág. 339.

15 Ver antes, pág. 264.

en sus *Miscellanea critica* (1745)[16], que trataban sobre todo de problemas de gramática griega.

Volviendo los ojos a esta familia de filólogos británicos, que desplegaron su actividad durante el siglo XVIII, podemos sentirnos inclinados a aceptar la opinión de Bywater[17] de que sus escritos, especialmente los de la escuela de Porson, revelan cierta insularidad y estrechez de miras. Pero no debemos olvidar que en la misma época Robert Wood (1717-71), aunque viajaba como político, visitó especialmente la Tróade, con Homero en el bolsillo, y publicó con su «Ensayo sobre el genio y obras originales de Homero»[18] un libro arqueológico e histórico, que fue ampliamante leído en inglés y en traducciones, y de influencia decisiva para los estudios clásicos. Incluso, antes de que la obra de Wood fuese conocida, la «Society of Dilettanti» (fundada probablemente en 1732) había empezado en 1762 a publicar una magnífica serie de volúmenes en folio con grabados de obras de arte griego, que eran de importancia fundamental para el clasicismo inglés[19]. Causa del mayor estupor, por supuesto, fueron y serán siempre las esculturas originales de la Acrópolis, llamadas mármoles de Elgin, del Museo Británico, llevados a Inglaterra por Lord Elgin[20].

Hacia fines de esa centuria, en los años 1776-88, Edward Gibbon (1773-94), el mayor historiador del siglo, según

---

16 Nueva edición 1781, reimpresa muchas veces.

17 *Four Centuries of Greek Learning in England*, Conferencia inaugural de 1894, publ. en 1919. M. L. Clarke, *Greek Studies in England 1700-1830* (1945), págs. 48 ss.

18 Impreso particularmente en 1767, como publicación póstuma en 1775 y posteriormente.

19 Lionel Cust, *History of the Society of the Dilettanti*, ed. Sidney Calvin (1914). Cf. B. H. Stern, *The Rise of Romantic Hellenism in English Literature, 1732-1786* (1940, reimpr. en 1969).

20 William Saint Clair, *Lord Elgin and the Marbles* (Londres, 1967).

opinan muchos, produjo una de las obras más impresionantes sobre el mundo antiguo, *Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano*, en seis volúmenes en cuarto [21]. El campo de sus lecturas en latín y griego ganó en amplitud y profundidad durante los años que pasó en Lausana; también admiraba a Porson y salió en su defensa. Porson, a su vez, escribió una magnífica reseña sobre la obra de Gibbon [22]. Para calificar a Bentley [23], Gibbon encontró el epíteto más apropiado, «tremendo». Su notable libro pone también de manifiesto su familiaridad con la historia de la filología.

Holanda permaneció en conjunto conservadora. Los ingleses Thomas Tyrwhitt (1730-86) y Samuel Musgrave (1732-80) tuvieron especiales relaciones personales y filológicas con los Países Bajos, donde encontramos a Johann Georg Graevius [24] (1632-1703), que editó a Calímaco con la ayuda de la colección de fragmentos de Bentley (1697). Aunque Pieter Burman (1668-1741) conocía a Bentley, y su *Sylloge Epistularum a viris illustribus scriptarum* (1724), en cinco volúmenes en cuarto, es la fuente más valiosa para la historia de la filología holandesa, él continuó, sin embargo, representando la inclinación tradicional hacia la polimatía y la composición de voluminosas «Variorum editiones»; y lo mismo puede decirse de su sobrino Pieter

---

21 La edición clásica es la de J. B. Bury, 7 vols. (1896-1900). Sus *Letters*, ed. J. E. Norton, 3 vols. (1956). *Autobiographies*, ed. John M. Murray (1896). Jacob Bernays no terminó, desgraciadamente, su «ensayo» sobre Gibbon, pero se han conservado fragmentos importantes, en *Gesammelte Abhandlungen*, II (1885), 206-54. David P. Jordan, *Gibbon and his Roman Empire* (1971).

22 Reimpresa por Watson en su biografía de Porson (antes, pág. 269, n. 9), págs. 85 s.

23 Ver antes, pág. 211, y Michael Joyce, *E. Gibbon* (1953), pág. 65, «the tremendous Bentley» (sin referencia).

24 Ver antes, págs. 256 s., y luego, pág. 273, n. 25, «Schola Hemsterhusiana» (1940), 18-27.

(1714-78). Sin embargo, hubo una diferencia notable entre la obra de algunos filólogos holandeses del siglo XVIII y la típica del XVII, puesto que la rigidez del anterior enciclopedismo se había mitigado con la infiltración del nuevo espíritu crítico inspirado por Bentley. En Rotterdam el westfalio Ludolf Küster (1670-1705) escribió su Suidas con ayuda de Bentley (fue publicado en tres volúmenes en folio en 1705 y continuado por Toup a fines del siglo XVIII), y dejó preparado su Hesiquio para la imprenta. Más aún, la obra de la tríada de grandes filólogos de Holanda, Tiberius Hemsterhuys (1685-1766)[25], L. C. Valckenaer (1715-1785) y David Ruhnken (1723-98)[26], demuestra claramente que el estudio de los lexicógrafos griegos, iniciado por Bentley, permitió a sus sucesores presentar mejores ediciones de los antiguos léxicos griegos y reconocer las peculiaridades idiomáticas de poetas y escritores de Grecia, especialmente áticos. Este tipo de ocupación filológica pasó, a través de Wyttenbach (que era suizo de nacimiento), a Cobet (1813-89) en el siglo XIX y todavía continúa en el XX. En el campo de la historia y literatura romana, Perizonius (Jacob Voorbrock), en sus *Animadversiones historicae* (1685), demostró un espíritu crítico que se anticipaba a su época.

En Alemania la influencia de Bentley no pudo ser notada inmediatamente y no resultó efectiva hasta fines del siglo XVIII (en F. A. Wolf y G. Hermann). Los estudios clásicos habían entrado en un período de inactividad y

---

[25] J. G. Gerretzen, «Schola Hemsterhusiana», *Studia Graeca Noviomagensia,* I (1940), 77-156.

[26] Sobre Ruhnken, como inventor del término «canon» para listas selectivas de autores griegos en su *Historia critica oratorum Graecorum* (1768), ver *Historia* [I], 370. E. Hulshoff, *Studia Ruhnkeniana* (1953), págs. 142 ss. Ruhnken fue, como «princeps criticorum», a quien dedicó F. A. Wolf sus *Prolegomena ad Homerum* (1795).

había escaso entusiasmo por el mundo antiguo, aunque unos cuantos eruditos trabajaron en Viena y Hamburgo, en Leipzig y Gottinga. Pero el resurgir de los estudios clásicos en Alemania no llegó ni de esos eruditos ni del exterior[27]. Fue la consecuencia de un nuevo enfoque de la antigüedad, emprendido por un hombre de genio, comparable únicamente al empuje decidido de Petrarca en el siglo XIV.

---

27 Me gustaría referirme al muy instructivo artículo de Harald Keller sobre el clasicismo inglés y su influencia en la arquitectura continental: «Goethe, Palladio und England», *SB der Bayer. Akad.*, Phil.-hist. Kl., Jg 1971, Heft 6.

CUARTA PARTE

NEOHELENISMO ALEMÁN

XIII

WINCKELMANN, INICIADOR DEL NEOHELENISMO[1]

El estudio de los clásicos no se extinguió nunca en Alemania, pero durante el siglo XVII llevó vida modesta y reposada. Si resulta correcto llamar a ese siglo la época de la revolución científica[2], el siglo XVIII puede ser descrito como la época de la revolución humanística[3]. Las obras maestras de la literatura clásica produjeron una vez más una milagrosa reanimación del espíritu, como en tiempo de Petrarca[4]; sin embargo, en este momento, la fuente de inspiración no era Virgilio ni Cicerón, como tampoco la dulzura ni la sonoridad romanas, sino Homero, Sófocles, Heródoto y Platón, «la noble sencillez y sere-

---

1 Prefiero el término Neohelenismo al de Nuevo Humanismo. Vimos que en el humanismo de los siglos XV al XVII el problema religioso desempeñó un papel predominante. Pero ya no es éste el caso de los siglos XVIII y XIX. Winckelmann y Humboldt no tenían interés por la religión, ni siquiera por el Cristianismo; lo cual fue decisivo para el cambio.

2 H. Butterfield, «The history of sciences and the study of history», *Harvard Literary Bulletin*, 13 (1959), 346.

3 Ver luego, págs. 281 ss.

4 Ver antes, págs. 18 ss.

na grandeza» de los griegos, según la famosa frase de Winckelmann [5].

Johann Joachim Winckelmann (1717-68) nació en Stendal [6], al oeste de Berlín, hijo de un zapatero remendón pobre. Durante su juventud se encontró con muchas y serias dificultades, que sólo su entusiasmo sin límites y su energía consiguieron superar. Era muy difícil para el joven estudiante conseguir textos griegos; tuvo que valerse sobre todo de antologías impresas o de fragmentos [7] escritos de su propia mano, porque sólo a finales de siglo empezaron F. A. Wolf y sus discípulos a preparar en gran escala para editores alemanes textos griegos asequibles.

Los centros de cultura estaban distantes y Winckelmann tenía que viajar a pie; el más próximo era Berlín de no mucha importancia aún hacia 1730. Pero al director de la escuela media más antigua de su ciudad natal, Christian Tobias Damm (1698-1778), le gustaba el griego más que nada, incluso le tildaban de «῾Ομηρικώτατος»: publicó un diccionario homérico etimológico y una traducción de la *Ilíada* y la *Odisea* en prosa alemana (1767), que encontró muchos lectores, e incluso se atrevió a profetizar: «Videor iam saeculum renascentis apud nos Graecitatis cernere animo» [8]. Winckelmann sólo tenía una

---

[5] Cf. *infra*, pág. 281. Se supone, generalmente, que fue acuñada por Oeser (ver Justi, I², 322, luego, pág. 280, n. 12), pero quizá su primera fuente fue francesa. Sobre las fuentes francesas de Winckelmann, ver A. Buck, *Die humanistische Tradition in der Romania* (1968), *passim*, y la recensión de Stackelberg sobre el libro de Buck, en *Gnomon*, 42 (1970), 424 ss.

[6] Henri Beyle se llamaba a sí mismo Stendhal (*sic*) en honor de Winckelmann; sobre el pseudónimo, ver G. von Wilpert, *Lexikon der Weltliteratur*, I (1963), 1270. Sobre la precaria situación de la filología en Alemania, ver antes, págs. 238 s.

[7] W. Schadewaldt, «Winckelmann als Exzerptor», en *Hellas und Hesperien* (1960), 637-57.

[8] En el *Programa* de 1752, citado por Justi (luego, n. 12 [pági-

pequeña selección de libros cuando se estableció como «co-regente» del colegio de Seehausen al norte de Berlín en 1742, pero los leía una y otra vez y no sólo a los clásicos griegos y latinos, sino también a los grandes filólogos del Renacimiento francés, J. J. Escalígero, su amigo de Thou y su discípulo Grocio[9].

J. M. Gesner (1691-1761), que explicó clásicos en Gottinga desde 1734 en adelante, ha sido descrito como «precursor» de Winckelmann[10]. Esto no es cierto, porque Winckelmann continuó sus estudios no en Gottinga, sino en Halle y Jena y no hubo relaciones personales ni filológicas entre ambos. Sin embargo, a los estudiantes que habían asistido a las clases de Gesner en Leipzig, y especialmente en Gottinga, les resultaba más fácil comprender y aceptar las ideas del Neohelenismo. En realidad, Winckelmann había tratado de asistir al seminario de Gesner en Gottinga. Pero, en vez de eso, tuvo la suerte de incorporarse al personal de la Biblioteca del Conde Heinrich von Bünau[11] junto a Dresde, probablemente la mayor biblioteca particular de Alemania en aquella época y de un valor inestimable para un lector voraz como Winckelmann. De la poesía, historia y filología pasó al estudio del arte griego en Dresde (donde vivía casi en el centro de la ciudad, al servicio de Bünau) y, finalmente, marchó a Roma. Su vida, entregada cada vez más al estudio intensivo del arte griego, está llena de raras circunstancias. Como no era católico, no tenía al principio acceso a las colecciones romanas de arte griego más importantes; más tarde, a pesar de su completo y deliberado paganismo,

na 280], I² (1898), 34.2; el «video» del Programa lo corrigió J. K. Cordy.

9 Ver antes, pág. 203.

10 Como dice Sandys, III, 7.

11 Ver Justi, I², 181 ss., y los índices de los cuatro volúmenes de cartas de Winckelmann (luego, nn. 12 y 13).

fue admitido en la Iglesia Católica Romana y recayeron en él muchos honores inesperados, tales como el cargo de bibliotecario del Vaticano y la dirección de la sección arqueológica. Igualmente inesperado fue su trágico final: fue horriblemente asesinado por un cocinero italiano en Trieste mientras volvía de Viena a Roma en 1768.

Winckelmann no publicó nada hasta que hubo completado sus diversos estudios y pudo dirigirse a Roma en 1755[12]. Su primera publicación trataba del problema central de la μίμησις: *Gedanken über die Nachahmung der griechischen Werke in der Malerei und Bildhauerkunst*[13]. El Winckelmann completo, investigador y curioso y, sobre todo, dominador de su idioma, se encuentra acaso en este pequeño folleto de 1755. Están a nuestra disposición sus

---

12 *Sämtliche Werke,* Einzige vollständige Ausgabe hg. von J. Eiselein, Donauöschingen [*sic*], 1825-9, 12 vols. (reimpresas en 1965). *Werke,* einzige rechtmässige Originalausgabe, 2 vols. (Stuttgart, 1847); ésta es la edición que he usado. *Briefe,* hg. von W. Rehm in Verbindung mit H. Diepolder, Berlin, 1952-7, 4 vols.; en el IV, 369 ss., «Urkunden und Zeugnisse zu Winckelmanns Lebensgeschichte». Carl Justi, *Winckelmann und seine Zeitgenossen,* 3 vols., 1866-72, 2. Aufl. 1898 que he usado, 5. Aufl. von W. Rehm 1954 con un prefacio sobre Justi y las ediciones anteriores. Bibliografía selecta hasta el presente, en W. Leppmann, *Winckelmann* (Nueva York, 1970); ver, especialm., W. Rehm, *Griechentum und Goethezeit* (1936; 4.ª ed., 1968), y A. Buck, *Die humanistische Tradition in der Romania* (1968), págs. 122 ss. y *passim,* y cf. la reseña de J. von Stackelberg (ver antes, pág. 278, n. 5). Cf. A. H. Borbein en su recensión de U. Hausmann, «Allgemeine Grundlagen der Archäologie», en *Handbuch der Archäologie,* 1969, *Gnomon,* 44 (1972), especialmente págs. 287 ss. sobre Winckelmann. (Una curiosidad que no se incluye en las bibliografías es E. M. Butler, *The Tyranny of Greece over Germany* (1935), págs. 9-48, polémica anti-Wilckelmann que cierra la frase «...es lo suficiente para lamentar que W. haya nacido»).

13 Reimpresa junto con «Sendschreiben» y «Erläuterung», *Werke* (Stuttgart, 1847), II 1-57, cf. Justi, I^2, 351-403, ver especialm. pág. 394.

cartas de 1742 en adelante[14]. Winckelmann se educó al comenzar la época de la poesía clásica alemana; no cultivó la poesía, pero escribió prosa poética. El ensayo sobre «Nachahmung» contiene frases características y hermosas que han permanecido vivas: «Der einzige Weg für uns, gross, ja wenn es möglich ist, unsterblich zu werden, ist die Nachahmung der Alten[15]. Sobre los antiguos mismos acuñó la frase sencilla y monumental[16]: «Die edle Einfalt und stille Grösse der griechischen Statuen ist zugleich das wahre Kennzeichen der griechischen Schriften aus den besten Zeiten». Es posible que Winckelmann debiese mucho más de lo que podemos comprobar ahora a las conversaciones que sostuvo con su gran amigo, el artista Friedrich Oeser[17], en Dresde y sus cercanías, antes de marchar a Roma. En algunos casos, la fuente original puede haber sido francesa, ya que estaba totalmente familiarizado con la lengua y la literatura francesas[18].

La primera publicación de Winckelmann fue saludada por Herder en su Preisschrift [escrito premiado] (Cassel, 1778) como su «vielleicht seelenreichstes Buch... und duftreichste Jugendblüthe». Pero nadie tributó a Winckelmann un homenaje más elevado que Goethe cuando dio a sus ensayos conmemorativos[19], que publicó en 1805, el título de *Winckelmann und sein Jahrhundert*. El siglo XVIII fue un gran siglo en muchos aspectos; para Goethe fue el siglo de Winckelmann.

Goethe consiguió en su poesía lo que Winckelmann había esperado que un gran artista pudiese conseguir en

---

14 Ver antes, pág. 280, n. 12; sobre el estilo, ver, especialm., la introducción de W. Rehm a las cartas, vol. I (1952).

15 *Werke*, II, pág. 6, párr. 6.

16 *Werke*, II, 13, párr. 88; ver antes, págs. 277 s., n. 5.

17 Ver Justi, I², 316 ss.

18 Ver antes, pág. 278, n. 5.

19 Goethe, *Sämtliche Werke*, Jubiläumsausgabe, XXXIV, 1-48.

obras nuevas de arte clásico. En contraste con el culto moderno de la originalidad, Winckelmann atribuyó un lugar prominente a la «imitación» de la literatura y arte griegos, ya que ella mantenía vivo lo mejor de la tradición.

Sólo por la imitación de antiguas obras maestras podrían crearse otras nuevas. La cultura romana parecía no ser ahora más que una aproximación hacia la griega. Hubo una ruptura con la tradición humanísticolatina y surgió un humanismo enteramente nuevo, un Helenismo verdaderamente nuevo. Winckelmann lo inició, Goethe lo consumó, Wilhelm von Humboldt, en sus escritos lingüísticos, históricos y educativos, lo teorizó sistemáticamente. Por fin, las ideas de Humboldt adquirieron carácter práctico, cuando fue en Prusia ministro de educación y fundó la nueva universidad de Berlín y el nuevo gimnasio humanístico.

La influencia de Winckelmann no fue meramente humanística, sino al mismo tiempo histórica. Fue el primero en tratar la historia orgánicamente como testimonio del desarrollo del género humano. Su *Historia del Arte Antiguo*[20] (1764) abarcaba el desenvolvimiento del arte de Egipto, de Fenicia y Persia, de Etruria y, por último, de Grecia y Roma. En la parte más destacada de esta obra, la de Grecia, aceptó una sugerencia hecha por J. J. Escalígero[21] de que hubo cuatro épocas en la poesía griega, y distinguió también cuatro estilos diferentes en el arte griego, los cuales se desenvolvieron en armonía con la vida nacional considerada como un todo.

La *Historia del Arte Antiguo* de Winckelmann fue recibida con el mayor entusiasmo en toda Europa. Este éxito

---

20 *Geschichte der Kunst des Altertums* (1764), vollständige Ausgabe von W. Senff (1964).

21 Ver antes, pág. 203. Repito que fue Winckelmann, y no Niebuhr, el primero en apreciar la grandeza incomparable de Escalígero.

universal no habría sido posible si el primer humanismo del Renacimiento no hubiese formado una unidad supranacional del espíritu, unidad que no sólo había salvado a Europa de una completa fragmentación cultural, sino que todavía existía en los días de Winckelmann. El más competente de sus primeros lectores fue Lessing, cuyo *Laoconte* (1766) dio pie a un fructífero debate sobre la *Historia* en que intervino Herder con su *Kritische Wälder* (1769).

Después de dos años en Roma, Winckelmann visitó Nápoles durantes tres meses y de allí pasó a las excavaciones de Herculano y Pompeya, y más tarde, a Pesto y Agrigento. Estas visitas fueron seguidas de un cierto número de pequeñas publicaciones: *Anmerkungen über die Baukunst der alten Tempel zu Girgenti in Sizilien* (1759), *Description des pierres gravées du feu baron de Stosch* (1760), *Anmerkungen über die Baukunst der Alten* y *Erinnerung über die Betrachtung der Werke der Kunst* (1761), *Von der Fähigkeit der Empfindung des Schönen* y *Von der Grazie in den Werken der Kunst* (1763). En los años 1762-63 estaba ocupado, sobre todo, en completar su historia del arte antiguo, que publicó en 1764, y a la cual añadió, en 1767, sus *Anmerkungen zur Geschichte der Kunst*. Entre esas dos obras apareció, en 1766, su *Versuch einer Allegorie der Kunst*. La obra maestra que coronó sus años de Italia antes de su muerte fue la titulada *Monumenti antichi inediti*, en dos volúmenes (1767/78), que puso los fundamentos de la «mitología monumental». Tras los monumentos visibles del sur de Italia, dedicó su atención hacia los tesoros todavía ocultos del subsuelo de Olimpia[22] y en una visión, evocadora del ma-

[22] Max Wegner, *Altertumskunde* (1951), pág. 122. Las excavaciones alemanas comenzaron como una centuria después de los *Monumenti* de W. y fueron renovadas en nuestros días, otro siglo más tarde (por E. Kunze).

yor descubrimiento del futuro, declaró: «Ich bin versichert daß... durch genaue Untersuchung dieses Bodens ein großes Licht aufgehen würde».

El nuevo enfoque humanístico, inspirado primeramente en el estudio de la poesía griega[23], y aplicado luego al arte, resultó, una vez más, fructífero para la literatura en los escritos de Lessing, Herder y Friedrich Schlegel y en las literaturas de otros países europeos. En Alemania, pero no en otros sitios, surgió una especie de humanismo evangélico que fue a un tiempo cálidamente acogido y atacado duramente a lo largo de varias generaciones. Fue un movimiento potente que, encabezado por Winckelmann, ocupó un lugar junto a los sistemas de los principales filósofos, de Kant a Hegel; y ese poder renovó la filología clásica en Alemania.

Heredó la dirección del movimiento un filólogo clásico muy dotado, Christian Gotlob Heyne (1729-1812), quien, como Herder, consagró su ensayo premiado de 1778[24] a Winckelmann. Heyne había nacido en Chemnitz, estudió en Leipzig y su primera actividad fue la de copista en Dresde, en la biblioteca del conde Heinrich von Brühl, donde conoció a Winckelmann[25]. Cuán profunda y duradera fue la impresión causada en Heyne lo demuestra el ensayo de éste premiado en 1778. Precisamente la influencia de Winckelmann[26] distinguió la filología de Heyne y de sus amigos y discípulos, de la de otros filólogos contemporáneos.

---

23 Ver antes, pág. 282.

24 Ver antes, págs. 280 s.

25 *Briefe*, IV, 454.

26 Esto no está debidamente reconocido o no lo está en absoluto en las monografías sobre Heyne: F. Leo, «Heyne», *Festschrift z. Feier des hundertfünfzigjährigen Bestehens der kgl. Gesellschaft der Wiss. zu Göttingen* (Berlín, 1901), págs. 153-234; F. Klingner, «Christian Gottlob Heyne», *Studien zur griechischen und römischen Literatur* (1964), 701 ss.

El filólogo que tuvo más rasgos en común con Heyne, y también muchos con Gesner, fue J. A. Ernesti (1707-81). Como procedente de Schulpforta, que en los siglos XVIII y XIX produjo tantos filólogos y maestros distinguidos, lanzó muchas ediciones útiles de textos griegos y latinos. Perteneció a una gran familia de filólogos, entre los cuales merece mención especial su sobrino Christian Gottlieb Ernesti (1756-1802), puesto que todavía utilizamos su *Lexicon technologicum* para el estudio de la retórica griega y latina y nadie ha tratado de reemplazarlo. Gente como los laboriosos y serios Ernesti ocupaban las cátedras de las grandes universidades, mientras que filólogos incomparablemente mayores, como Reiske, nunca lo consiguieron.

J. J. Reiske (1706-74) no tuvo verdadero contacto ni con Winckelmann ni con el nuevo movimiento como unidad, y aunque ajeno a ellos, fue personaje destacado[27]. Solamente unos pocos de sus contemporáneos eminentes, como el rey de Prusia Federico II y Lessing, reconocieron sus cualidades, y no le prestaron ninguna ayuda cuando la necesitó con urgencia. Después de un período de serias dificultades financieras, fue nombrado, finalmente, Rector de la Nicolai-Schule de Leipzig en 1758 y pudo, al fin, aportar su valiosa contribución al texto de los oradores áticos. En este aspecto continuaba la de Hieronymus Wolf[28], a quien se parecía curiosamente tanto en su carácter como en su vida desgraciada. Tuvo que vivir en parte con el fruto de sus estudios arábigos[29], y se dice que no era menos eficiente como arabista que como filólogo

---

27 Parece no existir prueba de que haya leído las publicaciones de Winckelmann con atención.

28 Ver antes, pág. 236, y especialm., n. 111.

29 Ver Johann Fück, *Die arabischen Studien in Europa* (Leipzig, 1955), págs. 108 ss.

griego. El proyecto de Lessing de escribir una biografía de Reiske en tres volúmenes no se llevó a cabo, pero por lo menos tenemos una relación de su vida mucho más breve, escrita por él mismo[30] y completada por su esposa, colaboradora suya abnegada y constante. Las conexiones de Reiske enlazaban con la filología anterior a Winckelmann, mientras que todos los otros filólogos clásicos de la época eran, hasta cierto punto, continuadores de éste.

---

30 *Reiskens von ihm selbst aufgesetzte Lebensbeschreibung* (1783). Sus cartas fueron recogidas y editadas por Richard Foerster, *Abhandlungen der phil.-hist. Kl. der k. Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften Bd. 16 (1897)*, y «Nachtrag», *ib. Bd. 34.4 (1917)*.

XIV

FEDERICO AUGUSTO WOLF

El último y el mayor de los seguidores de Winckelmann fue Federico Augusto Wolf (1759-1824), y fue él quien escribió la biografía de Winckelmann lo mismo que la de Bentley [1]. Si la influencia de Winckelmann determinó la dirección que tomó la obra de Wolf, el espíritu crítico de Bentley impidió que su filología resultase demasiado caprichosa por influencia del entusiasmo humanístico.

Wolf nació en Hainrode, al sur del Harz, el mismo año que Porson y Schiller, 1759, y vivió hasta 1824, un año antes de morir Elmsley y Dobree. Fue a la escuela de Nordhausen, cuyo director Johann Andreas (1696-1769), miembro de la erudita familia de los Fabricii, había escrito un *Abriss einer algemeinen Historie der Gelehrsamkeit* en tres volúmenes (1752-4). Wolf se matriculó en la Universidad de Gottinga en 1777. Alrededor de esta matriculación surgieron algunas leyendas [2], pero la realidad

[1] Uno de los dos ensayos biográficos lo publicó en la colección *Winckelmann und sein Jahrhundert* (1805), el otro, sobre Bentley, en el periódico alemán del propio Wolf, *Lit. Anal.*, I (1816), 1-89 = *Kleine Schriften*, II (1869), 1030 ss.; cf. antes, pág. 281.

[2] Sandys, III, 52.

parece ser ésa: aunque insistió en inscribirse como «studiosus philologiae»[3], no fue el primero en hacerlo y no se dio cuenta de que abría una nueva era de los estudios clásicos. Empezó por dedicarse a Homero mientras asistía a las clases de Heyne, y también a Platón: en 1782 publicó una edición del *Symposium*; en 1785 inició sus propias conferencias sobre la *Ilíada*. Con el tiempo, trató de muchos temas; como conferenciante apasionado despertó un nuevo interés hacia la literatura antigua, y como organizador capaz atrajo muchos alumnos a sus clases. Pero sus proyectos más ambiciosos tenían por finalidad nuevos textos de Homero y Platón. Esto recuerda los dos grandes planes de Bentley: mejorar Homero y el Nuevo Testamento; salvo que Wolf, como buen pagano y buen clásico, no tenía la menor afición al griego de la Biblia y en su lugar escogió a Platón. No pudo llevar a cabo su empresa, pero su influencia fue tal que los problemas homéricos y platónicos dominaron los estudios clásicos durante varias generaciones. Lo que Wolf logró, aunque sólo fue una pequeña parte de su programa, resultó muy importante: el pequeño volumen de sus *Prolegomena ad Homerum* (1795), que conquistó fama universal, y que supone la primera tentativa metódica[4], sólidamente fundamentada, de la historia de un texto antiguo. Se basaba en los escolios de la *Ilíada* recién publicados por Villoison, quien en 1788 había descubierto en Venecia el manuscrito principal llamado ahora Codex Venetus A[5]. Wolf pretendía que su historia del texto homérico suministrara la base para un juicio sobre el valor de los manuscritos y para

---

3 Edward Schröder, «Philologiae studiosus», *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, 32 (1913), 168 ss.

4 Sobre intentos anteriores en el campo bíblico, ver antes, página 221.

5 Sobre este MS., ver antes, pág. 89 y n. 5. Cf. también Ch. Joret, *D'Ansse de Villoison* (1910).

la fijación del texto que pensaba publicar. Llegó a la conclusión de que era imposible reconstruir el texto tal como salió de manos del autor, pero que podríamos tratar de restablecer el texto «alejandrino», o sea, el texto que los gramáticos alejandrinos poseían en el siglo III a. de C.

Al rastrear la historia del texto homérico desde la época en que la *Ilíada* y la *Odisea* fueron compuestas hasta aquella en que los poemas se encontraban en la biblioteca de Alejandría y en manos de los gramáticos alejandrinos [6], Wolf tuvo que investigar el origen de los poemas homéricos y eso involucraba la cuestión de su autenticidad y su unidad. Wolf abrió los ojos del mundo culto hacia el hecho de que la poesía homérica ocupa una posición *histórica* única y, por lo tanto, no puede estudiarse con los métodos aplicables a Virgilio y a la épica posterior. Ninguna palabra queda más destacada en los *Prolegomena* que la tan repetida «historia», sobre todo en la frase «historiae et critices rationes». El resultado de las investigaciones de Wolf durante muchos años encontró su expresión, condensada, en la edición de 1795; en el prefacio de sus *Homeri et Homeridarum Opera et Reliquiae* declaró con firmeza [7]: «Tota quaestio nostra *historica et critica* est, non de *optabili* re, sed de re *facta*... Amandae sunt artes, at reverenda est historia» (el subrayado es de Wolf).

Siempre resulta un placer leer el latín de Wolf, libre de convencionalismos, y, sin embargo, claro y hermoso; pero, como Bentley [8], no se limitó a la lengua tradicional de la filología, sino que también utilizó su alemán [9] nativo,

---

6 Ver *Historia* [I], 195 ss.

7 Pág. XXVI en la edición de 1804 (que ha estado a mi alcance).

8 Ver antes, pág. 255.

9 Sus conferencias en alemán sobre *Encyclopaedia* (ver luego, pág. 291), repetidas con frecuencia, se imprimieron en 1831, y un pasaje sobre Cuiacius, pág. 474 del vol. I de las *Vorlesungen über*

como al escribir sobre Winckelmann[10]. Nunca imitó el estilo de Winckelmann, elevado y personal, sino que permaneció siempre fiel a su peculiar manera de escribir sencilla y noble.

Wolf trató de dar pruebas, sobrias y exactas, para llegar a la conclusión de que no fue un solo poeta quien escribió nuestra *Ilíada* y *Odisea,* sino que debemos estos poemas a una serie de rapsodos. No se contentaba con expresar opiniones y sugerencias generales sobre la distinción entre poesía natural y artística, sino que trataba de fundamentar su posición, página tras página, con sólidos argumentos. Con el tiempo, tuvo que ser abandonada mucha parte de su argumentación y mucha fue refutada. El valor permanente de su obra consistió en su espíritu crítico y su investigación histórica; con ambos se hizo la conexión esencial entre crítica e historia.

Los *Prolegomena* causaron gran sensación, que se extendió mucho más allá del mundo culto, porque llegaron precisamente en el momento exacto. La noción de poesía original, popular, natural, ingenua, estaba en los labios de todos y Homero era el poeta más discutido. El ensayo de Robert Wood sobre el genio original de Homero[11] había tenido una aceptación entusiasta, especialmente en Alemania, por parte de Goethe y otros; Herder había generalizado y popularizado las ideas del *Ossian* de Macpherson, y de *Relics of Ancient English Poetry* de Percy, y las había aplicado a la epopeya griega. Por otra parte, muchos denunciaban los *Prolegomena* como «impiedad» literaria. Pero la reacción más significativa fue la reseña

die Altertumswissenschaft, de Wolf, terminaba con esta frase característica: «Er hatte eine erstaunlich liederliche Tochter», observación sin duda casual en una conferencia y de la que desgraciadamente no tenemos detalles.

[10] Ver antes, pág. 287.

[11] Ver antes, pág. 271.

plenamente aprobatoria, escrita, poco después de la publicación, por Federico Schlegel, el crítico más sagaz del grupo de los primeros románticos alemanes. Éste calificó los *Prolegomena* como obra de más que «lessingschen Scharfsinns» y aplicó su principio a la historia literaria en general.

La influencia de los *Prolegomena* en el desenvolvimiento de la filología clásica fue incomparable. La llamada «cuestión homérica» se convirtió inmediatamente en uno de los problemas centrales y ha continuado siéndolo hasta nuestros días. Aunque Wolf no publicó un análisis crítico de la *Ilíada,* sino únicamente indicaciones aisladas en ese sentido, dio el impulso para que generaciones de filólogos utilizaran el método analítico en el campo épico lo mismo que en otros terrenos. Sería injusto hacerlo personalmente responsable de las consecuencias desastrosas de su aplicación a temas que lo rechazaron.

Todos los éxitos de Wolf en áreas particulares de los estudios clásicos estuvieron subordinados a su concepción general de estos estudios, para la cual inventó el término genérico de «Altertumswissenschaft» [Ciencia de la antigüedad]. Gesner había titulado su lección inaugural *Isagoge in eruditionem universalem*[12]; Wolf tituló la suya, desde 1785 en adelante, *Encyclopaedia philologica.* Repitió esta conferencia dieciocho veces, según nos dicen, dándole su forma definitiva después de la derrota de Jena, cuando la universidad tuvo que cerrar, con el nuevo epígrafe: «Darstellung der Altertumswissenschaft nach Begriff, Umfang und Zweck». Incluso la publicó como primer artículo de su nueva revista «Museum der Altertumswissenschaft»[13]. J. J. Escalígero[14] había sido el primero

12 Ver antes, pág. 279; Sandys, III, 59.

13 I (1807), 1 ss., reimpr. en *Kleine Schriften,* II, 808 ss.

14 Ver antes, pág. 201.

en concebir la idea de una filología que abarcase la totalidad del mundo antiguo y Winckelmann fue el primero en entender a Escalígero y seguirlo en principio [15]. Wolf, que se apoyaba en Winckelmann en tantos aspectos, tomó la idea de él, no de Escalígero [16], y para designarla acuñó el término que ha venido usándose siempre desde entonces; como veremos, es una descripción adecuada de una forma particular de la *Philologia Perennis* de la Alemania del siglo XIX.

Wolf fue no sólo escritor influyente, sino también organizador eficaz [17]. Su creación favorita fue su «Seminario» filológico, que se proponía especialmente la preparación de profesores de filología clásica. En Gottinga y en Leipzig también se dieron clases y conferencias, pero como fueron accidentales y esporádicas, no pueden compararse con la creación permanente y metódica de Wolf en Halle. Después de la catástrofe de Jena, durante las guerras napoleónicas, aquella universidad cerró sus puertas, y en 1816, cuando Humboldt fundó la nueva universidad de Berlín, trató de aprovechar el talento y la experiencia de Wolf para su nueva fundación. Desgraciadamente las fuerzas de Wolf estaban agotadas; pero los discípulos más destacados de su seminario de Halle, Böckh y Bekker, fueron las glorias de la nueva universidad [18].

---

15 Ver antes, pág. 282.

16 No he encontrado en los escritos de Wolf referencias directas a Escalígero, pero se me han podido pasar por alto.

17 Cf. *supra*, pág. 282.

18 Algunos libros de Wolf se han citado en el texto; sus artículos están recogidos en *Kleine Schriften*, en 2 vols., editados por Bernhardy (1869). Bibliografía selecta, en Sandys, III, 60 s., que remite a Goedecke, *Grundriss*, VII^2, 807-11. — La publicación más importante es F. A. Wolf, *Ein Leben in Briefen*. Colección cuidada y comentada por Siegfried Reiter, I, 1779-1807; II, 1807-1824; III, Aclaraciones (Stuttgart, 1935). Cf. mi recensión, *Gnomon*, 14 (1938), 401-10. Un volumen complementario, Die Texte (Briefwechsel Wolfs

El gran filólogo alemán, cuya actividad hemos tratado de describir, era persona muy difícil. Por esta razón, no sólo fue generalmente poco apreciado en vida y después de muerto, sino que también los aciertos de su filología han sido injustamente rebajados. El filólogo más claramente culpable de ello, en tiempos recientes, fue Wilamowitz, aunque incluso éste admitió cierta estima por los méritos de Wolf como crítico textual y como historiador. Nadie conoció a Wolf mejor que Wilhelm von Humboldt; comprendió su grandeza y sus deficiencias, y en contraste con Wilamowitz, le hizo justicia, como ni siquiera Goethe, el mayor amigo de Wolf, fue capaz de hacérsela.

---

mit Bekker, págs. 1-86, Briefe Wolfs an verschiedene Addressaten, págs. 87-161), 1956. El comentario prometido no ha sido aún publicado. — Sobre su vida, ver «Entwurf einer Selbstbiographie», en la edición de sus cartas publicadas por Reiter, II, 337-45; «Entwurf einer zweiten Selbstbiographie», Ergänzungsband I, editada por Sellheim, págs. 162-6. — W. Körte (yerno de Wolf), *Leben und Studien F. A. Wolfs, des Philologen* (2 vols., 1833). M. Bernays, *Goethe's Briefe an F. A. Wolf* (1868), con introducción. — Mark Pattison, «F. A. Wolf», *Essays*, I (1889), 337-414 (en realidad, una recensión del libro de J. F. J. Arnoldt, *F. A. Wolf in seinem Verhältnis zum Schulwesen und zur Pädagogik*, 2 vols., 1861/2, una de las mejores valoraciones de la persona y obra de Wolf).

XV

ALUMNOS DE WOLF Y CONTEMPORANEOS MÁS JÓVENES

Por difícil que fuese el carácter de Wolf, ningún filólogo clásico pudo, como él, llamar amigos suyos personales a tantos contemporáneos ilustres. Tuvo también eminentes discípulos, bien calificados para continuar su obra. Incluso se ha dicho que su obra más importante fueron sus alumnos [1]; pero eso es ir demasiado lejos; los *Prolegomena,* los estudios y textos aludidos fueron, sin duda alguna, sus mayores realizaciones.

Antes de pasar a los discípulos y sucesores de Wolf, debemos mencionar a dos contemporáneos suyos más jóvenes, que no procedían de él como discípulos personales. De todos los filólogos clásicos alemanes, Gottfried Hermann, de Leipzig (1772-1848), era el más próximo en ciertos aspectos a Bentley. Hermann no era simplemente un helenista como los otros filólogos de Alemania que siguieron a Winckelmann, sino también un gran filólogo latino [2], lo mismo en el campo de la lengua primitiva que

---

[1] M. Pattison, *Essays,* I (1889), 337 ss. = *North British Review,* Jun. 1865.

[2] Cf. E. Fraenkel, «The Latin Studies of Hermann and Wilamowitz», *JRS,* 38 (1948), 28-34.

de la métrica, como había sido Bentley. Puede compararse con Bentley, incluso, en el sentido de que en el fondo de sus operaciones críticas había un concepto claro de la obra clásica ideal, fundada en la creencia de que él, como filólogo, sabía lo que el poeta tenía que haber dicho («quid debuerit poeta dicere»). Ya en sus *De poeseos generibus* de 1794[3] empleaba un sistema perfectamente definido de terminología estética y crítica. Quizá sería posible comprobar que los términos usados en sus escritos gramaticales, métricos y críticos son préstamos de cierta sección de la analítica trascendental de Kant[4]. La objeción de Hermann a los filólogos ingleses era que se contentaban con deducir reglas generales de una serie de ejemplos; estas afirmaciones empíricas nunca podían ser suficientes, argüía Hermann; siempre era necesario investigar la ley que se manifestaba en los ejemplos, preguntar *verbi gratia* cuál era la razón de la llamada «lex Porsoni».

Con esta precisión lógica combinaba un sentido muy fino del genio de la lengua griega. En sus ediciones de las tragedias griegas puede decirse que rivalizaba con Porson y los porsonianos o que, incluso, los aventajaba, sobre todo, en el caso de Esquilo. Su edición completa no fue publicada hasta 1852, después de su muerte; pero él la había estado preparando durante toda su larga vida. Wilhelm von Humboldt había estado muchos años en contacto con Hermann, el cual mejoraba y variaba constantemente su propia traducción de *Agamenón*. Poco después de la batalla de Leipzig, en 1813, los dos hombres paseaban por el campo de batalla, discutiendo el texto de algunos pasajes de esta obra. De repente, Humboldt, que había regresado de una misión diplomática, interrumpió la dis-

---

3 G. Hermann, *Opuscula,* I (1827), 20 ss.

4 Acaso un filólogo clásico, más familiarizado con la *Kritik der reinen Vernunft,* pueda indicar capítulo y sección.

cusión y dijo a Hermann: «Como Vd. puede ver aquí, los imperios perecen, pero un buen poema vive eternamente»[5]. La personalidad entera de Humboldt se revela en este momentáneo *aperçu*[6].

Hermann no se limitó a los dramaturgos. Ni la poesía épica ni la lírica quedaban fuera de su alcance, y en sus *Orphica* (1805) dio, incluso, una historia completa del hexámetro épico, en la cual publicó algunos descubrimientos importantes. Pero, puesto que Wilamowitz, cuya peculiar aversión contra Wolf ya hemos observado, destacaba repetidamente que este último punto de los *Orphica* fue el más brillante resultado de Hermann, hay que hacer constar que la inspiración de estas investigaciones históricas procedía claramente de Wolf; y cuando Hermann, finalmente, empezó a analizar el texto de los himnos homéricos, de Hesíodo y, por último, de la *Ilíada* y la *Odisea*, cultivaba el mismo campo que ya había sido desbrozado por los *Prolegomena* de Wolf. Hermann detestaba toda clase de idealismo postkantiano y especialmente el romanticismo. En él vivía la creencia de que los griegos clásicos habían alcanzado la belleza perfecta, de que él podía definir exactamente lo que era bello y que, por lo tanto, podía explicar o restablecer los textos de los clásicos.

De los contemporáneos de Wolf, el siguiente en edad era de un carácter totalmente distinto y a veces opuesto a Hermann: es Friedrich Gottlieb Welcker (1784-1868). Fue el amigo más íntimo de Humboldt cuando este último era embajador de Prusia en el Vaticano; allí conoció al ingenioso arqueólogo danés Johann Georg Zoëga (1755-

---

5 Ver Leitzmann, *Festschrift für Judeich* (1929), pág. 236; cf. *Wilhelm und Caroline von Humboldt in ihren Briefen*, hrsg. v. A. v. Sydow (1906-), IV, 149 y 197.

6 Lo que también es característico de todo este período único de la historia alemana.

1809), que era amigo de Thorwaldsen y autor de *Antiguos Bajorrelieves Romanos* y de escritos sobre la religión antigua. Welcker tenía un sentimiento profundo hacia el mito religioso griego, y fue el primero, después de Winckelmann, en combinar un verdadero conocimiento de la poesía con una honda comprensión del arte [7]. Su propósito más elevado era escribir una serie coherente de libros sobre la religión, poesía y arte griegas y, en realidad, ejecutó una gran parte de este plan en la larga serie de sus escritos. Después de haber completado los tres volúmenes de su *Griechische Götterlehre* (1851-63), dictó, a sus ochenta y cuatro años, ya ciego, su último ensayo sobre la «serenidad y belleza de la religión griega». Su brillante conocimiento y su rara comprensión del genio griego como un todo, le capacitaron para reconstruir partes perdidas de la poesía griega: el *Ciclo épico*, o sea, las leyendas troyanas distintas de la *Ilíada* y la *Odisea* (2 vols., 1835-49), las trilogías de Esquilo perdidas (2 vols., 1824-6) y las tragedias perdidas de todos los otros dramaturgos, *Tragedias griegas en relación con el Ciclo épico* (3 vols., 1839-41). Es cómodo censurarle por ser demasiado imaginativo; el sobrio escepticismo de Hermann será siempre un buen antídoto, como hemos visto una y otra vez en los papiros trágicos recientemente publicados [8]. Pero precisamente porque Welcker vio los modelos de las leyendas griegas y reconoció las ideas directrices de éstas, es por lo que descubrió la ley de la trilogía trágica en Esquilo. Los artículos que publicó sobre poesía lírica griega, especialmente sobre la lírica religiosa [9], son toda-

---

7 «Philologie ohne Kunstbegriff nur einäugig», proclamó Goethe para las generaciones siguientes a Winckelmann.

8 Es útil comparar las viejas reconstrucciones de Hermann y Welker con el texto de los nuevos papiros.

9 Ver, especialm., sus *Kleine Schriften*, vols. I y II (1844).

vía el trabajo más adecuado sobre estos delicados fragmentos de poesía griega.

Los discípulos directos de Wolf y Hermann y los indirectos de la generación siguiente, empezaron a formar escuelas. En el caso de Welcker, la formación de una escuela es inconcebible. Se hizo inmortal a causa de sus propias conquistas. Era inevitable la rivalidad entre las diferentes escuelas; la ganadora fue la de la «Altertumswissenschaft» fundada por F. A. Wolf y propagada por uno de sus más destacados discípulos, Augusto Böckh, quien, sin embargo, criticó severamente la «Darstellung» de Wolf y le atacó personalmente con dureza [10]. «Altertumswissenschaft» es una forma particular de *Philologia perennis*; Hermann, Welcker y Bekker no pueden contarse entre sus representantes, y dentro y fuera de Alemania siempre hubo filólogos clásicos opuestos a ella. Incluso el discípulo favorito de Wolf, Immannuel Bekker (1785-1871), siguió su propio camino; no tenía ningún entusiasmo por la Altertumswissenschaft histórica, sino que consagró su vida a editar una asombrosa cantidad de textos antiguos. Empezando con reseñas de las publicaciones homéricas de Heyne y Wolf [11], siguió con los textos que Wolf había planeado editar, Homero y Platón, y luego con un considerable número de otros. Cotejó más de cuatrocientos manuscritos de todas las bibliotecas de Europa y publicó casi un centenar de volúmenes de textos griegos antiguos y bizantinos, que incluían: la edición vulgata de Aristóteles (en los cuatro volúmenes en cuarto de la Academia de Berlín) y *Anecdota Graeca* (3 vols., 1814-21); pero también publicó algunos textos latinos e

---

[10] F. K. J. Schütz, *Chr. Gottfr. Schütz, Darstellung seines Lebens nebst Auswahl aus seinem literarischen Briefwechsel*, I (1834), 13, Böckh a Schütz, 9 oct. 1812, «Infamie», «schuftige Rolle».

[11] *Homerische Blätter* (= *Carmina Homerica*, I. Bekker emendabat et annotabat, vols. III-IV, 1863-72).

incluso franceses. Por la cantidad de sus producciones, era una especie de Stephanus del siglo XIX; mientras tanto, el nivel de calidad había mejorado, por supuesto, considerablemente. Bekker ocupó una cátedra en la universidad de Berlín durante sesenta años, pero era famoso por la habilidad con que sabía escamotear casi siempre el peso de las clases, como había hecho Porson[12].

Böckh, que había nacido en 1785 en Karlsruhe y murió en Berlín en 1867, fue discípulo en Halle no sólo de Wolf en filología clásica, sino también de Schleiermacher en filosofía. Su actitud mental era verdaderamente filosófica y eso le distinguía de los otros filólogos clásicos. No adoptó ningún sistema particular, pero generalmente compaginaba el idealismo filosófico de su época y el movimiento romántico con su sentido vivo de la historia. Su *Enzyklopaedie und Methodologie der philologischen Wissenschaften* es el testimonio de esta combinación sorprendente. Mientras Wolf había tratado de presentar únicamente un esquema de la Altertumswissenschaft, él procuró dar una estructura sistemática y reemplazar unas reglas de interpretación meramente prácticas por leyes fijas, basadas en una teoría general[13]. No es de extrañar que no tuviese verdaderos seguidores en esta empresa vasta y peligrosa. Por otra parte, otros muchos trataron de seguir su ejemplo en la publicación de libros y artículos muy especializados sobre métrica y metrología, inscripciones, finanzas y astronomía, o sobre Píndaro, la tragedia o Platón. En el fondo de todos estos estudios de materias aisladas estaba siempre la idea unificadora de conocimiento del mundo antiguo como un todo. Al mismo tiempo, estaba convencido, como Wolf y Humboldt, por influencia de Winckelmann, de que las ideas fundamentales

12 Ver antes, pág. 269.

13 Cf. *supra*, pág. 162.

de la mente humana creadora y los primeros modelos de lo bello se habían originado en las obras de los griegos y que nosotros deberíamos emularlos. Es evidente que la concepción histórico-universal de Böckh no se limitaba conscientemente, como la de Hermann, al restablecimiento e interpretación de los textos. Es corriente leer en las historias de filología clásica que, a partir de este momento, y durante el siglo XIX hasta entrado el XX, coexistieron dos escuelas: una, preocupada por la lengua; otra, por los objetos [14], y que la actividad de la filología durante varias generaciones consistió en polémicas entre las dos escuelas.

Posiblemente este sencillo esquema es una invención de Conrad Bursian [15] en su *Historia de la Filología Clásica en Alemania,* publicada en 1883 en un volumen de más de mil trescientas páginas. En realidad, la filología clásica continuó desarrollándose durante el siglo XIX, como en los anteriores, al mismo ritmo que los movimientos generales del pensamiento, aunque, debido a su tradición de dos mil años, dependía menos del espíritu cambiante de la época que otros campos del saber [16].

---

14 Podraímos considerar el antiguo altercado entre alejandrinos y pergamenos como paralelo al citado. Cf. *Historia* [I], 311 y 419.

15 No lo he encontrado en ningún libro anterior.

16 Cf. R. Pfeiffer, *Philologia Perennis* (1961), pág. 22.

XVI

LOS COMIENZOS DEL SIGLO XIX. LA «ALTERTUMSWISSENSCHAFT» ALEMANA, DE NIEBUHR[1] A DROYSEN

Las ideas y escritos de Winckelmann fueron decisivos para el futuro de la filología clásica. El desenvolvimiento de esta ciencia, en el s. XIX, es la prueba de esta afirmación, porque en Alemania la influencia dominante fue la de la «Altertumswissenschaft», nombre con que F. A. Wolf designaba el contenido de los estudios clásicos, que abarcaba todos los aspectos del mundo antiguo, incluida la religión. Ésta había sido la concepción de J. J. Escalígero, aunque Winckelmann fue el primero en reconocer su importancia. Darlo a conocer a un círculo más amplio

1 *Lebensnachrichten über B. G. Niebuhr aus Briefen desselben* (3 vols., 1838/9). J. Classen, *B. G. Niebuhr. Eine Gedächtnisschrift zu seinem hundertjährigen Geburtstag* (1876); se esperaba que H. Nissen escribiera la biografía, pero publicó únicamente una corta vida en *ADB*, 23 (1886), 646 ss. Editaron las cartas D. Gerhard y W. Norvin (2 vols., 1926-9). Sobre escritores alemanes de historia, ver F. Schnabel, *Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert* (4 vols., 1929-37), escrita con verdadero espíritu humanístico, y G. P. Gooch, *History and Historians in the Nineteenth Century* (2.ª ed. revisada, 1952), sobre Niebuhr pp. 14 ss.

fue uno de los méritos de Niebuhr, que era mucho más que especialista en historia romana.

Barthold George Niebuhr nació en Copenhague, hijo de Karsten Niebuhr, conocido explorador del Próximo Oriente; estudió filología clásica e historia en Kiel (1794) y Edinburgo. En 1806 se hizo funcionario civil de Prusia y más tarde, en 1810, como miembro de la Academia de Berlín, empezó a dar clases de historia antigua, especialmente romana, en la universidad de Berlín, recién fundada por Wilhelm von Humboldt. La consecuencia inmediata de sus lecciones en Berlín sobre historia romana fue su libro *Historia de Roma*[2]. Pero, siguiendo la tradición de Escalígero y Wolf, desarrolló su historia romana sobre el trasfondo de la historia del mundo antiguo en su conjunto. Niebuhr fue una figura de cierta complejidad, con experiencia de funcionario del Estado y conocedor de la tradición literaria de la universidad estatal. La fuente principal de la historia romana primitiva era Livio, por supuesto; y de la misma manera que la crítica textual había empezado con la obra de Lorenzo Valla sobre el texto de Livio[3], también ahora nacía la crítica histórica a partir de Livio. Un factor muy importante en el enfoque de Niebuhr era un sentimiento apasionado hacia la civilización de su país natal, su origen y costumbres. Creía que podía entender la civilización de la Roma primitiva por analogía[4] con las comunidades rurales de la región de Dithmarschen (entre la desembocadura del

---

2 *Römische Geschichte,* I (1811), II (1812). A. Momigliano, «G. C. Lewis, Niebuhr e la critica delle fonti», *Rivista storica italiana,* 64 (1952), 208-21, sobre el método de Niebuhr y su relación con Inglaterra.

3 Cf. *supra,* págs. 71 ss.

4 Las analogías desempeñan un importante papel en la argumentación de Niebuhr.

Elba y el Eider), comunidades que él conocía y amaba tanto.

Aunque se hallaba muy a gusto en «Moor und Heide» entre campesinos libres, también le complacía mucho su círculo de amigos íntimos de Berlín, en uno de ellos, Friedrich Karl von Savigny (1769-1861) se apoyó para el estudio del derecho romano[5], que Savigny acababa de establecer sobre una base nueva. También le gustaba viajar por ciudades alemanas e italianas, en cuyas bibliotecas hizo sorprendentes descubrimientos de textos latinos; el más espectacular fue el palimpsesto de las *Institutiones* de Gayo en la Biblioteca Capitular de Verona; en un manuscrito vaticano encontró fragmentos de algunos discursos de Cicerón; contribuyó a la edición de Mai del *De re publica* de Cicerón, sacado de un palimpsesto vaticano. A su regreso a Alemania en 1823, al pasar por Suiza, identificó el contenido de un palimpsesto de S. Gall y lanzó la primera edición de Merobaudes. Pero los años de embajador de Prusia en Roma (1816-23) resultaron decepcionantes, puesto que detestaba absolutamente la Roma e Italia de su tiempo.

Wilhelm von Humboldt (1777-1835) tuvo relaciones personales y literarias con todos los principales filólogos clásicos de su época[6], y se sintió en su ambiente mientras prestó sus servicios en el Vaticano como embajador de Prusia en Roma (1802-8). A duras penas puede imaginarse

---

5 Sobre anteriores estudios legales de humanistas y filólogos clásicos, ver antes, págs. 151 (Italia) y 174 (Francia). Sobre Savigny, ver Adolf Stoll, *F. K. von Savigny* (3 vols., 1927-39), especialmente I 38 ss.: «Der junge Savigny».

6 Ver antes, pág. 292 (F. A. Wolf), 296 (G. Hermann y F. G. Welker); las observaciones despectivas de Niebuhr acerca de Welker, su colega en Bonn, a quien era incapaz de entender, son características.

un contraste más profundo que el de Niebuhr[7] y Humboldt en Roma. La actitud de Niebuhr señala el final del período alemán del Neohelenismo. Humboldt, por otra parte, cantó en su himno de alabanza a Roma: «Wie Homer sich nicht mit den anderm Dichtern, so lässt sich Rom mit keiner andern Stadt vergleichen», y Goethe citó esta frase en su libro de recuerdos sobre Winckelmann[8]. Por recomendación de Humboldt se concedió a Franz Bopp (1791-1867) una cátedra de «Orientalische Literatur und allgemeine Sprachkunde» en 1823 en la universidad de Berlín; en 1816 (a los veinticinco años) había establecido los fundamentos de la «Indogermanische Sprachwissenschaft». Los primeros escritos de Humboldt habían sido de tipo educativo e histórico, pero después de retirarse de sus altos cargos diplomáticos y ministeriales se concentró en el estudio del lenguaje. En este campo aparecen sus trabajos más importantes y originales[9]. Como su interés era de amplitud universal, pudo reconocer la significación del descubrimiento de Bopp sobre la relación del sánscrito con el griego, latín, persa y germánico[10].

Puede parecer paradójico que agrupemos a Jacob Grimm (1785-1863) con Humboldt, pues Grimm consideraba la observación individual como «die Seele der Sprachforschung[11] y, al revés de Humboldt, a duras pe-

---

[7] Parece que pasó a miembro de la Academia Prusiana mediante la influencia de Humboldt (Wilamowitz, *Geschichte der Philologie,* 1921, pág. 53).

[8] Cf. *supra,* págs. 281 s.

[9] Sobre H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern,* dedicada a Böckh en 1863 (2.ª ed., 1890/1), ver *Historia* [I], págs. 20 y 119.8.

[10] La prueba de Bopp se basaba en la observación de la flexión común del verbo en estos idiomas y fue por fin generalmente aceptada; cf. S. Lefmann, *Franz Bopp, sein Leben und seine Wissenschaft* (2 vols. y «Nachtrag», 1891-7).

[11] *Deutsche Grammatik,* I² (1822), pág. VI.

nas expuso teorías. Sin embargo, aunque no explícitas, estaban presentes en su mente e influyeron en sus escritos gramaticales y, por este motivo, podemos considerarlo, con razón, como de la escuela de Humboldt [12].

Philipp Buttmann (1768-1829), nacido un año después que Humboldt, procedía de una familia de emigrantes franceses (Boudemont). Fue un gramático puro sin ninguna inclinación hacia la filosofía del lenguaje o la lingüística comparada. Después de estudiar en Gottinga y Estrasburgo, pasó a ser miembro de la Academia de Berlín y director de su biblioteca [13]. Ya en 1792 publicó su pequeña gramática griega que con el tiempo se convirtió en la «Gramática Completa» de 1819-27. Su *Lexilogus* [14], uno de los libros sobre la lengua de Homero que más han influido, pertenece a la gran tradición de investigación homérica en Alemania que desciende de F. A. Wolf [15].

Después de Homero, había sido Platón el autor favorito de Wolf. Su amigo Friedrich Schleiermacher (1768-1834) —se conocieron en Halle en 1804— publicó una traducción y contribuyó a fomentar la filología platónica. Pero el mérito de proponer (en 1798) la idea de una traducción completa al alemán se debe a Friedrich Schle-

---

[12] Aunque inclinado a este punto de vista, no me convencí hasta que leí Brigit Beneš, *W. von Humboldt, Jacob Grimm, August Schleicher. Ein Vergleich ihrer Sprachauffassungen* (tesis doct., Basilea, 1958), págs. 41 ss. (Debo el conocimiento de esta tesis a mi colega Meinrad Scheller.) Ver J. Dünninger (arriba, pág. 115, n. 108) sobre el origen de la filología germánica en general.

[13] Ver Konrad Kettig, en *Bibliothek und Wissenschaft*, hrsg. von S. Joost, V (1968), 103 ss.

[14] *Beiträge zur griechischen Worterklärung hauptsächlich für Homer und Hesiod* (1.ª ed., 1818, seguida de muchas otras ediciones).

[15] Cf. *supra*, pág. 291.

gel[16], cuyos intereses eran más filosóficos[17] que los de los otros románticos[18]. En sus primeros años de estudiante de filología clásica y de admirador de F. A. Wolf[19], había proyectado Schlegel sus categorías literarias, que tuvieron un éxito enorme que excedió de los límites de la filología clásica. Por medio de ellas demostró la superioridad de las creaciones de los griegos en literatura y arte y al mismo tiempo arrojó luz sobre la posición histórica de éstos y su influencia en el futuro.

Karl Otfried Müller[20] (1797-1840) continuará viviendo siempre como figura esplendorosa de filólogo joven y feliz, cuya vida acabó prematuramente en Grecia, el país que amaba desesperadamente. Todavía pertenecía en espíritu a la época de Winckelmann; nacido en la ciudad silesia de Brieg, estudió primeramente en Breslau, y más tarde estuvo en Berlín en íntimo contacto con el ilustre círculo de filólogos clásicos de esa ciudad dirigido por F. A. Wolf, a quien personalmente encontraba repelente, pero cuyos escritos tuvieron sobre él una influencia indeleble, espe-

---

16 F. Schlegel, *Kritische Ausgabe seiner Werke,* von E. Behler, Hans Eichner u.a. (Munich-Zurich, 1958-), y muchas publicaciones separadas.

17 F. Schlegel, «Philosophie der Philologie», *Logos,* 17 (1928), 1 ss.

18 Schleiermacher, en una carta a Böckh, fechada el 18 de junio de 1808 (*Mitteilungen aus dem Literaturarchive in Berlin,* N.F. 11 [1916], 26), mencionaba la observación que hizo Schlegel, como de pasada, en una conversación con sus amigos de Berlín, según la cual éstos deberían emprender la traducción completa como una empresa común.

19 Sobre la muy entusiasta recensión de F. Schlegel acerca de los *Prolegomena* de Wolf, ver antes, págs. 290 s.

20 Él mismo añadió el segundo nombre propio al de Carlos en 1819, *Briefe,* hrsg. u. erläutert von S. Reiter, I (1950), 10 ss. (por indicación de Buttmann, como dijo Richard Foerster, en su ensayo *Otfried Müller,* Breslau, 1897).

cialmente en su reverencia por la historia[21]. Fue más estimado por Böckh, como alumno, que otro cualquiera de sus numerosos discípulos. La historia local completa de Egina, de Müller[22], *Aegineticorum liber* (1817), demostró que estaba igualmente familiarizado con las fuentes monumentales que con las literarias, y en 1819 fue nombrado profesor de Altertumswissenschaft clásica en Gottinga. A la más original de sus varias publicaciones le dio el título de *Prolegomena zu einer wissenschaftlichen Mythologie* (1825), imitación clara del título de la más famosa obra de Wolf sobre Homero. La principal tesis de esta obra sobre mitología[23] consistía en que los mitos griegos contienen la historia antigua de las tribus griegas. Esto, tanto por su propia importancia como por la valiosa controversia que provocó, constituyó la contribución más destacada de Müller a la filología.

La oposición más vigorosa contra esta teoría «histórica» de la mitología la desplegó Friedrich Creuzer (1771-1858), quien, influido por el misticismo de Joseph Görres, presentó las ideas religiosas del mundo antiguo en los cuatro volúmenes de su *Symbolik* (1810-12), ediciones posteriores en 1819-23 y 1837-43 = *Deutsche Schriften,* Abth. I, Bd. 1-4)[24]; su colección completa de Plotino, publicada por la Clarendon Press en 1935, estaba relacionada con estos estudios.

---

21 Ver antes, pág. 289, «reverenda est historia».

22 Bibliografía con títulos exactos, en *Briefe,* II (1950), páginas IX ss.

23 Sobre mitografía anterior desde el Renacimiento, ver antes, págs. 46 ss., con las notas correspondientes.

24 Quizás sea ya hora de escribir una monografía sobre J. Görres y sus relaciones con la filología clásica en general, pues es difícil para un filólogo que examina hechos de detalle hacer justicia a un polígrafo totalmente acrítico como Görres.

La creencia de Müller en la importancia histórica del mito es una especie de paralelo con la actitud de Niebuhr respecto a la civilización romana primitiva; en ambos casos es evidente la influencia del Romanticismo. También hay otro paralelo en el sentido de que K. O. Müller fue también a Inglaterra, donde permaneció la mayor parte de los últimos años de su vida. Allí, en 1836, empezó a escribir su libro de mayor éxito, la *Historia de la Literatura de la Grecia Antigua*[25], por encargo de la «London Society for the Diffusion of Useful Knowledge»; todavía no estaba acabado cuando murió en agosto de 1840 en Atenas y fue enterrado en la colina de Kolono.

Su obra *Aeginetica* fue seguida por tres libros prehistóricos: *Orchomenos und die Miney* (1820) estudiaba la prehistoria de Beocia, *Die Dorier* (2 vols., 1824) era más un himno impresionante sobre la excelencia de todo lo dórico que una narración histórica; y en 1828 su *Etrusker* ganó el premio de Berlín, cosa sorprendente para un libro con el cual pisaba terreno no hollado.

En los últimos años de la vida de K. O. Müller empezó Heinrich Ludolf Ahrens (1809-81) a publicar su obra sobre

25 K. O. Müller, *History of the Literature of Ancient Greece*, 2 vols., traducida del manuscrito alemán por G. C. Lewis (Londres, 1840-42). *Geschichte der griechischen Literatur bis auf das Zeitalter Alexanders* hrsg. von Eduard Müller, 2 vols. (Breslau, 1841; 2.ª ed., 1857; 3.ª, con notas y adiciones por E. Heitz, Stuttgart, 1875-6). *A History of the Literature of Ancient Greece*, trad. del MS. alemán de K. O. Müller por Sir G. C. Lewis y J. W. Donaldson, continuada por Donaldson, 3 vols. (Londres, 1858). K. O. Müller, *Histoire de la littérature grecque jusqu'à Alexandre le Grand*. Trad. et annotée et précédée d'une étude sur O. Müller et sur l'école historique allemande par Karl Hillebrand (2 vols., 1865; 2.ª ed., 3 vols., 1866; 3.ª ed., 3 vols. 1883). Eduardo Müller, su hermano, recogió y publicó (2 vols., 1847/8) artículos y recensiones de O. Müller sorprendentes por la variedad de asuntos. G. Bernhardy, *Grundriss der griechischen Literatur* (3 vols., 1836), inacabada, es únicamente un seco registro de títulos y fechas.

los dialectos griegos[26]. Esto no habría sido posible sin el fundamento puesto por los escritos históricos de Müller (había sido profesor de Ahrens en Gottinga, después de 1826), y, en realidad, debe ser considerado como una de las consecuencias más importantes de aquéllos. El estudio de los dialectos griegos no había sido olvidado en tiempos antiguos ni modernos; durante el Renacimiento francés les prestaron atención universalistas, como Henri Étienne, Claudio Salmasius, etc. Pero fue Ahrens el que por su trabajo metódico elevó la dialectología a la categoría de rama especial de la filología clásica que aún hoy se enfoca de acuerdo con las líneas que él estableció (no siempre con entera satisfacción de los lingüistas progresivos). Dedicó el segundo volumen, *de dialecto Dorica,* a Lachmann. Su edición crítica de Teócrito (con los escolios) y *Poetas bucólicos* menores (1855-9) fue reconocida como obra maestra por su último y más importante editor, Wilamowitz (1913)[27]. Ahrens ocupó varios cargos docentes antes de establecerse como director del Lyceum de Hannover desde 1849 a 1879, donde Raphael Kühner (1802-1878), el profesor más destacado de gramática griega tradicional, había publicado su manual (1844-5). Los *Kleine Schriften* (1891) de Ahrens contienen famosos artículos sobre autores clásicos y sobre lingüística; pero aquí está colocado intencionadamente entre los sucesores de K. O. Müller, no con los lingüistas que siguieron a Humboldt.

---

26 *De graecae linguae dialectis* (2 vols., 1839). Ver E. Fraenkel, Aesch. *Ag.*, I (1950), 54 ss.

27 En los Schol. [Theocr.], IV 16a, todo el mundo ha aceptado su enmienda πρώκιον (vocabulum novum, πρῶκαι en el texto de Teócrito), excepto Paul Maas, *Kleine Schriften* (1972), págs. 210 ss., que ha defendido constantemente la lectura de los manuscritos προίκιον, que no cuadra con el sentido del escolio. En [Theocr.] VIII 91, el ἁμαθεῖς de Ahrens es igualmente convincente (γαμηθεῖσ', γαμεθεῖσ' codd.), y aún muchos otros ejemplos.

Fue J. Grimm quien influyó en sus ideas, incluso más que Bopp.

En los capítulos precedentes el elemento histórico era muy intenso, pero no hubo verdadero historiador en Alemania después de Niebuhr. J. G. Droysen (1808-84)[28] era realmente historiador, pero incluso él empezó como discípulo y amigo de F. G. Welcker, con el estudio de Esquilo y Aristófanes; pues, en contraste con Niebuhr, sentía auténtico aprecio por la gran poesía y la erudición filológica de Welcker. Sin embargo, desde 1840 en adelante Droysen ocupó cátedras de historia, incluida la historia moderna: primero en Kiel; desde 1849 en Jena, y a partir de 1859 en Berlín. En Berlín tuvo relaciones literarias y personales muy amistosas con la familia Mendelssohn, especialmente con el músico Felix Mendelssohn-Bartholdy[29], quien alguna vez puso música a poemas líricos de aquél; Droysen, a su vez, usó los descubrimientos de Mendelssohn, especialmente los referentes a J. S. Bach, para una mejor comprensión de las tragedias de Esquilo. La trilogía esquilea de Droysen ejerció cierta influencia en la concepción de la tetralogía de los Nibelungos de Ricardo Wagner.

Las obras históricas posteriores de Droysen fueron muy admiradas por su perfecta prosa literaria. Sólo un poeta que hubiese traducido tragedias y comedias griegas en verso alemán podía producir obras en prosa, tales como su *Alexander* y su *Hellenismus*.

---

28 G[ustaf] Droysen [hijo], *Johann Gustav Droysen*, I: Bis zum Beginn der Frankfurter Tätigkeit (1910). J. G. Droysen, *Briefwechsel.*, ed. por R. Hübner, Deutsche Geschichtsquellen des 19. Jahrhunderts, 25-6 (1929). Sobre el concepto de historia de Droysen, ver B. Bravo, *Philologie, histoire, philosophie de l'histoire. Étude sur J. G. Droysen, historien de l'antiquité* (1968).

29 Felix Mendelssohn - J. G. Droysen, *Briefe*, hrsg. v. C. Wehmer (1959).

Estos volúmenes sobre Alejandro y sus sucesores (1836) ponían su acento no en el pasado del mundo griego «clásico», sino en los siglos posclásicos. El carácter específico de estos siglos, su nueva significación y su propia grandeza quedaron demostrados y explicados. Droysen reconoció en ellos un período con su propio «principio histórico» (como él dijo de acuerdo con Hegel), y una época en la cual el genio griego progresó hacia nuevas conquistas[30]. Tuvo una suerte especial al encontrar un término nuevo para esta época, «Hellenismus». Pudo haber leído la expresión «Hellenistische Sprache» en la gramática griega de Buttmann (1819)[31], donde estaba descrita como uso moderno («neuerer Sprachgebrauch»). Droysen discrepó de él afirmando en el prólogo de su *Geschichte des Hellenismus* (I, 1836, pág. VI): «Es ist aus dem Altertum überliefert, die Sprache jener westöslichen Völkermischung mit dem Namen der hellenistichen zu bezeichnen». Sin embargo, no hay tal tradición antigua. Podríamos tratar de reconstruirla con ayuda de pasajes antiguos donde aparecen ἑλληνίζειν, ἑλληνιστής, ἑλληνισμός[32], pero esta reconstrucción hipotética no basta para hablar justificadamente de una «tradición antigua».

---

30 Tomado de «The Future of Studies in the Field of Hellenistic Poetry», *JHS*, 75 (1955), reimpr. en *Ausgewählte Schriften* (1960), pág. 151.

31 *Ausfürliche griechische Sprachlehre*, I (1819), 7, n. 12: «Aber auch die ungriechischen Bewohner... fingen nun an griechisch zu sprechen (ἑλληνίζειν) und ein solcher griechisch redender Asiat, Syrer usw. hiess daher ἑλληνιστής. Hieraus ist der neuere Sprachgebrauch entstanden, dass man die mit vielen ungriechischen Formen und orientalischen Wendungen gemischte Schreibart von Schrifstellern dieser Art die Hellenistische Sprache nennet».

32 Ver A. Debrunner, «Geschichte der griechischen Sprache II: Grundfragen und Grundzüge des nachklassischen Griechisch», *Sammlung Göschen*, 114 (1954; 2.ª ed., 1969), 10 s.; pero esta reconstrucción no convence en absoluto.

El desacuerdo entre Buttman y Droysen es insoluble mientras no aparezca ningún testimonio del uso moderno, antes del siglo XIX, que no parece hayan conocido ni Buttmann ni Droysen. En el círculo de los discípulos de J. J. Escalígero, a principios del siglo XVII, hubo acaloradas discusiones sobre la existencia y significado de la «lingua Hellenistica»[33] como «dialecto» griego especial, usado en los escritos bíblicos.

A lo largo del siglo XIX, especialmente durante la segunda mitad, el estudio de las lenguas antiguas empezó a florecer nuevamente junto con el de la historia antigua. Fue característico de este período que el latín pudiese reconquistar el lugar que había ocupado junto al griego antes de Winckelmann. Carl Lachmann (1793-1851) parece haber trazado el camino en este sentido; su «pater studiorum», como llamó a Gottfried Hermann, fue filólogo y maestro igualmente distinguido en latín que en griego. Textos latinos de Lachmann fueron Propercio (1816; 2.ª ed., 1819, con Catulo y Tibulo). De los poetas elegíacos latinos pasó no sólo a Lucrecio (1850), que se considera como modelo, sino a los grandes poetas épico-narrativos ajenos al mundo clásico. Mommsen lo llamó el gran maestro de la lengua.

Pero el nombre de Lachmann es famoso sobre todo por su método de crítica textual[34], en el cual la «recensio» de los manuscritos conducía al llamado «archetypus», y si el cotejo de los manuscritos no tenía como resultado una

---

[33] Ver, especialm., Claudius Salmasius, *De lingua Hellenistica commentarius* (1643), y un escrito anónimo (erróneamente atribuido a Salmasio en las bibliografías), *Funus linguae Hellenisticae* (1643), en que se niega haya existido nunca una «lengua helenística».

[34] Ver S. Timpanaro, «La genesi del metodo del Lachmann», *Biblioteca del Saggiatore*, 18 (1963), traducción alemana con correcciones y adiciones (1971). Paul Maas, *Textkritik* (4.ª ed., 1960), ni siquiera menciona a Lachmann.

lección original convincente, era necesaria la «emendatio». Desarrolló este método en su obra sobre los poetas latinos y lo llevó a tal grado de perfección en el estudio de los manuscritos del Nuevo Testamento, que por último pudo desautorizar el «textus receptus».

Esta parte de nuestra historia, que empezó con Petrarca, ha seguido a través de todos sus cambios las ideas directrices, primeramente, del humanismo italiano y, por último, del neohelenismo alemán. Y hemos llegado a un punto, mitad del siglo XIX, en que ha sobrevenido una ruptura tajante. El humanismo ya no iba a ser la fuerza motriz. Emergía un nuevo mundo lleno de contrastes, en el cual Teodoro Mommsen (1817-1903) fue la mayor figura filológica. Aunque continuaba siendo admirador de la idea de Humboldt sobre el Estado, sin embargo hizo más que nadie para impulsar las fuerzas del historicismo y del realismo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y DE MATERIAS[1]

[1] El * que precede a algunas cifras indica una referencia algo extensa.

ÍNDICE DE PALABRAS GRIEGAS

ÍNDICE DE PASAJES DISCUTIDOS

ÍNDICE GENERAL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GREDOS

MANUALES

1. Víctor José Herrero: *Introducción al estudio de la filología latina*. Segunda edición corregida y aumentada. 424 págs.
2. Hugh Lloyd-Jones (ed.): *Los griegos*. Reimpresión. 334 págs. 2 mapas.
3. J. P. V. D. Balsdon (ed.): *Los romanos*. Reimpresión. 382 págs. 2 mapas.
4. Veikko Väänänen: *Introducción al latín vulgar*. Reimpresión. 414 págs.
5. Ludwig Bieler: *Historia de la literatura romana*. Reimpresión. 334 págs.
6. Jean Descola: *Historia literaria de España (De Séneca a García Lorca)*. 406 págs.
7. Martin P. Nilsson: *Historia de la religiosidad griega*. Segunda edición. 220 págs.
8. Régis Jolivet: *Las doctrinas existencialistas (Desde Kierkegaard a J.-P. Sartre)*. Cuarta edición. Reimpresión. 410 págs.
9. Víctor José Herrero: *La lengua latina en su aspecto prosódico*. 270 págs.
10. Manuel Fernández-Galiano: *Manual práctico de morfología verbal griega*. 404 págs.
11. Marina Mayoral: *Análisis de textos* (*Poesía y prosa españolas*). (Segunda edición ampliada de la obra *Poesía española contemporánea*). 294 págs.
12. Antonio Medrano Morales: *Lingüística inglesa*. 408 págs.
13. O. Hoffmann-A. Debrunner-A. Scherer: *Historia de la lengua griega*. 380 págs.
14. Irmengard Rauch y Charles T. Scott (eds.): *Estudios de metodología lingüística*. 252 págs.
15. *Temas de COU*: *Latín y Griego*. Coordinados por Luis Gil. 442 páginas. 16 × 24 cms.
16. Rudolf Pfeiffer: *Historia de la filología clásica*. I. *Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*. 548 págs.
17. Rudolf Pfeiffer: *Historia de la filología clásica*. II. *De 1300 a 1850*. 364 págs.

ENSAYOS

1. T. B. Bottomore: *Minorías selectas y sociedad.* 204 págs.
2. Geoffrey Barraclough: *Introducción a la historia contemporánea.* Reimpresión. 352 págs.
3. Marcelino C. Peñuelas: *Mito, literatura y realidad.* 232 págs.
4. Richard Dietrich (ed.): *Teoría e investigación históricas en la actualidad.* 208 págs.
5. Hermann J. Meyer: *La tecnificación del mundo (Origen, esencia y peligros).* 410 págs.
6. Peter von der Osten-Sacken: *A través del espacio y del tiempo.* 392 págs. 28 láminas.
7. Arturo Fernández-Cruz: *Hombre, sociedad y naturaleza (Ambiente, civilización y patología).* 340 págs.
8. R. W. Pethybridge: *Historia de Rusia en la postguerra.* 366 páginas.
9. Richard Konetzke: *Descubridores y conquistadores de América (De Cristóbal Colón a Hernán Cortés).* 262 págs.
10. Horst B. Hiller: *Espacio. Tiempo. Materia. Infinito (Contribución a una historia del pensamiento científico-natural).* 370 págs.
11. Emilio Sosa López: *La novela y el hombre.* 142 pás.
12. Manuel Lora-Tamayo: *Un clima para la ciencia.* 150 págs.
13. Pierre Auger: *El hombre microscópico.* 338 págs.
14. Miguel Ángel Ladero Quesada: *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571).* 198 págs.
15. Javier Rubio: *La enseñanza superior en España.* 246 págs.
16. Pierre Bertraux: *Mutación de la humanidad (Futuro y sentido de la vida).* 230 págs.
17. Olof Gigon: *La cultura antigua y el cristianismo.* 260 págs.
18. Philip. K. Hitti: *El Islam, modo de vida.* 292 págs.
19. Luis Díez del Corral: *La función del mito clásico en la literatura contemporánea.* Segunda edición. 268 págs.
20. Miguel J. Flys: *Tres poemas de Dámaso Alonso (Comentario estilístico).* 154 págs.
21. Ángel González Álvarez: *Política educativa y escolaridad obligatoria.* 276 págs.
22. Ángel González Álvarez: *La universidad de nuestro tiempo.* 224 págs.

La historia de la filología clásica —épocas y hombres vistos en su continuidad y en sus mejores logros— encierra poderosos motivos de admiración y reflexión. Pocos investigadores mejor dotados que R. Pfeiffer para contarnos los hechos, de por sí hermosos. Desde su ancianidad contempla el pasado con juvenil amor, revive minuciosamente momentos únicos y verdaderos, se emociona con los grandes ideales. La sabiduría histórica del maestro es el homenaje de un filólogo a la filología, que bien podría definirse como el arte de comprender e interpretar una herencia literaria, en este caso la de la Antigüedad grecolatina: arte nacido propiamente en el siglo III a. de C., a consecuencia de nuevas concepciones poéticas.

Dos períodos ha estudiado Pfeiffer: el primitivo, desde los orígenes de la literatura griega hasta el final de la época helenística; y luego, saltando por encima de la Edad Media, el comprendido desde el Renacimiento y el humanismo italianos hasta mediados del siglo XIX. Cuántos hombres empeñados en una tarea común, unidos por encima de las fronteras, intentando superar odios y fanatismos inciviles. De faltar ellos, ¿qué hubiera sido de la cultura de Occidente? Si no hay filología sin la continua reflexión crítica, lingüística y literaria, tampoco la hay sin una permanente sensibilidad poética. Sirva como símbolo la poesía de Homero. Por ser fuente de luz, se derrama sobre los papeles del filólogo; por dejar prefigurada su propia interpretación, se presta a ser campo de batalla perpetuo para las discusiones racionales. Pfeiffer ha rescatado del olvido a la filología perenne.